

JAMES BOND

007

Moonraker



Ian Fleming

Lectulandia

En menos de 4 días, James Bond debe descubrir el motivo secreto que tiene el misterioso Hugo Drax para construir Moonraker, el nuevo cohete que puede hacer estallar el mundo en pedazos. ¿Es acaso un héroe decidido a salvar el universo? ¿O tal vez sea un enemigo diabólico que solo piensa en la destrucción? Hay que encontrar la respuesta antes de una hora. El tiempo va transcurriendo peligrosamente y se acerca la hora cero en la que Moonraker estará terminado y listo para ser lanzado.

Lectulandia

Ian Fleming

Moonraker

James Bond: 007 /3

ePUB v1.0

000 01.05.12

más libros en lectulandia.com

Título original: *Moonraker*
Ian Fleming, 1955.
Traducción: Diana Falcón
Ilustraciones: Jordi Ciuró
Diseño/retoque portada: Joan Batallé

Editor original: 000 (v1.0)
ePub base v2.0

Primera parte
LUNES

Capítulo 1

Burocracia secreta

Los dos calibre treinta y ocho rugieron simultáneamente.

Las paredes de la habitación subterránea recibieron el impacto sonoro y lo hicieron rebotar de un lado a otro entre ellas hasta que reinó el silencio. James Bond observó cómo el humo era absorbido desde los extremos de la habitación hacia el centro por el extractor del techo. El recuerdo que tenía de cómo su mano derecha había desenfundado y disparado con un solo gesto de barrido desde la izquierda, le infundía confianza. Deslizó lateralmente el tambor de su Colt Detective Special y esperó, con el revólver apuntando al suelo, mientras el instructor recorría los veinte metros que los separaban, por la galería de tiro a media luz.

Bond vio que el instructor sonreía.

—No le creo —dijo—. Esta vez le he dado.

El instructor llegó hasta él.

—Yo estoy en el hospital, pero usted está muerto, señor —declaró.

En una mano llevaba un blanco en forma de silueta de la mitad superior de un hombre. En la otra, una fotografía polaroid tamaño postal. Le entregó a Bond esta última, y ambos se encaminaron hacia una mesa que tenían detrás de sí, sobre la que había una lámpara de pantalla verde y una lupa grande.

Bond empuñó la lupa y se inclinó sobre la fotografía. Era una instantánea de él, tomada con flash. En torno a su mano derecha se veía un borroso destello de luz blanca. Enfocó cuidadosamente el lado izquierdo de su chaqueta oscura con la lupa. En el centro de su corazón había un diminuto punto de luz.

Sin decir una sola palabra, el instructor colocó la blanca silueta grande de hombre bajo la lámpara. Su corazón era el centro del blanco de unos siete centímetros y medio. Justo debajo del mismo y a poco más de un centímetro a la derecha, estaba el orificio que había hecho la bala de Bond.

—Ha atravesado la pared estomacal por la izquierda y salido por la espalda —dijo el instructor, satisfecho. Sacó un lápiz e hizo una suma en un lateral del blanco—. Veinte disparos, y calculo que me debe setenta y seis, señor —declaró con tono impasible.

Bond se echó a reír. Contó algunas monedas.

—Doblo las apuestas para el próximo lunes —dijo.

—Por mí, está bien —respondió el instructor—, pero no podrá derrotar a la máquina, señor. Y si quiere entrar en el equipo que competirá en el Dewar Trophy, deberíamos darles un descanso a los treinta y ocho y dedicar algún tiempo a las Remington. Ese nuevo cartucho del veintidós largo que acaban de sacar va a significar al menos 7900 en 8000, para ganar. La mayoría de sus proyectiles tienen

que entrar dentro del círculo central, y no es más grande que una moneda de un chelín cuando se la tiene debajo de la nariz. A cien metros, desaparece.

—Al demonio con el Dewar Trophy —dijo Bond—. Lo que quiero es su dinero. —Sacudió el arma para extraer las balas que no había disparado, las dejó caer en la mano y las depositó, junto con el revólver, sobre la mesa—. Nos vemos el lunes que viene. ¿A la misma hora?

—Las diez está bien, señor.

Al tiempo que hacía bajar los dos picaportes de la puerta de hierro, el instructor sonrió, contemplando la espalda de Bond mientras éste desaparecía por las empinadas escaleras de cemento que ascendían hasta la planta baja. Estaba complacido con la puntería de Bond, pero no se le habría ni ocurrido decirle que era el mejor tirador del Servicio Secreto. Sólo a M le estaba permitido saber eso, y a su jefe de Estado Mayor, a quien se le diría que añadiera las calificaciones de ese día en el expediente confidencial del agente.

Bond empujó la puerta forrada de fieltro verde que había en lo alto de las escaleras del sótano, la traspuso y avanzó hacia el ascensor que lo llevaría al octavo piso del alto edificio gris cercano al Regent's Park, sede del cuartel general del Servicio Secreto británico. Estaba satisfecho por su índice de aciertos de la mañana, pero no se sentía orgulloso. El dedo índice de la mano derecha se le contraía dentro del bolsillo mientras se preguntaba cómo conseguir la ínfima fracción de rapidez precisa para derrotar a la máquina, aquel cajón de trucos que presentaba el blanco sólo tres segundos, disparaba contra él con una calibre treinta y ocho descargada, proyectaba sobre él un finísimo rayo de luz y lo fotografiaba, todo eso mientras él disparaba desde el interior del círculo trazado con tiza en el suelo.

Las puertas del ascensor se abrieron con un suspiro, y Bond entró. El ascensorista percibió el olor a pólvora que desprendía. Siempre olían así cuando subían de la galería de tiro. A él le gustaba; le recordaba el ejército. Pulsó el botón del octavo piso y descansó el muñón de su brazo izquierdo sobre la palanca de control.

«Si la iluminación fuese mejor...», se dijo Bond. Pero M insistía en que todos los disparos debían efectuarse en unas condiciones medianamente malas. La luz mortecina y un blanco que disparase al tirador, era lo máximo que podía aproximarse a una réplica de las situaciones reales. «Acribillar a tiros un trozo de cartón no demuestra nada», era la única línea introductoria que figuraba en el *Manual de defensa con armas de pequeño calibre*.

El ascensor se detuvo con suavidad. Mientras entraba en el corredor verde amarillento clásico de los ministerios, y en el bullicioso mundo de jovencitas que transportaban expedientes, puertas que se abrían y cerraban, y timbres de teléfono que sonaban con sordina, Bond vació su mente de todo pensamiento referente al tiro al blanco y se preparó para las actividades de rutina de un día cualquiera en el cuartel

general.

Avanzó hasta la última puerta de la derecha. Era tan anónima como todas las demás ante las que había pasado. Sin números. Si uno tenía algo que hacer en el piso octavo y su oficina no se encontraba situada en él, alguien iría a buscarlo, lo conduciría hasta la sala que quería visitar y luego lo dejaría en el ascensor cuando hubiese acabado.

Llamó a la puerta con unos discretos golpecitos y esperó. Consultó el reloj. Las once en punto. Los lunes eran un infierno. Dos días de órdenes escritas y expedientes que leer. Y los fines de semana eran días muy atareados en el extranjero. Los apartamentos vacíos podían ser desvalijados. Las personas eran fotografiadas en situaciones comprometidas. Los «accidentes» automovilísticos tenían mejor aspecto y se solventaban con mayor celeridad, en medio de la carnicería que cada fin de semana se organizaba en las carreteras. Las valijas de Washington, Estambul y Tokio habrían llegado y su contenido ya estaría clasificado. Tal vez hubiera algo para él entre todos los documentos.

La puerta se abrió y Bond disfrutó de su momento cotidiano de placer por tener una secretaria hermosa.

—Buenos días, Lil —saludó.

La cautelosa calidez de la sonrisa de bienvenida de ella descendió unos diez grados.

—Dame esa chaqueta —pidió la secretaria—. Huele a pólvora. Y no me llames Lil. Ya sabes que lo odio.

Bond se quitó la chaqueta y se la entregó.

—Cualquier ser a quien hayan bautizado con el nombre de Loelia Ponsonby debería habituarse a los sobrenombres.

Permaneció de pie junto a ella en la pequeña antesala, que la joven había logrado, de algún modo, que pareciese un poco más humana que una oficina tradicional, y observó cómo colgaba su chaqueta en la reja de hierro de la ventana abierta.

Era una muchacha alta y morena, con una belleza recatada e indómita, a quien la guerra y cinco años en el Servicio Secreto habían conferido un toque de severidad. A menos que se casara pronto, pensó Bond por centésima vez, o tuviera un amante, su frío aire de autoridad podría convertirse en el de una solterona, y Lil pasaría a engrosar el ejército de mujeres que se habían casado con una carrera profesional.

Bond ya le había dicho todo eso, con frecuencia, y tanto él como los dos otros miembros de la Sección 00 habían procedido a numerosos ataques decididos contra su virtud. Ella había mostrado con todos la misma serena actitud maternal (que ellos, para salvar su ego, calificaban de frigidez) y, apenas un día después, les dispensaba pequeñas atenciones y los trataba con amabilidad para demostrar que en realidad era culpa de ella y que perdona.

Lo que no sabían era que la joven casi se moría de preocupación cuando ellos estaban en peligro, y que los quería a todos por igual; pero que no tenía la más mínima intención de comprometerse emocionalmente con ningún hombre que pudiera morir a la semana siguiente. Y era cierto que un puesto en el Servicio Secreto era casi una forma de esclavitud. Si una era mujer, no le quedaba mucho tiempo libre para otro tipo de relaciones. Para un hombre resultaba más fácil. Tenían una excusa para vivir aventuras esporádicas. Para ellos, el matrimonio, los hijos y el hogar quedaban fuera de discusión si querían ser de alguna utilidad en el «trabajo de campo», como lo llamaban cariñosamente. Pero, en el caso de las mujeres, un desahogo externo al Servicio Secreto las convertía automáticamente en un «riesgo para la seguridad», y la conclusión final era que contaban con la alternativa de renunciar a su puesto en el servicio y llevar una vida normal, o ser la concubina perpetua a todos los niveles.

Loelia Ponsonby sabía que ya casi había llegado a la edad de tomar una decisión, y todos sus instintos le decían que presentara la dimisión. Pero a cada día que pasaba, el drama y el romance de su mundo de Cavell-Nightingale^[1] la ligaba con mayor fuerza a la compañía de las otras muchachas del cuartel general, y cada día se le hacía más cuesta arriba traicionar, mediante la dimisión, a la figura paterna en que se había convertido El Servicio.

Entre tanto, era una de las jóvenes más envidiadas del edificio, miembro del pequeño grupo de secretarías principales que tenían acceso a los secretos mejor guardados del Servicio Secreto —«Las Perlas y Traje Sastre»^[2], como las llamaban las otras muchachas a sus espaldas, como irónica referencia a su supuesta procedencia de «County» y «Kensington»—, y por lo que concernía al departamento de personal, dentro de veinte años su destino sería esa única línea dorada al final de la Lista de Honores de Año Nuevo, entre las medallas para funcionarios del Consejo de Pesca, de Correos, del Instituto de la Mujer, hacia el final de las OBE^[3]: «Señorita Loelia Ponsonby, secretaria jefe del Ministerio de Defensa».

Se apartó de la ventana. Llevaba puesta una blusa a rayas rosa caramelo y blancas, y una falda lisa azul oscuro.

Bond sonrió mirándola a los ojos color gris.

—Sólo te llamo Lil los lunes —dijo—, y señorita Ponsonby el resto de la semana. Pero jamás te llamaré Loelia. Parece el nombre de un personaje de una indecente quintilla jocosa. ¿Algún mensaje?

—No —replicó ella con brusquedad. Luego se suavizó—. Pero hay un montón de papeles sobre tu escritorio. Nada urgente. Pero es una cantidad horrorosa. Ah, y los rumores de «radio tocador» dicen que 008 ha salido de una pieza. Está descansando en Berlín. ¿No es fantástico?

Bond la miró de inmediato.

—¿Cuándo te has enterado de eso?

—Hará una media hora —replicó ella.

Bond abrió la puerta que daba a la oficina grande donde estaban los tres escritorios y la cerró a sus espaldas. Avanzó hasta detenerse junto a la ventana y miró el verdor de finales de primavera que cubría los árboles de Regent's Park. Así que Bill lo había conseguido, después de todo. Había ido a Peenemünde^[4] y regresado. Eso de que estaba «descansando en Berlín» sonaba mal. Debía de estar en muy malas condiciones. Bueno, tendría que limitarse a esperar noticias procedentes de la única filtración del edificio, el lavabo de las chicas, conocido como «radio tocador», para impotente furia del personal de seguridad.

Bond suspiró, se sentó ante su escritorio y atrajo hacia sí la bandeja de carpetas marrones que lucían la estrella roja de alto secreto. ¿Y qué se sabía de 0011? Hacía ya dos meses que se había desvanecido en la «Polvorienta media milla» de Singapur. No sabían ni una palabra desde entonces. Mientras que él, Bond, el número 007, el oficial más antiguo de los tres hombres del Servicio Secreto que se habían ganado el número doble cero, permanecía sentado ante su cómodo escritorio, dedicado al papeleo y a echarle los tejos a la secretaria de la sección.

Se encogió de hombros y abrió la primera carpeta con gesto resuelto. Dentro había un mapa detallado del sur de Polonia y de Alemania nororiental. Su rasgo distintivo era una meandrosa línea roja que conectaba Varsovia y Berlín. También había un memorando mecanografiado con el título: *Vía principal: Una ruta de huida bien establecida desde Oriente a Occidente.*

Bond sacó su pitillera negra de bronce de cañones y su encendedor Ronson ennegrecido por el óxido y los dejó a su lado sobre el escritorio. Encendió uno de los cigarrillos de mezcla macedonia con tres anillas doradas que Morlands, de Grosvenor Street, hacía para él; luego se acomodó en la silla giratoria acolchada y se inclinó sobre el escritorio para comenzar a leer.

Para Bond, era el típico comienzo de un día rutinario. Sólo dos o tres veces al año surgía una misión que requiriera sus particulares habilidades. Durante el resto del año no tenía más deberes que los de un acomodado veterano del servicio civil: horarios de trabajo elásticos entre las diez y las seis aproximadamente; almuerzo, por lo general en la cafetería del edificio; veladas jugando a las cartas en compañía de unos pocos amigos íntimos, o en el Cockford's; o haciendo el amor, con una pasión más bien fría, con una de las tres mujeres casadas de similares inclinaciones; fines de semana jugando al golf con apuestas altas en los clubes de las cercanías de Londres.

No disfrutaba de vacaciones, pero por lo general le daban un permiso de quince días al final de cada misión, además de cualquier baja médica que pudiera ser necesaria. Ganaba mil quinientas libras esterlinas al año, el salario de un alto funcionario del servicio civil, y contaba con mil al año propias, libres de impuestos.

Cuando estaba trabajando podía gastar cuanto quisiera, así que durante el resto del año podía vivir muy bien con las dos mil libras anuales netas que le quedaban.

Disponía de un apartamento pequeño pero cómodo en King's Road, le servía una madura ama de llaves escocesa —un tesoro que se llamaba May— y conducía un Bentley coupé 4 1/2 de 1930, con sobrealimentador que él mantenía expertamente a punto, de modo que podía correr a ciento sesenta kilómetros por hora cuando quería.

En estas cosas gastaba todos sus ingresos, y su ambición era tener la menor cantidad de dinero posible en el banco el día que lo mataran, como sabía que sucedería (al menos cuando estaba deprimido), antes de la edad límite, estipulada en los cuarenta y cinco años.

Dentro de ocho años más sería retirado automáticamente de la lista 00 y le asignarían un trabajo administrativo en el cuartel general. Al menos le quedaban ocho misiones duras. A lo mejor, dieciséis. Quizá veinticuatro. Demasiadas.

Cuando Bond acabó de memorizar los detalles de la «Vía principal», había ocho colillas de cigarrillo en el cenicero de vidrio. Cogió un lápiz rojo y ojeó por la lista de distribución de la cubierta. Comenzaba por «M», luego «J. de E. M.», y seguía con alrededor de una docena de letras y números y, al final, el «00». Ante éste hizo una marca clara, firmó con la cifra 7 y arrojó la carpeta en la bandeja etiquetada con la palabra «Salida». Eran las doce en punto. Continuó con la siguiente carpeta de la pila y la abrió. Procedía de la División de Radio del Servicio de Inteligencia de la OTAN, «Sólo a título informativo», y se titulaba *Signaturas de radio*.

Bond atrajo hacia sí el resto de la pila y echó una mirada a las primeras páginas, donde estaban los títulos:

El inspectoscopio: una máquina para la detección de contrabando.

Filopon: un droga asesina japonesa.

Posibles puntos de escondite en los trenes. N° II. Alemania.

Los métodos de SMERSH. N° 6. Secuestros.

Ruta cinco hacia Pekín.

Vladivostock. Reconocimiento fotográfico hecho por el Thunderjet de Estados Unidos.

Bond no se sorprendió ante la curiosa mezcla que debía digerir. A la Sección 00 del Servicio Secreto no le concernían las operaciones en curso de otras secciones y puestos, sino sólo los antecedentes que pudieran resultar útiles o instructivos para los únicos tres hombres del servicio cuyos deberes incluían el asesinato..., a los que podría ordenárseles que mataran. No había ninguna urgencia para leer esos expedientes. No se requería ninguna acción por parte de él ni de sus dos colegas,

excepto que cada uno de ellos anotara los números de los documentos que considerara que debían leer también los otros dos cuando regresaran al cuartel general. Cuando la Sección 00 hubiese acabado con este montón, los expedientes irían a parar a su destino final en «Archivos».

Bond volvió al documento de la OTAN.

»La forma casi inevitable —leyó— en que la personalidad se revela mediante detalles de las pautas de comportamiento, queda demostrada por las indelebles características del "pulso" de cada operador de radio. El "pulso", o modo de pulsar para transmitir los mensajes, es identificable y reconocible para quienes tienen práctica en la recepción de mensajes. Para ilustrar esto, en 1943, la Oficina de Radio del Servicio de Inteligencia de Estados Unidos utilizó este hecho para determinar que la estación enemiga se encontraba en Chile y era operada por "Pedro"^[5], un joven alemán. Cuando la policía chilena rodeó la estación, "Pedro" escapó. Un año más tarde, los escuchas expertos identificaron otro transmisor ilegal y pudieron reconocer a "Pedro" como su operador. Con el fin de disimular su "pulso", estaba transmitiendo con la mano izquierda, pero el disimulo no resultó eficaz y fue capturado.

»La Investigación de Radio de la OTAN ha estado experimentando recientemente con una forma de "codificador" que puede sujetarse a la muñeca del operador con el objeto de interferir mínimamente con los centros nerviosos que controlan los músculos de la mano. Sin embargo...»

Sobre el escritorio de Bond había tres teléfonos. Uno negro para llamadas externas, uno verde para las internas, y uno rojo que sólo conectaba con M y con el jefe de Estado Mayor. Fue el ronroneo familiar del rojo el que rompió el silencio de la oficina.

Quien llamaba era el jefe de Estado Mayor.

—¿Puedes subir? —preguntó la voz agradable.

—¿M? —quiso saber Bond.

—Sí.

—¿Alguna pista?

—Sólo ha dicho que, si estabas por aquí, le gustaría verte.

—De acuerdo —respondió Bond, y colgó el receptor.

Recogió la chaqueta, le dijo a su secretaria que estaría con M y que no lo esperara, salió de la oficina y avanzó por el pasillo hasta el ascensor.

Mientras aguardaba a que llegase, pensó en las otras ocasiones en que, en medio de un día vacío, el teléfono rojo había roto repentinamente el silencio y lo había sacado de un mundo para enviarlo a otro. Se encogió de hombros: ¡Lunes! Debería

haber esperado problemas.

El ascensor llegó.

—Noveno —dijo Bond, y entró.

Capítulo 2

El rey de la columbita^[6]

El piso noveno era el más alto del edificio. La mayor parte estaba ocupada por Comunicaciones, el equipo de operadores de varios servicios, escogidos uno a uno, cuyo único interés residía en el mundo de microondas, manchas solares y la «capa heaviside»^[7]. Por encima de ellos, sobre el tejado plano, estaban los tres rechonchos mástiles de uno de los más poderosos transmisores de Inglaterra, que, en la lista de ocupantes escrita en gruesas letras de bronce en la entrada del edificio, eran justificados como «Radio Test Ltd.». De los demás inquilinos se decía que eran la «Universal Export Company», «Delaney Brothers (1940) Ltd.», «The Omnium Corporation» e «Información (señorita E. Twining, OBE^[8])».

La señorita Twining era una persona real. Cuarenta años antes había sido una Loelia Ponsonby. Ahora, ya retirada, ocupaba una pequeña oficina de la planta baja y dedicaba el día a romper circulares, abonar las tasas y los impuestos de sus fantasmales inquilinos y quitarse cortésmente de encima a vendedores y personas que querían exportar algo o solicitar que les arreglaran la radio.

Siempre reinaba el silencio en el piso noveno. Mientras Bond salía del ascensor y se encaminaba hacia la izquierda por el pasillo de mullida moqueta, en dirección a la puerta cubierta de fieltro verde que conducía a las oficinas de M y sus colaboradores personales, el único sonido que oyó fue un silbido fino y agudo, tan débil que casi había que escuchar con atención para percibirlo.

Abrió la puerta verde sin llamar, la traspuso y se encaminó a la penúltima oficina que había a lo largo del siguiente corredor.

La señorita Moneypenny, secretaria personal de M, alzó los ojos de la máquina de escribir y le sonrió. Se gustaban el uno al otro, y ella sabía que Bond admiraba su belleza. Llevaba el mismo modelito de falda y blusa que la secretaria de él, pero las rayas eran azules.

—¿Uniforme nuevo, Penny? —inquirió Bond.

Ella se echó a reír.

—Loelia y yo tenemos el mismo gusto —explicó—. Lo echamos a suertes y a mí me tocó el azul.

Se oyó un bufido procedente de la puerta abierta de la sala contigua. El jefe de Estado Mayor, un hombre de la misma edad aproximada que Bond, salió con una sonrisa sardónica en su pálido semblante de aspecto cansado.

—Cortad la charla —dijo—. M está esperando. ¿Almorzamos luego?

—De acuerdo —asintió Bond.

Se encaminó hacia la puerta que había junto a la señorita Moneypenny, la

traspuso y cerró a sus espaldas. Encima de la misma se encendió una luz verde. Money Penny alzó las cejas mirando al jefe de Estado Mayor. El movió la cabeza.

—No creo que se trate de algo de trabajo, Penny —dijo—. Simplemente lo mandó llamar sin que viniera a cuento —añadió, y luego regresó a su propia oficina y continuó con el trabajo del día.

Cuando Bond atravesó la puerta, M estaba sentado ante su amplio escritorio, encendiendo la pipa. Hizo un gesto vago con la cerilla encendida hacia la silla que se hallaba situada al otro lado, y Bond se acercó a ella y se sentó. M le lanzó una penetrante mirada a través del humo y luego arrojó la caja de cerillas sobre el rectángulo de cuero rojo que tenía ante sí.

—¿Ha pasado unos buenos días de permiso? —inquirió abruptamente.

—Sí, muchas gracias, señor.

—Veo que aún conserva el bronceado.

Los ojos de M expresaban su desaprobación. En realidad no le envidiaba a Bond unas vacaciones que en parte habían sido una convalecencia. La pizca de criticismo era debida al puritano y al jesuita que habitan en todos los líderes de hombres.

—Sí, señor —respondió Bond, evasivo—. Cerca del ecuador hace mucho calor.

—Bastante, sí —asintió M—. Fue un bien merecido descanso. —Sus ojos se alzaron hacia el techo sin rastro alguno de humor.— Espero que ese color no le dure demasiado. En Inglaterra siempre se sospecha de los hombres bronceados por el sol. O bien no tienen un trabajo con el que cumplir, o lo adquieren con lámpara solar. —Dio por acabado el tema con un brusco gesto lateral de la pipa.— Parece que vamos a conseguir el oro, después de todo —comentó por fin—. Ha habido algunos rumores en el Tribunal de La Haya, pero Ashenheim es un buen abogado^[9].

—Me alegro —dijo Bond.

Hubo un momento de silencio. M miró al interior de la cazoleta de su pipa. A través de la ventana abierta llegaba el rugido lejano del tráfico de Londres. Una paloma se posó con un aleteo sobre el alféizar de una de las ventanas y de inmediato emprendió el vuelo otra vez.

Bond intentó obtener alguna información a través de la expresión del rostro curtido que tan bien conocía y que era objeto de tanta lealtad por su parte. Pero los ojos grises estaban en reposo, y el pequeño pulso que siempre latía en lo alto de la sien derecha cuando M estaba tenso, no daba señales de vida.

De pronto, sospechó que M se sentía azorado. Tuvo la sensación de que no sabía muy bien por dónde empezar. Bond habría querido ayudarlo. Cambió de postura en la silla y apartó los ojos de M. Bajó la mirada hacia sus manos y comenzó a rascarse distraídamente una uña mal cortada.

M alzó los ojos de su pipa y se aclaró la garganta.

—¿Tiene algo en particular entre manos ahora mismo, James? —preguntó con

voz neutra.

«James.» Eso resultaba poco habitual. Era raro que M llamara a alguien por su nombre de pila dentro de aquella oficina.

—Sólo papeleo y los cursillos normales... —respondió Bond—. ¿Me necesita para algo, señor?

—De hecho, sí —asintió M. Miró a Bond con el entrecejo fruncido—. Pero en realidad no tiene nada que ver con el servicio. Se trata de un asunto casi personal. He pensado que podría echarme una mano.

—Por supuesto, señor —dijo Bond.

Se alegraba por M de que se hubiese roto el hielo. Era probable que una de las relaciones del viejo se hubiese metido en problemas, y M no quería pedirle favores a Scotland Yard. Quizá se tratase de un asunto de chantaje. O de drogas. Le complacía el hecho de que M lo hubiese escogido a él. Desde luego que se encargaría del asunto. M era un rigorista desesperante por lo que se refería a las propiedades y al personal del gobierno. Recurrir a Bond para un asunto personal debía de parecerse, a sus ojos, a robar el dinero del Estado.

—Pensaba que diría eso —comentó M, malhumorado—. No le ocupará mucho tiempo. Debería bastar con una velada. —Hizo una pausa.— Bueno, ¿ha oído hablar de un hombre llamado sir Hugo Drax?

—Claro que sí, señor —respondió Bond, sorprendido al oír el nombre—. No se puede abrir un periódico sin leer algo acerca de él. El *Sunday Express* está publicando la historia de su vida. Una historia extraordinaria...

—Lo sé —cortó M con sequedad—. Simplemente cuénteme los hechos tal como usted los ve. Me gustaría saber si su versión concuerda con la mía.

Bond miró por la ventana para ordenar sus pensamientos. A M no le gustaban las conversaciones superficiales. Quería oír una historia con todos sus detalles, sin ningún «hmmm» ni «¿ehhh?» intercalados. Sin ocurrencias agregadas ni frases evasivas.

—Bueno, señor —comenzó por fin—, para empezar, ese hombre es un héroe nacional. El público le ha tomado cariño. Supongo que lo encuadra dentro del mismo grupo que a Jack Hobbs o Gordon Richards^[10]. La gente siente un verdadero afecto por él. Consideran que es uno de los suyos, aunque en versión gloriosa. Una especie de superhombre. No tiene muy buen aspecto, con todas esas cicatrices que le han dejado las heridas de guerra, y es un poco bocazas y más bien ostentoso. Pero al público eso le gusta bastante. Lo convierte en una especie de figura de Lonsdale^[11], pero más dentro de la clase de ellos. Les gusta que los amigos lo llamen «Hugger»^[12] Drax. Hace que parezca un tipo salado, y supongo que emociona a las mujeres. Y además, cuando uno piensa en lo que está haciendo por el país, pagándolo de su propio bolsillo, algo mucho más grande de lo que cualquier gobierno parece capaz de

hacer, es realmente extraordinario que la gente no insista en convertirlo en primer ministro.

Bond advirtió que los fríos ojos de M se volvían cada vez más gélidos, pero no estaba dispuesto a permitir que el hombre de cierta edad que tenía delante apagara la admiración que sentía por los logros de Drax.

—A fin de cuentas, señor —continuó con tono razonable—, da la impresión de que ha asegurado la paz para este país durante unos cuantos años. Y no puede estar muy por encima de la cuarentena. Yo pienso de él lo mismo que la mayoría de la gente. Y luego está todo ese misterio en torno a su verdadera identidad. No me sorprende que la gente sienta bastante lástima por él, aunque sea multimillonario. Parece ser un hombre solitario a pesar de su vida alegre.

M le dedicó una sonrisa seca.

—Lo que acaba de decir parece el avance de la historia del *Sunday Express*. Desde luego que es un hombre extraordinario. Pero ¿cuál es su versión de los hechos? Supongo que yo no sé mucho más que usted. Probablemente sé menos. No leo los periódicos con mucho detenimiento, y no hay expedientes de él, como no sea en la Oficina de Guerra, y esos no resultan muy esclarecedores. Bueno, ¿cuál es el meollo del reportaje del *Sunday Express*?

—Lo siento, señor —respondió Bond—, pero los datos concretos existentes son muy pocos. Bueno —volvió a mirar por la ventana y a concentrarse—, en la contraofensiva alemana de las Ardenas, en el invierno de 1944, los alemanes se sirvieron en abundancia de guerrilleros y saboteadores. Les daban el espeluznante nombre de "hombres-lobo". De una forma u otra, causaron mucho daño. Eran muy buenos en camuflaje y en toda índole de trucos para quedarse detrás de nuestras líneas, y muchos de ellos continuaron actuando bastante después de que fracasara la contraofensiva de las Ardenas y nosotros cruzáramos el Rin. Se suponía que debían seguir como hasta entonces cuando nosotros hubiésemos invadido el país, pero se retiraron con mucha rapidez cuando las cosas se pusieron realmente feas.

»Uno de sus mejores golpes fue volar uno de los cuarteles de enlace de retaguardia entre los ejércitos estadounidense y británico. Creo que los llaman Unidades de Refuerzo I.

»Eran unas instalaciones variopintas con toda clase de personal aliado (comunicaciones estadounidenses, conductores de ambulancias británicos), un grupo bastante cambiante procedente de todo tipo de unidades. Los hombres-lobo se las arreglaron de algún modo para minar el comedor y, cuando estalló, se llevó también por delante una buena parte del hospital de campaña. Hubo más de cien víctimas, entre muertos y heridos.

»Identificar y separar los cuerpos fue un asunto endemoniado. Uno de los cuerpos, el de un británico, era Drax. Le habían volado media cara. Sufrió una

amnesia total que le duró un año, y al final de ese año nadie sabía quién era, ni tampoco lo sabía él.

»Había unos veinticinco cuerpos que ni nosotros ni los estadounidenses fuimos capaces de identificar. O bien no quedaba lo suficiente de ellos, o se trataba de personas de paso, o bien estaban allí sin autorización. Era ese tipo de unidad. Con dos oficiales superiores, por supuesto.

»El trabajo administrativo era deplorable. Los expedientes, un asco. Así que después de que se pasara un año en varios hospitales, llevaron a Drax a la Oficina de Guerra para mostrarle los expedientes de hombres desaparecidos. Cuando llegaron a los documentos de un hombre sin parientes vivos llamado Hugo Drax, un huérfano que había estado trabajando en los muelles de Liverpool antes de la guerra, mostró algún signo de interés; la fotografía y la descripción física parecían coincidir más o menos con el aspecto que debió de tener nuestro hombre antes de que le volaran media cara.

»A partir de ese momento comenzó a mejorar. Empezó a hablar un poco acerca de cosas sencillas que recordaba, y los médicos se sintieron muy orgullosos de él. La Oficina de Guerra encontró un hombre que había servido en la misma unidad de zapadores que este Hugo Drax; el hombre fue al hospital y dijo que estaba seguro de que aquél era Drax. Con eso quedó cerrado el asunto. Los anuncios oficiales no dieron como resultado la aparición de otro Hugo Drax, y finalmente lo licenciaron en 1945, con ese nombre, paga con efectos retroactivos y una pensión de invalidez total.

—Pero él sigue diciendo que no sabe quién es realmente —lo interrumpió M—. Es miembro del club "Blades". A menudo he jugado a cartas con él y hemos charlado después, durante la cena. Dice que a veces tiene la poderosa sensación de «haber estado antes en uno u otro sitio». A menudo va a Liverpool para tratar de recuperar su pasado. En fin, ¿qué más?

Los ojos de Bond habían asumido una expresión introspectiva, mientras recordaba.

—Después de la guerra parece que desapareció durante unos tres años —prosiguió—. Luego, la City comenzó a tener noticias de él desde todos los puntos cardinales.

»El sector del metal fue el primero en saber de él. Parece que acaparó un mineral muy valioso llamado columbita. Todo el mundo lo quería. Su punto de fusión es extraordinariamente elevado. Los motores de reacción no pueden hacerse sin él. Hay muy poco en el mundo, cada año se producen sólo unos pocos miles de toneladas, sobre todo como derivado de las minas de estaño de Nigeria.

»Drax debió de echar una ojeada a la era del motor de reacción, y de alguna manera identificó su elemento más escaso. Se agenció diez mil libras esterlinas en alguna parte, porque el *Sunday Express* dice que en 1946 compró tres toneladas de

columbita, por las que pagó alrededor de tres mil libras esterlinas la tonelada. De eso obtuvo unos beneficios de cinco mil libras al vendérselas a una empresa aeronáutica estadounidense que necesitaba el mineral con urgencia.

»Entonces comenzó a adquirir futuros en columbita, seis meses, nueve meses, un año antes de que se hubiese producido. En tres años había acaparado toda la producción. Todos los que querían comprar columbita iban a buscarla a Drax Metals.

»Durante todo este tiempo ha estado jugando con compras de futuros en otras pequeñas mercancías (laca, sisal^[13], pimienta negra), cualquier cosa que dé un margen de beneficio suficiente para labrarse una buena posición. Por supuesto, apostaba a una bolsa de mercancías que estaba en alza, pero tuvo las agallas de no levantar el pie del acelerador incluso cuando las cosas se ponían calientes como el infierno. Y siempre que obtenía beneficios, reinvertía las ganancias.

»Por ejemplo, fue uno de los primeros en comprar vertederos de desechos de mena en Sudáfrica. Ahora vuelven a ser explotados debido a su contenido en uranio. Con eso está haciendo otra fortuna.

Los ojos de M estaban fijos en Bond. Chupaba la pipa, escuchando.

—Por supuesto —continuó Bond, abstraído en su relato—, todo esto hizo que la City se preguntara qué demonios estaba sucediendo. Los agentes de la bolsa de mercancías no dejaban de tropezar con el nombre de Drax. Fuera lo que fuese lo que necesitaran, Drax lo tenía, e insistía en que se le pagara mucho más de lo que ellos estaban dispuestos a dar. Realizaba sus operaciones desde Tánger: puerto franco, sin impuestos, sin restricciones de moneda. Hacia 1950 ya era multimillonario.

»Entonces regresó a Inglaterra y comenzó a gastarse el dinero. Simplemente, lo derrochaba. Las mejores casas, los mejores coches, las mejores mujeres. Palcos en la ópera, en Goodwood. Ganado Jersey ganador de primeros premios. Claveles de concurso floral. Caballos de carreras ganadores. Dos yates; ha financiado el equipo de la Walker Cup^[14]; donó cien mil libras esterlinas para la Fundación para el Desastre de la Inundación; financió un baile de coronación para enfermeras en el Albert Hall...

»No había una semana en que no saliera en los titulares con uno u otro derroche de dinero. Y durante todo ese tiempo seguía haciéndose más rico, y a la gente sencillamente le encantaba aquello. Era como *Las mil y una noches*. Alegraba sus vidas. Si un soldado herido de Liverpool podía llegar tan alto en cinco años, ¿por qué no podrían lograrlo ellos o sus hijos? Parecía casi tan fácil como acertar una quiniela millonaria.

»Y luego llegó su asombrosa carta dirigida a la reina: "*Majestad, podría cometer la temeridad...*", y la típica genialidad en forma de titular apareció en el *Express* al día siguiente: *Temerity Drax*, y la historia de que le había regalado a Gran Bretaña la totalidad de sus posesiones de columbita para que construyera un cohete atómico con

un alcance tal que cubriera la práctica totalidad de las capitales europeas, la respuesta inmediata a cualquiera que intentara lanzar una bomba atómica sobre Londres. Iba a contribuir con diez millones de libras de su propio bolsillo, tenía el diseño del cohete y estaba dispuesto a buscar el personal capaz de construirlo.

»Y siguieron meses de dilación y todo el mundo se impacientaba. Hubo una interpelación en el Parlamento. La oposición casi forzó a que se diera un voto de confianza. Y luego el anuncio del primer ministro para decir que el diseño había sido aprobado por los expertos de Woomera Range^[15], del Ministerio de Suministros, y que la reina se había sentido graciosamente complacida en aceptar el regalo en nombre del pueblo del Reino Unido, y que había nombrado caballero al donante.

Bond hizo una pausa, casi arrastrado por la historia de aquel hombre extraordinario.

—Sí —dijo M—. «Paz en nuestros tiempos: en estos tiempos.» Recuerdo el titular. Hace un año. Y ahora, el cohete está casi listo. El *Moonraker*. Y por lo que he oído, realmente debe de hacer lo que él dice. Es muy extraño.

Hubo un silencio mientras M miraba por la ventana. Luego se volvió para encararse con Bond desde el otro lado del escritorio.

—Más o menos, eso es todo —resumió con voz suave—. No sé mucho más que usted. Es una historia maravillosa. ¡Qué hombre tan extraordinario! —hizo una pausa, reflexivo.— Hay una sola cosa... —añadió M, dubitativo, y se dio unos golpecitos con la boquilla de la pipa en los dientes.

—¿De qué se trata, señor? —inquirió Bond.

M pareció tomar una decisión. Le dirigió a Bond una mirada apacible.

—Sir Hugo Drax hace trampas jugando a las cartas.

Capítulo 3

«Belly Strippers», etc.

—¿Que hace trampas jugando a las cartas?

M frunció el entrecejo.

—Es lo que acabo de decir —respondió con tono seco—. ¿No le resulta extraño que un multimillonario haga trampas con las cartas?

Bond sonrió con aire de disculpa.

—No demasiado, señor —dijo—. He conocido a personas muy ricas que se hacen trampa a sí mismas haciendo solitarios. Aunque, desde luego, eso no encaja del todo con la imagen que tenía de Drax. Es un poco decepcionante.

—A eso me refería —comentó M—. ¿Por qué lo hace? Y no olvide que las trampas con las cartas aún pueden perjudicar seriamente a un hombre. En lo que llamamos sociedad, es casi el único delito que todavía puede acabar con alguien, quienquiera que sea. Drax lo hace tan bien que hasta ahora nadie lo ha descubierto.

»De hecho, dudo de que alguien haya podido sospechar de él, excepto Basildon. Es el presidente del Blades. Vino a hablar conmigo. Tiene la vaga idea de que yo estoy relacionado de alguna manera con Inteligencia, y en el pasado le eché una mano con ocasión de uno o dos problemas menores. Me pidió consejo. Dijo que no quería líos en el club, por supuesto, pero que por encima de todo quería evitar que Drax quedara como un estúpido. Lo admira tanto como lo admiramos todos los demás, y le aterroriza que pueda producirse un incidente. No hay modo de evitar que un escándalo de esa naturaleza trascienda al exterior. Muchos miembros del Parlamento lo son también del club, y pronto se hablaría del asunto en los corrillos. Entonces los reporteros de chismes se harían con la noticia. Drax tendría que dejar el Blades, y a continuación alguno de sus amigos presentaría una demanda por calumnias.

»Sería como revivir el asunto Tranby Croft^[16]. Al menos eso piensa Basildon, y debo admitir que también yo lo veo de ese modo.

»En cualquier caso —añadió M con decisión—, he accedido a ayudarlo. —Miró a Bond a los ojos.— Y aquí es donde entra usted. Es el mejor jugador de cartas del Servicio Secreto, o —sonrió irónicamente— debería serlo después de los trabajos que ha realizado en casinos, y recuerdo que gastamos muchísimo dinero para que hiciera un curso de tahúr antes de que fuera tras aquellos rumanos de Montecarlo, antes de la guerra.

Bond sonrió con aire ceñudo.

—Steffi Sposito —dijo con voz queda—. Ése era el tipo. Estadounidense. Me hizo trabajar diez horas al día durante una semana, aprendiendo una cosa llamada *Riffle Stack*^[17], y cómo repartir las cartas segundas, últimas e intermedias. Por entonces escribí un largo informe al respecto. Debe de estar sepultado en los

archivos.

Aquel tipo conocía todos los trucos del juego. Cómo encerar los ases de modo que la baraja se separara sobre ellos; cómo marcar los bordes de las cartas altas por la parte de atrás con una navaja; el recortado de los cantos; los *Arm Pressure Holdouts*: unos dispositivos mecánicos que se colocan dentro de la manga y que sirven las cartas que uno quiere. La técnica de *Belly Strippers*, que consiste en recortarle a la baraja menos de medio milímetro de ambos lados, pero dejando una pequeña protuberancia en los naipes que interesan, como los ases, por ejemplo. Los *shiners*, pequeños espejos que se colocan en anillos o se encajan en la cazoleta de una pipa. De hecho, fue su comentario acerca de lectores luminosos lo que me ayudó en el trabajo de Montecarlo. El crupier usaba una tinta invisible que el equipo podía ver con gafas especiales.

Pero Steffi era un tipo maravilloso. Nos lo consiguió Scotland Yard. Podía mezclar la baraja una vez y luego cortar por los cuatro ases. Magia pura.

—Parece un poco demasiado profesional para nuestro hombre —comentó M—. Esa clase de trabajo requiere horas de práctica al día, o un cómplice, y no puedo creer que lo encuentre en el Blades. No, no existe nada sensacional en sus trampas y, por lo que sé, podría tratarse de una fantástica racha de buena suerte. Es raro.

No se trata de un jugador particularmente bueno (por cierto, sólo juega al Bridge), pero con bastante frecuencia hace «declaraciones», «doblos» o *finesses* absolutamente excepcionales, del todo contrarias a las leyes de la probabilidad. O a las convenciones del bridge. Pero le salen bien.

Siempre gana, y en el Blades se apuesta fuerte. No ha perdido un solo balance semanal desde que ingresó, hace un año. En el club tenemos a dos o tres de los mejores jugadores del mundo, y ninguno de ellos ha logrado una marca semejante durante doce meses seguidos. Se empieza a hablar del asunto, por ahora en tono de broma, pero creo que Basildon tiene toda la razón cuando dice que hay que hacer algo al respecto. ¿Qué sistema cree usted que emplea Drax?

Bond estaba deseando irse a almorzar. El jefe de Estado Mayor debía de haber renunciado a su compañía hacía ya media hora. Podría haber hablado con M durante horas acerca de las trampas con las cartas y M, que nunca parecía interesado en comer ni en dormir, lo habría escuchado y recordado todo después. Pero Bond tenía apetito.

—Suponiendo que no sea un profesional, señor, y no pueda manipular las cartas de ninguna manera, existen sólo dos posibilidades. O bien mira las cartas, o tiene un sistema de señales con su pareja de juego. ¿Juega a menudo con el mismo hombre?

—Siempre se deciden las parejas por corte de baraja después de cada partida —explicó M—. A menos que haya un reto. Y en las noches de invitados, los lunes y los jueves, uno forma siempre pareja con su huésped. Drax trae casi siempre a un hombre

llamado Meyer, su agente de la bolsa de metales. Es un tipo agradable. Judío. Muy buen jugador.

—Tal vez podría decirle qué método emplea si lo observara —dijo Bond.

—Eso iba a proponerle yo —asintió M—. ¿Qué le parecería acompañarme esta noche? En cualquier caso, cenará bien. Lo veré allí en torno a las seis. Le ganaré un poco de dinero al belote, y luego miraremos durante un rato las partidas de bridge. Después de cenar, jugaremos una o dos partidas con Drax y su amigo. Siempre están allí los lunes. ¿De acuerdo? ¿Está seguro de que no lo aparto de su trabajo?

—No, señor —replicó Bond con una sonrisa—. Y me gustará mucho acompañarlo. Será como una fiesta de trabajo. Y si Drax hace trampas, le daré a entender que lo he descubierto, y eso debería servirle de advertencia para que deje de hacerlo. No me gustaría verlo metido en un lío. ¿Eso es todo, señor?

—Sí, James —respondió M—. Y gracias por su ayuda. Drax tiene que ser un condenado estúpido. Resulta obvio que está un poco chalado. Pero no es el hombre quien me preocupa. No me gustaría correr el riesgo de que algo salga mal con ese cohete suyo. Y Drax, más o menos, es el *Moonraker*. Bueno, nos veremos a las seis. No se tome molestias con el vestuario. Algunos visten de etiqueta, y otros no. Esta noche, nosotros no lo haremos. Será mejor que vaya a lijarse las puntas de los dedos, o lo que quiera que hagan ustedes los fulleros.

Bond respondió a M con una sonrisa y se puso de pie. Parecía que iba a ser una velada prometedora. Mientras avanzaba hacia la puerta y salía, reflexionó que por fin acababa de mantener con M una reunión que no proyectaba sombras oscuras.

La secretaria de M todavía se hallaba ante su escritorio. Junto a la máquina de escribir había un plato de bocadillos de pan inglés y un vaso de leche. Le echó a Bond una mirada inquisitiva, pero en el rostro de él no había ninguna expresión que pudiera interpretarse.

—Supongo que ha renunciado a mí —comentó Bond.

—Hace casi una hora —asintió la señorita Moneypenny con tono de reproche—. Son las dos y media. Regresará en cualquier momento.

—Bajaré a la cafetería antes de que cierre —dijo él—. Dile que la próxima vez el almuerzo correrá de mi cuenta.

Dirigió una sonrisa a la secretaria, salió de la oficina y avanzó pasillo adelante hacia el ascensor.

En la cafetería del edificio quedaban sólo unas pocas personas. Bond se sentó solo y almorzó un lenguado a la parrilla, una ensalada mixta grande con aliño de mostaza, un trozo de queso con tostadas y media jarra de burdeos blanco. Acabó con dos tazas de café y regresó a la oficina a las tres. Con la mitad de la atención centrada en el problema de M, leyó rápidamente el resto del expediente de la OTAN, se despidió de su secretaria después de decirle dónde estaría aquella noche, y a las

cuatro y media recogía su coche en el aparcamiento del personal situado en la parte trasera del edificio.

—El sobrealimentador hace un poco de ruido, señor —le advirtió el ex mecánico de la RAF, que consideraba el Bentley de Bond como de su propiedad—. Tráigalo mañana, si no va a necesitarlo a la hora del almuerzo.

—Gracias —respondió Bond—, lo haré.

Sacó el coche silenciosamente, entró en el parque y lo atravesó hasta Regent Street, con el tubo de escape de cinco centímetros burbujeando sonoramente tras él.

Llegó a su casa en quince minutos. Dejó el coche bajo los plátanos de la pequeña plaza y entró en la planta baja de la vivienda reformada estilo Regencia^[18]. Se encaminó hacia la sala de estar forrada de libros y, tras buscar por unos momentos, sacó el *Scarne on Cards* de su estante y lo dejó sobre el ornado escritorio estilo Imperio, cerca de la amplia ventana.

Luego fue al pequeño dormitorio forrado con papel de pared Colé blanco y dorado, y en cuyas ventanas colgaban cortinas de tono rojo oscuro, se desvistió y dejó la ropa, más o menos ordenadamente, sobre el cobertor azul oscuro de la cama de matrimonio. A continuación entró en el baño y se dio una ducha rápida. Antes de salir del baño se examinó la cara en el espejo, y decidió que no tenía ninguna intención de sacrificar su prejuicio de toda una vida afeitándose dos veces en un día.

Desde el espejo, los ojos azul grisáceo le devolvieron una mirada que tenía aquella luz adicional típica de los momentos en que su mente se concentraba en un problema que le interesaba. En el rostro delgado y duro se veía una expresión competitiva, ávida. Hubo una cierta rapidez y resolución en la forma en que se pasó los dedos por la mandíbula, y en el impaciente gesto del cepillo de pelo destinado a echar atrás el mechón de cabello negro que le caía hasta poco más de un centímetro por encima de la ceja derecha. Le cruzó por la mente el pensamiento de que, a medida que el bronceado se desvanecía, la cicatriz que le bajaba por la mejilla derecha y que había destacado de tan blanca, comenzaba a ser menos evidente; de inmediato bajó los ojos hacia su cuerpo desnudo y comprobó que la casi indecente zona blanca dejada por el pantalón de baño se veía menos nítidamente definida. Sonrió ante algún recuerdo y regresó al dormitorio.

Diez minutos más tarde, vestido con una gruesa camisa de seda blanca, pantalones azul oscuro de sarga, calcetines del mismo color, y mocasines negros bien lustrados, se encontraba sentado ante su escritorio con una baraja en una mano, y la fantástica guía de trampas de Scarne abierta ante sí.

Durante media hora, mientras repasaba con rapidez el capítulo de «Métodos», practicó la vital «Presa de Mecánico» —tres dedos rodeando las cartas a lo largo y el índice sobre el ancho superior—, el *Palming* y la «Anulación del Corte». Sus manos realizaban automáticamente estas maniobras básicas mientras los ojos leían, y se

alegró de ver que sus dedos eran flexibles y seguros, y de que las cartas no hacían ningún ruido, ni siquiera con la difícil Annulment con una sola mano.

A las cinco y media, dejó la baraja con un golpe sobre el escritorio y cerró el libro.

Entró en su dormitorio, llenó de cigarrillos la ancha pitillera negra y se la metió en el bolsillo trasero del pantalón; se puso una corbata negra de punto de seda y una chaqueta, y comprobó que llevaba el talonario de cheques dentro de la billetera.

Se detuvo un momento, pensando. A continuación seleccionó dos pañuelos de seda, los arrugó con cuidado e introdujo uno en cada bolsillo lateral de la chaqueta.

Encendió un cigarrillo, regresó a la sala de estar, se sentó otra vez ante el escritorio y dedicó diez minutos a relajarse mirando por la ventana hacia la plaza desierta, mientras pensaba en la velada que estaba a punto de comenzar y en el Blades, probablemente el club privado más famoso del mundo.

La fecha exacta de la fundación del Blades es incierta. La segunda mitad del siglo XVIII fue testigo de la apertura de muchas cafeterías y salas de juego, y locales y propietarios cambiaban a menudo en función de las variaciones de la moda y la fortuna. El "White's" se fundó en 1755, el "Almack's" en 1764, y el "Brook's" en 1774, y fue en ese mismo año cuando el "Scavoir Vivre", que sería luego la cuna del "Blades", abrió sus puertas en Park Street, una tranquila travesía de St. Jame's Street.

El Scavoir Vivre era demasiado exclusivo para mantenerse con vida, y se boicoteó a sí mismo a base de bolas negras en las votaciones de solicitud de ingreso, hasta que murió al cabo de un año. Luego, en 1776, Horace Walpole escribió: *«Ha abierto un nuevo club en una travesía de St. James Street, que se enorgullece de superar a todos sus predecesores»*, y en 1778 aparece por primera vez el nombre de «Blades» en una carta de Gibbon, el historiador, que lo unía al nombre de su fundador, un alemán de apellido Longchamp que por entonces dirigía el Jockey Club de Newmarket.

Desde el principio, parece que el Blades fue todo un éxito, y en 1782, el duque de Wirtemberg escribía con entusiasmo a su hermano menor: *«¡Éste es, sin duda, el "as de los clubes"! Ha habido cuatro o cinco mesas de quince funcionando al mismo tiempo, con whist y belote, y después toda una mesa de Hazard. He visto hasta dos al mismo tiempo. Dos cofres con 4.000 paquetes de guineas cada uno apenas bastaron para contener el dinero que circuló en una noche»*.

La mención del Hazard aporta tal vez una pista acerca de la prosperidad del club. El permiso para este juego peligroso, pero popular, tiene que haberlo dado la junta en contra de sus propias reglas que especificaban que *«no se admitirá ningún juego en la Casa de la Sociedad excepto el ajedrez, el whist, el belote, el cribbage, el cuatrillo, el tresillo y el tredville»*.

En cualquier caso, el club continuó floreciendo y se mantiene hasta hoy como el

hogar de algunas de las apuestas «cortesas» más altas del mundo. No es tan aristocrático como antes, la redistribución de la riqueza se ha encargado de que cambie, pero continúa siendo el club más exclusivo de Londres. El número de miembros está restringido a doscientos, y cada candidato debe reunir dos requisitos para ser elegido: comportarse como un caballero y ser capaz de presentar cien mil libras esterlinas en metálico o en obligaciones o acciones de alta rentabilidad.

Los atractivos del Blades, aparte del juego, son tan deseables, que la junta ha tenido que establecer una norma que obliga a todos los miembros a ganar o perder quinientas libras al año en el local del club, o de lo contrario, pagar una multa anual de doscientas cincuenta libras. La comida y los vinos son los mejores de Londres y no se cobran, pues el coste de todas las almuerzos y las cenas se deduce, según prorrato, de los beneficios de los ganadores. Dado que cada semana cambian de manos unas cinco mil libras en las mesas de juego, este impuesto no resulta demasiado oneroso, y los perdedores tienen la satisfacción de recuperar algo del desastre; y esa costumbre explica la justicia de imponerles un impuesto a los que no juegan con frecuencia.

El servicio de un club es lo que determina su éxito o su fracaso, y los miembros del servicio del Blades no tienen igual. La media docena de camareras del comedor son de una belleza tan arrolladora, que se ha sabido que algunos miembros jóvenes las han llevado de matute a los bailes de debutantes de la clase alta y si, por la noche, alguna de las muchachas se deja persuadir para desviarse hacia uno de los doce dormitorios para socios que hay en la parte trasera del club, es algo que se considera como asunto privado que concierne a los miembros.

Hay uno o dos detalles refinados más que contribuyen al lujo del club. En el local sólo se paga con billetes y monedas completamente nuevos, y si un miembro se queda a pasar la noche, sus billetes y monedas se los lleva el ayuda de cámara, que, cuando por la mañana le lleva el té y el *The Times*, los reemplaza por otros nuevos. A la sala de lectura no entra ningún periódico que no haya sido planchado. Floris suministra jabones y lociones para lavabos y dormitorios; hay una línea directa entre Ladbroke's^[19] y la portería; el club tiene los mejores entoldados y palcos en las principales carreras de Lords, Henley y Wimbledon, y los miembros que viajan fuera del país son automáticamente miembros de los clubes más importantes de todas las capitales extranjeras.

En pocas palabras, ser miembro del Blades, a cambio de la cuota de ingreso de cien libras y la cuota anual de cincuenta libras, proporciona los lujos de la época victoriana, junto con la oportunidad de ganar o perder, rodeado de grandes comodidades, hasta veinte mil libras al año.

Al reflexionar sobre todo esto, Bond decidió que iba a disfrutar de la velada. Había jugado en el Blades sólo en una docena de ocasiones a lo largo de su vida, y la

última vez se había pillado bien los dedos en una partida de poker; pero la perspectiva de algunas apuestas altas al bridge y el ir y venir de unos centenares de libras, no carentes de importancia para él, hacía que sus músculos se tensaran con expectación.

Y además, por supuesto, estaba aquel asuntillo de sir Hugo Drax, que podría darle un toque dramático adicional a la noche.

Ni siquiera se sintió inquieto ante el curioso augurio con el que se encontró cuando, con el coche, entró en Sloane Square desde King's Road, con la mitad de la atención centrada en el tráfico y la otra mitad dedicada a explorar la velada que tenía por delante.

Faltaban pocos minutos para las seis de la tarde y la atmósfera estaba cargada de electricidad. El cielo amenazaba lluvia y había oscurecido de modo repentino. Al otro lado de la plaza, muy alto en el aire, un letrero luminoso de gruesas letras comenzó a encenderse y apagarse. La debilitación de las ondas lumínicas había dado lugar a que el tubo catódico activara el mecanismo que haría encenderse intermitentemente al letrero durante las horas de oscuridad hasta que, en torno a las seis de la mañana, las primeras luces del día volvieran a incidir sobre el tubo, lo que provocaría el apagado del circuito.

Sorprendido al ver las enormes palabras rojas, Bond aparcó el coche junto al bordillo, se apeó y cruzó al otro lado de la calle para ver mejor el gran letrero.

¡Ah! Era eso. Algunas de las letras habían quedado ocultas por un edificio cercano. Era sólo uno de esos anuncios de la Shell, «*summer shell is here*», era lo que decía.

Bond sonrió para sí, regresó al coche y continuó adelante.

Cuando vio el letrero por primera vez, medio oculto por el edificio, las enormes letras que destellaban contra el cielo del anochecer habían presentado un mensaje diferente.

Decían: «*hell is here... hell is here... hell is here*»^[20].

Capítulo 4

El «shiner»

Bond dejó el Bentley ante el Brook's y dobló la esquina a pie para entrar en Park Street.

La fachada del arquitecto Robert Adam^[21], empotrada alrededor de un metro con respecto a las de los edificios vecinos, tenía un aspecto elegante en el suave anochecer. Se habían echado las cortinas rojo oscuro sobre las ventanas de los miradores que se hallaban a ambos lados de la entrada, y un empleado con uniforme fue visible por un momento mientras cerraba las cortinas de las tres ventanas del primer piso. En el centro de las tres, Bond pudo ver las cabezas y los hombros de dos miembros inclinados sobre una mesa de juego, probablemente de backgammon, pensó, y captó un atisbo de los flameantes destellos de una de las arañas que iluminaban la famosa sala de juego.

Empujó las puertas batientes y se encaminó hacia la conserjería antigua donde imperaba Brevett, guardián del Blades, además de consejero y amigo de la familia de la mitad de los miembros.

—Buenas tardes, Brevett. ¿Está el almirante?

—Buenas tardes, señor —lo saludó Brevett, que conocía a Bond como visitante ocasional del club—. El almirante lo espera en la sala de naipes. Botones, acompañe al capitán de fragata Bond a ver al almirante. ¡Vamos, vamos!

Mientras seguía al joven botones uniformado por el gastado piso de mármol blanco y negro del vestíbulo, y ascendía por la amplia escalera con su hermosa barandilla de caoba, Bond recordó la historia referente a que en una votación de ingreso de un nuevo miembro se habían encontrado nueve bolas negras en la caja cuando sólo había ocho miembros de la junta presentes. Se decía que Brevett, que había pasado la caja de un miembro a otro, confesó ante el presidente que era tal su temor de que el candidato resultase elegido, que él mismo había introducido la bola negra supernumeraria. Nadie planteó objeciones. La junta habría preferido perder a su presidente antes que a su conserje, un miembro de cuya familia había ocupado el mismo puesto en el Blades durante cien años.

El botones abrió una hoja de la alta puerta doble que había al final de la escalera y cedió el paso a Bond. La habitación alargada no estaba muy concurrida, y vio a M sentado a solas en el nicho que formaba el mirador de la ventana que quedaba más a la izquierda de las tres; hacía un solitario. Despidió al botones y avanzó por la gruesa alfombra, no sin reparar en el rico telón de fondo de humo de cigarros, voces quedas procedentes de tres mesas de bridge, y el nítido resonar de los dados sobre un tablero de backgammon que no se veía.

—Ah, ya ha llegado —comentó M al acercarse Bond. Hizo un gesto hacia la silla

que se encontraba ante él—. Déjeme acabar esto. Hace meses que intento derrotar a ese tal Canfield. ¿Algo de beber?

—No, gracias —respondió Bond.

Se sentó, encendió un cigarrillo y observó, divertido, la concentración que M ponía en aquel juego.

«El almirante sir M... M...: que es alguien en el Ministerio de Defensa.» M tenía el mismo aspecto de cualquiera de los hombres que pertenecían a uno de los clubes de St. Jame's Street. Traje gris oscuro, cuello duro blanco, la pajarita negra con lunares blancos preferida por todos, con nudo bastante flojo; el fino cordón negro de las gafas que M sólo parecía usar para leer el menú, el perspicaz rostro de marino y los agudos ojos límpidos de marino. Se hacía difícil creer que apenas una hora antes había estado jugando con un millón de piezas de ajedrez vivas contra los enemigos del Reino Unido; que esta misma noche podría haber sangre fresca en sus manos, o que pudiera ser responsable de un allanamiento concluido con éxito, o tener el monstruoso conocimiento de un repugnante caso de chantaje.

¿Y qué podía pensar de él el observador casual, del «capitán de fragata James Bond, CMG^[22], RNVR^[23]», que también «era alguien en el Ministerio de Defensa», el hombre moreno y melancólico de unos treinta y cinco años que estaba sentado ante el almirante? Hay algo un poco frío y peligroso en su rostro. Parece estar muy en forma. Podría haber sido adjunto de Templer en Malasia. O Nairobi. Trabajos relacionados con el Mau Mau^[24]. El tipo parecía duro. No tenía el aspecto de la clase de hombres que suelen verse en el Blades.

Bond sabía que en él había algo extraño y poco inglés. Sabía que resultaba difícil inventar una tapadera para él. Sobre todo en Inglaterra. Se encogió de hombros. Lo que importaba era el extranjero. Nunca tendría que hacer un trabajo en el Reino Unido, fuera de la jurisdicción del Servicio Secreto. De todas formas, aquella noche no necesitaba tapadera. Era una salida recreativa.

M profirió un bufido y arrojó las cartas sobre la mesa. Bond recogió la baraja de forma automática y de forma igualmente automática las mezcló al estilo Scarne, uniendo las dos mitades con el movimiento que las hacía bajar rápidamente y no permitía que las cartas cayeran de la mesa. Emparejó los naipes y los apartó de sí.

M llamó a un camarero que pasaba cerca.

—Cartas de belote, por favor, Tanner —pidió.

El camarero se marchó para regresar un instante después con dos barajas finas. Les quitó el envoltorio y las colocó sobre la mesa, con dos rotuladores. Luego se quedó de pie, esperando.

—Tráigame un whisky con soda —dijo M—. ¿Está seguro de que no quiere beber nada?

Bond consultó su reloj de pulsera. Eran las seis y media.

—¿Podría traerme un martini seco? —pidió—. Con vodka y una raja grande de piel de limón.

—Matarratas —fue el comentario de M mientras el camarero se alejaba—. Ahora le ganaré sólo una o dos libras, y luego iremos a echar una mirada a las partidas de bridge. Nuestro amigo no ha aparecido aún.

Durante media hora se dedicaron al juego en que el jugador experto puede ganar casi siempre, incluso cuando las cartas le son ligeramente desfavorables. Al final de la partida, Bond se echó a reír y contó tres billetes de una libra.

—Uno de estos días voy a tomarme realmente la molestia de aprender a jugar al belote —declaró—. Todavía no he ganado una sola vez jugando con usted.

—Todo radica en la memoria y en el conocimiento de las probabilidades —explicó M con satisfacción. Se bebió el resto de su whisky con soda—. Vayamos a ver cómo van las partidas de bridge. Nuestro hombre está jugando en la mesa de Basildon. Ha entrado hace unos diez minutos. Si detecta algo, simplemente asienta con la cabeza y bajaremos para hablar del asunto.

Se puso de pie y Bond lo imitó.

El extremo más alejado de la sala estaba comenzando a llenarse, y había una media docena de mesas donde se desarrollaban partidas de bridge. En la redonda mesa de poker emplazada bajo la araña de luces, había tres hombres que contaban fichas colocándolas en cinco pilas, en espera de que llegaran dos jugadores que faltaban. La arriñonada mesa de bacarrá aún estaba cubierta por una funda, y probablemente continuaría así hasta después de la cena, cuando la usarán para la modalidad de bacarrá denominada *chemin-de-fer*.

Bond siguió a M fuera del mirador, saboreando la escena que ofrecía la larga sala, los oasis de luz verde, el tintineo de los vasos mientras los camareros se movían entre las mesas, el murmullo de las conversaciones punteado de repentinas exclamaciones y cálidas risas, la niebla de humo azulado que se elevaba a través de las pantallas rojo oscuro de las lámparas que colgaban en el centro de cada mesa. Su pulso se aceleró con el aroma de todo aquello y sus fosas nasales se dilataron apenas mientras ambos avanzaban por la larga sala para unirse a los demás.

M, con Bond tras él, vagabundó con aire indiferente de una a otra mesa, intercambiando saludos con los jugadores, hasta que por fin llegaron a la situada bajo el hermoso cuadro de Lawrence pintado por Beau Brummel, que colgaba sobre la ancha chimenea Adam.

—Doblo, maldita sea —dijo la sonora y alegre voz del jugador que estaba de espaldas a Bond.

Bond se fijó con detalle en la cabeza de espeso cabello rojizo, que era cuanto podía ver de quien hablaba, y luego desvió los ojos a la izquierda para posarlos sobre el concentrado perfil de lord Basildon. El presidente del Blades se hallaba retrepado

en la silla y miraba con aire crítico, bajando sólo los ojos, las cartas que sujetaba alejadas de sí como si se tratara de un objeto raro.

—Mi mano es tan exquisita que me veo obligado a redoblar, querido Drax — declaró. Luego miró a su pareja de juego—. Tommy —añadió—, si esto sale mal, cárgalo a mi cuenta.

—Tonterías —replicó el otro—. Será mejor que le dé a Drax un apoyo en salto, Meyer...

—Tengo demasiado miedo —respondió el hombre de mediana edad y rostro enrojecido que jugaba como pareja de Drax—. Paso —declaró al fin, mientras recogía su cigarro del cenicero de bronce y se lo llevaba cuidadosamente hacia la boca.

—Por mi parte, también paso —anunció la pareja de juego de Basildon.

—Y aquí pasamos —dijo la voz de Drax.

—Cinco tréboles redoblados —concluyó Basildon—. Usted sale, Meyer.

Bond miró por encima del hombro de Drax. Tenía un as de picas y un as de corazones. Los jugó los dos y ganó ambas bazas, para salir luego con otro naipe de corazones que Basildon se llevó con el rey.

—Bueno —comentó Basildon—. Quedan cuatro triunfos contra mí, incluida la reina. Jugaré basándome en la suposición de que ésa la tiene Drax.

Hizo una *finess* contra Drax. Meyer se llevó la baza con la reina.

—¡Infiernos y condenación! —maldijo Basildon—. ¿Qué hace la reina en la mano de Meyer? Bueno, que me aspen. De todas maneras, el resto es mío. —Dejó las cartas abiertas en abanico sobre la mesa. Miró a su pareja de juego con aire defensivo.— ¿Puedes superar eso, Tommy? Drax dobla y es Meyer quien tiene la reina... —concluyó con cierto tono de exasperación en la su voz.

Drax rió entre dientes.

—No esperaba que mi compañero tuviera una carta superior a nueve, ¿verdad? — le preguntó a Basildon con tono alegre—. Bueno, eso es justo cuatrocientos por encima de la línea. Usted reparte.

Cortó para que repartiera Basildon, y el juego prosiguió.

Así que en la mano anterior había repartido Drax. Eso podría ser importante. Bond encendió un cigarrillo y observó con aire reflexivo la parte posterior de la cabeza de Drax.

La voz de M interrumpió los pensamientos de Bond.

—Basil, ¿verdad que recuerdas a mi amigo, el capitán de fragata Bond? Se nos ocurrió venir esta noche y jugar un poco al bridge.

Basildon alzó la cara hacia Bond y le sonrió.

—Buenas noches —dijo. Abarcó con un gesto de la mano, de izquierda a derecha, a los presentes en la mesa—. Meyer, Dangerfield, Drax. —Los tres hombres alzaron

brevemente la vista y Bond los saludó en general con una inclinación de cabeza.— Todos ustedes conocen al almirante —añadió el presidente, mientras comenzaba a repartir.

Drax se volvió a medias en su silla.

—Ah, el almirante —dijo, vocinglero—. Nos alegramos de tenerlo a bordo, almirante. ¿Una copa?

—No, gracias —replicó M con una leve sonrisa—. Acabo de tomar una.

Drax se volvió para mirar a Bond, quien captó la breve imagen de un poblado bigote rojizo y unos ojos azules bastante gélidos.

—¿Y usted? —inquirió Drax, con tono ligero.

—Tampoco, gracias —replicó Bond.

Drax se volvió de nuevo hacia la mesa y recogió sus cartas. Bond observó cómo las ordenaban las grandes manos torpes.

Entonces se desplazó alrededor de la mesa, con un nuevo detalle sobre el que meditar.

Drax no había ordenado sus cartas según los palos, como hacía la mayor parte de los jugadores, sino sólo en grupos de negras y rojas, sin orden numérico, mientras hacía que su mano fuese muy difícil de ver para los mirones, y al mismo tiempo resultase casi imposible que uno de sus vecinos —en caso de que tendiese a conjeturar según la distribución de los naipes— pudiera saber qué tenía.

Por el modo de sujetar las cartas, Bond sabía qué jugadores eran realmente cuidadosos.

Se situó junto a la chimenea. Sacó un cigarrillo y lo encendió en la llama de un pequeño quemador de gas encerrado en una rejilla plateada —reliquia de los tiempos anteriores a las cerillas— que sobresalía de la pared, a su lado.

Desde donde estaba podía ver las cartas de Meyer y, desplazándose un paso a la derecha, las de Basildon. Tenía una visión sin obstáculos de sir Hugo Drax y lo inspeccionó con mucha atención mientras aparentaba interesarse sólo por el juego.

Drax daba la impresión de ser un poco extravagante. Era físicamente alto —alrededor de un metro ochenta y cinco de estatura, calculó Bond— y tenía unos hombros excepcionalmente anchos. La cabeza era grande y cuadrada, y los espesos cabellos rojizos estaban peinados con raya en medio. A ambos lados de la crencha, el cabello caía en una curva hasta las sienes, con el objeto, supuso Bond, de ocultar la máxima extensión posible del tejido cutáneo lustroso y arrugado que le cubría casi todo el flanco derecho de la cara. Otros rastros de cirugía plástica podían detectarse en la oreja derecha del hombre, que no era pareja perfecta de su compañera del lado izquierdo, y en el ojo derecho, que había sido un fracaso quirúrgico. Era considerablemente más grande que el izquierdo debido a una contracción de la piel injertada que habían usado para reconstruirle los párpados superior e inferior, y tenía

un aspecto dolorosamente inyectado de sangre. Bond dudaba que fuera capaz de cerrarse del todo, y supuso que Drax se lo cubriría con un parche para dormir.

Con el fin de ocultar todo lo posible la fea piel tirante que cubría la mitad de su rostro, Drax se había dejado crecer un espeso bigote rojizo y llevaba las patillas largas hasta el lóbulo de las orejas. También tenía matas de pelo en los pómulos.

El denso bigote tenía, además, otro propósito. Contribuía a disimular un prognatismo natural de la mandíbula superior y el carácter claramente protrusivo de sus dientes. Bond se dijo que eso era probablemente debido a que de niño se había chupado el dedo pulgar, lo cual había derivado en una fea separación o diastema de lo que Bond había oído llamar, a todos los dentistas, «los incisivos». El bigote ayudaba a disimular esos «dientes de ogro», y sólo cuando Drax profería su corta carcajada sonora, lo que hacía con frecuencia, podía verse dicha separación.

El efecto general del semblante —la mata de cabello castaño rojizo, la nariz y la mandíbula poderosas, la piel rojiza— resultaba extravagante. A Bond le hizo pensar en el jefe de pista de un circo. La contrastada agudeza y frialdad del ojo izquierdo apoyaba el parecido.

Un patán vulgar, prepotente y bocazas. Ese habría sido su veredicto si no hubiera conocido algunas de las capacidades de Drax. Dado que sabía quién era, Bond se dijo que una buena parte de aquel efecto podría deberse a la idea que Drax tenía del soldado de la última época de la regencia del príncipe Jorge, el inofensivo disfraz de un hombre que tenía media cara destrozada y era un esnob.

Buscando más indicios, advirtió que Drax sudaba bastante. La noche no era bochornosa a pesar del ocasional destello de un relámpago en el exterior, y sin embargo Drax se enjugaba constantemente la cara y el cuello con un gran pañuelo de hierbas. Fumaba sin cesar; tras una docena de largas chupadas que aspiraba al máximo, aplastaba la colilla apretando el corcho en que remataban los cigarrillos Virginia y encendía otro, que sacaba de una caja de cincuenta que llevaba en el bolsillo de la chaqueta. Sus grandes manos, con el dorso cubierto de espeso vello rojizo, estaban en movimiento continuo: manoseaban las cartas, jugaban con el encendedor que se encontraba ante él, junto a una pitillera lisa de plata, retorcían un mechón de cabellos de un lado de la cabeza, pasaban el pañuelo por la cara y el cuello... Ocasionalmente, se llevaba un dedo a la boca con gesto compulsivo y se mordía la uña. Incluso desde donde se encontraba, Bond podía ver que tenía todas las uñas mordidas hasta dejar los dedos en carne viva.

Las manos en sí eran fuertes y capaces, pero los pulgares tenían algo extraño que Bond necesitó un momento de análisis para identificar. Por último se dio cuenta de que eran demasiado largos y llegaban hasta la primera falange del índice.

Concluyó su examen con las ropas de Drax, caras y de un gusto excelente: una chaqueta azul oscuro de franela ligera con rayas muy finas, cruzada y con los puños

vueltos; una camisa de gruesa seda blanca con cuello rígido, una corbata discreta a diminutos cuadros grises y blancos, unos gemelos sobrios que parecían de Cartier y un reloj de oro sin adornos marca Patek Philippe con correa negra de cuero.

Bond encendió otro cigarrillo y se concentró en la partida, dejando que su inconsciente procesara los detalles referentes al aspecto y los modales de Drax que le habían parecido significativos y que podrían ayudarle a dilucidar el enigma de aquel supuesto juego tramposo, cuya naturaleza aún estaba por descubrir.

Media hora después, las cartas habían completado el círculo.

—Me toca dar a mí —anunció Drax con tono autoritario—. Vamos ganando un juego cada uno y nosotros tenemos una satisfactoria puntuación extra por encima de la línea. Vamos a ver, Max, trata esta vez de pillar un as, o mejor un par. Estoy cansado de hacer yo todo el trabajo. —Repartió las cartas con destreza y lentamente entre los jugadores, mientras mantenía un fuego cruzado de chanzas bastante toscas con ellos.— La partida se está alargando —le comentó a M, que se encontraba sentado entre él y Basildon, fumando en pipa—. Lamento que los hayamos mantenido fuera durante tanto rato. ¿Qué le parece un reto después de la cena? Max y yo jugaremos contra usted y el capitán de fragata como-se-llame. ¿Cómo ha dicho que se llamaba? ¿Es buen jugador?

—Bond —respondió M—. James Bond. Sí, creo que nos gustaría mucho jugar con ustedes. ¿Qué dice usted, James?

Los ojos de Bond estaban clavados en la cabeza inclinada y las manos de movimientos lentos de Drax. ¡Sí, eso era! «Ya te he descubierto, bastardo.» Un «shiner». Un sencillo, maldito «shiner» que no tardaría ni cinco minutos en ser descubierto en una partida profesional. M vio el destello de seguridad en los ojos de Bond cuando se volvieron hacia él desde el otro lado de la mesa.

—Perfecto —respondió Bond con tono alegre—. No podría ser mejor.

Hizo un imperceptible gesto con la cabeza.

—¿Qué le parece si me enseña el *Libro de Apuestas* antes de la cena? Siempre dice que es muy interesante.

M asintió.

—Sí. Acompáñeme. —Se incorporó.— Está en la oficina del secretario. Luego, Basildon podrá bajar, invitarnos a una copa y decirnos cómo ha acabado esta lucha a muerte.

—Pidan lo que quieran —dijo Basildon, dirigiendo una penetrante mirada a M—. Bajaré en cuanto los hayamos desplumado.

—Alrededor de las nueve, entonces —comentó Drax, mirando de M a Bond—. Enséñele la apuesta de la muchacha dentro del globo. —Recogió sus cartas.— Parece que dispongo del dinero del casino para jugar —comentó tras echarles una rápida mirada—. Tres sin triunfo —anunció, mientras dirigía una mirada triunfal a Basildon

—. Meta eso en su pipa y filmeselo.

Bond, que siguió a M fuera de la sala, no llegó a oír la respuesta de Basildon.

En silencio, bajaron al piso inferior y entraron en la oficina del secretario. La habitación estaba a oscuras. M encendió la luz y fue a sentarse en la silla giratoria que se hallaba ante un escritorio en el que parecía desarrollarse una gran actividad. Hizo girar la silla para encararse con Bond, que había ido a situarse junto a la chimenea apagada y sacaba un cigarrillo.

—¿Ha tenido suerte? —preguntó al tiempo que alzaba la mirada hacia él.

—Sí —replicó Bond—. Desde luego que hace trampas.

—Ah —dijo M sin denotar emoción—. ¿Cómo lo hace?

—Sólo cuando reparte él —explicó Bond—. ¿Se ha fijado en la pitillera de plata que tiene delante, junto con el encendedor? Nunca saca de ella un cigarrillo. No quiere empañarla con huellas dactilares. Es de plata lisa y muy pulida. Cuando reparte, queda casi oculta por las cartas y por sus manazas. Y no aparta las manos de ella. Reparte cuatro montones a poca distancia de sí. Cada carta se refleja en la superficie de la pitillera. Es tan buena como un espejo, aunque parece perfectamente inocente colocada allí, sobre la mesa. Dado que es un empresario tan bueno, es normal que tenga una memoria muy buena. ¿Recuerda que le hablé de los «shiners»? Bueno, eso no es más que una versión de ellos. No es de extrañar que de vez en cuando haga esas *finesses* milagrosas. Cuando dobló, lo tenía fácil. Sabía que su pareja de juego tenía la reina en reserva. Con sus dos ases, dobló sobre seguro. Durante el resto del tiempo su juego no se aparta del promedio. Pero conocer todas las cartas una mano de cada cuatro supone una gran ventaja. No resulta extraño que siempre acabe ganando.

—Pero nadie se da cuenta de que lo hace —protestó M.

—Es natural mantener la vista baja cuando uno está repartiendo —explicó Bond—. Lo hace todo el mundo. Y él disimula con un montón de bromas, muchas más de las que hace cuando reparte otro jugador. Supongo que tiene una visión periférica muy buena, eso en lo que nos califican tan alto cuando hacemos el examen médico para entrar en el Servicio. Un ángulo de visión muy amplio.

La puerta se abrió y entró Basildon. Estaba colérico. Cerró la puerta tras de sí.

—¡Esa maldita apertura obstructiva de Drax! —estalló—. Tommy y yo podríamos haber hecho cuatro corazones si hubiésemos conseguido declarar. Entre los dos, ellos tenían el as de corazones, seis bazas de trébol, el as y el rey de diamantes, y una sola carta de afloje en picas. Pues hicieron nueve bazas seguidas. No puedo imaginar cómo tuvo el rostro de abrir con tres sin triunfo. —Se calmó un poco.— Y bien, Miles —dijo—, ¿tiene tu amigo la respuesta?

M hizo un gesto hacia Bond, quien repitió lo que había explicado antes.

El rostro de lord Basildon iba reflejando cada vez más enojo a medida que Bond

hablaba.

—¡Condenado elemento! —estalló cuando Bond hubo acabado—. ¿Por qué demonios tiene que hacer eso? Maldito millonario. Está forrado de dinero. Bonito escándalo se nos viene encima. No tendré más remedio que informar a la junta... No habíamos tenido un caso de trampas en el juego desde la guerra del catorce al dieciocho. —Se paseaba arriba y abajo por la sala. El club quedó rápidamente olvidado cuando recordó la importancia del propio Drax.— Y dicen que ese cohete suyo va a estar listo dentro de poco. Viene por aquí sólo una o dos veces a la semana para distraerse un rato. ¡Diablos, ese hombre es un héroe público! Esto es terrible.

El enojo de Basildon se enfrió hasta congelarse cuando pensó en su responsabilidad. Recurrió a M en busca de ayuda.

—Dime, Miles, ¿qué tengo que hacer? Ha ganado miles de libras en este club, que otros han perdido. Esta noche, por ejemplo. Mis pérdidas carecen de importancia, por supuesto. Pero, ¿qué me dices de Dangerfield? He sabido que últimamente ha pasado una mala racha en la bolsa de valores. No veo el modo de evitar decírselo a la junta. No puedo eludirlo, con independencia de quién sea Drax. Y ya sabes lo que significará eso. Hay diez miembros en la junta. Es inevitable que se produzcan filtraciones. Y luego, piensa en el escándalo. Me han dicho que el *Moonraker* no puede existir sin Drax, y los periódicos dicen que todo el futuro del país depende de ese trasto. Este es un asunto condenadamente serio. —Guardó silencio y les lanzó una esperanzada mirada a M y luego a Bond.— ¿Hay alguna alternativa?

Bond aplastó la colilla del cigarrillo.

—Podrían parársele los pies —replicó con voz queda—. Es decir —añadió con una leve sonrisa—, si a usted no le importa que le pague con la misma moneda.

—Haga lo que le dé la condenada gana —respondió Basildon con decisión. Ante la afirmación de Bond, la esperanza había aflorado a sus ojos—. ¿En qué está pensando?

—Bueno —respondió el interpelado—, puedo demostrarle que lo he descubierto, y al mismo tiempo desplumarlo con su mismo juego. Por supuesto, Meyer saldrá malparado del proceso. Podría perder muchísimo dinero como compañero de Drax. ¿Sería malo, eso?

—Le estará bien empleado —dijo Basildon, aliviado y dispuesto a aceptar cualquier solución—. Ha estado cabalgando a lomos de Drax. Ha ganado muchísimo dinero jugando como su compañero. ¿No pensará que...?

—No —le tranquilizó Bond—. Estoy seguro de que no sabe qué está sucediendo. Aunque algunas de las declaraciones de Drax deben de resultarle asombrosas. Bueno —se volvió a mirar a M—, ¿a usted le parece bien, señor?

M reflexionó. Miró a Basildon. No cabía duda de cuál era su punto de vista. Volvió los ojos hacia Bond.

—De acuerdo —concedió—. Lo que ha de ser, sea. No me gusta la idea, pero entiendo la posición de Basildon. Mientras pueda conseguirlo y —sonrió— siempre y cuando no pretenda que yo escamotee cartas o algo así. No tengo talento para esas cosas.

—No —respondió Bond. Se metió las manos en los bolsillos y tocó los dos pañuelos de seda—. Y creo que funcionará. Lo único que necesito es un par de barajas usadas, una de cada color, y estar diez minutos a solas en esta oficina.

Capítulo 5

Cena en el "Blades"

Eran las ocho en punto cuando Bond siguió a M a través de las altas puertas que estaban al otro lado del hueco de la escalera respecto a la sala de juego y daban paso al hermoso comedor blanco y dorado, estilo Regencia, del Blades.

M decidió ignorar la llamada de Basildon, quien presidía la gran mesa central donde aún quedaban dos espacios libres. Atravesó la estancia con decisión hacia la última de una hilera de seis mesas más pequeñas, hizo un gesto a Bond para que se sentara en la cómoda silla de brazos encarada hacia la sala, y él ocupó la que quedaba a la izquierda de su invitado, de modo que daba la espalda a los comensales.

El jefe de camareros ya se encontraba detrás de la silla de Bond. Depositó la carta junto a su plato y le entregó otra a M. Había mucha letra impresa debajo de la palabra «Blades», escrita con delicadas letras doradas en la parte superior de la cartulina.

—No se moleste en leer todo eso —le advirtió M—, a menos que no tenga ni idea de lo que quiere. Una de las primeras reglas que se dictaron en el club, y una de las mejores, fue la de que todo miembro podría pedir cualquier plato, barato o caro, pero tendría que pagarlo. Lo mismo vale hoy en día, sólo que existe la posibilidad de que uno no tenga que pagarlo. Simplemente, pida lo que le apetezca. —Miró al jefe de camareros.— ¿Queda todavía caviar de Beluga, Porterfield?

—Sí, señor. Nos sirvieron otro pedido la semana pasada.

—Bueno —dijo M—. A mí tráigame caviar, riñones picantes y una loncha de su excelente panceta. Con guisantes y patatas nuevas. Fresones en aguardiente de cerezas. ¿Qué quiere usted, James?

—Soy un maníaco del salmón ahumado realmente bueno —respondió Bond. Luego señaló la carta—. Chuletas de cordero con las misma guarnición de verduras que usted, dado que estamos en mayo. Los espárragos con salsa bearnesa me parecen maravillosos. Y quizá un trozo de piña —concluyó, tras lo cual se retrepó en la silla y apartó la carta de sí.

—Demos gracias a Dios por los hombres que saben decidirse —comentó M, y alzó la mirada hacia el jefe de camareros—. ¿Tiene todo eso, Porterfield?

—Sí, señor. —El hombre sonrió.— ¿Le apetecería un hueso de tuétano después de los fresones, señor? Hoy nos ha llegado media docena del campo, y he guardado uno especialmente por si venía usted.

—Por supuesto. Ya sabe que no puedo resistirme a eso. Es perjudicial para mí, pero no puede evitarse. A saber lo que estoy celebrando esta noche, pero no lo hago a menudo. Pídale a Grimley que venga por aquí, ¿quiere?

—Ya está aquí, señor —respondió el jefe de camareros al tiempo que cedía el paso al sumiller.

—Ah, Grimley, tráigame un vodka, por favor. —Se volvió a mirar a Bond.— No es el que tomó usted antes en el martini seco. Éste es un Wolfschmidt de Riga, de antes de la guerra. ¿Le apetecería una copa con el salmón ahumado?

—Mucho —replicó Bond.

—¿Y luego? —inquirió M—. ¿*Champagne*? Yo voy a pedir media botella de rosado. El Mouton Rothschild del treinta y cuatro, por favor, Grimley. Pero no se guíe por lo que yo pido, James. Soy un hombre viejo. El *champagne* no me sienta bien. Tenemos algunos buenos, ¿no es cierto, Grimley? Me temo que no hay de ése del que usted habla siempre, James. No es frecuente en Inglaterra. Se llama Taittinger, ¿no es así?

Bond sonrió ante la buena memoria de M.

—Sí —asintió—, pero no es más que un capricho mío. De hecho, por varias razones, creo que esta noche me apetece beber *champagne*. Tal vez sea mejor que lo deje en manos de Grimley.

El sumiller sonrió complacido.

—Si me permite la sugerencia, señor, le propongo el Dom Perignon del cuarenta y seis. Tengo entendido que Francia sólo lo vende a cambio de dólares, señor, así que no se encuentra a menudo en Londres. Creo que fue un regalo que nos hizo el club Regency de Nueva York, señor. En este momento tengo algunas botellas en hielo. Es el preferido del presidente del club, y me dijo que lo tuviera a punto cada noche por si lo necesitaba.

Bond asintió con una sonrisa.

—Sea, Grimley —respondió M—. El Dom Perignon. Tráigalo cuanto antes, ¿quiere?

Apareció una camarera que depositó sobre la mesa dos bandejas de tostadas recién hechas, y otra más pequeña, de plata, con mantequilla Jersey. Al inclinarse sobre la mesa, su falda negra rozó un brazo de Bond, quien alzó la mirada hacia dos impertinentes ojos chispeantes coronados por un flequillo de suave cabello. Los ojos le sostuvieron la mirada durante una fracción de segundo, y luego la joven se marchó apresuradamente. Los ojos de Bond siguieron al ancho lazo atado en la cintura y al cuello y los puños almidonados del uniforme mientras ella se alejaba por el largo salón. Sus ojos se entrecerraron. Recordó un local de París, antes de la guerra, donde las muchachas iban vestidas con la misma excitante severidad. Hasta que se volvían y mostraban la espalda.

Sonrió para sí. La ley Marthe Richards había cambiado todo eso.

M dejó de estudiar a los vecinos que se encontraban detrás de él y se volvió de cara a Bond.

—¿Por qué se ha mostrado tan críptico respecto a beber *champagne*?

—Bueno, si no le importa, señor —explicó Bond—, esta noche debo achisparme

un poco. Tengo que parecer muy borracho cuando llegue el momento. No es algo demasiado fácil de representar a menos que uno lo haga con una buena dosis de convicción. Espero que no se preocupe si más tarde doy la impresión de perder la compostura.

M se encogió de hombros.

—Usted tiene el aguante de una roca, James —replicó—. Beba todo lo quiera, si eso le va a ayudar. Ah, aquí tenemos el vodka.

Cuando M le sirvió tres dedos de la garrafa escarchada, Bond cogió una pizca de pimienta negra y la espolvoreó sobre el líquido. La pimienta se posó lentamente en el fondo del vaso, salvo unos pocos granos que quedaron en la superficie; los recogió haciendo que se adhirieran a la punta de su dedo. A continuación se bebió el licor de un trago, hasta el fondo de la garganta, y depositó el vaso, con los restos de la pimienta en el fondo, sobre la mesa.

M le dirigió una mirada irónicamente interrogativa.

—Es un truco que me enseñaron los rusos cuando usted me envió como agregado de la embajada en Moscú —se disculpó Bond—. A menudo hay alcohol amílico en la superficie de este licor, o al menos solía haberlo cuando estaba mal destilado. Es venenoso. En Rusia, donde se vende mucho licor casero hecho en bañeras, es una costumbre espolvorearlo con un poco de pimienta cuando está en el vaso. La pimienta se lleva el alcohol amílico al fondo. El sabor llegó a gustarme y se convirtió en un hábito. Pero, claro, no debería haber insultado al Wolfschmidt del club —añadió con una sonrisa.

M gruñó.

—Mientras no espolvoree con pimienta el *champagne* favorito de Basildon... —masculló secamente.

Se oyó una áspera carcajada procedente de una mesa del otro extremo del comedor. M echó una ojeada por encima del hombro y luego volvió a su caviar.

—¿Qué piensa de ese hombre, Drax? —preguntó a través de un bocado de tostada con mantequilla.

Bond se sirvió otra loncha de salmón ahumado de la bandeja de plata que había a su lado. Tenía la delicada textura glutinosa que sólo conseguían los curadores de las Highland, muy diferente de los productos rescos de Escandinavia. Enrolló en forma de cilindro una rebanada de pan con mantequilla tan fina como una oblea, y la contempló con aire pensativo.

—Sus modales no pueden gustarle mucho a nadie. Al principio me sorprendió bastante que lo toleraran en este club. —Dirigió una breve mirada a M, el cual se encogió de hombros— Pero de todas formas eso no es asunto mío, y los clubes serían muy aburridos sin la animación que les confieren los excéntricos. En cualquier caso es un héroe nacional y un millonario, y obviamente es un jugador de cartas correcto.

Quiero decir, cuando no contribuye a inclinar las probabilidades a su favor —añadió—. Aunque por lo que he visto, es el tipo de hombre que siempre imaginé que era. Vigoroso, implacable y astuto. Tiene muchas agallas. No me sorprende que haya conseguido llegar donde está. Lo que no comprendo es por qué se arriesga tan alegremente a echarlo todo por la borda. Esas trampas con las cartas... Realmente, resulta algo increíble. ¿Qué está intentando demostrar con eso? ¿Que puede vencer en todo a todo el mundo? Parece enfocar con una enorme pasión las partidas de cartas, como si no fuesen un juego en lo más mínimo, sino algo así como una prueba de fortaleza. Basta con mirarle las uñas. Se las muerde hasta que están en carne viva. Y suda demasiado. En su interior hay muchísima tensión. La libera con esas horribles bromas que hace. Son crueles. No hay en ellas el menor atisbo de delicadeza. Parece como si quisiera aplastar a Basildon como una mosca. Espero ser capaz de controlar mi temperamento. Ese rasgo suyo es bastante irritante. Incluso a su compañero de partida lo trata como si fuera una porquería. No me ha fastidiado especialmente, pero no me importaría darle un buen picotazo esta noche. —Sonrió a M.— Si viene a cuento, claro.

—Ya sé a qué se refiere —respondió M—. Pero es posible que esté siendo un poco duro con ese hombre. A fin de cuentas, hay que pensar que hay un largo camino entre los muelles de Liverpool, o del sitio del que proceda, hasta su posición actual. Y es una de esas personas que nacen groseras. No tiene nada que ver con el esnobismo. Supongo que sus compañeros de Liverpool lo encontraban tan bocazas como los miembros del Blades. Por lo que se refiere a las trampas, es probable que tenga una vena de fullero. Yo diría que usó muchos atajos cuando iba ascendiendo. Alguien dijo que para hacerse muy rico hay que contar con una combinación de circunstancias notables y una racha de suerte sin interrupciones. Ciertamente, las cualidades de las personas no son lo único que las hace ricas. Al menos, según mi experiencia. Al principio, para reunir las primeras diez mil, o las primeras cien mil libras, las cosas tienen que ir condenadamente bien. Y en el negocio de las mercancías, después de la guerra, con tantas regulaciones y restricciones, supongo que a menudo era cuestión de saber deslizar mil libras en el bolsillo correcto. El de los funcionarios. Esos que sólo entienden de sumas, divisiones... y silencio. Son los que resultan útiles.

M guardó silencio mientras les servían el segundo plato. Con él llegó el *champagne* en un cubo plateado con hielo y el pequeño cesto de mimbre que contenía la media botella de rosado para M.

El sumiller aguardó hasta que hubieron emitido una opinión favorable sobre las bebidas, y se marchó. Cuando se alejaba, un botones se acercó a la mesa.

—¿Capitán de fragata Bond? —inquirió.

Bond cogió el sobre que le tendía y lo abrió. De su interior sacó un paquetito de papel fino y lo desplegó con cuidado debajo de la mesa. Contenía un polvo blanco.

Cogió el cuchillo de plata para fruta e introdujo la punta dentro del polvo, de modo que la mitad de su contenido quedó en el cuchillo. Luego lo alargó hacia la copa de *champagne* y vertió el polvo en ella.

—¿Y ahora, qué? —preguntó M, con un deje de impaciencia en la voz.

En la expresión de Bond no se percibía disculpa ninguna. No era M quien tendría que hacer el trabajo aquella noche, y él sabía muy bien lo que se hacía. Siempre que le aguardaba un trabajo, se tomaba infinitas molestias por anticipado y dejaba la menor cantidad posible de factores al azar o la casualidad. Si luego algo salía mal, se debería a lo imprevisible. Por eso no aceptaba responsabilidad ninguna.

—Bencedrina —explicó—. Antes de la cena he telefoneado a mi secretaria y le he pedido que cogiera un poco de la enfermería del cuartel general. Es lo que necesito si quiero tener todos los sentidos alerta esta noche. Tiende a hacer que uno se sienta un poquitín confiado en exceso, pero eso tiene arreglo. —Removió el *champagne* con un trozo de tostada, de modo que el polvo se arremolinó entre las burbujas. Luego se bebió la mezcla de un solo trago.— No sabe a nada —dijo—, y el *champagne* es excelente.

M le dedicó una sonrisa indulgente.

—Es su problema —concluyó—. Y ahora, será mejor que continuemos con la cena. ¿Qué tal estaban las chuletas?

—Soberbias —respondió Bond—. Se podían cortar con el tenedor. La cocina inglesa es la mejor del mundo... sobre todo en esta época del año. Por cierto, ¿con qué apuestas se jugará esta noche? No me importa demasiado. Nosotros deberíamos acabar ganando. Pero me gustaría saber cuánto le va a costar a Drax.

—A él le gusta jugar según lo que él llama «uno y uno» —respondió M, mientras se servía las fresas que acababan de llegar a la mesa—. Es una apuesta que parece modesta si no se sabe lo que significa. De hecho, es a un billete de diez libras los cien puntos, es decir, la vuelta, y a un centenar de libras la partida.

—Ah —dijo Bond con respeto—. Ya veo.

—Pero le da igual jugar por dos y dos o por tres y tres. Ascende según esas cifras. La partida media en el Blades es de alrededor de diez vueltas. Eso significa doscientas libras a uno y uno. Y aquí el bridge da para grandes partidas. No existen convenciones, de modo que hay muchas apuestas y faroles. A veces se parece mucho al poker. Los jugadores son muy dispares. Algunos de ellos son los mejores del país y otros son terriblemente temerarios. Parece no importarles cuánto pierdan. El general Bealey, que está justo detrás de nosotros —especificó, mientras hacía un gesto con una mano—, no diferencia las rojas de las negras. Casi siempre pierde unos cuantos centenares al final de la semana. No parece importarle. Tiene problemas de corazón. Nadie depende de él. Ganó verdaderas fortunas con el yute. En cambio, Duff Sutherland, el hombrecillo de aspecto desaliñado que está al lado del presidente, es

un depredador absoluto. Saca regularmente diez mil al año del club. Es un tipo agradable. Tiene unos maravillosos modales de jugador. Antes jugaba al ajedrez como representante de Inglaterra.

M se vio interrumpido por la llegada de su hueso de tuétano. Estaba colocado verticalmente sobre una immaculada servilleta de puntilla sobre una bandeja de plata. A su lado había una paleta especial para el caso.

Después de los espárragos, a Bond le quedaba poco apetito para las finas rodajas de piña. Vació lo que quedaba de la botella de *champagne* helado dentro de su copa. Se sentía de maravilla. Los efectos de la bencedrina y el *champagne* habían debilitado con creces el esplendor de la comida. Apartó por primera vez sus pensamientos de la cena y de la conversación con M, y recorrió el comedor con los ojos.

Era una escena deslumbrante. Había quizá unos cincuenta hombres en la sala, la mayoría con esmoquin, todos cómodos con ellos mismos y su entorno, todos estimulados por la comida y la bebida excelentes, todos animados por un interés común: la perspectiva de las apuestas altas, del gran slam, del mejor bote, de que salieran los dados clave en una partida de 64 en el backgammon. Puede que hubiera tramposos o posibles tramposos entre ellos, hombres que maltrataran a su esposa, hombres con instintos perversos, hombres codiciosos, hombres cobardes, hombres mentirosos; pero la elegancia de la sala los investía a todos con una especie de aristocracia.

En el otro extremo, por encima de la mesa del bufet frío repleta de langostas, pasteles, carnes y delicias de gelatina salada, el retrato inacabado por Romney de la señora Fitzherbert, de tamaño natural, miraba con ojos provocativos hacia el *Jeu de Cartes*, de Fragonard, el gran cuadro de género que cubría la mitad de la pared opuesta, sobre la chimenea Adam. A lo largo de las paredes laterales, en el centro de cada panel de madera con bordes dorados, había uno de los raros grabados del club Hell-Fire, en los cuales cada figura representada esboza un gesto de significado escatológico o mágico. En lo alto, uniendo las paredes con el techo, había un friso de escayola de urnas y festones de flores tallados en relieve, interrumpido a intervalos por los capiteles de las pilastras estriadas que enmarcaban las ventanas y las altas puertas dobles, estas últimas delicadamente talladas con un diseño que presentaba la rosa de los Tudor entretejida con una cinta.

La araña de luces central, una cascada de lágrimas de cristal rematadas por anchas cestas de cuentas de cuarzo, destellaba cálidamente sobre los manteles de damasco y los servicios de plata estilo Jorge IV. Abajo, en el centro de cada mesa, los candelabros de tres brazos difundían la dorada luz de sus velas, cada una de ellas protegida por una pantalla de seda roja, de modo que los rostros de los comensales brillaban con una calidez jovial que disimulaba la ocasional mirada gélida de unos

ojos o el mohín cruel de una boca.

Mientras Bond absorbía la cálida elegancia de la escena, algunos grupos comenzaron a separarse. Se produjo un movimiento hacia las puertas, acompañado del intercambio de retos, apuestas adicionales y exhortaciones a que los rezagados se apresuraran y pusieran manos a la obra. Sir Hugo Drax, con su velludo rostro arrebolado brillante de expectación, se encaminó hacia ellos, seguido de Meyer.

—Bueno, caballeros —dijo con tono jovial al llegar a la mesa—, ¿están los corderos preparados para la matanza y los gansos listos para el desplume? —Sonrió y, con gesto muy gráfico, se pasó un dedo por la garganta.— Nos adelantaremos para colocar el hacha en la cesta. ¿Ya han hecho testamento?

—Estaremos con ustedes dentro de un momento —respondió M con evidente irritación—. Vayan pasando y empiecen a marcar las cartas.

Drax se echó a reír.

—No necesitaremos ninguna ayuda artificial —declaró—. No tarden mucho.

Dio media vuelta y se encaminó hacia la puerta. Meyer les dedicó una sonrisa incierta y lo siguió.

M profirió un gruñido.

—Tomaremos el café y el coñac en la sala de juego —le dijo a Bond—. Aquí no se puede fumar. Bueno, ¿algún plan de última hora?

—Tengo que engordarlo para la matanza, así que, por favor, no se preocupe si parece que me estoy emborrachando —le advirtió Bond—. Sólo tendremos que limitarnos a jugar normalmente hasta que llegue el momento. Cuando le toque repartir a él, deberemos tener cuidado. Por supuesto, no puede alterar las cartas, y no existe ninguna razón para que no pueda darnos una buena mano, pero será inevitable que consiga algunos golpes notables. ¿Le importa que me siente a la izquierda de Drax?

—No —replicó M—. ¿Algo más?

Bond pensó por un momento.

—Sólo una cosa, señor —respondió—. Cuando llegue el momento, me sacaré un pañuelo blanco del bolsillo de la chaqueta. Eso significará que usted está a punto de recibir una mano en la que no hay ninguna carta superior a nueve. ¿Querrá dejar entonces la declaración de esa mano a mi cargo?

Capítulo 6

Cartas con un extraño

Drax y Meyer estaban esperándolos. Se encontraban retrepados en las sillas fumando cigarros Cabinet Havana.

En las pequeñas mesas que tenían junto a sí, había café y grandes copas balón de coñac. Cuando M y Bond se acercaron, Drax estaba rompiendo el envoltorio de papel de una baraja nueva. La otra estaba abierta en abanico sobre el tapete verde, ante él.

—Ah, aquí están —dijo Drax.

Se inclinó, hizo un corte y mostró la carta. Los demás lo imitaron. Drax ganó por corte y eligió quedarse donde estaba y jugar con la baraja roja.

Bond se sentó a la izquierda de Drax.

M llamó a un camarero que pasaba.

—Café y el coñac del club —pidió.

Luego sacó un cigarro fino y le ofreció otro a Bond, que aceptó. A continuación cogió la baraja roja y comenzó a mezclarla.

—¿Apuestas? —preguntó Drax, mirando a M—. ¿Uno y uno? ¿O más? No me importa acomodarme a sus deseos hasta cinco y cinco.

—Uno y uno será suficiente para mí —respondió M—. ¿James?...

Drax intervino.

—Supongo que su invitado sabe dónde va a meterse, ¿no? —preguntó con mordacidad.

Bond respondió por M.

—Sí —fue su breve réplica. Le sonrió a Drax—. Y esta noche me siento bastante generoso. ¿Cuánto le gustaría ganarme?

—Hasta el último penique que tenga —anunció Drax con tono alegre—. ¿Cuánto puede permitirse?

—Ya le avisaré cuando se acabe —le aseguró Bond. De pronto, decidió ser implacable—. Dice usted que su límite es cinco y cinco. Bien, apostemos eso.

Casi antes de que las palabras salieran de su boca, se arrepintió de pronunciarlas. ¡Cincuenta libras los cien puntos! ¡Quinientas libras de apuestas adicionales! Cuatro partidas malas supondrían perder el doble de sus ingresos anuales. Si algo salía mal, quedaría como un estúpido consumado. Tendría que pedirle prestado a M, y éste no era un hombre particularmente rico. De pronto se dio cuenta de que aquel ridículo juego podía acabar convirtiéndose en un lío muy feo. Percibió el cosquilleo del sudor en la frente. La condenada bencedrina. ¡Y que precisamente él hubiera picado ante un bastardo bocazas vocinglero como Drax! Y ni siquiera estaba trabajando. Toda la velada era algo así como una pantomima social que para él significaba menos que nada. Incluso M se había visto metido en aquello por casualidad. Y de repente, él se

dejaba arrastrar a un duelo con aquel multimillonario, a apostar literalmente todo su peculio, por la sencilla razón de que el tipo tenía unos modales que daban asco y quería darle una lección. ¿Y suponiendo que la lección no saliera bien? Se maldijo por aquel impulso que habría parecido impensable en un momento anterior del día. ¡El *champagne* y la benedrina! Nunca más.

Drax lo contemplaba con sarcástica incredulidad. Se volvió a mirar a M, que continuaba barajando con despreocupación.

—Supongo que su invitado mantiene sus compromisos —comentó. Aquello era imperdonable.

Bond vio cómo la sangre ascendía por el cuello hasta el rostro de M. Éste dejó de mezclar por un instante. Cuando volvió a moverse, Bond advirtió que tenía las manos muy firmes. M alzó la vista y se quitó el cigarro con gesto muy deliberado de entre los dientes. Habló con una voz completamente controlada.

—Si lo que pregunta es si «yo mantengo los compromisos de mis invitados» —replicó con calma—, la respuesta es sí.

Cortó la baraja para Drax con la mano izquierda y con la derecha le dio unos golpecitos al cigarro para desprenderle la ceniza, que cayó en el cenicero de cobre que había en un extremo de la mesa. Bond oyó el débil siseo de la ceniza caliente al tocar el agua.

Drax miró a M de reojo. Cogió las cartas.

—Por supuesto, por supuesto —se apresuró a intervenir—. No quería decir... —Dejó la frase sin acabar y se volvió hacia Bond.— Muy bien, pues —declaró, mirándolo con bastante curiosidad—. Que sean cinco y cinco.

»Meyer —dijo al tiempo que miraba a su compañero—, ¿cuánto quieres apostar tú? Puedes superar con seis y seis.

—Uno y uno es suficiente para mí, Hugger —replicó Meyer con tono de disculpa—. A menos que tú quieras que apueste algo más —añadió, mirando a su compañero con ansiedad.

—Por supuesto que no —replicó Drax—. A mi me gusta jugar fuerte. Generalmente nunca tengo suficiente. Muy bien —anunció mientras comenzaba a repartir—, allá vamos.

Y de repente, a Bond no le importó haber apostado tanto. De pronto, lo único que quería era darle a aquel peludo simio la lección de su vida, causarle una conmoción que le hiciera recordar esta noche durante el resto de sus días, recordar a Bond, recordar a M, recordar la última ocasión que tendría de hacer trampas en el Blades, recordar la hora que era, el tiempo que hacía afuera, lo que había tomado para cenar.

A pesar de toda su importancia, Bond había olvidado el *Moonraker*. Aquello era un asunto personal entre dos hombres.

Mientras observaba la mirada de Drax hacia la pitillera que estaba entre sus

manos y sentía cómo la fría memoria retenía los valores de las cartas a medida que pasaban por encima de la plateada superficie, Bond despejó su mente de cualquier pesar, se absolvió a sí mismo de toda culpa por lo que pudiera suceder y centró la atención en el juego. Se sentó más cómodamente en la silla y descansó las manos en los posabrazos acolchados. Luego se quitó el fino cigarro de entre los dientes, lo dejó en el bruñido borde del cenicero de cobre que tenía al lado y cogió la taza de café. Era muy fuerte. Vació la taza y cogió la copa balón con su generosa ración de pálido coñac. Mientras lo probaba, y luego paladeaba un sorbo mayor, miró a M por encima del borde de la copa. M posó sus ojos en los de él y sonrió ligeramente.

—Espero que le guste —comentó—. Procede de una de las haciendas que tiene la familia Rothschild en Cognac. Hace unos cien años, un miembro de la familia nos legó un barril anual en perpetuidad. Durante la guerra, escondieron cada año el barril que nos estaba asignado, y en 1945 nos enviaron todo el lote. Desde entonces, hemos estado bebiendo copas dobles. Bueno —agregó, mientras recogía sus cartas—, ahora tendremos que concentrarnos.

Bond recogió las suyas. Era una mano promedio. Apenas dos bazas y media rápidas, con los palos distribuidos equitativamente. Cogió su cigarro, lo chupó por última vez y luego lo apagó en el cenicero.

—Tres tréboles —dijo Drax.

Bond pasó.

Cuatro tréboles de Meyer.

M pasó.

«Hum —se dijo Bond—, esta vez no le han tocado del todo las cartas para un anuncio a nivel de manga. Anuncio obstructivo: sabe que su compañero lleva juego para darle un apoyo simple. Puede que M tenga un anuncio bueno. Podríamos tener todos los corazones entre los dos, por ejemplo. Pero M no conseguirá anunciar. Presumiblemente harán cuatro tréboles.»

Y los hicieron, con la ayuda de una *finess* a Bond. Resultó que M no tenía ningún corazón, pero sí palo largo de diamantes, del que faltaba sólo el rey, que estaba en la mano de Meyer y habría sido capturado. Drax no tenía ni con mucho un palo lo bastante largo para una declaración de tres. Meyer llevaba el resto de los tréboles.

«De todas formas —pensó mientras repartía la mano siguiente—, hemos tenido suerte de escapar sin un anuncio a nivel de manga.»

Su buena suerte continuó. Bond abrió con uno sin triunfo, que M aumentó hasta tres, y lo consiguieron con una baza de más. Cuando repartió Meyer, bajaron a cinco diamantes, pero a la mano siguiente M abrió con cuatro picas, y los tres triunfos bajos de Bond y un rey y una reina de la defensa fue todo lo que M necesitó para cumplir el contrato.

La primera partida a favor de M y Bond. Drax parecía molesto. Había perdido

novecientas libras en la partida y las cartas parecían estar contra él.

—¿Continuamos sin más? —preguntó—. No tiene sentido cortar para decidir quién reparte.

Le sonrió a Bond. En la mente de uno y otro había el mismo pensamiento. Así que Drax no quería perder el turno de dar cartas. Bond se encogió de hombros.

—No tengo objeción —accedió M—. Estas posiciones parecen irnos de maravilla a nosotros.

—Hasta ahora —precisó Drax, con aspecto algo más alegre.

Y con razón. En la mano siguiente, él y Meyer cerraron el contrato e hicieron un pequeño slam de picas que requirió dos espeluznantes *finesses*, ambas realizadas a la perfección por Drax, después de una buena cantidad de pantomimas, tosecillas y carraspeos, además de sonoros comentarios acerca de su buena suerte.

—¡Hugger, eres maravilloso! —declaró Meyer, servil—. ¿Cómo demonios lo haces?

Bond creyó que ya era hora de sembrar una semillita.

—Memoria —dijo.

Drax se volvió bruscamente a mirarlo.

—¿Qué quiere decir con eso de memoria? —preguntó—. ¿Qué tiene que ver eso con tomar una *finess*?

—Iba a añadir: «y sentido de las cartas» —replicó Bond, afable—. Son las dos cualidades de los grandes jugadores de cartas.

—Ah —dijo Drax con lentitud—. Sí, ya veo.

Cortó las cartas para Bond, y mientras éste repartía podía sentir los ojos del otro hombre que lo examinaban con atención.

La partida continuó sin interrupciones. Las cartas se negaban a ponerse emocionantes, y nadie parecía decidirse a correr riesgos. M dobló a Meyer en una incauta oferta de cuatro picas, y lo pilló vulnerable en dos bazas de menos, pero a la mano siguiente Drax acabó con un contrato de tres sin triunfo. Bond perdió todas las ganancias de la primera partida, y un poco más.

—¿Alguien quiere una copa? —preguntó M mientras cortaba las cartas para que repartiera Drax al comenzar la tercera partida—. ¿Un poco más de *champagne*, James? La segunda botella siempre sabe mejor.

—Sí, me encantaría —respondió Bond.

Llegó el camarero. Los demás pidieron whisky con soda.

Drax se volvió a mirar a Bond.

—Esta partida necesita un poco de animación. Le apuesto cien a que ganamos esta mano.

Había acabado de repartir y las cartas se apilaban en montones perfectos sobre la mesa.

Bond lo miró. El ojo lesionado lo contemplaba con roja ferocidad. El otro era frío, duro y desdeñoso. Había gotas de sudor a ambos lados de la nariz, grande y ganchuda.

Bond se preguntó si le estaba lanzando un anzuelo para ver si sospechaba del que había repartido las cartas. Decidió dejar al hombre con la duda. Eran cien libras tiradas a la basura, pero eso le daría una excusa para subir las apuestas más tarde.

—¿Habiendo dado usted? —preguntó con una sonrisa—. Bueno... —Sopesó unas probabilidades imaginarias.— Sí. De acuerdo. —Pareció ocurrírsele una idea.— Y lo mismo para la mano siguiente, si quiere —añadió.

—De acuerdo, de acuerdo —respondió Drax con impaciencia—. Si quiere echar la sogá tras el caldero...

—Parece estar muy seguro respecto a esta mano —comentó Bond con indiferencia.

Recogió sus cartas. Eran muy malas, y no tuvo respuesta para la apertura uno sin triunfo de Drax, excepto doblarla. El farol no surtió efecto en el compañero de Drax. Meyer dijo:

—Dos sin triunfo.

Y Bond se sintió aliviado cuando M, que no tenía ningún palo largo, dijo:

—Paso.

Drax lo dejó en dos sin triunfo y cumplió el contrato.

—Gracias —dijo con regodeo, y anotó cuidadosamente los puntos—. Ahora veamos si puede recuperarlas.

Para su irritación, Bond no pudo hacerlo. Las cartas continuaban a favor de Meyer y Drax, quienes hicieron tres corazones y ganaron la partida.

Drax se sentía satisfecho de sí mismo. Bebió un largo sorbo de su whisky con soda y se enjugó la cara con el pañuelo de hierbas.

—Dios está del lado de los grandes batallones —declaró con jovialidad—. No basta con tener cartas, además hay que jugarlas. ¿Quiere más o ya ha tenido suficiente?

El *champagne* de Bond ya había llegado y se encontraba en el cubo plateado, junto al cual, sobre la mesita accesoria, había una copa casi llena. Bond la cogió y la vació de un trago, como si quisiera infundirse coraje con el alcohol. Luego volvió a llenarla.

—De acuerdo —declaró con voz pastosa—, cien en las dos manos siguientes.

Y puntualmente las perdió las dos y la partida.

De pronto, Bond se dio cuenta de que ya había perdido mil quinientas libras. Bebió otra copa de *champagne*.

—Nos ahorraremos problemas si doblamos las apuestas en la partida siguiente —declaró con bastante imprudencia—. ¿Le parece bien?

Drax había repartido y estaba mirando sus cartas. Tenía los labios húmedos de expectación. Miró a Bond, que parecía tener dificultades para encender un cigarrillo.

—Hecho —dijo con presteza—. Cien libras los cien puntos y mil libras la partida. —Entonces pensó que podía permitirse un toque de deportividad, ya que, de todos modos, Bond difícilmente podría cancelar la apuesta.— Pero le advierto que tengo una buena mano —añadió—. ¿Quiere continuar adelante?

—Por supuesto, por supuesto —replicó Bond mientras recogía las cartas con torpeza—. He hecho la apuesta, ¿verdad?

—De acuerdo —respondió Drax con satisfacción—. Tres sin triunfo por este lado.

Hizo cuatro.

Luego, para alivio de Bond, las cartas cambiaron. Bond declaró e hizo un pequeño slam en corazones, y a la mano siguiente M acabó con tres sin triunfo.

Bond le dedicó una alegre sonrisa al sudoroso rostro. Drax se mordía las uñas con enojo.

—Los grandes batallones... —comentó Bond, frotándose por las narices.

Drax gruñó algo y se dedicó a anotar las puntuaciones.

Bond miró a M, quien, con evidente satisfacción por la marcha del juego, estaba acercando una cerilla al segundo cigarro de la noche, lo que suponía un auténtico desenfreno en él.

—Me temo que ésta tendrá que ser mi última partida —comentó Bond—. Tengo que levantarme temprano. Espero que me disculpen.

M miró su reloj.

—Ya es más de medianoche —dijo—. ¿Qué me dice usted, Meyer?

Meyer, que había sido un comensal silencioso durante casi toda la noche, y que tenía el aspecto de un hombre atrapado en una jaula con dos tigres, pareció aliviado de que le ofrecieran la oportunidad de escapar. Aprovechó al vuelo la idea de regresar a su tranquilo apartamento de Albany y a la tranquilizadora compañía de su colección de cajas de rapé de Battersea.

—A mí me parece muy bien, almirante —se apresuró a decir—. ¿Y tú qué dices, Hugger? ¿Tienes sueño?

Drax hizo caso omiso de él. Alzó los ojos de la hoja de puntuación para mirar a Bond. Advirtió los signos de borrachera. La frente húmeda, el mechón de pelo negro que colgaba al desgaire sobre la ceja derecha, el brillo del alcohol en los ojos azul grisáceos.

—El balance es bastante mísero de momento —comentó—. Calculo que van ganando ustedes por un par de cientos más o menos. Por supuesto, si quiere huir de la partida, puede hacerlo. Pero ¿qué le parecerían algunos fuegos artificiales para acabar? ¿Triplicamos las apuestas en la última partida? ¿Quince y quince? Partida

histórica. ¿Lo acepta?

Bond lo miró. Esperó un poco antes de responder. Quería que Drax recordara cada detalle de esta última partida, cada palabra que se dijera, cada gesto que se hiciera.

—Bueno —insistió Drax con impaciencia—, ¿qué me dice?

Bond miró al frío ojo izquierdo rodeado por el rostro arrebolado. Le habló sólo a él.

—Ciento cincuenta libras los cien puntos y mil quinientas la partida —asintió con claridad—. Acepto.

Capítulo 7

La rapidez de la mano

En la mesa se produjo un momento de silencio. Fue roto por la agitada voz de Meyer.

—Y yo digo —comenzó con ansiedad— que no me incluyas en esto, Hugger.

Sabía que era una apuesta privada con Bond, pero quería demostrarle a Drax que estaba muy nervioso por todo aquel asunto. Se veía a sí mismo cometiendo algún terrible error que le costaría muchísimo dinero a su compañero de juego.

—No seas ridículo, Max —respondió Drax con aspereza—. Tú juega tu mano. Esto no tiene nada que ver contigo. No es más que una agradable apuestita con nuestro temerario amigo. Vamos, vamos. Me toca dar a mí, almirante.

M cortó y el juego comenzó.

Bond encendió un cigarrillo con unas manos de pronto muy firmes. Tenía la mente despejada. Sabía con total exactitud lo que debía hacer y cuándo, y se alegraba de que hubiese llegado el momento de la decisión.

Se retrepó en la silla, y durante un momento tuvo la sensación de que tenía una multitud detrás de sí, pegada a su espalda, y que muchos rostros se asomaban por encima de él, esperando para ver sus cartas. De alguna forma, sintió que los fantasmas eran amistosos, que aprobaban el brutal acto de justicia que estaba a punto de ejecutar.

Sonrió al sorprenderse enviándole un mensaje a su compañía de jugadores muertos, para decirles que debían encargarse de que todo saliera bien.

El ruido de fondo de la famosa sala de juego interrumpió sus pensamientos. Miró en torno. En el centro de la sala alargada, debajo de la araña de luces central, había varios mirones en torno a la partida de poker. «Subo cien.» «Y cien.» «Y cien.» «Maldito sea. Las veo», y un grito de triunfo seguido de un alboroto de comentarios. A lo lejos podía oír el golpeteo del rastrillo del crupier contra las fichas en la mesa de Shemmy. Más cerca de él, en su lado de la sala, había otras tres mesas de bridge desde las que se alzaba el humo de cigarros y cigarrillos hacia el techo abovedado.

Casi cada noche durante más de ciento cincuenta años, se había representado la misma escena, reflexionó, en esta sala famosa. Los mismos gritos de victoria y derrota, las mismas caras de concentración, el mismo aroma a tabaco y dramatismo. Para Bond, que adoraba el juego, aquel era el espectáculo más emocionante del mundo. Echó una última ojeada para fijarlo todo en la memoria y luego dedicó su atención a su mesa.

Recogió las cartas y le brillaron los ojos. Por primera vez, cuando repartía Drax, le había tocado una mano excelente: siete picas con los cuatro honores más altos, el as de corazones, y el as y el rey de diamantes. Miró a Drax. ¿Tendrían él y Meyer los tréboles? A pesar de ello, Bond sobreanunciaría. ¿Intentaría Drax forzar demasiado

alto y arriesgarse a un doblo? Bond aguardó.

—Paso —declaró Drax, incapaz de no denotar en su voz la amargura que sentía al conocer las cartas que tenía Bond.

—Cuatro picas —dijo Bond.

Meyer pasó; M también; Drax volvió a pasar, de mala gana.

M le prestó alguna ayuda e hicieron cinco.

Ciento cincuenta puntos anotados debajo de la línea. Cien anotados sobre la línea por los honores.

Alguien carraspeó junto a Bond. Éste alzó la mirada. Era Basildon. Su partida había concluido y se había acercado para ver qué estaba sucediendo en aquel particular campo de batalla.

Cogió la hoja de puntuación de Bond y la miró.

—Esta mano ha sido arrolladora —comentó con prudencia—. Parece que de momento son ustedes los campeones. ¿En cuánto están las apuestas?

Bond dejó que respondiera Drax. Se alegraba por aquella distracción. No podía haber sido más oportuna. Drax había cortado la baraja azul para que él repartiera. Reunió las dos mitades y colocó el mazo ante sí, cerca del borde de la mesa.

—Quince y quince. La hizo el de mi izquierda —informó Drax.

Bond oyó que Basildon inspiraba bruscamente.

—El amigo parece querer apostar fuerte, así que me he acomodado a sus deseos. Y ahora va y le entran todas las cartas...

Drax continuó refunfuñando.

Desde el otro lado de la mesa, M vio que en la mano derecha de Bond se materializaba un pañuelo blanco. Los ojos de M se entrecerraron. Bond pareció enjugarse el rostro con él. M vio que dirigía una mirada vigilante a Drax y Meyer, y luego el pañuelo volvió a desaparecer en su bolsillo.

En las manos de Bond había un mazo azul. Comenzó a dar cartas.

—Esa apuesta es extraordinaria —comentó Basildon—. En una ocasión tuvimos una apuesta adicional de mil libras por una manga de bridge. Pero eso sucedió en la sala de juego antes de la guerra del catorce al dieciocho. Espero que nadie resulte herido.

Lo decía en serio. Las apuestas muy altas en las partidas privadas generalmente originaban problemas. Rodeó la mesa y se detuvo detrás de M y Drax.

Bond acabó de repartir. Con un toque de ansiedad, cogió sus cartas.

No tenía nada más que cinco tréboles incluidos el as, la reina y el diez, y ocho diamantes pequeños incluida la reina.

Estaba bien. La trampa estaba preparada.

Casi pudo sentir cómo Drax se tensaba al pasar las cartas con el pulgar y luego, incrédulo, volvía a pasarlas. Bond sabía que Drax tenía una mano increíblemente

buena. Diez bazas seguras con el as y el rey de diamantes, los cuatro honores más altos de picas, los cuatro honores más altos de corazones, y el rey, el valet y el nueve de tréboles.

Bond se lo había asignado... en la oficina del secretario, antes de la cena.

Bond esperó, preguntándose cómo reaccionaría Drax ante aquella mano formidable. Dedicó un interés casi cruel a observar cómo el codicioso pececillo iba hacia la carnada.

Drax superó sus expectativas.

Con gesto casual, reunió las cartas y las dejó sobre la mesa. Indiferente, sacó la caja de cigarrillos del bolsillo, cogió uno y lo encendió. No miró a Bond. Alzó la vista hacia Basildon.

—Sí —dijo, continuando la conversación acerca de las apuestas—. Es una apuesta alta, pero no la más alta de mi vida. Una vez aposté dos mil por la partida en El Cairo. En el Mahomet Ali, concretamente. Allí tienen auténticas agallas. A menudo apuestan por cada baza, además de por el juego y la partida. Veamos —cogió las cartas y le echó una mirada furtiva a Bond—, Tengo buenas cartas, lo admito. Pero también puede tenerlas usted, por lo que yo sé. —«Improbable, viejo tiburón», pensó Bond, «cuando tienes tres de las parejas as-rey reyes en la mano.»— ¿Le apetece apostar algo más sólo esta mano?

Bond hizo como si estudiara sus cartas con el detenimiento de alguien que empieza a estar muy borracho.

—También yo tengo una mano prometedora —declaró con voz pastosa—. Si las de mi compañero de juego ligan y las cartas están en buen lugar, podría hacer muchas bazas. ¿Qué sugiere?

—Da la impresión de que estamos bastante igualados —mintió Drax—. ¿Qué le parece a cien la baza? Por lo que dice de sus cartas, no debería resultarle muy gravoso.

Bond asumió un aspecto muy pensativo y bastante confuso. Echó otra cuidadosa mirada a sus cartas, pasándolas una a una.

—De acuerdo —dijo—. Acepto. Y, francamente, usted me ha hecho apostar. Es obvio que tiene una mano muy buena, así que debo hacerlo enmudecer y arriesgarme. —Dirigió a M una mirada turbia.— Pagaré sus pérdidas por ésta, compañero —declaró—. Allá vamos. Eh..., siete tréboles.

En el silencio mortal que siguió, Basildon, que había visto las cartas de Drax, se sobresaltó de tal forma que se le cayó el whisky con soda al suelo. Miró con aturdimiento el vaso roto y lo dejó donde estaba.

—¿Qué? —preguntó Drax con voz sobresaltada, y volvió a mirar sus cartas rápidamente, para asegurarse—. ¿Ha dicho gran slam en tréboles? —quiso asegurarse, mirando con curiosidad a su obviamente borracho contrincante—. Bueno,

es su funeral. ¿Qué dices tú, Max?

—Paso —respondió Meyer.

El compañero de Drax sentía en el aire la electricidad de esa crisis que precisamente había deseado evitar. ¿Por qué diablos no se había ido a casa antes de la última partida? Gimió para sus adentros.

—Paso —declaró M, al parecer imperturbable.

—Doblo.

La palabra había salido con malevolencia de los labios de Drax. Puso las cartas sobre la mesa y miró con crueldad y desprecio a aquel zoquete achispado que al final, inexplicablemente, había caído en sus manos.

—¿Eso significa que dobla también las apuestas adicionales?

—Sí —respondió Drax, codicioso—. Sí, eso he querido decir.

—Muy bien —respondió Bond. Hizo una pausa. Miró a Drax y no las cartas que tenía en la mano—. Redoblo. El contrato y las apuestas adicionales. Cuatrocientas la baza en la apuesta adicional.

Fue en ese momento cuando el primer atisbo de una terrible, increíble duda se abrió paso en la mente de Drax. Pero volvió a mirar sus cartas y una vez más se tranquilizó. En el peor de los casos, era imposible que no hiciera dos bazas.

—Paso —murmuró Meyer.

—Paso —dijo M con la voz algo ahogada.

Drax respondió moviendo la cabeza con impaciencia.

Basildon permanecía de pie, con el semblante muy pálido, mirando a Bond con atención concentrada.

Luego caminó lentamente en torno a la mesa, examinando todas las manos. Lo que vio fue esto:

	Bond	
	Picas: -	
	Corazones: -	
	Diamantes: Q, 8, 7, 6, 5, 4, 3, 2,	
	Treboles: A, Q, 10, 8, 4	
Drax		Meyer
Picas: 6, 5, 4, 3, 2,		Picas: A, K, Q, J
Corazones: 10, 9, 8, 7, 2,		Corazones: A, K, Q, J
Diamantes: J, 10, 9,		Diamantes: A, K
Treboles: -		Treboles: K, J,
	M	
	Picas: 10, 9, 8, 7	
	Corazones: 6, 5, 4, 3	
	Diamantes: -	
	Treboles: 7, 6, 5, 3, 2	

Y de pronto Basildon lo comprendió. Era un gran slam preparado por Bond contra

toda defensa. Con independencia de la carta con que abriera Meyer, Bond tendría que llevárselo con un triunfo de su propia mano o de las cartas del muerto. Luego, entre arrastres de triunfos, haciendo *finess* contra Drax, por supuesto, jugaría dos rondas de diamantes, triunfándolos con las cartas del muerto y llevándose el as y el rey de Drax en el proceso. Después de cinco bazas, quedaría con los triunfos restantes en la mano y seis diamantes ganadores. Los ases y reyes de Drax carecerían por completo de valor.

Era un auténtico asesinato.

Basildon, casi en trance, siguió contorneando la mesa y se detuvo entre M y Meyer para poder observar los rostros de Drax y Bond. Su semblante estaba impasible, pero las manos, que se había metido en los bolsillos del pantalón para que no lo delataran, le sudaban. Aguardó, casi atemorizado, el terrible castigo que Drax estaba a punto de recibir: trece latigazos diferentes cuyas cicatrices jamás se borrarían en un jugador de cartas.

—Vamos, vamos —dijo Drax con impaciencia—. Abre con algo, Max. No podemos estar aquí toda la noche.

«Pobre estúpido —pensó Basildon—. Dentro de diez minutos desearás que Meyer se hubiera muerto en la silla antes de poder jugar su carta de apertura.»

De hecho, parecía que Meyer podría sufrir un infarto en cualquier momento. Estaba pálido como un cadáver, y el sudorle goteaba desde el mentón sobre la pechera de la camisa. Por lo que sabía, su primera carta podría ser un desastre.

Al fin, razonando que Bond podría tener un fallo en sus propios palos largos, picas y corazones, abrió con un valet de diamantes.

No cambiaba nada lo que echara, pero cuando la mano de M quedó a la vista sobre la mesa mostrando fallo en diamantes, Drax le gruñó a su pareja de juego.

—¿No tienes nada más, condenado estúpido? ¿Quieres entregársela en bandeja? ¿Del lado de quién estás?

Meyer se empequeñeció.

—Era lo mejor que podía echar, Hugger —replicó con desaliento mientras se enjugaba la cara con un pañuelo.

Pero, a esas alturas, Drax tenía sus propias preocupaciones.

Bond jugó un triunfo del muerto, llevándose el rey de diamantes de Drax, y de inmediato abrió con un trébol. Drax jugó su nueve y Bond se lo llevó con su diez, y abrió con diamantes, echó luego un triunfo del muerto y se llevó el as de Drax. Otro trébol del muerto se llevó el valet de su contrincante.

Luego jugó el as de trébol.

Cuando Drax entregaba su rey, empezó a intuir lo que podría estar sucediendo. Entrecerró los ojos y miró a Bond con ansiedad, en temerosa espera de la carta siguiente. ¿Tenía Bond los diamantes? ¿No los tendría retenidos Meyer? A fin de

cuentas, había abierto con ellos. Drax esperó; sus cartas estaban resbaladizas de sudor.

Morphy, el jugador de ajedrez, tenía un hábito terrible. Sólo alzaba la vista del tablero cuando sabía que su adversario no podría evitar la derrota. Entonces levantaba con lentitud su gran cabeza y observaba con curiosidad al hombre que tenía frente a sí. El adversario percibía la mirada y, con lentitud, humildemente, alzaba los ojos para mirar los de Morphy. En ese momento sabía que no tenía sentido continuar la partida. Los ojos de Morphy así lo decían. No quedaba otra alternativa que el abandono.

Ahora, al igual que Morphy, Bond alzó la cabeza y miró a Drax directamente a los ojos. Luego sacó con lentitud la reina de diamantes y la colocó sobre la mesa. Sin esperar a que Meyer jugara, echó detrás, con movimientos deliberadamente lentos, el 8, el 7, el 6, el 5, el 4 de diamantes y los dos tréboles ganadores.

Luego habló:

—Eso es todo, Drax.

Lo dijo en voz baja, y a continuación se retrepó lentamente en la silla.

La reacción de Drax fue lanzarse adelante y arrancarle a Meyer las cartas de las manos. Las dejó boca arriba sobre la mesa y revolvió entre ellas en busca de una posible ganadora.

Luego se las arrojó de vuelta a su compañero por encima del tapete.

Tenía el semblante blanco como el de un muerto, pero sus ojos miraban con roja ferocidad a Bond. De pronto, alzó un puño cerrado y lo estrelló contra la mesa entre la pila de ases, reyes y reinas impotentes que tenía ante sí.

Con voz muy baja, le escupió las palabras a Bond:

—Es usted un tram...

—Ya basta, Drax. —La voz de Basildon atravesó la mesa como un latigazo.— Nada de hablar así en esta sala. He estado observando todo el juego. Pague. Si tiene alguna queja, preséntela por escrito ante la junta.

Drax se puso lentamente de pie. Se apartó de la mesa y se pasó una mano por los rojos cabellos húmedos. El color volvió a su cara, y con él una expresión de astucia. Cuando bajó la mirada hacia Bond, en su ojo sano había un triunfo desdeñoso que a Bond le resultó curiosamente inquietante.

Se volvió a mirar a los que rodeaban la mesa.

—Buenas noches, caballeros —dijo, mirando a cada uno con la misma expresión extrañamente despreciativa—. Debo unas quince mil libras. Aceptaré la suma que calcule Meyer.

Se inclinó y recogió su pitillera y su encendedor.

Luego volvió a mirar a Bond y habló en voz muy baja, mientras el bigote se elevaba con lentitud sobre los dientes superiores desviados.

—Si fuera usted, me gastaría ese dinero con rapidez, capitán de fragata Bond —
dijo.

Luego le volvió la espalda a la mesa y abandonó muy erguido la sala.

Segunda parte
MARTES, MIÉRCOLES

Capítulo 8

El teléfono rojo

A pesar de que se había acostado a las dos de la madrugada, Bond entró puntualmente en el cuartel general a las diez de la mañana siguiente. Se sentía fatal. Además de tener acidez y el hígado dolorido como resultado de haber bebido dos botellas enteras de *champagne*, experimentaba una pizca de melancolía y desánimo que eran en parte los efectos secundarios de la bencedrina, y en parte la reacción a la dramática situación de la noche anterior.

Cuando subía en el ascensor hacia otro día rutinario, aún sentía el sabor amargo de las horas de medianoche.

Después de que Meyer se hubiese escabullido hacia su casa, agradecido, Bond había sacado las dos barajas de sus bolsillos y las había depositado sobre la mesa ante Basildon y M. Uno era el mazo azul que Drax había cortado para que repartiera Bond, y que él se había guardado para sustituirlo por la baraja preparada que tenía en el bolsillo derecho, maniobra que cubrió con el pañuelo. El otro era el mazo rojo preparado que llevaba en el izquierdo, y que no había necesitado.

Abrió las cartas sobre la mesa y les mostró a M y Basildon que habría producido el mismo gran slam imprevisto con que había derrotado a Drax.

—Es una famosa mano Culbertson^[25] —les explicó—. La usó para reírse de sus propias convenciones de baza rápida. Tuve que preparar una baraja azul y otra roja. No podía saber con qué color iba a repartir.

—Bueno, hay que decir que ha salido bien —comentó Basildon, agradecido—. Espero que Drax sume dos más dos y se mantenga apartado del juego, o juegue limpio según su suerte. Ha sido una noche muy costosa para él. No discutamos sobre sus ganancias —añadió—. Esta noche nos ha hecho un gran favor a todos, en particular a Drax. Las cosas habrían podido salir mal. Y entonces hubieran sido sus propios dedos los que se habría pillado. El cheque le llegará el sábado.

Se habían deseado las buenas noches y Bond, de mal humor y un tanto decepcionado, se había ido a casa. Se tomó un somnífero suave para intentar despejarse la mente de los acontecimientos grotescos de la noche y prepararse para la mañana y el trabajo de la oficina. Antes de quedarse dormido reflexionó, como había hecho tan a menudo en otros momentos de triunfo ante la mesa de juego, que las ganancias para el ganador eran siempre inferiores a las pérdidas para el perdedor.

Cuando cerró la puerta tras de sí, Loelia Ponsonby miró con curiosidad las sombras oscuras que tenía bajo los ojos. El advirtió la mirada, como ella había pretendido.

Le sonrió.

—En parte trabajo y en parte juego —explicó—. En compañía estrictamente masculina —añadió—. Y muchas gracias por la bencedrina. La verdad es que la necesitaba con desesperación. Espero que no te haya estropeado la velada.

—Por supuesto que no —replicó ella, pensando en la cena y el libro prestado de la biblioteca que había abandonado cuando la telefoneó Bond. Miró su libreta de taquigrafía—. El jefe de Estado Mayor ha llamado hace una media hora, para decir que M quería verte hoy. No ha podido concretar a qué hora. Le he dicho que a las tres tenías combate sin armas, y me ha pedido que lo cancelara. Eso es todo, excepto las carpetas que quedaron pendientes de ayer.

—Gracias al cielo —comentó Bond—. Hoy no podría haber resistido que ese condenado tipo de los comandos me arrojara de un lado para otro. ¿Alguna noticia de 008?

—Sí —respondió ella—. Dicen que está bastante bien. Lo han trasladado al hospital militar de Wahnerheide. Al parecer sólo sufre un *shock*.

Bond sabía lo que podía significar la palabra «*shock*» en su profesión.

—Me alegro.

Lo dijo sin convicción. Luego sonrió a Loelia, entró en su oficina y cerró la puerta.

Rodeó con decisión su escritorio hasta la silla, se sentó y atrajo el primer expediente hacia sí. El lunes ya había pasado.

Hoy era martes. Un nuevo día. Cerrando su mente al dolor de cabeza y a los pensamientos sobre la noche pasada, encendió un cigarrillo y abrió la carpeta marrón que tenía estampada la estrella roja de alto secreto. Era un memorando de la oficina del oficial jefe de prevención de la brigada de aduanas de Estados Unidos y se titulaba *El inspectoscopio*.

Enfocó la vista.

«El inspectoscopio —leyó— es un instrumento que utiliza principios fluoroscópicos para la detección de contrabando. Lo fabrica la Sicular Inspectoscope Company, de San Francisco, y es muy usado en las prisiones estadounidenses para la detección secreta de objetos de metal ocultos entre la ropa o en la persona de los criminales y de los visitantes de las prisiones. También se emplea para la detección de CID (compra ilícita de diamantes) y contrabando de diamantes en los campos de gemas de África y Brasil. El instrumento cuesta siete mil dólares, mide aproximadamente dos metros y medio de largo por dos de alto, y pesa casi tres toneladas. Requiere dos operadores especializados. Se han hecho experimentos con este instrumento en la sala de aduanas del aeropuerto internacional de Idlewild, con los siguientes resultados...»

Bond se saltó dos páginas que contenían los detalles de unos cuantos casos de contrabando insignificante y estudió el «Sumario de conclusiones», del cual dedujo, con cierta irritación, que tendría que pensar en otro sitio que no fuera la sobaquera para llevar la Beretta calibre veinticinco la próxima vez que viajara al extranjero. Tomó nota mental para discutir el problema con la sección de dispositivos técnicos.

Marcó y firmó la hoja de distribución, y automáticamente tendió la mano hacia la carpeta siguiente titulada *Filopon. Una droga asesina japonesa*.

«*Filopon...*» Su mente estaba intentando divagar, y la devolvió con brusquedad a las páginas mecanografiadas.

«El filopon es el factor principal del incremento de crímenes en Japón. Según el Ministerio de Bienestar, hay actualmente 1.500.000 adictos en el país, un millón de los cuales tiene menos de veinte años, y la Policía Metropolitana de Tokio atribuye el setenta por ciento de los delitos juveniles a la influencia de esta droga.

»La adicción, como en el caso de la marihuana en Estados Unidos, comienza por un "porro". El efecto es estimulante y la droga es adictiva. También es barata — alrededor de diez yens (seis peniques) el porro—, y la adicción incrementa con rapidez el consumo hasta llegar a cien por día. En estas cantidades la adicción se vuelve costosa y la víctima recurre automáticamente al delito para pagar la droga. Que el delito incluya a menudo el ataque físico y el asesinato se debe a una propiedad particular de la droga. Provoca un agudo complejo de persecución en el adicto, que es presa de la ilusión de que la gente quiere matarlo y de que siempre lo están siguiendo con intenciones perjudiciales. Atacará con pies y puños, o con una navaja, a un desconocido que pase por la calle, de quien piense que lo ha mirado de manera sospechosa. Los adictos en estado menos avanzado tienden a evitar a un viejo amigo que ha llegado a la dosis de cien porros diarios, y esto, por supuesto, sólo incrementa el sentimiento de persecución del otro.

»De esta manera, el asesinato se convierte en un acto de defensa propia, virtuoso y justificado, con lo que es evidente el arma tan peligrosa en que puede convertirse en el manejo y control del crimen organizado por parte de una "mente directora".

»Se ha detectado el filopon como fuerza motivadora del famoso caso del asesinato del bar Mecca, desagradable asunto a consecuencia del cual la policía detuvo a más de 5.000 proveedores de droga en cuestión de semanas.

De pronto, Bond se rebeló. ¿Qué demonios hacía él leyendo todo aquello? ¿Cuándo iba a necesitar él saber algo acerca de una droga asesina japonesa llamada filopon?

Distraído, pasó el resto de las páginas, escribió su apellido en la hoja de distribución y arrojó la carpeta en la bandeja de salida.

Aún sentía las punzadas del dolor de cabeza sobre el ojo derecho, como si le estuvieran clavando algo. Abrió uno de los cajones de su escritorio y sacó un frasco de Phensic^[26]. Pensó en pedirle a su secretaria un vaso de agua, pero no le gustaba que lo mimaran. Con desagrado, masticó las dos tabletas y se tragó el áspero polvo resultante.

A continuación encendió un cigarrillo, se levantó y fue a situarse junto a la ventana. Miró, sin verlo, el verde panorama que tenía al otro lado, muy abajo, y dejó vagar sus ojos sin objeto por el dentado horizonte de Londres mientras su mente se concentraba en los extraños acontecimientos de la noche anterior.

Y cuanto más pensaba en ello, más extraño le parecía todo.

¿Por qué Drax, un millonario, un héroe público, un hombre con una posición única en el país, por qué aquel hombre prominente tenía que hacer trampas cuando jugaba a las cartas? ¿Qué podía conseguir con eso? ¿Qué podía demostrarse a sí mismo? ¿Acaso pensaba que era toda una ley en sí mismo, que estaba tan por encima del común de los mortales y de sus insignificantes reglas de conducta, que podía escupir a la cara de la opinión pública?

La mente de Bond se detuvo. «Escupir a la cara». Esa frase describía con bastante precisión los modales de aquel hombre en el Blades. La combinación de superioridad y desprecio. Como si estuviera tratando con una escoria humana que estaba tan por debajo del desdén que no había ninguna necesidad de fingir siquiera un comportamiento decente en su compañía.

Presumiblemente, a Drax le gustaba hacer apuestas. Tal vez aliviara sus propias tensiones, las tensiones que se percibían en su voz chillona, sus uñas mordidas, el sudor constante. Pero en modo alguno debía perder. Sería despreciable perder ante esos seres inferiores. Así pues, a costa de cualquier riesgo, debía hacer trampas para lograr la victoria. En cuanto a la posibilidad de que lo descubrieran, creía que podría defenderse con bravatas y salir con bien de cualquier aprieto. Si acaso llegaba a pensar en ello. «Y las personas con obsesiones —reflexionó Bond— son ciegas ante el peligro. Incluso coqueteaban con él de una manera perversa.» Los cleptómanos intentaban robar objetos asumiendo cada vez mayores riesgos. Los maníacos sexuales hacían alarde de sus hazañas reprobables como si desearan que los arrestasen. Los pirómanos a menudo no hacían el menor esfuerzo por evitar que los relacionaran con los incendios que provocaban.

Pero ¿cuál era la obsesión que consumía a aquel hombre? ¿Cuál era el origen de aquella conducta compulsiva que estaba empujándolo ladera abajo hacia el mar?

Todos los signos apuntaban a la paranoia. Delirios de grandeza y, detrás de eso, de persecución. El desprecio que se evidenciaba en su rostro. La voz intimidatoria. La expresión de secreto triunfo con que había respondido a la derrota después de un momento de derrumbamiento amargo. El triunfo del maníaco que sabe que,

cualesquiera que puedan ser los hechos, él tiene razón. Quienquiera que pueda querer frustrar sus designios, puede superarlo. Para él no hay derrota debido a su poder secreto. El sabe cómo amasar fortunas. Puede volar como un pájaro. Él es todopoderoso...

«Sí —pensó Bond, mirando sin ver hacia Regent's Park—. Ésa es la respuesta. Sir Hugo Drax es un paranoico delirante. Ésa es la fuerza que lo ha impulsado, por senderos tortuosos, a ganar sus millones. Ése es el origen del regalo a Inglaterra de ese cohete gigante que aniquilará a nuestros enemigos. Gracias al todopoderoso Drax. Pero ¿quién puede saber lo cerca que está ese hombre del punto de derrumbamiento? ¿Quién ha penetrado detrás de esa fanfarronería, detrás de todo el vello rojo que le cubre la cara, quién ha interpretado los signos como algo más que los efectos de sus humildes orígenes o de susceptibilidad respecto a sus heridas de guerra?»

Al parecer, no lo había hecho nadie. Entonces, ¿estaba él, Bond, en lo cierto al realizar su análisis? ¿En qué se basaba? ¿Era prueba suficiente el atisbo que había tenido del alma de un hombre a través de una ventana con los postigos echados? Tal vez otros habían tenido un atisbo semejante. Tal vez se habían producido otros momentos de tensión suprema en Singapur, Hong Kong, Nigeria, Tánger, y algún comerciante sentado ante Drax había reparado en el sudor y las uñas mordidas y la furiosa mirada rojiza de aquellos ojos en un rostro al que de repente había abandonado por completo la sangre.

«Si hubiera tiempo —reflexionó Bond—, habría que buscar a esas personas, si es que existen, y averiguar de verdad todo lo referente a ese hombre, tal vez encerrarlo antes de que sea demasiado tarde.»

¿Demasiado tarde? Bond sonrió para sí. ¿Por qué se estaba poniendo tan dramático? Le había hecho un regalo de quince mil libras. Bond se encogió de hombros. De todas formas, no era asunto suyo. Pero aquella última observación que había hecho... «Me gustaría ese dinero con rapidez, capitán de fragata Bond.» ¿Qué había querido decir con eso? Debían de ser esas palabras, se dijo, las que habían permanecido en el fondo de su conciencia y lo habían hecho meditar tan cuidadosamente sobre el problema de Drax.

Se apartó con brusquedad de la ventana. «Al demonio con ello —pensó—. Ahora soy yo el que se está obsesionando. Vamos a ver. Quince mil libras... Un milagroso golpe de suerte inesperado.» Pues muy bien, desde luego que gustaría el dinero con rapidez. Se sentó ante su escritorio y empuñó un lápiz. Pensó por unos momentos y luego, en una libreta de memorandos con el membrete «Alto Secreto», escribió:

«1. Rolls-Bentley convertible, unas 5.000 libras.

»2. Tres alfileres de corbata con diamante a 250 libras cada uno, 750 libras.»

Se detuvo. Eso todavía le dejaba casi diez mil libras. Algo de ropa, pintar el apartamento, un juego de esos nuevos palos de golf marca Henry Cotton, unas cuantas docenas de botellas de *champagne* Taittinger. Pero eso podía esperar. Aquella misma tarde iría a comprar los alfileres de diamante y se pasaría por la Bentley. Invertiría el resto en oro. Ganaría una fortuna. Luego se retiraría.

En enojada protesta, el teléfono rojo rompió el silencio.

—¿Puedes subir? M quiere verte.

Era el jefe de Estado Mayor, que hablaba con tono apremiante.

—Voy —respondió Bond, repentinamente alerta—. ¿Alguna pista de lo que quiere?

—A mí que me registren —dijo el jefe de Estado Mayor—. Ni siquiera ha tocado sus mensajes, todavía. Ha estado toda la mañana en Scotland Yard y en el Ministerio de Suministros.

Colgó.

Capítulo 9

Comience a partir de hoy

Unos minutos más tarde, Bond trasponía la puerta que le era familiar, y la luz verde se encendió sobre la entrada. M le dirigió una penetrante mirada.

—Tiene un aspecto bastante horrible, 007 —comentó—. Siéntese.

«Es un asunto de trabajo —pensó Bond, con el pulso acelerado—. Hoy no usa el nombre de pila.» Se sentó. M estaba estudiando unas notas escritas a lápiz en una libreta. Alzó la mirada. Sus ojos ya no estaban interesados en Bond.

—Anoche hubo problemas en las instalaciones de Drax —anunció—. Una doble muerte violenta. La policía intentó localizar a Drax. Al parecer, no pensaron en el Blades. Consiguieron hablar con él cuando regresó al Ritz a la una y media de la madrugada. Dos de los hombres del proyecto *Moonraker* recibieron un disparo en una taberna cercana a las instalaciones. Murieron los dos. Drax contestó a la policía que no podía importarle menos lo sucedido y colgó el teléfono. Típico de ese hombre. Ahora se ha trasladado hasta allí. Está tomándose las cosas con algo más de seriedad, supongo.

—Curiosa coincidencia —comentó Bond, pensativo—. Pero ¿dónde entramos nosotros en eso, señor? ¿No es un trabajo para la policía?

—Sí, claro —respondió M—, pero resulta que nosotros somos responsables de una buena parte del personal clave de las instalaciones. Alemanes —añadió—. Será mejor que se lo explique. —Bajó los ojos hacia la libreta de notas.— Las instalaciones son de la RAE y el plan tapadera consiste en que forman parte de una gran red de radares a lo largo de la costa oriental. La RAF es responsable de la vigilancia del perímetro, y el Ministerio de Suministros sólo tiene autoridad en el centro donde se realiza el trabajo. Está al borde del acantilado que se extiende entre Dover y Deal. La totalidad del área abarca alrededor de cuatrocientas hectáreas, aunque el centro propiamente dicho tiene unas ochenta. Allí sólo quedan Drax y otras cincuenta y dos personas. Todo el equipo de construcción se ha marchado.

«Una baraja y un comodín», reflexionó Bond.

—Cincuenta de esas personas son alemanes —prosiguió M—. Más o menos todos los especialistas en misiles teledirigidos a los que los rusos no echaron el guante. Drax pagó para que vinieran aquí a trabajar en el *Moonraker*. Nadie estaba muy contento con el tema, pero no teníamos alternativa. El Ministerio de Suministros no podía retirar a ninguno de sus expertos de Woomera. Drax tuvo que buscar a sus especialistas donde pudo. Para reforzar la división de seguridad de la RAF, el Ministerio de Suministros envió a su propio oficial de seguridad a vivir en el centro. Un hombre llamado Tallon, comandante Tallon. —M hizo una pausa y alzó los ojos

al techo.— Es uno de los muertos de anoche. Le disparó uno de los alemanes, que luego se suicidó de un disparo.

M bajó los ojos y miró a Bond. Éste no dijo nada, en espera del resto de la historia.

—Sucedió en una taberna cercana a las instalaciones. Había muchos testigos. Al parecer, es una posada que se encuentra al borde del campo y queda dentro de los límites del área en que pueden moverse. Supongo que han de tener algún sitio al que ir. —M calló. Mantuvo los ojos fijos en Bond.— Me ha preguntado dónde entramos en todo esto. Nosotros investigamos a ese alemán en particular, y a todos los demás, antes de que se les permitiera venir a nuestro país. Tenemos los expedientes de todos ellos. Así que cuando tuvo lugar el incidente, lo primero que quisieron los de seguridad de la RAF y los hombres de Scotland Yard fue solicitar el expediente del muerto. Anoche se pusieron en contacto con el oficial de guardia y él desenterró los documentos de los archivos y los envió a Scotland Yard. Pura rutina. Anotó la salida en el registro. Cuando he llegado aquí esta mañana y he visto la anotación, de repente he sentido interés. —M hablaba con voz queda.— Después de pasar la velada con Drax era, como ha señalado usted, una curiosa coincidencia.

—Muy curiosa —asintió Bond, que continuaba esperando.

—Y hay una cosa más —concluyó M—. Y es la verdadera razón por la que me he permitido involucrarme en lugar de mantenerme al margen de todo el asunto. Esto tiene que ser prioritario por encima de todo lo demás. —La voz de M se volvió muy queda.— Está previsto lanzar el *Moonraker* el viernes. Tenemos menos de cuatro días. Lanzamiento de prueba.

M guardó silencio, cogió su pipa y empezó a encenderla.

Bond no dijo nada. Seguía sin entender lo que tenía que ver todo aquello con el Servicio Secreto, cuya jurisdicción se encontraba sólo fuera del Reino Unido. Parecía un trabajo para la brigada especial de Scotland Yard o, posiblemente, para el MI5. Esperó. Miró su reloj. Era mediodía.

M acabó de encender la pipa y prosiguió.

—Pero aparte de todo eso —dijo—, me atrajo el asunto porque anoche me sentí interesado en Drax.

—También yo, señor.

—Así que cuando leí el registro —prosiguió M, haciendo caso omiso del comentario de Bond—, llamé por teléfono a Scotland Yard para hablar con Vallance y le pregunté qué estaba sucediendo. Estaba bastante preocupado y me pidió que fuera a verlo. Le dije que no quería meterme en el terreno del MI5, pero me respondió que ya había hablado con ellos. El MI5 afirma que es un asunto entre mi departamento y la policía, dado que somos nosotros quienes habíamos acreditado al alemán que cometió el asesinato y se suicidó. De modo que fui hasta allí.

M hizo una pausa y consultó sus notas.

—El lugar se encuentra en la costa, a unos cinco kilómetros al norte de Dover —informó—. Hay una pequeña posada cerca de la carretera principal de la costa, la «World Without Want», y los hombres de las instalaciones acuden allí a última hora de la tarde. Ayer, a eso de las siete y media, el hombre de seguridad del ministerio, ese Tallon, también se encontraba en la taberna y estaba tomando un whisky con soda y charlando con algunos alemanes cuando el asesino, si quiere llamarlo así, entró y se encaminó directamente hacia él. Sacó una Luger (sin número de serie, por cierto) de dentro de la camisa y dijo —M alzó los ojos—: «Amo a Gala Brand. No será suya». Luego le disparó a Tallon un tiro en el corazón, se metió el cañón todavía humeante en la boca y apretó el gatillo.

—Qué asunto tan horrible —dijo Bond. Podía ver todos los detalles de la matanza con el cuadro de bodegón de la típica taberna inglesa como escenario—. ¿Quién es la chica?

—Esa es otra complicación —respondió M—. Se trata de una agente de la división especial. Habla un alemán perfecto. Una de las mejores chicas de Vallance. Ella y Tallon eran los únicos no alemanes que Drax tenía consigo en las instalaciones. Vallance es un tipo suspicaz. Tiene que serlo. Este plan del *Moonraker* es obviamente lo más importante que está sucediendo en Inglaterra. Sin decírselo a nadie y actuando más o menos por instinto, eligió a esa muchacha, Brand, para vigilar a Drax, y de alguna forma se las compuso para que la contratara como su secretaria personal. Ha estado en las instalaciones desde el principio. No tiene absolutamente nada que informar. Dice que Drax es un jefe excelente, dejando a un lado sus modales, y que dirige a sus hombres con un ímpetu tremendo. Al parecer, al principio le echó los tejos a la joven, aunque ella le contó la habitual historia de que estaba comprometida, pero después de que demostrara que es capaz de defenderse, cosa que por supuesto puede hacer, Drax renunció a sus pretensiones y la muchacha dice que ahora son buenos amigos. Naturalmente que conocía a Tallon, pero tenía edad para ser su padre, además de estar felizmente casado y ser padre de cuatro hijos; según le ha dicho al hombre de Vallance que ha hablado con ella esta mañana, Tallon la había llevado al cine dos veces en dieciocho meses, como gesto paternal. Por lo que respecta al asesino, se llamaba Egon Bartsch, un especialista en electrónica al que la chica apenas si conocía de vista.

—¿Qué dicen los amigos de él sobre este asunto? —quiso saber Bond.

—El hombre que compartía la habitación con Bartsch respalda su versión. Dice que estaba locamente enamorado de Brand y que culpaba de toda su falta de éxito «al inglés». Dice que en los últimos tiempos Bartsch manifestaba mucho malhumor y reserva, y no se sorprendió lo más mínimo cuando se enteró del incidente.

—Parece corroborar del todo la historia —comentó Bond—. De algún modo, es

fácil imaginar el cuadro. Uno de esos tipos que son un auténtico manojito de nervios, con el típico resentimiento alemán. ¿Qué piensa Vallance?

—No está seguro —respondió M—. Lo que más le preocupa es proteger a la chica de la prensa y ocuparse de que su tapadera no se descubra. Por supuesto, todos los periódicos están sobre la historia. Saldrá en las ediciones de mediodía. Y todos exigen una fotografía de la muchacha. Vallance está haciendo preparar una para que se la lleven, que se parezca más o menos a cualquier joven y al mismo tiempo también a ella. Brand la enviará esta noche. Por fortuna, los reporteros no pueden ni acercarse a las instalaciones. Ella se niega a hablar y Vallance reza para que ningún pariente o amigo levante la liebre. Ahora están realizando las diligencias previas, y Vallance tiene la esperanza de que el caso esté oficialmente cerrado esta noche, así que los periódicos tendrán que dejar el tema por falta de material.

—¿Y qué hay del lanzamiento de prueba? —preguntó Bond.

—Sigue el calendario previsto —respondió M—. A mediodía del viernes. Usarán una cabeza explosiva falsa y lo dispararán verticalmente con los tanques llenos sólo en sus tres cuartas partes. Están despejando unos quinientos kilómetros cuadrados a partir de la latitud 52, más o menos. Eso está al norte de una línea que uniría La Haya y la bahía de The Wash. Todos los detalles serán dados a conocer por la Policía Militar el jueves por la noche.

M dejó de hablar e hizo girar la silla para poder mirar por la ventana. Bond oyó que un reloj lejano daba los cuatro cuartos.

La una en punto. ¿Iba a perderse otra vez el almuerzo? Si M dejara de husmear en los asuntos de otros departamentos, él podría tomar un almuerzo rápido y acercarse a la Bentley. Se removió ligeramente en la silla.

M giró otra vez y se encaró con él desde el otro lado del escritorio.

—Los que están más preocupados por todo esto —dijo— son los del Ministerio de Suministros. Tallon era uno de sus mejores hombres. Todos sus informes habían sido negativos desde el principio. Pero de pronto, ayer por la tarde llamó al vicesubsecretario, comunicó que le parecía que en las instalaciones estaba sucediendo algo que olía a gato encerrado y solicitó una entrevista personal con el ministro para las diez de esta mañana. No quiso decir nada más por teléfono. Y pocas horas más tarde, se lo cargan de un tiro. Otra extraña coincidencia, ¿no le parece?

—Muy extraña —asintió Bond—. Pero ¿por qué no cierran las instalaciones a cal y canto y llevan a cabo una investigación en toda regla? A fin de cuentas, el asunto es demasiado serio para correr riesgos.

—El gabinete se ha reunido a primera hora de esta mañana —explicó M—, y el primer ministro ha formulado la pregunta obvia: ¿qué pruebas hay de que pueda intentarse, o haya incluso intención de intentar, un sabotaje contra el *Moonraker*? La respuesta es que ninguna. Hay sólo temores, que han aflorado a la superficie en las

últimas veinticuatro horas a causa del vago mensaje de Tallon y la doble muerte. Todos han coincidido en que, a menos que haya una prueba mínima, que hasta ahora no ha aparecido, ambos incidentes pueden atribuirse a la tremenda tensión nerviosa que se vive en las instalaciones. Según están las cosas en el mundo de momento, se ha decidido que cuanto antes el *Moonraker* pueda darnos voz propia en los asuntos mundiales, mejor para nosotros, y —se encogió de hombros— quizá mejor para el mundo. Y se ha aceptado que, ante los miles de razones por las que el *Moonraker* debe ser disparado, las razones en contra no se sostienen. El ministro de Suministros tuvo que ceder, pero sabe tan bien como usted o como yo que, con independencia de los hechos, para los rusos sería una victoria colosal conseguir sabotear el *Moonraker* en la víspera de su lanzamiento de prueba. Si lo hicieran lo bastante bien, podrían conseguir fácilmente que el proyecto acabara por abandonarse. Hay cincuenta alemanes trabajando en él. Cualquiera de ellos podría tener aún familiares retenidos como rehenes en Rusia, cuyas vidas pudieran utilizarse como arma de presión.

M guardó silencio. Alzó los ojos al techo, luego los bajó y los posó fijamente en Bond.

—El ministro —prosiguió— me pidió que fuera a verlo después de la reunión del gabinete. Ha dicho que lo mínimo que puede hacer es reemplazar de inmediato a Tallon. El hombre que envíe tiene ser bilingüe en alemán, experto en sabotaje, y debe tener mucha experiencia con nuestros amigos rusos. El MI5 ha presentado a tres candidatos. Todos están trabajando en algún caso en este momento, aunque podrían retirarlos de ellos en cuestión de horas sin llamar la atención. Pero el ministro me ha pedido mi opinión. Se la he dado. He hablado con el primer ministro y de inmediato se han cursado muchas órdenes y expedido varios documentos.

Bond dirigió una mirada penetrante, resentida, a los ojos grises intransigentes.

—Así que —concluyó M, lisa y llanamente—, sir Hugo Drax ha recibido notificación del nombramiento de usted y lo espera en su cuartel general para cenar esta noche.

Capítulo 10

La agente de la brigada especial

A las seis en punto de aquel atardecer de martes de finales de mayo, James Bond castigaba su voluminoso Bentley en el descenso del trecho recto que hay en la carretera de Dover antes de entrar en Maidstone.

Aunque conducía a mucha velocidad y con concentración, una parte de su mente repasaba los momentos transcurridos desde que había abandonado la oficina de M, cuatro horas y media antes.

Después de darle una breve descripción del caso a su secretaria y tomar un almuerzo rápido a solas en la cafetería, había urgido al taller que por el amor de Dios se apresurase a acabar con el coche y se lo entregara en su apartamento, con el depósito lleno, antes de las cuatro de la tarde. Luego había tomado un taxi para bajar hasta Scotland Yard, donde tenía una cita con el subdirector Vallance a las tres menos cuarto.

Los patios y la calle sin salida de Scotland Yard le habían recordado, como siempre, una prisión sin tejados. La iluminación cenital de tubos fluorescentes del frío corredor decoloraba las mejillas del sargento de policía, que le preguntó qué asunto lo llevaba allí y lo observó mientras firmaba la pequeña hoja de papel verde manzana. Lo mismo hacía con el rostro del agente de policía que lo guió por una corta escalera y a lo largo del desierto pasillo flanqueado por hileras de puertas anónimas, hasta la sala de espera.

Una mujer silenciosa de mediana edad, que tenía los resignados ojos de alguien que ya lo había visto todo, entró y dijo que el subdirector lo atendería dentro de cinco minutos. Bond se había acercado a la ventana para mirar hacia el patio gris que había abajo. Un agente que parecía desnudo sin su casco, había salido del edificio y atravesado el patio mientras mordía un panecillo abierto por la mitad y con algo en medio. Reinaba un profundo silencio, y el tráfico de Whitehall y el Embankment sonaba lejano. Bond se sentía como desanimado. Se estaba enredando con departamentos que le eran extraños. Quedaría desconectado de su gente y de las rutinas de su propio servicio. En aquella sala de espera ya se sentía fuera de su ambiente. Sólo los delincuentes y los informadores aguardaban en aquella habitación, o las personas influyentes que intentaban en vano librarse de una multa de tráfico o deseaban persuadir a Vallance de que sus hijos no eran realmente homosexuales^[27]. Nadie podía hallarse en la sala de espera de la brigada especial por un motivo trivial. O bien pretendía denunciar a alguien, o iba para defenderse.

Al fin, la mujer acudió a buscarlo. Apagó el cigarrillo en la tapa de la lata de cigarrillos Player, que hace las veces de cenicero en todas las salas de espera de los departamentos gubernamentales, y la siguió al otro lado del corredor.

Después de la lóbreguez de la sala de espera, el irrazonable fuego del hogar de la gran sala alegre parecía una trampa, algo así como el cigarrillo ofrecido por un agente de la Gestapo.

Bond había necesitado cinco minutos completos para sacudirse de encima la depresión y darse cuenta de que Ronnie Vallance se sentía aliviado al verlo, que no estaba interesado en los celos interdepartamentales y que sólo deseaba que Bond protegiera el *Moonraker* y sacara a uno de sus mejores oficiales de lo que podría ser un mal asunto.

Vallance era un hombre de enorme tacto. Durante los primeros minutos habló sólo de M. Y lo hizo con conocimiento íntimo y sinceridad. Sin mencionar siquiera el caso, se había ganado la amistad y cooperación de Bond.

Mientras cambiaba de un carril a otro por las atestadas calles de Maidstone, reflexionó que ese don que poseía Vallance tenía su origen en veinte años de evitar meterse en el terreno del MI5, de trabajar con la división uniformada de la policía y de habérselas con políticos ignorantes y diplomáticos extranjeros ultrajados.

Cuando Bond lo había dejado tras un cuarto de hora de intensa conversación, cada uno de ellos sabía que había ganado un nuevo aliado. Vallance había calibrado a Bond y sabía que Gala Brand recibiría toda la ayuda que él fuera capaz de prestarle y toda la protección que necesitara. También le inspiró respeto la manera profesional con que abordaba la misión y su ausencia de rivalidad con la brigada especial. En cuanto a Bond, experimentaba un profundo respeto por lo que había sabido de la agente de Vallance, y sintió que ya no estaba indemne y que tenía a Vallance y a la totalidad de su departamento detrás de sí.

Bond salió de Scotland Yard con la sensación de que había logrado el primer principio de Clausewitz^[28]: había garantizado la seguridad de su base.

La visita que hizo al Ministerio de Suministros no había añadido nada a lo que ya sabía sobre el caso. Estudió el historial de Tallon y sus informes. El primero era bastante sencillo —toda una vida en inteligencia militar y seguridad en campaña—, y los segundos presentaban un cuadro de instalaciones técnicas muy activas y bien dirigidas: uno o dos casos de embriaguez, un robo insignificante, varias enemistades personales que habían desembocado en peleas y algún derramamiento de sangre leve, pero por lo demás las referencias eran de un equipo de hombres leales y muy trabajadores.

Luego había pasado una media hora insuficiente en la sala de explotación del ministerio, con el profesor Train, un hombre gordo y desaliñado de aspecto mediocre, aspirante al premio Nobel de Física del año anterior y uno de los más grandes especialistas del mundo en misiles teledirigidos.

El profesor Train se había encaminado hacia una hilera de enormes mapas de pared y había tirado de la cuerda de uno de ellos para desenrollarlo. Bond se encontró

ante un diagrama a escala, de tres metros de ancho, de algo que se parecía a una V2^[29] con grandes aletas.

—Bien —dijo el profesor Train—, usted no sabe nada sobre cohetes, así que le expondré este asunto en términos sencillos, sin llenarle la cabeza con un montón de cosas sobre los grados de expansión de las toberas, la velocidad de chorro y la elipse de Kepler. El *Moonraker*, como decidió llamarlo Drax, es un cohete monoetápico. Gasta todo el combustible para salir disparado al aire y luego busca el objetivo. La trayectoria de la V2 se parecía más a la de un proyectil disparado por un cañón. En el punto máximo de su trayectoria de trescientos veinte kilómetros, alcanzaba una cota de ascenso de unos ciento diez kilómetros de altura. Estaba alimentado por una mezcla muy combustible de alcohol y oxígeno líquido rebajada con agua para que no quemara el acero poco resistente, que era lo único que tenían para el motor. Se dispone de combustibles mucho más potentes, pero hasta ahora no habíamos podido conseguir mucho con ellos por esa misma razón, porque su temperatura de combustión es tan elevada que quemaría hasta el más resistente de los motores.

El profesor hizo una pausa y apoyó un dedo sobre el pecho de Bond.

—Todo lo que tiene que recordar de este cohete, mi querido señor, es que gracias a la columbita de Drax, que tiene una temperatura de fusión de alrededor de 3.500 grados centígrados, cuando la de los motores de la V2 era de 1.300, podemos usar un supercombustible sin quemar el motor. De hecho —miró a Bond como si éste debiera sentirse impresionado—, estamos usando flúor e hidrógeno.

—Ah, ¿de verdad? —respondió Bond con reverencia.

El profesor le dirigió una mirada penetrante.

—Así que esperamos conseguir una velocidad de dos mil cuatrocientos kilómetros por hora y un alcance vertical de unos mil seiscientos kilómetros. Esto debería dar un alcance operacional de unos seiscientos cincuenta kilómetros, con lo cual todas las capitales europeas quedarían dentro del radio de alcance de Inglaterra. Algo muy útil —añadió con sequedad— en determinadas circunstancias. Pero, para los científicos, es sobre todo algo deseable como primer paso para salir de la Tierra. ¿Alguna pregunta?

—¿Cómo funciona? —preguntó Bond, respetuoso.

El profesor hizo un gesto brusco hacia el diagrama.

—Comencemos por el morro —dijo—. Primero viene la cabeza explosiva. Para el lanzamiento de prueba contendrá instrumentos atmosféricos, radar y cosas por el estilo. Luego están los compases giroscópicos para hacerlo volar en línea recta, el giróscopo de cabeceo y guiñada, y el giróscopo de balanceo. A continuación hay varios instrumentos menores, servomotores, suministro energético. Y por último los grandes tanques, con trece mil seiscientos kilos de combustible.

»En la cola tiene dos tanques pequeños para impulsar la turbina. Ciento ochenta

kilos de peróxido de hidrógeno se mezclan con dieciocho kilos de permanganato potásico, y generan un vapor que hace funcionar las turbinas que tienen debajo. Esto acciona un conjunto de bombas centrífugas que hacen entrar el combustible principal en el motor del cohete, a una presión enorme. ¿Me sigue? —preguntó, mientras enarcaba una ceja dubitativa.

—Se parece mucho al principio del avión de reacción —dijo Bond.

El profesor pareció complacido.

—Más o menos —respondió—, pero el cohete lleva todo el combustible a bordo, en lugar de absorber el oxígeno exterior como el Comet. Bien —prosiguió—, el combustible se enciende en el motor y sale por detrás en un chorro continuo. Se parece bastante a lo que sería el retroceso continuado de un arma de fuego. Y este chorro proyecta el cohete al aire, como sucede en el caso de cualquier fuego artificial. Por supuesto, donde entra en juego la columbita es en la cola. Nos permite hacer un motor que no se funda con ese calor fantástico. Y luego —señaló—, esas son las aletas de cola que lo mantienen estabilizado al principio del lanzamiento. También están hechas de una aleación de columbita, o se desprenderían a causa de la colosal presión del aire. ¿Algo más?

—¿Cómo pueden estar seguros de que caerá donde ustedes quieren? —preguntó Bond—. ¿Qué impedirá que el viernes que viene caiga en La Haya?

—Los giróscopos se encargarán de eso. Pero, de hecho, el viernes no correremos ningún riesgo, y vamos a usar un dispositivo de guía por radar colocado en una balsa en medio del mar. En el morro del cohete habrá un transmisor de radar que captará el eco de nuestro dispositivo y se dirigirá automáticamente hacia él. Por supuesto —el profesor le dedicó una ancha sonrisa—, si alguna vez tuviéramos que usar el cohete en tiempos de guerra, sería de gran ayuda que hubiera un dispositivo de guía que transmitiera ondas desde el centro de Moscú, Varsovia, Praga, Montecarlo, o cualquier ciudad hacia la que quisiéramos lanzarlo. Probablemente dependería de su gente colocarlo en el lugar. Que tengan buena suerte.

Bond le dedicó una sonrisa ambigua.

—Una pregunta más —dijo—. Si usted se propusiera sabotear el cohete, ¿cuál sería la forma más fácil de hacerlo?

—Hay muchas —respondió alegremente el profesor—. Se puede echar arena en el combustible, arenisca en las bombas, practicar un agujero en cualquier punto del fuselaje o las aletas. Con esa potencia y a esas velocidades, el más mínimo fallo acabaría con él.

—Eso es muchísimo —comentó Bond—. Parece que usted tiene menos preocupaciones que yo acerca del *Moonraker*.

—Es una máquina maravillosa —respondió el profesor—. Volará sin problemas si nadie la manipula. Drax ha hecho un trabajo eficaz. Es un organizador magnífico. El

equipo que ha reunido es brillante. Y esa gente haría cualquier cosa por él. Tienen muchísimo que agradecerle.

Bond cambió de marcha con un doble embrague como los corredores automovilistas e hizo girar al gran coche a la izquierda en la bifurcación de Charing; prefería la carretera despejada que pasa por Chilham y Canterbury a los embotellamientos de Ashford y Folkestone. El coche aceleró con un alarido hasta los ciento treinta kilómetros por hora en tercera y lo mantuvo con la misma marcha para tomar el viraje en horquilla que había en lo alto de la larga pendiente que ascendía hasta la carretera de Molash.

Y mientras metía la directa y escuchaba con satisfacción el tronar relajado del tubo de escape, se preguntó qué podía decirse de Drax. ¿Qué recibimiento iba a dispensarle Drax aquella noche? Según M, cuando oyó su nombre al otro lado del teléfono, guardó un momento de silencio.

«Ah, sí —había dicho luego—, ya lo conozco. No sabía que estuviera en esa profesión. Me interesaría echarle otro vistazo. Envíenlo. Espero que llegue a tiempo para cenar.» Luego colgó.

La gente del ministerio tenía sus propios puntos de vista acerca de Drax. En sus tratos con él habían tenido la impresión de que se trataba de un hombre dedicado al *Moonraker* y completamente centrado en él, que no vivía para nada más que para el éxito del cohete, que llevaba a los hombres hasta el límite con sus exigencias, luchaba por las prioridades de materiales con otros departamentos y azuzaba al Ministerio de Suministros para que acreditara sus requerimientos ante el gabinete. Les desagradaban sus modales de bravucón, pero lo respetaban por su habilidad, su empuje y su dedicación. Y, al igual que el resto del Reino Unido, lo consideraban como un posible salvador de la patria.

Bueno, pensó mientras aceleraba por la recta de la carretera que había después del castillo de Chilham, también él podía ver esa imagen; y si iba a trabajar con el hombre debía ajustarse a la versión heroica. Si encontraba en Drax buena disposición, él apartaría de su mente todo el asunto del Blades y se concentraría en protegerlos a él y a su maravilloso proyecto de los países enemigos. Sólo quedaban unos tres días. Las precauciones de seguridad eran ya minuciosas, y Drax podría tomarse a mal cualquier sugerencia en cuanto a aumentarlas. No resultaría cosa fácil y habría que emplear una gran dosis de diplomacia. Diplomacia. No era su punto fuerte, como tampoco tenía relación alguna con lo que él sabía del carácter de Drax, se dijo.

Tomó el atajo de Canterbury por la vieja carretera de Dover y consultó el reloj. Eran las seis y media. Otros quince minutos hasta Dover y luego otros diez por la carretera de Deal. ¿Quedaba algún plan que trazar? La doble muerte estaba fuera de sus manos, gracias a Dios. «Asesinato seguido de suicidio en un rapto de enajenación mental», había sido el veredicto del juez de instrucción. Ni siquiera habían citado a la

muchacha. Se detendría a tomar una copa en la posada «World Without Want» y hablaría con el posadero. Al día siguiente tendría que intentar olfatear al «gato encerrado» por el que Tallon había querido ver al ministro. No había ninguna pista al respecto. No se había encontrado nada en la habitación del muerto, que presumiblemente él ocuparía a partir de ahora. Bueno, en cualquier caso eso le proporcionaría mucho tiempo libre para revisar los papeles de Tallon.

Se concentró en la conducción mientras moderaba la velocidad al entrar en Dover. Se mantuvo a la izquierda y pronto ascendía saliendo otra vez de la ciudad para pasar ante el fantástico castillo de cartón piedra.

Sobre la colina había una masa de nubes bajas, y unas diminutas gotitas de lluvia cayeron sobre el parabrisas. Una brisa fría soplaba desde el mar. La visibilidad era mala y encendió los faros mientras avanzaba con lentitud por la carretera de la costa; los mástiles salpicados de rubíes de la estación de radar de Swingate se alzaban como petrificadas velas romanas a su derecha.

¿Y la muchacha? Tendría que ser cuidadoso en la forma de contactar con ella, y cuidadoso para no trastornarla. Se preguntó si le sería de alguna ayuda. Al cabo de un año de trabajo en las instalaciones, habría tenido todas las oportunidades de una secretaria personal de «el Jefe» para penetrar en la esencia de todo el proyecto... y de Drax. Y tenía una mente entrenada para la profesión particular de Bond. Pero tendría que estar preparado para la eventualidad de que se mostrara suspicaz, y tal vez resentida, ante el recién llegado que venía a introducir cambios. Se preguntaba cómo sería realmente. La fotografía de su hoja de servicio de Scotland Yard le había mostrado una muchacha hermosa, pero más bien severa, y cualquier rastro de poder de seducción había quedado difuminado por la chaqueta del uniforme de policía, carente de encanto.

Cabello: castaño rojizo. Ojos: azules. Estatura: 1,70 m. Peso: 57 kg. Cadera: 96 cm. Cintura: 66 cm. Busto: 96 cm. Señas particulares: un lunar en la parte superior del pecho derecho.

«¡Hmmm!»

Apartó los datos de su mente al llegar a un desvío a la derecha. Había una señal que decía «Kingsdown» y se veían las luces de una pequeña posada.

Aparcó delante y cortó el encendido. Por encima de su cabeza, un letrero que decía «World Without Want» en letras doradas chirriaba en la brisa salobre que llegaba desde lo alto de los acantilados que quedaban a unos ochocientos metros de distancia. Salió, estiró los miembros y avanzó hasta la puerta de la taberna. Estaba cerrada con llave. ¿Cerrada por limpieza? Probó con la puerta de al lado, que se abrió para dar acceso a un pequeño bar privado. Detrás de la barra, un hombre de aspecto imperturbable, en mangas de camisa, leía un periódico vespertino.

Al entrar Bond, alzó la mirada y dejó el periódico.

—Buenas tardes, señor —dijo, evidentemente aliviado de ver a un cliente.

—Buenas tardes —saludó Bond—. Un whisky largo con soda, por favor.

Se sentó ante la barra y esperó mientras el hombre servía dos medidas de Black and White y depositaba el vaso ante él junto con un sifón de soda.

Bond acabó de llenar el vaso con soda y bebió de un trago.

—Mal asunto lo que sucedió aquí anoche —comentó mientras dejaba el vaso sobre la barra.

—Terrible, señor —asintió el hombre—. Y malo para el negocio. ¿Es usted de la prensa, señor? No hemos tenido más que reporteros y policías entrando y saliendo de la casa todo el día.

—No —respondió Bond—. Vengo a ocupar el puesto del hombre al que descerrajaron de un tiro. El comandante Tallon. ¿Era uno de sus clientes habituales?

—Nunca había venido hasta anoche, señor, y vino a morir aquí. Ahora me han dejado fuera de los límites de las instalaciones durante una semana, y hay que pintar la taberna de arriba abajo. Pero debo decir que sir Hugo se ha portado muy bien en este asunto. Esta tarde me ha enviado cincuenta libras para pagar los desperfectos. Tiene que ser todo un caballero. Por aquí se ha hecho querer mucho por todos. Siempre es muy generoso y tiene una palabra amable para todo el mundo.

—Sí, es un buen hombre —asintió Bond—. ¿Vio usted cómo sucedía todo?

—No vi el primer disparo, señor. En ese momento estaba sirviendo una pinta de cerveza. Pero luego, por supuesto, miré. Y la condenada pinta se me cayó al suelo.

—¿Qué sucedió entonces?

—Bueno, todo el mundo había retrocedido, por supuesto. No había más que alemanes. Alrededor de una docena de ellos. Ahí estaba el cuerpo en el suelo y el tipo con el arma que lo miraba. Y de repente se pone firme y levanta el brazo izquierdo. «Heil!», gritó, como hacían esos bastardos durante la guerra. Luego se metió el cañón del arma dentro de la boca. Y al instante siguiente —el hombre hizo una mueca— su cerebro estaba esparcido en todo mi condenado techo.

—¿Fue eso lo único que dijo después de disparar contra el otro? —preguntó Bond—. ¿Sólo «Heil!»?

—Sólo eso, señor. No parecen capaces de olvidarse de esa maldita palabra, ¿no cree?

—No —concedió Bond—, desde luego que no la olvidan.

Capítulo 11

La agente de policía Brand

Cinco minutos más tarde, Bond estaba presentándole su pase del ministerio al hombre uniformado que estaba de guardia ante la entrada de la alta valla de alambre.

El sargento de la RAF se lo devolvió y se cuadró militarmente.

—Sir Hugo está esperándolo, señor. En la casa grande que se encuentra en el bosque, por allí —indicó, mientras señalaba hacia unas luces que se veían a unos cien metros de distancia, en dirección a los acantilados.

Lo oyó telefonar al siguiente puesto de guardia. Hizo avanzar el coche lentamente por la nueva carretera asfaltada que se había abierto a través del campo por detrás de Kingsdown. Podía oír el lejano tronar del mar al pie de los altos acantilados, y desde algún lugar cercano le llegaba como un gemido de maquinaria que se hizo más sonoro a medida que se acercaba a los árboles.

Allí fue detenido otra vez por un guardia de paisano ante una segunda valla de alambre, a través de la cual una verja de cinco barrotes permitía acceder al interior del bosque; y cuando el hombre le hacía una seña para que pasara, oyó los lejanos ladridos de los perros de policía que sugerían la presencia de algún tipo de patrulla nocturna. Todas estas precauciones parecían eficientes. Bond decidió que no tendría que preocuparse por problemas de seguridad externa.

Una vez se hubo adentrado entre los árboles, el coche comenzó a rodar por una larga pista de cemento cuyos límites, con la luz insuficiente que había, quedaban incluso fuera del alcance de los enormes haces gemelos de los faros Marchal de su automóvil. A unos cien metros a su izquierda, en la linde del bosque, se veían las luces de una casa grande medio oculta tras un muro de un metro ochenta de ancho que se alzaba desde la superficie de cemento casi hasta la altura de la casa. Bond aminoró hasta la velocidad del paso de un hombre y giró hacia el mar, alejándose de la casa, y hacia una silueta oscura que de pronto brilló de color blanco en los giratorios haces del barco-faro de South Goodwin, que quedaba muy lejos canal adentro. Las luces del coche trazaban un sendero por la pista hasta donde, casi al borde del acantilado y a unos ochocientos metros de distancia, una cúpula ancha y baja se alzaba hasta una altura de alrededor de quince metros del cemento. Parecía ser la parte superior de un observatorio, y Bond pudo distinguir el reborde de una juntura que iba de este a oeste atravesando la cúpula.

Hizo girar el coche para regresar y pasó lentamente entre lo que supuso que era un muro blindado y el frente de la casa. Cuando aparcaba ante esta última, la puerta se abrió y por ella salió un criado con chaqueta blanca. Abrió la portezuela del coche con movimientos elegantes.

—Buenas noches, señor. Por aquí, por favor.

Hablaba con rigidez y con un leve acento extranjero. Bond lo siguió al interior de la casa y a través de un acogedor vestíbulo hasta una puerta a la que el criado llamó con unos golpecitos.

—Adelante.

Bond sonrió para sí ante el tono áspero de la voz que recordaba bien y ante el matiz autoritario que se percibía en aquella sola palabra.

Al otro extremo de la larga, brillante, chillona sala de estar, Drax se encontraba de pie con la espalda vuelta hacia una repisa de chimenea vacía, una figura corpulenta vestida con una bata de terciopelo color ciruela que desentonaba con el cabello rojizo que caía sobre su rostro. Cerca de él había otras tres personas de pie: dos hombres y una mujer.

—Ah, mi querido amigo —dijo Drax, vocinglero, avanzando a grandes zancadas para recibirlo y estrecharle cordialmente la mano—. Así que volvemos a encontrarnos. ¡Y tan pronto! No me di cuenta de que era usted un maldito espía de mi ministerio, o habría tenido más cuidado antes de jugar a las cartas con usted. ¿Ya se ha gastado mi dinero? —preguntó, mientras lo conducía hacia la chimenea.

—Todavía no —respondió Bond con una sonrisa—. Aún no he visto de qué colores.

—Por supuesto. Se paga los sábados. Tal vez reciba el cheque a tiempo para celebrar nuestro pequeño espectáculo de fuegos artificiales, ¿no? Vamos a ver. —Condujo a Bond hasta la mujer y la presentó—: Ésta es mi secretaria, la señorita Brand.

Bond posó la vista sobre un par de ojos de mirada muy firme.

—Buenas noches —la saludó, con una sonrisa muy cordial.

No hubo sonrisa de respuesta en los ojos que lo miraban con total calma. Ni presión de respuesta en la mano que él estrechó.

—Mucho gusto —dijo ella con indiferencia, casi con hostilidad, le pareció a Bond.

Se dijo que la habían elegido bien. Otra Loelia Ponsonby. Reservada, eficiente, leal, virginal. «Gracias al cielo —pensó—. Es una profesional.»

—Mi mano derecha, el doctor Walter.

El delgado hombre de avanzada edad, con un par de ojos coléricos bajo una greña de pelo negro, pareció no advertir la mano tendida de Bond. Se puso en posición de firmes y le dedicó una rápida inclinación de cabeza.

—Walter —dijo con su fina boca colocada encima de la perilla negra, corrigiendo la pronunciación de Drax.

—Y mi... ¿cómo diría?... mi oficial subalterno. Lo que podríamos llamar mi ayudante de campo, Willy Krebs.

Bond sintió el contacto de una mano levemente húmeda y oyó la voz

congraciadora:

—Encantado de conocerlo.

Bond alzó los ojos hacia el pálido rostro redondo, enfermizo, ahora surcado por una sonrisa teatral que desapareció casi en el instante en que Bond reparó en ella. Miró los ojos. Eran como dos inquietos botones negros que se apartaron de los de Bond.

Ambos hombres vestían immaculados monos blancos, con cremalleras de plástico en muñecas, tobillos y espalda. Llevaban la cabeza afeitada, de modo que la piel brillaba a la luz, y habrían parecido seres de otro planeta de no haber sido por el bigote y la perilla negros y desgredados del doctor Walter y por el pálido bigote ralo de Krebs. Ambos eran como caricaturas del científico loco y de una versión joven de Peter Lorre^[30].

La colorida figura de ogro de Drax resultaba un contraste agradable en aquella gélida compañía, y Bond se sintió agradecido para con él por la alegre aspereza de su bienvenida y por el aparente deseo de enterrar el hacha de guerra y llevarse lo mejor posible con su nuevo oficial de seguridad.

Drax estaba muy en su papel de anfitrión. Se frotó las manos.

—A ver, Willy —dijo—, ¿qué tal si nos prepara uno de sus excelentes martinis seco? Excepto, por supuesto, para el doctor. No bebe ni fuma —le explicó a Bond mientras regresaba a su sitio junto a la repisa de la chimenea—. Apenas si respira. —Profirió una corta carcajada áspera como un ladrido.— No piensa en nada más que en el cohete. ¿No es cierto, amigo mío?

El doctor tenía la mirada petrificada ante sí.

—A usted le gusta bromear —respondió.

—Vamos, vamos —dijo Drax como si hablara con un niño—. Ya volverá más tarde con esos dichosos bordes de ataque. Todos están satisfechos con ellos menos usted. —Se volvió a mirar a Bond.— El doctor siempre está asustándonos —explicó con tono indulgente—. Siempre tiene pesadillas con respecto a algo.

Ahora son los bordes de ataque de las aletas. Ya están tan afilados como la hoja de una navaja... apenas ofrecen alguna resistencia al aire. Y de repente, a él se le mete en la cabeza que van a fundirse. Por la fricción del aire. Por supuesto que todo es posible, pero se han probado a más de 3.000 grados y, como yo le digo a él, si las aletas se funden, entonces se fundirá todo el cohete. Y eso sencillamente no va a suceder —añadió con una sonrisa ceñuda.

Krebs se les acercó con una bandeja de plata sobre la que descansaban cuatro copas llenas y una coctelera escarchada. El martini era excelente y Bond así lo comentó.

—Es usted muy amable —dijo Krebs, con una afectada sonrisa de satisfacción—. Sir Drax es muy exigente.

—Llénele la copa —dijo Drax—, y luego quizá a nuestro amigo le apetezca refrescarse. Cenamos a las ocho.

Mientras hablaba, se oyó el amortiguado aullido de una sirena y, casi de inmediato, el rumor de un grupo de hombres que corrían estrictamente al unísono por la pista de cemento exterior.

—Es el primer turno de la noche —explicó Drax—, Los barracones están justo detrás de la casa. Deben de ser las ocho en punto. Aquí lo hacemos todo a la carrera —añadió con un brillo de satisfacción en los ojos—. Precisión. Por aquí hay muchos científicos, pero intentamos dirigir esto como si fueran unas instalaciones militares.

Willy, ocúpese del capitán de fragata. Nosotros iremos delante. Acompáñeme, querida.

Cuando Bond atravesaba detrás de Krebs la misma puerta por la que había entrado, vio que los otros dos, con Drax a la cabeza, se dirigían hacia las puertas dobles del otro extremo de la habitación, que se habían abierto cuando Drax acabó de hablar. El criado de la chaqueta blanca se encontraba de pie ante ella. Mientras Bond salía al vestíbulo, se le ocurrió que Drax seguramente entraría en el comedor antes que la señorita Brand. Poderosa personalidad. Trataba a sus trabajadores como si fueran niños. Era obvio que se trataba de un líder nato. ¿De dónde había sacado ese don? ¿Del ejército? ¿O acaso se lo había fabricado con millones de libras? Bond seguía el cuello como de babosa de Krebs mientras se formulaba todas estas preguntas.

La cena fue deliciosa. Drax resultó ser un anfitrión complaciente, y en su propia mesa sus modales eran impecables. La mayor parte de su conversación consistió en hacer hablar al doctor Walter para información de Bond, y abarcó una amplia gama de cuestiones técnicas que Drax se tomaba grandes molestias en explicar brevemente después de agotarse cada tema. Bond se sintió impresionado por la confianza con que Drax abordaba cada problema abstruso a medida que surgía, y por su perfecta comprensión de los detalles. Poco a poco fue experimentando una admiración auténtica que se sobrepuso a su anterior desagrado. Se sentía más que inclinado a olvidar el asunto del Blades ahora que se encontraba ante el otro Drax, el líder creador e inspirador de una empresa notable.

Bond se encontraba sentado entre su anfitrión y la señorita Brand. Realizó varios intentos de entablar conversación con ella. Fracasó por completo. La joven le respondía con corteses monosílabos y apenas lo miraba a los ojos. Se sintió levemente irritado.

La encontraba muy atractiva desde el punto de vista físico, y le molestaba ser incapaz de provocar la más mínima reacción en ella. Tenía la sensación de que su gélida indiferencia era una actuación exagerada, y de que habría servido mucho mejor a la seguridad con una actitud distendida y amistosa, en lugar de con esa desmedida

reticencia. Sentía el fuerte impulso de propinarle una fuerte patada en un tobillo.

La idea lo distrajo y se encontró observándola con ojos diferentes: como a una joven y no como a una oficial colega suya. Para empezar, y a cubierto de una larga discusión entre Drax y Walter en la que se le pidió que interviniera, respecto al cotejo entre los informes meteorológicos procedentes del ministerio del Aire y de Europa, comenzó a sumar sus impresiones acerca de ella.

Era mucho más atractiva de lo que había sugerido su fotografía, y resultaba difícil ver trazas de la severa competencia de una agente de policía en la seductora muchacha que tenía a su lado. Había un aire de autoridad en la definida línea del perfil, pero las largas pestañas negras sobre los ojos azul oscuro y la boca más bien ancha podrían haber sido pintados por Marie Laurencin^[31]. Sin embargo, los labios eran demasiado llenos para un cuadro de Laurencin, y el cabello castaño oscuro, que se curvaba hacia dentro en la base del cuello, era propio de otra moda. Se percibía un indicio de sangre nórdica en los pómulos altos y la muy leve inclinación ascendente de los ojos, pero el tono cálido de su piel era por completo inglés. Había demasiado aplomo y autoridad en sus gestos y la manera en que erguía la cabeza, para que resultara un retrato muy convincente de secretaria. De hecho, casi parecía un miembro del equipo de Drax, y Bond advirtió que los hombres escuchaban con atención cuando ella respondía a las preguntas de su jefe.

Su vestido de noche, más bien severo, era de un tejido negro como el carbón, con mangas abullonadas hasta más abajo de los codos. El corpiño de tela vuelta sin costuras mostraba apenas la hinchazón de sus pechos, que eran espléndidos, como había deducido Bond por las medidas que figuraban en su hoja de servicio. En el pico del escote en V había prendido un camafeo azul brillante, una piedra tallada de Rassie, supuso Bond; barato, pero imaginativo. No lucía más joyas, aparte del medio círculo de diamantes pequeños de su anillo de prometida. Salvo el cálido rojo de labios, no llevaba otro maquillaje, y las uñas estaban cortadas rectas y tenían un brillo natural.

En conjunto, decidió, era una muchacha adorable, además de, debajo de su reserva, un ser muy apasionado. Y, reflexionó, podría ser una agente de policía y una experta en jiu-jitsu, pero también tenía un lunar en el seno derecho.

Con este pensamiento reconfortante, Bond centró toda su atención en la conversación que tenía lugar entre Drax y Walter, y no realizó ningún otro intento de entablar amistad con la muchacha.

La cena concluyó a las nueve.

—Ahora le presentaremos el *Moonraker* —anunció Drax levantándose bruscamente de la mesa—. Walter nos acompañará. Tiene muchas cosas que hacer. Venga con nosotros, mi querido Bond.

Sin dirigirles palabra a Krebs ni a la joven, abandonó el comedor a grandes

zancadas. Bond y Walter lo siguieron.

Salieron de la casa y atravesaron la pista de cemento hacia la silueta distante que se encontraba al borde del acantilado. La luna había salido y la achaparrada cúpula brillaba bajo su luz a lo lejos.

A unos cien metros de distancia, Drax se detuvo.

—Le explicaré la disposición física del lugar —anunció—. Walter, vaya usted delante. Estarán esperando a que eche otra mirada a esas aletas. No se preocupe por ellas, mi querido amigo. Los de Aleaciones de Alta Resistencia saben lo que se hacen.

Bueno —prosiguió al tiempo que se volvía hacia Bond y hacía un gesto en dirección a la cúpula blanca como la leche—, ahí dentro está el *Moonraker*. Lo que usted ve es la tapa de un ancho pozo de unos doce metros de profundidad que se ha excavado en la creta. Las dos mitades de la cúpula se abren mediante un mecanismo hidráulico y se pliegan hacia atrás hasta quedar al mismo nivel que ese muro de seis metros.

Allí —señaló una silueta cuadrada que quedaba casi fuera de la vista en dirección a Deal— está el puesto de lanzamiento. Un bloque de cemento. Lleno de aparatos de seguimiento con radar, radar Doppler de velocidad y radar de planeo, por ejemplo. La información les llega a través de veinte canales de teledifusión instalados en el morro del cohete. Hay también una pantalla grande de televisión, así que puede observarse el comportamiento del cohete dentro del pozo cuando las bombas han comenzado a funcionar. Se ha dispuesto otro aparato de televisión para seguir el comienzo del despegue.

Al lado del bloque hay un montacargas que baja por la cara del acantilado. Muchos aparatos los han traído por mar y luego se han subido hasta aquí en el montacargas. Eso que se oye, que parece un gemido, es la central eléctrica que hay allí —hizo un gesto vago en dirección a Dover—. Los barracones de los operarios y la casa están protegidos por un muro blindado, pero cuando hagamos el lanzamiento no habrá nadie en kilómetro y medio a la redonda, excepto los especialistas del ministerio y el equipo de la BBC, que estarán dentro del puesto de lanzamiento. Espero que resista la sacudida. Walter dice que el pozo y buena parte de la pista de cemento se fundirán a causa del calor.

Eso es todo. No hay nada más que necesite saber hasta que entremos. Acompañeme.

Bond volvió a detectar el abrupto tono de mando. Lo siguió en silencio a través de la extensión de terreno iluminada por la luna, hasta que llegaron al muro que sustentaba la cúpula. Una bombilla roja desnuda brillaba sobre una puerta revestida con una plancha de acero que se habría en el muro. Iluminaba un cartel de gruesas letras que, en inglés y alemán, decía: *Peligro de muerte. Prohibida la entrada cuando*

la luz roja esté encendida. Llame al timbre y espere.

Drax pulsó el botón que había debajo del cartel y se oyó el amortiguado timbre de llamada.

—Puede que alguien esté trabajando con oxiacetileno o realizando alguna otra tarea delicada —explicó—. Si se distrae durante una fracción de segundo porque alguien entra, podría producirse un error muy caro. Todos dejan las herramientas cuando suena el timbre, y vuelven a comenzar cuando ven de qué se trata. —Drax se apartó de la puerta y señaló hacia lo alto, donde se veía una hilera de rejillas de un metro veinte de ancho casi al final del muro.— Conductos de ventilación —explicó—. El aire acondicionado mantiene el interior a veintiún grados.

Abrió la puerta un hombre que llevaba una cachiporra en una mano y un revólver a la altura de la cadera. Bond siguió a Drax al interior de una pequeña antesala. No contenía nada más que un banco y una ordenada hilera de zapatillas de fieltro.

—Tiene que ponerse esto —dijo Drax mientras se sentaba y se quitaba los zapatos—. Podría resbalar y estrellarse contra alguien. Será mejor que también deje aquí su chaqueta. Veintiún grados es bastante calor.

—Gracias —respondió Bond, recordando que llevaba la Beretta en la sobaquera—. De hecho, yo no siento el calor.

Con la sensación de ser un visitante en una sala de operaciones, Bond siguió a Drax a través de una puerta de comunicación que los llevó a una pasarela de hierro y un tremendo resplandor de proyectores de haz, que hicieron que se llevara automáticamente una mano a los ojos y se aferrara con la otra a la barandilla que tenía ante sí.

Cuando apartó la mano de los ojos se encontró ante una escena de tal esplendor que durante varios minutos se quedó petrificado y sin habla, deslumbrado por la terrible belleza del arma más grandiosa de la tierra.

Capítulo 12

El «Moonraker»

Era como hallarse dentro del pulido cañón de un arma de fuego. Desde el suelo, doce metros más abajo, se alzaban paredes circulares de metal pulido, cerca de cuya parte superior se aferraban él y Drax como dos moscas. En el centro del pozo, que tendría unos nueve metros de diámetro, se erguía un lápiz de reluciente cromo cuya punta, que se ahusaba hasta una antena afilada como una aguja, parecía rozar el techo que estaba a seis metros por encima de sus cabezas.

El resplandeciente proyectil descansaba sobre un cono truncado de reja de acero que se alzaba del suelo entre las puntas de tres aletas negras en forma de delta altamente inclinadas, que parecían tan afiladas como escalpelos de cirujano. Pero, por lo demás, nada estropeaba el sedoso lustre de los quince metros de pulido acero de cromo, excepto los finísimos dedos de dos grúas de brazo que se extendían desde la pared y sujetaban la cintura del cohete entre gruesos acolchados de caucho alveolar.

En los puntos en que contactaban con el cohete, había abiertas pequeñas puertas de acceso en el fuselaje de acero; mientras Bond observaba, un hombre salió a gatas por una puerta hasta la plataforma de la grúa, y la cerró tras de sí con una mano enguantada. Avanzó con pies de plomo por el estrecho puente hasta la pared, e hizo girar una manivela. Se produjo un repentino sonido de maquinaria y la grúa apartó su acolchada mano del cohete y la dejó suspendida en el aire como la pata delantera de una mantis religiosa. El sonido cambió a un tono bajo y la grúa se retrajo lentamente y se plegó sobre sí misma. Luego volvió a estirarse y sujetó el cohete por un punto situado tres metros más abajo. El operario avanzó con tiento a lo largo del brazo y abrió otra pequeña puerta de acceso, por la que desapareció.

—Probablemente está comprobando la alimentación de combustible de los tanques posteriores —comentó Drax—. Alimentación por gravedad. Es un diseño bastante delicado. ¿Qué le parece? —preguntó, mientras miraba con placer la expresión arrobada de Bond.

—Es una de las cosas más hermosas que he visto en toda mi vida.

Resultaba fácil conversar. Apenas se oía un sonido en el gran pozo de acero, y las voces de los hombres reunidos en el fondo, bajo la cola del cohete, no eran sino un murmullo.

Drax señaló hacia lo alto.

—La cabeza explosiva —explicó—. La que tiene ahora es la experimental. Está llena de instrumentos. Telémetros y demás. Siguen los giróscopos que están aquí, justo frente a nosotros. Luego casi todo son tanques de combustible conforme se avanza hacia abajo, hasta que se llega a las turbinas, cerca de la cola. Son movidas por vapor sobrecalentado que se consigue mediante la descomposición de peróxido

de hidrógeno. El combustible, flúor e hidrógeno... —dirigió una penetrante mirada a Bond—, eso, por cierto, es alto secreto... cae por los tubos de alimentación y se enciende en cuando es inyectado en el motor. Se produce una especie de explosión controlada que lanza el cohete al aire. El piso de acero que hay debajo del cohete se desliza hacia los lados y desaparece. Debajo hay un gran túnel de exhaustación que tiene la salida en la base del acantilado. Mañana lo verá. Parece una caverna enorme. Cuando el otro día hicimos una prueba estática, la creta se derritió y cayó al mar como si fuera agua. Espero que no se derritan los famosos acantilados blancos cuando llegue el momento del verdadero lanzamiento. ¿Le gustaría echar una mirada a las obras?

Bond lo siguió en silencio mientras Drax abría la marcha bajando por la empinada escalerilla de hierro que descendía en línea curva contra la pared de acero. Experimentaba una sensación de admiración, casi de reverencia, por aquel hombre y su majestuoso logro. ¿Cómo era posible que hubiese llegado a ofenderse por el comportamiento infantil de Drax en la mesa de juego? Incluso los más grandes hombres tenían sus debilidades. Drax necesitaba una válvula de escape para la tensión creada por la fantástica responsabilidad que llevaba sobre las espaldas. Por la conversación mantenida durante la cena, estaba claro que no podía descansar mucho peso sobre los hombros de su nervioso hombre clave. Sólo de él debían manar la vitalidad y la seguridad que mantuviera a flote a todo el equipo. Incluso en algo tan insignificante como ganar una partida de cartas, para él debía de ser importante reafirmarse continuamente, buscar constantes presagios de fortuna y éxito, incluso hasta el punto de crear él mismo esos presagios. ¿Quién, se preguntó, no se mordería las uñas y sudaría cuando se había arriesgado a tanto, cuando había tantas cosas en juego?

Mientras descendían por la larga curva de la escalera, y sus figuras se reflejaban grotescamente en el espejo del pulido fuselaje del cohete, Bond casi experimentó el afecto del hombre de la calle por aquel hombre al que apenas unas horas antes había estado analizando minuciosamente sin piedad, casi con repugnancia.

Cuando llegaron al piso de plancha de acero del pozo, Drax se detuvo y alzó la mirada. Bond siguió la dirección de sus ojos. Visto desde aquel ángulo parecía que estaban mirando arriba por un recto pozo estrecho de luz hacia el deslumbrante cielo de los focos de arco, un pozo de luz que no era de un blanco puro sino de tornasolado satén madreperla. Había reflejos rojos de los tanques carmesí de un gigantesco extintor de espuma que se encontraba cerca de ellos, cuya boca mantenía apuntada hacia la base del cohete un hombre vestido con traje de amianto. Había una lista de violeta cuyo origen era una bombilla de dicho color que brillaba en el tablero del panel de instrumentos de la pared y que controlaba la cubierta de acero del túnel de exhaustación. Y había también un matiz verde esmeralda aportado por la pantalla de

la luz colocada sobre una sencilla mesa de tablones de pino ante la que se encontraba un hombre que anotaba las cifras que le dictaban los integrantes del grupo reunido debajo de la cola del *Moonraker*.

Al contemplar aquella columna de tono apastelado, tan increíblemente delgada y grácil, parecía impensable que algo tan delicado pudiera resistir la presión que debería soportar el viernes: la aullante corriente de la explosión controlada más potente que jamás se hubiera intentado; el impacto de la barrera del sonido; la desconocida presión de la atmósfera a veinticuatro mil kilómetros por hora; el choque terrible cuando se precipitara desde una altura de mil seiscientos kilómetros de altura y atravesara la atmósfera que envuelve el planeta.

Drax pareció leerle el pensamiento. Se volvió a mirarlo.

—Será como cometer un asesinato —dijo. Luego, sorprendentemente, estalló en una áspera carcajada—. Venga por aquí. Walter —llamó, dirigiéndose al grupo de hombres—, acérquese. —El interpelado se separó de los otros y se acercó.— Walter, estaba diciéndole a nuestro amigo el capitán de fragata que cuando disparemos el *Moonraker* será como cometer un asesinato.

Bond no se sorprendió al ver que una expresión de perpleja incredulidad se reflejaba en el rostro del doctor.

—Será como un infanticidio —insistió Drax con irritación—. El asesinato de nuestra criatura —aclaró al tiempo que hacía un gesto hacia el cohete—. Despierte, despierte. ¿Qué le pasa?

El rostro de Walter mostró atención. Le dirigió a su interlocutor lo que él pensaba que era una sonrisa.

—Asesinato. Sí, muy bueno... ¡Ja, ja! Y ahora, sir Hugo, dígame, con respecto a las láminas de grafito que hay en el orificio de exhaustación, ¿está conforme el ministerio con su punto de fusión? No les parece que...

Mientras continuaba hablando, Walter condujo a Drax bajo la cola del cohete. Bond los siguió.

Los rostros de los otros diez hombres se encontraban vueltos hacia ellos mientras se acercaban. Drax lo presentó con un gesto de la mano.

—El capitán de fragata Bond, nuestro nuevo oficial de seguridad —dijo brevemente.

El grupo observó a Bond en silencio. Nadie hizo movimiento alguno para saludarlo, y los diez pares de ojos no manifestaron ninguna curiosidad.

—Vamos a ver, ¿qué es toda esa alharaca sobre el grafito?...

El grupo se cerró en torno a Drax y Walter. Bond quedó aislado.

No le sorprendió la frialdad de aquella recepción. El habría considerado la intromisión de un extraño en los secretos de su departamento con una indiferencia mezclada con resentimiento muy similar. Y simpatizaba con aquellos técnicos

elegidos con esmero que habían vivido durante meses entre los más complejos terrenos de la astronáutica, y ahora se hallaban en el umbral de la realización. Y sin embargo, se recordó a sí mismo, los inocentes que había entre ellos tenían que saber que él debía cumplir con su cometido, con su propio papel vital dentro del proyecto. Supongamos que uno de esos pares de ojos poco comunicativos ocultaba un hombre dentro de otro, un enemigo que tal vez en este preciso momento se regocijaba al saber que ese grafito del que Walter parecía desconfiar era, en efecto, demasiado débil. Cierto que tenían el aspecto de un grupo bien compenetrado, casi como una hermandad, rodeando a Drax y Walter, pendientes de sus palabras, los ojos atentos a las bocas de ambos hombres. Pero ¿había algún cerebro moviéndose en la intimidad de alguna órbita secreta, haciendo sus cálculos ocultos como el sigiloso mecanismo de algún aparato infernal?

Bond se desplazó distraídamente arriba y abajo del triángulo formado por los extremos de las tres aletas que descansaban en cavidades del piso de acero, cubiertas de goma; se interesó por todo cuanto veían sus ojos, pero miraba de vez en cuando al grupo de hombres desde ángulos diferentes.

Con la excepción de Drax, todos llevaban los mismos monos ajustados de nilón con cremalleras de plástico en los puños, los tobillos y la espalda. En ninguno se veía ni rastro de metal y ninguno usaba gafas. Como en el caso de Walter y Krebs, tenían la cabeza bien afeitada, tal vez, se dijo Bond, para evitar que los cabellos que pudieran perder cayesen dentro del mecanismo. Y sin embargo, aquel detalle le pareció la característica más grotesca del equipo, cada uno de cuyos miembros lucía un poblado bigote a cuyo cuidado era obvio que había dedicado gran atención. Los había de todas las formas y matices: desde el rubio al castaño o el negro; de largas guías como el manillar de una bicicleta, de morsa, estilo Kaiser, estilo Hitler... cada uno llevaba su insignia pilosa, entre las cuales el lozano vello facial rojizo de Drax resplandecía como el sello oficial de jefe máximo de todos ellos.

«¿Por qué —se preguntó Bond— todos los hombres de estas instalaciones llevan bigote?» Nunca le habían gustado, pero, al combinarlos con aquellas cabezas afeitadas, la colección de excrecencias pilosas adquiriría una calidad positivamente obscena. El conjunto habría resultado apenas tolerable de haber estado todos cortados en la misma forma, pero aquella variedad de modas individuales, aquel tumulto de bigotes personalizados, tenía algo particularmente horrible sobre el telón de fondo de las desnudas cabezas redondas.

No había nada más que destacar; los hombres eran de estatura media y todos tiraban a delgados, con su peso controlado más o menos a la medida, supuso Bond, de los requerimientos de su trabajo. Se necesitaría tener agilidad para moverse por las grúas y ser menudo de físico para trasponer las puertas de acceso y recorrer los diminutos compartimientos del cohete. Sus manos parecían relajadas y estaban

inmaculadamente limpias, y los pies, embutidos en las zapatillas de fieltro, permanecían inmóviles a causa de la concentración. Ni una sola vez sorprendió a uno mirando hacia donde él estaba y, con respecto a penetrar en sus mentes o sopesar sus lealtades, reconoció para sí que la tarea de desenmascarar los pensamientos de cincuenta de estos alemanes que parecían robots, en un plazo de tres días, no tenía muchas esperanzas de éxito. Entonces recordó que ya no eran cincuenta. Sólo cuarenta y nueve. Uno de aquellos robots se había volado la tapa de los sesos («Nunca mejor aplicada la expresión», reflexionó Bond). Y con eso, ¿qué se había descubierto acerca de los pensamientos secretos de Bartsch? Lascivia por una mujer y un *Heil*. ¿Sería un error tan notorio, se preguntó, concluir que, dejando a un lado el *Moonraker*, esos eran también los pensamientos dominantes que albergaban las otras cuarenta y nueve cabezas?

—¡Doctor Walter! Es una orden. —La voz de Drax, que reflejaba un enojo controlado, interrumpió los pensamientos de Bond mientras éste acariciaba el afilado borde de ataque de la cola de una de las aletas de columbita.— Vuelva a su trabajo. Ya hemos perdido bastante tiempo.

Los hombres se dispersaron con presteza para continuar con sus tareas, y Drax fue hacia donde estaba Bond y dejó a Walter dando vueltas con indecisión bajo el orificio de exhaustación del cohete.

La expresión de Drax era colérica.

—Condenado estúpido. Siempre está viendo problemas —murmuró. Y luego, abruptamente, como si quisiera apartar de su mente al hombre clave del proyecto, añadió—: Venga a mi oficina. Le enseñaré el plan de vuelo. Y luego, a dormir.

Bond lo siguió. Atravesaron el pozo, Drax hizo girar un pequeño pestillo que estaba al ras con la pared y se abrió una estrecha puerta con un suave siseo. Un metro más adentro había otra puerta de acero, y Bond advirtió que ambas estaban ribeteadas de goma. Compartimiento hermético. Antes de cerrar la puerta exterior, Drax se detuvo en el umbral y señaló diferentes puntos de la pared circular donde había similares pestillos discretos en la pared.

—Talleres —dijo—. De los electricistas, generadores, control de aprovisionamiento de combustible, lavabos, almacenes...

Cerró la puerta exterior antes de abrir la siguiente y entrar en su oficina, y cerró luego esta segunda después de que pasara Bond.

Se trataba de una habitación austera pintada de gris claro que contenía un amplio escritorio y varias sillas de tubo metálico y lona azul oscuro. El suelo estaba cubierto con una moqueta gris. Había dos archivadores verdes y un equipo grande de radio. Una puerta entreabierta mostraba un cuarto de baño revestido de azulejos. El escritorio estaba encarado con una ancha pared desnuda que parecía hecha de vidrio opaco. Drax se encaminó hacia esa pared y accionó dos interruptores instalados en el

extremo izquierdo de la misma. La pared se iluminó y Bond se halló ante dos mapas cuadrados de aproximadamente un metro de lado, trazados en la parte posterior del vidrio.

El mapa de la izquierda presentaba el cuarto este de Inglaterra, desde Portsmouth hasta Kingston Upon Hull, y las aguas adyacentes desde la latitud 50 a la 55. A partir del punto rojo que había cerca de Dover, que señalaba el emplazamiento del *Moonraker*, se habían trazado arcos que mostraban el alcance del cohete en intervalos de dieciséis kilómetros. En un punto situado a ciento treinta kilómetros de dicho emplazamiento, entre las islas Frisias y Kingston Upon Hull, había un diamante rojo en medio del océano.

Drax señaló con un gesto las densas tablas matemáticas y columnas de lecturas de brújula que llenaban la zona situada a la derecha del mapa.

—Velocidad de los vientos, presión atmosférica, tabla de cálculo instantáneo para la calibración de los giróscopos —explicó—. Todo está calculado usando la velocidad y el alcance del cohete como constantes. Cada día recibimos los informes meteorológicos que nos envía el Ministerio del Aire, e informes de las capas más altas de la atmósfera cada vez que el reactor de la RAF logra llegar ahí arriba. Cuando está a la altitud máxima, suelta globos de helio que pueden ascender todavía más. La atmósfera de la Tierra llega hasta aproximadamente ochenta kilómetros de altitud. Por encima de los treinta apenas hay densidad que pueda afectar al *Moonraker*. Ascenderá casi en el vacío. El problema es atravesar los primeros treinta kilómetros. La gravedad es otra fuente de inquietud. Walter puede explicarle todas esas cosas, si le interesa. Durante las últimas horas antes del lanzamiento del viernes, recibiremos informes meteorológicos constantes. Y calibraremos los giróscopos justo antes del despegue. Por el momento, la señorita Brand reúne los datos cada mañana y lleva una tabla de calibración de los giróscopos para el caso de que sea necesaria.

Drax señaló el segundo de los mapas de la pared. Se trataba de un diagrama de la elipse de vuelo del cohete entre el punto de lanzamiento y el objetivo. Había más columnas de números.

—La velocidad de la Tierra y su efecto sobre la trayectoria del cohete —explicó—. La Tierra orbitará hacia el este mientras el cohete se encuentre en vuelo. Ese factor tiene que unirse a los cálculos del otro mapa. Se trata de un tema complicado. Por fortuna, usted no tiene por qué entenderlo. Déjelo en manos de la señorita Brand. Veamos —prosiguió mientras apagaba las luces y la pared quedaba en blanco—, ¿alguna pregunta concreta sobre su trabajo? No crea que tendrá que hacer mucho. Como puede ver, este lugar rebosa de medidas de seguridad. El ministerio insistió en eso desde el principio.

—Todo parece estar bien —asintió Bond. Examinó el rostro de Drax. El ojo sano le dirigía una mirada penetrante. Guardó un momentáneo silencio—. ¿Cree usted que

había algo entre su secretaria y el comandante Tallon? —inquirió, ya que se trataba de una pregunta obvia y era mejor que la formulase ahora.

—Cabe esa posibilidad —replicó Drax con naturalidad—. Es una muchacha atractiva. Aquí abajo se encontraron con que tenían que pasar muchas horas juntos. En cualquier caso, parece que había calado hondo en Bartsch.

—Me han dicho que Bartsch alzó el brazo y gritó «*Heil*» antes de meterse el arma en la boca —comentó Bond.

—Eso dicen —repuso Drax, sereno—. ¿Y qué pasa si fue así?

—¿Por qué llevan bigote todos los hombres? —inquirió Bond, haciendo caso omiso de la pregunta de Drax.

Una vez más, tuvo la sensación de que la pregunta que acababa de formular irritaba al otro hombre.

Drax profirió una de sus carcajadas como ladridos.

—Fue idea mía —respondió—. Con esos trajes blancos y las cabezas afeitadas, son difíciles de reconocer. Así que les dije a todos que se dejaran bigote. La cosa se ha convertido en un fetiche. Como en la RAF durante la guerra. ¿Ve algo malo en eso?

—Por supuesto que no —dijo Bond—. Resulta bastante sorprendente a primera vista. Yo habría pensado que grandes números estampados en los trajes, con un color diferente para cada turno, era algo más eficaz.

—Bueno —respondió Drax al tiempo que se volvía hacia la puerta como para dar la conversación por terminada—, pues yo me decidí por los bigotes.

Capítulo 13

Marcación mortal

El miércoles por la mañana, Bond despertó temprano en la cama del hombre muerto.

Había dormido poco. Drax no había dicho una sola palabra mientras regresaban a la casa y lo había despedido con un breve «buenas noches» al pie de la escalera. Bond había recorrido el pasillo enmoquetado hasta donde brillaba una luz a través de una puerta abierta; sus cosas estaban pulcramente colocadas en una habitación cómoda.

El dormitorio estaba amueblado con el mismo gusto caro que la planta baja, y había galletitas y una botella de Vichy (no una botella de Vichy rellena con agua del grifo, según pudo determinar Bond), junto a la cama.

Del ocupante anterior no había ningún rastro, excepto un estuche de cuero sobre la cómoda, que contenía unos binoculares, y un archivador metálico cerrado con llave. Conocía bien los archivadores. Lo inclinó hacia la pared, metió la mano por debajo y encontró el extremo inferior de la barra de cierre que sobresale cuando se ha echado la llave de la sección superior. Una presión ascendente abrió los cajones uno a uno, y él volvió a bajar con suavidad el borde frontal del archivador hasta depositarlo en el suelo, con la cruel reflexión de que el comandante Tallon no habría sobrevivido mucho tiempo en el Servicio Secreto.

El cajón superior contenía mapas a escala de las instalaciones y los edificios que las componían, y la carta náutica del Almirantazgo N° 1.895 del estrecho de Dover. Extendió ambos mapas sobre la cama y los examinó con minuciosidad. Había restos de ceniza de cigarrillo en los pliegues de la carta marina.

Fue a buscar su caja de instrumentos, un maletín de cuero que se encontraba en el suelo, junto a la cómoda. Examinó los números de las ruedas de combinación y, una vez hubo comprobado satisfactoriamente que nadie las había manipulado, las giró hasta formar el número clave. Dentro del maletín se apiñaban ordenadamente numerosos instrumentos bien encajados. Seleccionó un atomizador de polvo de dactiloscopia y una lupa grande. Roció cada centímetro de la carta con el polvo grisáceo. Apareció una multitud de huellas dactilares.

Revisándolas con la lupa, estableció que éstas pertenecían a dos personas. Aisló dos de los conjuntos mejores, del maletín de cuero sacó una cámara Leica con un flash acoplado y las fotografió. Luego examinó cuidadosamente con la lupa los dos surcos diminutos trazados sobre el papel y que el polvo había hecho visibles.

Al parecer, se trataba de dos líneas trazadas desde la costa para formar una marcación cruzada en un punto del mar. Era una marcación muy precisa, y ambas líneas parecían originarse en la casa donde estaba Bond. De hecho, pensó, podrían indicar diferentes observaciones de algún objeto que había en el mar, realizadas desde cada una de las alas de la casa.

Las dos líneas no estaban trazadas con lápiz sino, presumiblemente para evitar que fueran detectadas, con un punzón que apenas había dejado un surco en el papel.

En el punto en que ambas se unían, se advertía el rastro de un signo de interrogación; y este signo de interrogación estaba en la línea isobárica de doce brazas de profundidad que se encontraba a unos cincuenta metros del acantilado en la marcación directa entre la casa y el barco faro de South Goodwin.

Por la carta no podía inferirse nada más. Consultó el reloj. Era la una menos veinte. Oyó pasos distantes en el vestíbulo, el chasquido de un interruptor que apagaba una luz, y luego silencio. Podía imaginar el rostro grande y peludo vuelto hacia el corredor, mirando, escuchando. Luego oyó un leve chirrido y el sonido de una puerta que se abría suavemente y se cerraba con igual suavidad. Bond aguardó, imaginó los movimientos del hombre mientras se preparaba para meterse en la cama. Se oyó el ruido amortiguado de una ventana que se abría y, a lo lejos, el sonido característico de alguien que se sonaba la nariz. A continuación reinó la quietud.

Bond le dio a Drax otros cinco minutos y después se encaminó hacia el archivador y abrió con suavidad los otros cajones. En el tercero y el cuarto no había nada, pero el inferior estaba lleno de carpetas en orden alfabético. Eran los expedientes de todos los hombres que trabajaban en las instalaciones. Bond sacó la sección «A», regresó a la cama y comenzó a leer.

En cada caso, la fórmula era la misma: nombre completo, dirección, fecha de nacimiento, descripción, señas particulares, profesión u oficio después de la guerra, historial de guerra, antecedentes políticos y simpatías actuales, antecedentes penales, salud, parientes más próximos. Algunos de los hombres tenían esposa e hijos cuyos datos estaban anotados, y en cada expediente había fotografías de frente y perfil, y las huellas dactilares de ambas manos.

Dos horas y diez cigarrillos más tarde había examinado los expedientes de todos los hombres y descubierto dos puntos de interés general. El primero era que cada uno de los cincuenta hombres parecía haber llevado una vida intachable, sin nada irregular en el campo político o penal. Esto parecía tan improbable que decidió enviar, a la primera oportunidad que tuviera, cada uno de los expedientes al puesto que tenía el Servicio Secreto en Alemania para que hicieran una nueva comprobación completa.

El segundo punto era que ninguno de los rostros que había en el expediente llevaba bigote. A pesar de las explicaciones de Drax, este hecho abrió otro pequeño interrogante en la mente de Bond.

Se levantó de la cama, lo archivó todo y cerró con llave, aunque guardó la carta náutica y uno de los expedientes en su maletín de cuero. Hizo girar las ruedecillas de la combinación y metió el maletín bajo la cama, bien al fondo, de modo que quedara justo debajo de la almohada en el ángulo interior de la pared. Luego, sin ruido, se

lavó y cepilló los dientes en el cuarto de baño contiguo, y abrió la ventana de par en par.

La luna aún brillaba en el cielo: como debía de brillar, pensó Bond, cuando, despertado quizá por algún ruido poco habitual, Tallon había subido al tejado, tal vez hacía sólo un par de noches; y había visto, en el mar, lo que hubiera visto. Habría llevado los binoculares consigo; al pensar en ello, se apartó de la ventana y los cogió. Eran muy potentes, de fabricación alemana, tal vez botín de guerra, y el 7 x 50 que había en las placas superiores le indicó que se trataba de un dispositivo de visión nocturna. Y a continuación, el sigiloso Tallon (¿o tal vez no lo suficientemente sigiloso?) debió de avanzar hasta el otro extremo del tejado para mirar otra vez por los binoculares, calculando la distancia que había desde el borde del acantilado hasta el objeto del mar, y desde éste hasta el barco-faro de Goodwin. Luego debió de haber vuelto por donde había llegado, para entrar en la habitación procurando no hacer ruido.

Bond vio a Tallon cerrar cuidadosamente la puerta con llave, quizá por primera vez desde que estaba en aquella casa, avanzar hasta el archivador, sacar la carta náutica que apenas había mirado hasta aquel momento y, a continuación, marcar suavemente las líneas de su marcación aproximada. Tal vez la contempló durante largo rato antes de trazar el interrogante junto a ella.

¿Y qué era aquel objeto desconocido? Imposible saberlo. ¿Una embarcación? ¿Una luz? ¿Un ruido?

Con independencia de lo que fuera, se suponía que Tallon no debía verlo. Y alguien lo había oído. Alguien conjeturó que lo había visto, y aguardó hasta que Tallon salió de su habitación a la mañana siguiente. Entonces, ese alguien había entrado en el dormitorio y lo había registrado. Era probable que no hubiese visto nada en la carta, pero los binoculares estaban junto a la ventana.

Con eso había bastado. Y aquella noche Tallon murió.

Bond se detuvo. Estaba corriendo demasiado aprisa, construyendo todo un caso con la más débil de las pruebas. A Tallon lo había matado Bartsch, y Bartsch no era quien había oído el ruido, era el hombre que había dejado huellas dactilares en la carta, el hombre cuyo expediente había guardado Bond en el maletín de cuero.

Ese hombre había sido el obsequioso ayudante de campo de Drax, Krebs, el hombre que tenía un cuello como una babosa blanca. Las huellas de la carta eran de él. Durante media hora,

Bond había comparado las huellas de la carta con las que había en el expediente de Krebs. Pero ¿quién decía que Krebs había oído el ruido o hecho algo al respecto, en caso de que lo oyera? Bueno, para empezar, parecía un fisgón nato. Tenía los ojos de un ladronzuelo insignificante. Y esas huellas dactilares habían sido hechas, sin duda alguna, después de que Tallon había estudiado la carta náutica. Sus huellas

estaban sobre las de Tallon en varios sitios.

Pero ¿cómo podría estar implicado Krebs en todo aquello, cuando Drax no le quitaba nunca los ojos de encima? Era su ayudante confidencial. Sin embargo, ¿y el caso de «Cicerón», el criado de confianza del embajador británico en Ankara durante la guerra? La mano en el bolsillo de los pantalones que acababa de quitarse su jefe, y que colgaban sobre el respaldo de la silla. Las llaves del embajador. La caja de seguridad. Los secretos. Este cuadro se parecía mucho a aquél.

Bond se estremeció. De pronto se dio cuenta de que había permanecido durante largo rato de pie ante la ventana abierta y que era hora de dormir un poco.

Antes de meterse en la cama, cogió la sobaquera de la silla donde colgaba junto con la ropa que acababa de quitarse, desfundó la Beretta con la culata de esqueleto y la metió debajo de la almohada. ¿Como defensa contra quién? No lo sabía, pero su instinto le decía, de modo bastante terminante, que había peligro en las proximidades. Desprendía un aroma persistente aunque impreciso y se movía sólo en el umbral de su conciencia. De hecho, sabía que esa sensación se basaba en los numerosos pequeños interrogantes que habían surgido a lo largo de las veinticuatro horas anteriores: el enigma de Drax; el «*Heil*» de Bartsch; los grotescos bigotes; los cincuenta alemanes beneméritos; la carta náutica; los binoculares de visión nocturna; Krebs.

Primero tendría que comunicarle sus sospechas a Vallance. A continuación, explorar las posibilidades de Krebs. Luego, examinar las defensas del *Moonraker*... del lado del mar, por ejemplo. Y por último, reunirse con Brand y acordar con ella un plan para los próximos dos días. No había mucho tiempo que perder.

Mientras obligaba al sueño a entrar en el hervidero que era su mente, visualizó el número siete de la esfera del despertador y confió en que las células ocultas de su memoria lo despertaran. Quería salir lo antes posible de la casa para telefonar a Vallance. Si sus actos despertaban sospechas, no se dejaría turbar. Uno de sus objetivos era atraer a su propia órbita las mismas fuerzas que se habían encargado de Tallon, porque si de una cosa estaba razonablemente seguro era de que el comandante Tallon no había muerto porque amara a Gala Brand.

Su despertador extrasensorial no le falló. A las siete en punto, con la boca seca a causa del exceso de cigarrillos fumados la víspera, se obligó a salir de la cama y darse una ducha fría. Se había afeitado, hecho gárgaras con un fuerte colutorio y ahora, con un gastado traje de color blanco y azul, una camisa azul oscuro de algodón Sea Island y una corbata negra de punto de seda, avanzaba en silencio, aunque no subrepticamente, por el corredor hasta la parte superior de la escalera, con el maletín cuadrado de cuero en la mano izquierda.

Encontró el garaje en la parte posterior de la casa, y el poderoso motor del Bentley respondió a la primera presión del botón de arranque. Avanzó lentamente por

la pista de cemento, bajo la mirada indiferente de las ventanas de la casa cubiertas por cortinas, y se detuvo, con el motor en punto muerto, en la linde del bosque. Sus ojos se desplazaron de vuelta hacia la casa, y confirmó sus cálculos de que un hombre de pie sobre el tejado podría mirar por encima del muro blindado y ver el borde del acantilado y el mar que se extendía más allá.

No había señales de vida en torno a la cúpula que albergaba el *Moonraker*, y el cemento, que ya comenzaba a resplandecer con las primeras luces del sol, se extendía, desierto, en dirección a Deal. Parecía la pista de un aeródromo recién construido o, pensó, con las tres «cosas» de cemento, la cúpula de colmena, el liso muro blindado y el distante cubo del puesto de lanzamiento, más bien parecía un paisaje desierto de Dalí en el que tres *objets trouvés*^[32] reposaran según un calculado azar.

En el mar, entre la temprana calina de un día que prometía ser caluroso, el barcofaro de South Goodwin se veía apenas, una barca roja indistinta anclada para siempre en el mismo punto y condenada, como un barco de decorado del teatro Drury Lañe, a contemplar el diorama de las olas y nubes que pasaban continuamente en todas direcciones mientras ella, sin identidad ni pasajeros ni carga, permanecía anclada por siempre en el punto de partida, que era también el de su destino.

A intervalos de treinta segundos dejaba sonar su triste queja en la calina, un largo trompetazo doble de desfalleciente cadencia. «Un canto de sirena —reflexionó Bond— para repeler en lugar de atraer.» Se preguntó cómo soportaban el ruido los siete tripulantes mientras masticaban su carne de cerdo con judías. ¿Acaso daban un respingo cuando puntuaba al *Housewife's Choice* que emitía la radio a todo volumen en el estrecho comedor? Pero era una vida segura^[33], aunque anclada a las puertas de un camposanto.

Bond tomó nota mental de averiguar si aquellos siete hombres habían visto u oído lo que Tallon marcó en la carta náutica, y luego aceleró para pasar a buena velocidad por los puestos de guardia.

En Dover, aparcó ante el Café Royal, un modesto restaurante pequeño, con una cocina modesta pero capaz, según sabía desde hacía tiempo, de preparar un pescado y unos huevos revueltos excelentes. La madre e hijo italosuizos que lo regentaban lo saludaron como a un viejo amigo; pidió que le tuvieran preparado en media hora un plato de huevos revueltos con tocino, así como mucho café. Luego continuó hasta la comisaría de policía y puso una conferencia con Vallance a través de la centralita de Scotland Yard. Vallance estaba desayunando en su casa. Escuchó sin comentarios las cautelosas palabras de Bond, pero manifestó sorpresa cuando éste le dijo que no había tenido oportunidad de hablar con Gala Brand.

—Es una muchacha muy inteligente —dijo—. Si el señor K. anda en algo, sin duda tendrá alguna idea de qué es. Y si T. oyó un ruido el domingo por la noche, es

probable que ella también lo haya oído. Aunque debo admitir que no ha dicho nada al respecto.

Bond no mencionó la recepción que le había dispensado la agente de Vallance.

—Voy a hablar con ella esta mañana —comentó—, y le enviaré la carta y la película de la Leica para que les eche un vistazo. Se las daré al inspector. Tal vez alguien de la patrulla de carreteras pueda pasar a dejárselas. Por cierto, ¿desde dónde llamó T. cuando telefoneó a su jefe el lunes?

—Haré localizar la llamada y se lo diré —respondió Vallance—. Y haré que Trinity House^[34] les pregunte a los tripulantes del barco-faro y de la guardia costera si pueden ayudarnos. ¿Algo más?

—No, eso es todo.

Colgó. La línea pasaba por demasiadas centralitas. Tal vez si se hubiera tratado de M, le habría insinuado más cosas. Le parecía ridículo hablar con Vallance acerca de bigotes y de la sensación de peligro que había experimentado la noche anterior y que la luz diurna había disipado. Estos policías querían hechos sólidos. Eran mejores, decidió, para resolver crímenes que para preverlos.

Después del excelente desayuno, se sintió más alegre. Leyó el *Express* y *The Times*, y encontró un simple informe de investigación judicial del caso Tallon. El *Express* había hecho mucho ruido con la fotografía de la muchacha, y a Bond le divirtió ver el parecido neutro que Vallance había logrado. Decidió que debía intentar trabajar con ella. Le daría una confianza total tanto si se mostraba receptiva como si no. Tal vez también ella tenía sospechas e intuiciones tan vagas que se las guardaba para sí.

Bond condujo el coche de vuelta a la casa. Acababan de dar las nueve cuando salió de los árboles a la pista de cemento; en ese momento se oyó el alarido de una sirena, y desde los bosques que había detrás de la casa apareció una doble fila de doce hombres que corrían al unísono hacia la cúpula de lanzamiento. Marcaron el paso en el sitio mientras uno de ellos pulsaba el timbre, y al abrirse la puerta penetraron en el interior y desaparecieron de la vista.

«Rasca la superficie de un alemán y encontrarás precisión», pensó Bond.

Capítulo 14

Dedos inquietos

Algo más de media hora antes, Gala Brand había apagado su cigarrillo de después de desayunar, apurado el resto del café, salido de su dormitorio y atravesado el terreno, con todo el aspecto de la secretaria personal con su inmaculada camisa blanca y la falda plisada azul oscuro.

A las ocho y media en punto estaba en su oficina. Sobre el escritorio encontró un fajo de teletipos del Ministerio del Aire, y su primer acto fue transferir un resumen del contenido de los mismos a un mapa meteorológico, trasponer la puerta de comunicación con la oficina de Drax y pinchar el mapa en el panel que colgaba en el ángulo de la pared contigua a la de vidrio, ahora en blanco. Luego pulsó el interruptor que iluminaba el mapa de pared, realizó algunos cálculos basados en las columnas de números que se hicieron visibles con la luz y anotó los resultados en el diagrama que había pinchado en el panel.

Había hecho lo mismo con cifras del Ministerio del Aire que se hacían cada vez más precisas a medida que se acercaba el día del lanzamiento de prueba, cada día desde que concluyeron las instalaciones y se emprendió la construcción del cohete dentro del pozo, y se había especializado tanto que ahora llevaba en la memoria las calibraciones de los giróscopos para casi cualquier variación meteorológica que se produjera a diversas altitudes.

Por eso le irritaba aún más que Drax pareciese no aceptar sus cifras. Cada día, cuando a las nueve en punto sonaba el timbre de advertencia y él descendía por la empinada escalera de hierro y entraba en su oficina, el primer acto era llamar al insufrible doctor Walter, y juntos calculaban de nuevo todas sus cifras y anotaban los resultados en la fina libreta negra que Drax llevaba siempre en el bolsillo trasero del pantalón. Sabía que ésta era una rutina invariable y se había cansado de observarla a través del discreto agujero que había practicado, con el fin de poder enviarle a Vallance una relación semanal de los visitantes de Drax, en la fina pared que separaba ambas oficinas. El método era poco profesional pero resultaba eficaz, y poco a poco ella había trazado un cuadro completo de la rutina diaria que llegó a resultarle tan irritante. La irritaba por dos razones. Porque significaba que Drax no confiaba en sus cálculos y porque minaba su posibilidad de desempeñar algún papel, por modesto que fuera, en el lanzamiento final del cohete.

Resultaba natural que a lo largo de los meses hubiese acabado por sumergirse tanto en su tapadera como en su verdadera profesión. Para que la tapadera fuera completa, era fundamental que su personalidad estuviese tan realmente dissociada como resultara posible. Y ahora, mientras espía, sondeaba y husmeaba la atmósfera que rodeaba a Drax para informar a su jefe de Londres, se sentía apasionadamente

comprometida con el éxito del *Moonraker*, y su dedicación al servicio del cohete se había vuelto tan absoluta como la de cualquier otra persona de las instalaciones.

Y el resto de sus cometidos como secretaria de Drax se le hacía insufriblemente aburrido. Cada día había una abundante correspondencia dirigida al domicilio de Drax en Londres, que le hacía llegar el ministerio; y aquella mañana había encontrado el habitual montoncito de alrededor de quince sobres que la esperaba sobre el escritorio. Serían cartas de tres tipos: unas de solicitud, otras de maniáticos de los cohetes, y unas terceras profesionales, del agente de bolsa de Drax y de otros agentes comerciales. A éstas, Drax les dedicaría réplicas breves, y el resto del día lo pasaría ella mecanografiando y archivando.

Así pues, era natural que su única obligación relacionada con el cohete destacara mucho en la aburrida jornada; y aquella mañana, mientras comprobaba y volvía a comprobar su plan de vuelo, estaba más que decidida a que sus cálculos fuesen aceptados cuando llegara el gran día. Y sin embargo, se decía a menudo, tal vez no cabía duda de que lo serían. Quizá los cálculos diarios que llevaban a cabo Drax y Walter antes de hacer las entradas en la libreta negra, no eran más que una comprobación de los realizados por ella. Ciertamente, Drax nunca había expresado dudas en cuanto al plan meteorológico ni a las calibraciones de los giróscopos que ella sentaba. Y cuando un día le preguntó directamente si sus cálculos eran correctos, le contestó con evidente sinceridad: «Excelentes, querida. Son de gran valor. No podríamos trabajar sin ellos.»

Gala Brand regresó a su propia oficina y comenzó a abrir las cartas. Sólo quedaba trazar dos planes de vuelo más para el jueves y el viernes y luego, con sus cálculos o con otros —los que había en el bolsillo de Drax—, los giróscopos serían finalmente calibrados y el interruptor accionado para iniciar la ignición.

Se miró distraídamente las uñas de las manos y luego las tendió ambas ante sí con los dorsos vueltos hacia sus ojos. ¿Cuántas veces, durante el curso de entrenamiento en la Escuela de Policía, la habían enviado fuera junto con otras alumnas y le habían dicho que no regresara sin un bolso, una polvera, una estilográfica, incluso un reloj de pulsera? ¿Cuántas veces, durante los cursos, el instructor se había vuelto con rapidez y la había cogido por la muñeca, diciendo: «Vamos, vamos, señorita.

Eso parecía un elefante buscando un terrón de azúcar en el bolsillo de su cuidador. Vuelva a intentarlo.»

Flexionó los dedos con tranquilidad y luego, ya tomada una decisión, volvió a ocuparse de la pila de cartas.

Pocos minutos antes de las nueve, sonó el timbre y oyó que Drax llegaba a la oficina. Un momento más tarde, volvía a abrir la doble puerta y llamaba a Walter. A eso siguió el habitual murmullo de voces cuyas palabras quedaban ahogadas por el suave zumbido del sistema de ventilación.

Dispuso las cartas en sus tres montones y se inclinó hacia delante, relajada, con los codos apoyados en el escritorio y el mentón descansando sobre las manos.

Capitán de fragata Bond. James Bond. Sin duda era un hombre joven, presumido, como había tantos en el Servicio Secreto. ¿Y por qué lo habían enviado a él en lugar de a alguien con quien ella pudiera trabajar, uno de sus amigos de la brigada especial, o incluso alguien del MI5? El mensaje del subdirector decía que no había nadie más disponible en tan poco tiempo y que éste era uno de los hombres estrella del Servicio Secreto, que contaba con la total confianza de la brigada especial y con el visto bueno del MI5. Incluso el primer ministro había tenido que autorizarlo a operar, sólo en esta misión, dentro de Inglaterra. Pero ¿de qué utilidad podría ser aquel hombre en el poco tiempo que quedaba?

Probablemente dispararía bien, seguro que hablaba otros idiomas y era capaz de hacer un montón de trucos que podrían resultar útiles en el extranjero. Pero ¿qué podría hacer provechoso aquí, sin ninguna espía hermosa a la que hacer el amor? Porque ciertamente era muy apuesto. (Gala metió la mano automáticamente en su bolso para sacar la polvera. Se examinó en el pequeño espejo y se retocó la nariz con la borla.) Bastante parecido a Hoagy Carmichael^[35], en cierto sentido. El cabello negro que le caía sobre la ceja derecha. Más o menos la misma estructura ósea. Pero en su boca había un rictus un tanto cruel, y los ojos eran fríos. ¿Eran grises o azules? La noche pasada le había resultado difícil determinarlo. Bueno, en cualquier caso ella lo había puesto en su sitio y le demostró que no se sentía impresionada por los apuestos jóvenes del Servicio Secreto, por muy romántico que fuese su aspecto. En la brigada especial había hombres igual de guapos, y aquellos eran detectives reales, no simples personas inventadas por Phillip Oppenheim^[36], con coches veloces, cigarrillos especiales con bandas doradas y pistolas en fundas sobaqueras, tal como había advertido (e incluso lo rozó ligeramente para cerciorarse).

En fin, suponía que tendría que representar algún tipo de pantomima de que trabajaba con él, de que le seguía la corriente, aunque sólo Dios sabía en qué dirección. Si ella había estado allí desde que se empezaron a construir las instalaciones sin detectar nada, ¿qué podía esperar descubrir ese Bond en un par de días? Por supuesto que había una o dos cosas que no acababa de entender. ¿Debía hablarle de Krebs, por ejemplo? Lo primero que había que hacer era procurar que no le estropeará su propia tapadera haciendo alguna estupidez. Tendría que mostrarse serena, firme y extremadamente cuidadosa. Pero eso no significaba, decidió cuando sonó el intercomunicador y recogió las cartas y la libreta de taquigrafía, que no pudiera mostrarse amistosa. Dentro de ciertos límites, claro está.

Con la segunda decisión tomada, abrió la puerta de comunicación y entró en la oficina de sir Hugo Drax.

Cuando regresó a su despacho media hora más tarde, encontró a Bond retrepado

en su silla con el *Whitaker's Almanack* abierto sobre el escritorio ante sí. Ella frunció los labios. Bond se levantó y la saludó con un alegre «buenos días». Gala respondió con un breve movimiento de cabeza, rodeó el escritorio y se sentó. Desplazó cuidadosamente el almanaque a un lado y colocó en su sitio las cartas y la libreta de notas.

—Podría tener una silla de más para las visitas —comentó Bond con una sonrisa que ella definió como impertinente—, y algo mejor para leer que libros de referencia.

Gala hizo caso omiso del comentario.

—Sir Hugo quiere verlo —informó—. Ahora mismo iba a ver si ya se había levantado.

—Mentirosa —dijo Bond—. Me ha oído salir a las siete y media. La he visto espiando entre las cortinas.

—No he hecho nada parecido —contestó, enfurruñada—. ¿Por qué iba a interesarme por un coche que pase?

—Ya le he dicho que usted oyó el coche —respondió Bond, que aprovechó su ventaja—. Y, por cierto, no debería rascarse la cabeza con el extremo redondo del lápiz cuando está tomando un dictado. Ninguna de las buenas secretarias personales hace eso.

Bond dirigió una mirada significativa hacia un punto inmediato a la jamba de la puerta y se encogió de hombros.

Las defensas de Gala se derrumbaron. «Condenado tipo», pensó. Le dedicó una sonrisa reticente.

—Bueno —dijo—. Vayamos, no podemos pasarnos toda la mañana jugando a los acertijos. De hecho, quiere vernos a los dos juntos y no le gusta que lo hagan esperar.

Se levantó, avanzó hacia la puerta de comunicación y la abrió. Bond la siguió y cerró la puerta a sus espaldas.

Drax se encontraba de pie y miraba el mapa de la pared iluminada. Se volvió cuando entraron.

—Ah, ya ha llegado —dijo al tiempo que dedicaba a Bond una mirada penetrante—. Pensaba que tal vez nos había abandonado. Los guardias informaron que había salido a las siete y media.

—Tenía que hacer una llamada telefónica —respondió Bond—. Espero no haber molestado a nadie.

—Hay un teléfono en mi estudio —precisó Drax con aspereza—. A Tallon le parecía bastante bueno.

—Ah, pobre Tallon —comentó Bond, evasivo.

En la voz de Drax había una nota de perdonavidas que le desagradaba particularmente, y de manera instintiva hacía que deseara bajarle los humos. En esta ocasión tuvo éxito.

Drax le echó una dura mirada que encubrió con una corta carcajada y un encogimiento de hombros.

—Haga lo que le plazca —dijo—. Tiene que hacer su trabajo. Siempre y cuando no altere la rutina de las instalaciones. Debe recordar —añadió con tono más razonable— que todos mis hombres están nerviosos como gatos en este momento, y no puedo permitir que se inquieten por sucesos misteriosos. Espero que hoy no quiera hacerles un montón de preguntas. Preferiría que no tuvieran nada más de lo que preocuparse. Aún no se han recobrado de lo sucedido el lunes. La señorita Brand puede contárselo todo acerca de ellos, y creo que todos sus expedientes están en la habitación de Tallon. ¿Les ha echado ya un vistazo?

—No tengo la llave del archivador —respondió Bond, fiel a la verdad.

—Lo siento, es culpa mía —replicó Drax. Se encaminó a su escritorio y abrió un cajón del que sacó un pequeño manojito de llaves que le entregó—. Tendría que haberle dado esto anoche. El inspector que trabajó en el caso me pidió que se las entregara a usted. Lo siento.

—Muchas gracias —dijo Bond. Hizo una pausa—. Por cierto, ¿cuánto tiempo hace que Krebs trabaja con usted?

Formuló la pregunta como si hubiera seguido un impulso. En la habitación se produjo un instante de silencio.

—¿Krebs? —repitió Drax.

Pensativo, regresó a su escritorio y se sentó. Se metió la mano en un bolsillo del pantalón y sacó un paquete de cigarrillos rematados con corcho. Sus dedos romos rompieron con torpeza el envoltorio de celofán. Extrajo un cigarrillo, se lo metió en la boca bajo la franja de pelo rojizo y lo encendió.

Bond estaba sorprendido.

—No sabía que se pudiera fumar aquí abajo —comentó, al tiempo que sacaba su propia pitillera.

El cigarrillo de Drax, como una diminuta astilla blanca en medio del rojo rostro grande, se agitó arriba y abajo al responder él sin quitárselo de la boca.

—Aquí sí que se puede —replicó—. Estas habitaciones son herméticas. En las puertas hay burletes de goma. Tienen ventilación independiente. Los talleres y generadores deben mantenerse separados del pozo y, en cualquier caso —los labios sonrieron en torno al cigarrillo—, yo tengo que poder fumar.

Drax se quitó el cigarrillo de la boca y lo miró. Pareció tomar una decisión.

—Usted me ha preguntado por Krebs —dijo—. Bueno... —dirigió a Bond una mirada significativa—, que esto quede entre nosotros, pero no confío del todo en ese hombre. —Alzó una mano amonestadora.— No es por nada concreto, por supuesto, o lo habría hecho despedir, pero lo he encontrado fisgando por la casa, y una vez lo sorprendí en mi estudio registrando mis papeles personales. Me dio una explicación

perfectamente válida y dejé pasar el incidente con sólo una advertencia. Pero, para serle sincero, abrigo sospechas con respecto a ese hombre. Por supuesto, no puede causar ningún daño. Forma parte del personal de la casa, y a ninguno de sus miembros se les permite entrar aquí, pero —dirigió una mirada franca a los ojos de Bond— yo me inclino a pensar que usted debería concentrarse en él. Ha sido brillante por su parte que lo haya detectado tan pronto —añadió con respeto—. ¿Qué le ha hecho fijarse en él?

—Bueno, nada del otro mundo —respondió Bond—. Tiene un aire furtivo. Pero lo que acaba de decirme es interesante, y sin duda lo mantendré vigilado.

Se volvió hacia Gala, que había permanecido en silencio desde que entraron en la sala.

—¿Y qué piensa usted de Krebs, señorita Brand? —preguntó con tono cortés.

La muchacha se dirigió a Drax.

—Yo no sé mucho de estas cosas, sir Hugo —respondió con una modestia y un toque de impulsividad que Bond admiró—. Pero no confío en absoluto en ese hombre. No tenía intención de decírselo, pero ha estado husmeando en mi habitación, ha abierto cartas y cosas así. Me consta que lo ha hecho.

Drax estaba conmocionado.

—¿De verdad que ha hecho eso? —dijo. Aplastó el cigarrillo en el cenicero y apagó los fragmentos de brasa uno a uno—. Vaya con Krebs —murmuró, sin alzar la vista.

Capítulo 15

Justicia brutal

Se produjo un momento de silencio en la oficina, durante el cual Bond reflexionó sobre lo extraño que resultaba que las sospechas hubieran recaído tan repentina y unánimemente sobre un solo hombre. ¿Y exculpaba aquello a los demás de modo automático? ¿Acaso Krebs no podía ser el integrante de toda una banda, destinado a la casa? ¿O trabajaba por su cuenta? Y, de ser así, ¿con qué propósito? ¿Y qué tenía que ver su fisgoneo con las muertes de Tallon y Bartsch?

Drax rompió el silencio.

—Bueno, eso parece aclarar las cosas —declaró al tiempo que miraba a Bond en busca de confirmación. Éste le respondió con un asentimiento de cabeza ambiguo—. Tendré que dejárselo a usted. En cualquier caso, debemos encargarnos de que no se acerque al cohete. De hecho, mañana voy a llevar a Krebs a Londres. Hay detalles de última hora que acordar con el ministerio, y aquí no pueden prescindir de Walter. De los hombres de que dispongo, Krebs es el único que puede hacer el trabajo de un ayudante de campo. Eso evitará que se meta en problemas. Hasta entonces, todos tendremos que vigilarlo. A menos, por supuesto, que usted quiera ponerlo de inmediato entre rejas. Yo preferiría que no lo hiciera —añadió con franqueza—. No quiero trastornar más al equipo.

—Eso no será necesario —le aseguró Bond—. ¿Tiene algún amigo en particular entre los demás hombres?

—Nunca lo he visto hablar con ninguno de ellos, excepto con Walter y con el personal de la casa —respondió Drax—. Yo diría que se considera superior a los demás. Personalmente, no creo que el tipo pueda causar mucho daño, o no lo habría conservado. Está a solas todo el día en esa casa, y supongo que es de esos tipos a los que les gusta jugar a detectives y meter las narices en los asuntos de los demás. ¿Usted qué cree? ¿Tal vez podríamos dejarlo así?

Bond asintió, guardando para sí lo que pensaba.

—Bien, pues —concluyó Drax, obviamente contento de abandonar aquel desagradable tema y volver al trabajo—, tenemos otras cosas de las que hablar. Faltan sólo dos días y será mejor que le ponga al corriente del programa. —Se levantó de la silla y comenzó a pasearse pesadamente de un lado a otro por detrás del escritorio.

Hoy es miércoles —prosiguió—, y a la una en punto se cerrarán las instalaciones para cargar combustible. Esta operación será supervisada por el doctor Walter, otros dos hombres del ministerio y yo mismo. Por si algo saliera mal, una cámara de televisión grabará todo lo que hagamos. Entonces, si se produce una explosión, nuestros sucesores sabrán a qué atenerse la próxima vez. —Profirió una corta carcajada.— Si el tiempo atmosférico lo permite, esta noche se abrirá la cúpula para

que se disipen los vapores. Mis hombres harán guardia en turnos constantes, a intervalos de diez metros unos de otros y a cien metros del pozo. Habrá tres hombres armados en la playa que hay al pie del acantilado, frente a la salida del túnel de exhaustación.

Mañana por la mañana, el pozo volverá a abrirse hasta mediodía para realizar una última inspección, y a partir de ese momento, salvo la calibración de los giróscopos, el *Moonraker* estará listo para el lanzamiento. Los guardias estarán de servicio permanente en torno al pozo.

El viernes por la mañana supervisaré personalmente el calibrado de los giróscopos. Los hombres del ministerio ocuparán el puesto de lanzamiento y la RAF se encargará del radar. La BBC aparcará sus furgonetas detrás del puesto de lanzamiento, y los comentaristas comenzarán a transmitir a las once cuarenta y cinco. A las doce en punto, yo mismo bajaré el contacto de presión, un enlace de radio abrirá un circuito eléctrico y —en su rostro apareció una ancha sonrisa— veremos lo que tengamos que ver. —Guardó un momentáneo silencio mientras se pasaba los dedos por el mentón.— Veamos, ¿qué más?

Ah, sí. El área del objetivo será despejada de barcos a partir del mediodía del jueves. La Armada mantendrá una patrulla en torno al límite del área durante toda la mañana. En uno de los barcos habrá un comentarista de la BBC. Los especialistas del Ministerio de Suministros estarán en el barco de salvamento con cámaras de televisión submarinas de profundidad, y cuando el cohete haya caído intentarán recuperar los restos. Puede que le interese saber —continuó Drax, frotándose las manos con un placer casi infantil— que un mensajero del primer ministro ha traído la muy grata noticia de que no sólo habrá una reunión especial del gabinete para escuchar la transmisión de radio, sino que también en palacio estarán atentos al lanzamiento.

—Espléndido —respondió Bond, contento por Drax.

—Gracias —dijo Drax—. Ahora quiero asegurarme de que está satisfecho con mis disposiciones de seguridad en el emplazamiento del cohete. No creo que debamos preocuparnos por lo que suceda en el exterior. Todo indica que la RAF y la policía están haciendo un trabajo muy cuidadoso.

—Parece que se ha atendido a todos los detalles —respondió Bond—. No da la impresión de que me quede mucho por hacer en el tiempo que resta.

—Nada que se me ocurra ahora mismo —asintió Drax—, excepto lo relativo a nuestro amigo Krebs. Esta tarde estará en la furgoneta de televisión tomando notas, así que no se meterá en líos. ¿Por qué no echa una mirada por la playa y la parte inferior del acantilado mientras él está fuera de juego? Es el único punto débil que puede existir. A menudo he pensado que si alguien quisiera entrar en el pozo del cohete, lo intentaría a través del túnel de exhaustación. Llévase a la señorita Brand

con usted. Cuatro ojos... ya sabe, y de todas formas ella no podrá usar su oficina hasta mañana por la mañana.

—Muy bien —respondió Bond—. Desde luego que me gustaría echar una mirada por el lado del mar después del almuerzo, y si la señorita Brand no tiene nada mejor que hacer...

Se volvió hacia ella con las cejas alzadas. Gala Brand lo miró con aire de superioridad.

—Por supuesto, si lo desea sir Hugo —respondió sin entusiasmo.

Drax se frotó las manos.

—Entonces, arreglado —dijo—. Y ahora tengo que volver al trabajo. Señorita Brand, ¿querría pedirle al doctor Walter que venga, si está libre? Lo veré a la hora de almorzar —le dijo a Bond, con tono de despedida.

Bond asintió con la cabeza.

—Creo que iré a echarle una mirada al puesto de lanzamiento.

Lo había dicho sin saber muy bien por qué mentía. Dio media vuelta y siguió a Gala a través de las puertas dobles hasta la base del pozo.

Una gran serpiente negra de tubo de goma describía meandros sobre el brillante piso de acero, y Bond observó cómo la muchacha caminaba con cuidado entre los bucles del mismo hasta donde Walter se encontraba de pie, a solas. Tenía la mirada fija en la boca del tubo de combustible, que era alzado hasta donde una grúa de brazo, estirada hasta el umbral de una puerta de acceso que estaba a media altura del cohete, indicaba la posición de los tanques de combustible principales.

Le dijo algo a Walter y luego se quedó junto a él, mirando a lo alto mientras el tubo era introducido delicadamente a mano en el interior del cohete.

Bond pensó que Gala tenía un aspecto muy inocente en ese momento, con el cabello castaño que le caía hacia atrás y la curva de su cuello de marfil que se curvaba hasta la sencilla camisa blanca. Con las manos cruzadas a la espalda, mientras contemplaba con expresión de arrobó los brillantes quince metros del *Moonraker*, podría haber sido una colegiala que miraba un árbol de navidad... si se exceptuaba el insolente orgullo de sus pechos prominentes, que se alzaban a causa de la inclinación hacia atrás de la cabeza y los hombros.

Bond sonrió para sí, avanzó hasta el pie de la escalera de hierro y comenzó a subir. «Esa inocente muchacha deseable es una policía extremadamente eficiente. Sabe cómo dar patadas y dónde darlas; es probable que pueda partirme un brazo con más facilidad y rapidez que yo a ella, y al menos la mitad de ella le pertenece a la brigada especial de Scotland Yard. Por supuesto —reflexionó mientras miraba hacia abajo justo a tiempo para verla seguir al doctor Walter al interior de la oficina de Drax—, siempre queda la otra mitad.»

En el exterior, el brillante sol de mayo parecía particularmente dorado después del

blanco azulado de las luces de arco, y podía sentir cómo le calentaba la espalda mientras caminaba con decisión por la pista de cemento hacia la casa. La sirena de niebla de la barca-faro no sonaba, y en el aire de la mañana reinaba tal calma que pudo oír el rítmico golpeteo del motor de un barco costero que salvaba los Inner Leads, entre la barca-faro y la orilla, camino del norte.

Se aproximó a la casa a cubierto del muro blindado y luego cubrió rápidamente los pocos metros que lo separaban de la puerta principal, sin hacer el más mínimo ruido gracias a los zapatos de suela de crepé. Abrió con cuidado la puerta y la dejó entornada, entró en el vestíbulo y se detuvo a escuchar. Percibió el sonido de principios de verano de un abejorro que zumbaba contra los cristales de una de las ventanas y un repiqueteo distante procedente de los barracones que había detrás de la casa. Por lo demás, el silencio era profundo, cordial y tranquilizador.

Atravesó con pasos cuidadosos el vestíbulo y subió la escalera apoyando los pies bien planos sobre el suelo y en los bordes externos de los peldaños, donde sería menos probable que las maderas crujiesen. En el corredor no percibió ruido ninguno, pero vio que su puerta, al otro extremo del corredor, estaba abierta. Desenfundó la pistola de la sobaquera y avanzó con rapidez por el pasillo enmoquetado.

Krebs se encontraba de espaldas a él, arrodillado en medio de la habitación e inclinado hacia delante, con los codos apoyados en el piso. Sus manos descansaban sobre las ruedas de combinación del maletín de cuero de Bond. Toda su atención estaba concentrada en los chasquidos de los pasadores de la cerradura.

El blanco era tentador y Bond no vaciló. Sus dientes quedaron a la vista en una sonrisa dura, dio dos largos pasos en el interior de la habitación y su pie salió disparado.

Descargó toda su fuerza en la punta del zapato, y su equilibrio y oportunidad fueron perfectos.

El golpe arrancó un grito de arrendajo de la boca de Krebs mientras, como la caricatura de un sapo al saltar, salía disparado por encima del maletín y se estrellaba contra el frente de la cómoda de caoba. La cabeza la golpeó con tal fuerza que el mueble se balanceó sobre las patas. El grito se apagó abruptamente cuando se desplomó en el suelo con los miembros extendidos y quedó inmóvil.

Bond permaneció de pie con los ojos fijos sobre él, escuchando en espera del sonido de pasos apresurados, pero en la casa continuaba reinando el silencio. Avanzó hacia la figura caída, se inclinó y la volvió bruscamente. El rostro en torno al ralo bigote amarillo estaba pálido, y un poco de sangre le había corrido por la frente desde un corte que se veía en lo alto de la cabeza. Tenía los ojos cerrados y la respiración agitada.

Bond se arrodilló y registró con gran cuidado todos los bolsillos del impecable traje gris a rayas finas de Krebs, colocando su decepcionantemente escaso contenido

sobre la alfombra, junto al cuerpo. No había billetera ni documentos. Los únicos objetos de interés eran un manojo de llaves maestras, una navaja con una hoja de estilete bien afilada y una significativa cachiporra pequeña de cuero en forma de mazorca. Bond se metió estas cosas en el bolsillo, luego fue hasta la mesilla de noche y cogió la botella de agua de Vichy que aún no había abierto.

Tardó cinco minutos en reanimar a Krebs y conseguir que se sentara con la espalda contra la cómoda, y otros cinco minutos de espera hasta que fuese capaz de hablar. Poco a poco, el color volvió a su rostro y la astucia a sus ojos.

—No respondo a ninguna pregunta a menos que me la formule sir Hugo —respondió en cuanto Bond comenzó el interrogatorio—. Usted no tiene ningún derecho a interrogarme. Yo estaba cumpliendo con mi deber —precisó con voz hosca y firme.

Bond cogió la botella vacía por el cuello.

—Piénselo otra vez —le aconsejó—, o le atizaré con esto hasta que se rompa y luego usaré el cuello para hacerle la cirugía plástica. ¿Quién le dijo que registrara mi habitación?

—*Leck mich am Arsch*^[37].

Krebs le escupió, más que pronunció, aquel insulto obsceno.

Bond se inclinó y le dio un golpe en la espinilla.

El cuerpo de Krebs se encogió, pero, cuando Bond levantaba otra vez el brazo, se puso repentinamente de pie y se lanzó por debajo de la botella que descendía. El botellazo le dio con fuerza en un hombro, pero no aminoró su impulso, y el hombre ya había salido por la puerta y se encontraba a medio camino del corredor antes de que Bond comenzara a perseguirlo.

Bond se detuvo en la puerta y observó cómo la figura que huía giraba bruscamente al llegar a la escalera y desaparecía de la vista. A continuación, al oír el precipitado chirrido de los zapatos de suela de goma que bajaban a toda velocidad la escalera y atravesaban el vestíbulo, profirió una seca carcajada para sí, regresó al interior de su dormitorio y cerró la puerta con llave. Aparte de triturarlo a golpes, daba la impresión de que no iba a sacarle mucho más a Krebs. Le había dado algo en lo que pensar. Astuta bestezuela... A fin de cuentas, sus heridas no podían ser demasiado graves. Bueno, su castigo dependería de Drax. A menos, claro está, que Krebs hubiera estado cumpliendo órdenes del propio Drax.

Limpió el desorden de la habitación, se sentó en la cama y contempló la pared opuesta sin verla. No había sido sólo el instinto lo que lo había impulsado a decirle a Drax que iba a dar una vuelta por el puesto de lanzamiento, en lugar de por la casa. Le había asaltado seriamente la idea de que Krebs fisgaba por orden de Drax, y que éste dirigía su propio sistema de seguridad. Y persistía la pregunta de cómo encajaba eso con las muertes de Tallon y Bartsch. ¿O acaso la doble muerte había sido una

coincidencia que no guardaba relación ninguna con las marcas que había en la carta y las huellas dactilares de Krebs?

Como invocado por sus pensamientos, se oyó un golpe de llamada en la puerta, y entró el criado, seguido por un sargento de policía ataviado con el uniforme de la patrulla de carretera, que lo saludó llevándose la mano derecha a la sien y le entregó un telegrama. Bond se acercó a la ventana. Estaba firmado por Baxter, que significaba Vallance, y decía:

«PRIMERO llamada fue desde casa SEGUNDO niebla requirió operación de sirena de niebla y barco no oyó -coma- observó nada TERCERO su marcación demasiado cerca costa así que fuera vista límites de guardacosta de Saint Margaret's y Deal.»

—Gracias —dijo Bond—. No hay respuesta.

Cuando la puerta se hubo cerrado, acercó la llama de su encendedor al telegrama, lo arrojó dentro de la chimenea y aplastó los restos quemados hasta convertirlos en polvo con la suela de un zapato.

No podía concluirse mucho, excepto que la llamada que Tallon hizo al ministerio podría haber sido oída por alguien de la casa, de lo cual tal vez derivase el registro de su habitación, cosa que podría haber desembocado en su muerte. Pero ¿y Bartsch? Si todo aquello formaba parte de algo más grande, ¿cómo podía relacionárselo con un intento de sabotaje del cohete?

¿No era más sencillo concluir que Krebs era un fisgón nato, o más probablemente que trabajaba para Drax, quien parecía ser meticulosamente consciente de los asuntos relacionados con la seguridad y podría querer asegurarse de la lealtad de su secretaria, de Tallon y, después del encuentro en el Blades, por supuesto del propio Bond? ¿No era aquella simplemente la línea de actuación del jefe de algún gran proyecto que se desarrolló durante la guerra (y Bond había conocido a muchos de ellos que encajarían en el cuadro), que había reforzado el sistema de seguridad oficial con su propio sistema de espías?

Si esa teoría era correcta, sólo quedaba la doble muerte. Ahora que había captado la magia y la tensión del *Moonraker*, aquellos disparos histéricos le parecían más razonables. En cuanto a la marca en la carta náutica, podría haber sido trazada en cualquier momento del último año; los binoculares de visión nocturna no eran más que binoculares, y los bigotes de los hombres no pasaban de ser eso, un montón de bigotes.

Permaneció sentado en la silenciosa habitación, cambiando de sitio las piezas del rompecabezas, de modo que dos imágenes por completo diferentes se alternaban en su cabeza. En una el sol brillaba y todo era transparente e inocente como la luz del

día. La otra era una oscura confusión de móviles turbios, oscuras sospechas y dudas de pesadilla.

Cuando sonó el gong que convocaba al almuerzo, aún no sabía con qué cuadro quedarse. Para aplazar la decisión, despejó su mente de todo excepto de la perspectiva de pasar la tarde a solas con Gala Brand.

Capítulo 16

Un día dorado

Era una maravillosa tarde azul, verde y dorada. Cuando abandonaron la pista de cemento a través de la verja de guardia que había cerca del puesto de lanzamiento, se detuvieron por un momento al borde del gran acantilado de creta y contemplaron el rincón de Inglaterra donde Julio César había desembarcado dos mil años antes.

A su izquierda, la alfombra de hierba verde, que brillaba con los colores de pequeñas flores silvestres, descendía con suavidad hasta las largas playas de Walmer y Deal, cubiertas de cantos rodados, que describían una curva hacia Sandwich y la bahía. Más allá, los blancos acantilados de Margate, que destacaban a través de la lejana calina que ocultaba la North Foreland, protegían la cicatriz gris del aeródromo de Manston, sobre el cual los reactores estadounidenses trazaban sus líneas blancas en el cielo. Luego venía el islote de Thanet y, ya fuera de la vista, la desembocadura del Támesis.

La marea estaba baja y las barcas-faro se veían doradas y delicadas en el chispeante azul del estrecho, y sólo las salpicaduras de sus mástiles y berlingas explicaban la verdadera historia. Las letras blancas de la *South Goodwin Lightship* se leían sin dificultad, e incluso el nombre de su gemela, más al norte, destacaba blanco sobre el casco rojo.

Entre las arenas de la costa, a lo largo del canal de doce brazas de las Inner Leads, había media docena de barcos que agitaban las aguas de los Downs, el martilleo sordo de cuyos motores llegaba con total claridad a través del mar, y entre las perversas arenas y la nítida línea de la costa francesa había barcos de todas las banderas dedicados a sus asuntos: transatlánticos, mercantes, desgarrados cargueros alemanes, e incluso una esbelta corbeta que navegaba velozmente hacia el sur, tal vez en dirección a Portsmouth. Hasta donde alcanzaba la vista, los accesos orientales de Inglaterra estaban salpicados de tráfico que se dirigía a horizontes cercanos o distantes, hacia puertos propios o hacia el otro extremo del mundo. Era un panorama lleno de colorido, emoción y romanticismo, y las dos personas que se hallaban al borde del acantilado permanecieron en silencio durante un rato y lo contemplaron todo.

La paz fue interrumpida por dos alaridos de la sirena procedentes de la casa, y ambos se volvieron a mirar al feo mundo de cemento que había quedado borrado de sus mentes hasta ese instante. Mientras observaban, una bandera roja apareció en lo alto de la cúpula del pozo de lanzamiento y dos ambulancias de la RAF, con cruces rojas pintadas en los laterales, salieron de entre los árboles hasta el borde del muro blindado y aparcaron.

—Van a comenzar a cargar el combustible —dijo Bond—. Continuemos con

nuestro paseo. No habrá nada que ver, y en caso de accidente, es probable que no sobreviviéramos a esta distancia.

Ella le sonrió.

—Sí —asintió—. Y estoy enferma de ver todo este cemento.

Descendieron por la suave pendiente y pronto quedaron fuera de la vista del punto de lanzamiento y de la alta cerca de alambre.

El hielo de las reservas de Gala se derritió con rapidez al calor del sol.

La exótica alegría de sus ropas, una camisa de algodón a rayas blancas y negras sujeta por un cinturón de cuero negro cosido a mano, sobre una falda larga hasta la rodilla de un rosa escandaloso, parecía haberla contagiado, y a Bond le resultaba imposible reconocer a la gélida mujer de la noche anterior en la muchacha que ahora caminaba a su lado y reía feliz ante su ignorancia de los nombres de las flores silvestres, el hinojo marino, la lengua de buey y la fumaría, que le rodeaban los pies.

Triunfante, ella encontró una flor de la abeja y la arrancó.

—No haría eso si supiera que las flores gritan cuando las arrancan —dijo Bond.

—¿Qué quiere decir? —preguntó ella, sospechando que era una broma.

—¿No lo sabía? —Sonrió ante su reacción.— Hay un indio llamado profesor Bhowe que ha escrito un tratado sobre el sistema nervioso de las flores. Midió sus reacciones al dolor. Incluso grabó el grito de una rosa que estaba siendo arrancada. Debe de ser uno de los sonidos más desgarradores del mundo. Yo he oído algo parecido cuando ha arrancado esa flor.

—No le creo —dijo ella, contemplando con suspicacia la flor arrancada—. De todas formas —continuó con tono malicioso—, no pensaba que fuera usted una persona que pudiese ponerse sentimental. ¿No es la gente de su sección del servicio la que hace una profesión del asesinato? Y no precisamente de flores, sino de personas.

—Las flores no pueden devolverte un tiro —respondió Bond.

Ella miró la flor.

—Ahora me ha hecho sentir como una asesina. Es muy poco bondadoso por su parte. Pero —admitió a regañadientes— tendré que investigar acerca de ese indio, y si es cierto lo que me ha dicho, no volveré a arrancar una flor en mi vida. ¿Qué voy a hacer ahora con ésta? Me da la impresión de que me está sangrando sobre la mano.

—Démela a mí —sugirió Bond—. Según usted, mis manos ya chorrean sangre. Un poco más no les hará ningún daño.

Ella se la entregó y sus manos se rozaron.

—Puede meterla en el cañón de su revólver —dijo ella para ocultar el rubor provocado por el contacto.

Bond se echó a reír.

—Así que esos ojos no son sólo decorativos —comentó—. De todas formas, es una pistola automática y la he dejado en mi habitación. —Enhebró el tallo de la flor

en uno de los ojales de su camisa de algodón azul.— Pensé que una funda sobaquera llamaría un poco la atención sin una chaqueta que la cubriera. Y no creo que esta tarde a nadie se le ocurra registrar mi dormitorio.

Por acuerdo tácito, ambos se apartaron con sigilo de aquel momento de calidez. Bond le habló de cómo había descubierto a Krebs y de la escena que se había producido en la habitación.

—Le está bien empleado —dijo ella—. Nunca me he fiado de él. Pero ¿qué dice sir Hugo?

—He hablado con él antes del almuerzo —explicó Bond—. Le entregué la navaja de Krebs y las llaves como prueba. Se ha enfurecido y ha ido directamente a ver al hombre, mascullando de furia. Al regresar, ha dicho que Krebs parecía estar bastante maltrecho y ha querido saber si me sentía satisfecho, si pensaba que había recibido suficiente castigo. Toda esa cuestión de no querer trastornar al equipo en el último momento y demás, ya sabe. Así que he estado de acuerdo en que se lo envíe de vuelta a Alemania la semana que viene, y que mientras tanto se considere bajo arresto domiciliario y que sólo se le permita salir de su habitación con vigilancia.

Bajaron por el empinado sendero del acantilado hasta la playa y giraron a la derecha junto al abandonado campo de tiro de armas cortas de la guarnición de la Armada en Deal. Siguieron caminando en silencio hasta llegar a la playa de tres kilómetros de guijarros que, con la marea baja, corre por la base de los enormes acantilados hasta la bahía de St. Margaret.

Mientras avanzaban lenta y trabajosamente por la gruesa capa de pulidos cantos rodados, Bond expuso a la joven todo lo que se le había ocurrido desde el día anterior. No se guardó nada, le presentó cada una de las falsas liebres que se habían levantado y finalmente habían vuelto a caer en tierra, sin dejarse en el tintero nada más que un leve tufillo de sospechas mal fundamentadas y una confusión de pistas, todo lo cual acababa en los mismos interrogantes: ¿cuál era la pauta? ¿Dónde había un plan en el que encajaran las pistas? Y siempre encontraba la misma respuesta: que nada de lo que sabía o sospechaba parecía tener la menor relación imaginable con las medidas de seguridad destinadas a evitar el sabotaje del *Moonraker*. Y que eso, cuando todo estaba dicho y hecho, era la única cuestión que les concernía a ellos dos. Ni la muerte de Tallon ni la de Bartsch, ni el egregio Krebs, sino sólo la protección del proyecto *Moonraker* ante sus posibles enemigos.

—¿No es así? —concluyó Bond.

Gala se detuvo y permaneció por unos momentos contemplando las brillantes olas del mar por encima de las rocas caídas y las algas. Estaba acalorada y jadeaba a causa de la dura caminata por la playa de guijarros, y pensaba en lo maravilloso que sería tomar un baño, regresar por un momento a aquellos días de la infancia junto al mar antes de que se viese involucrada en esta extraña profesión fría, con sus tensiones y

sus emociones falsas. Volvió los ojos hacia el implacable rostro moreno del hombre que estaba a su lado. ¿Acaso vivía él momentos en los que anhelaba las cosas sencillas y plácidas de la vida? Por supuesto que no. A él le gustaban París, Berlín y Nueva York, los trenes, los aviones y las comidas caras y, sí, sin lugar a dudas, las mujeres caras.

—¿Y bien? —dijo Bond, preguntándose si ella iba a aportarle alguna prueba que él había pasado por alto—. ¿Qué le parece?

—Lo siento —respondió Gala—. Estaba soñando despierta. No —continuó, en respuesta a la pregunta—, creo que tiene razón. Yo he estado aquí desde el principio, y aunque de vez en cuando han sucedido cosas raras, y por supuesto las dos muertes, no ha pasado absolutamente nada malo. Todos los miembros del equipo, desde sir Hugo para abajo, están dedicados en cuerpo y alma al cohete. Es lo más importante de sus vidas y ha sido maravilloso ver crecer el *Moonraker*. Los alemanes son unos trabajadores tremendos (y yo estoy bastante convencida de que Bartsch se quebró bajo la tensión) y les encanta ser dirigidos por sir Hugo, y a él le encanta dirigirlos a ellos. Lo veneran. Y por lo que respecta a la seguridad, el lugar está plagado de medidas y tengo la seguridad de que cualquiera que intentara acercarse al *Moonraker* acabaría hecho pedazos. Estoy de acuerdo con usted en lo referente a Krebs y en que probablemente actúa por órdenes de Drax. Porque yo creí lo mismo, no me molesté en informarle cuando estuvo fisgando entre mis cosas. Allí no podía encontrar nada, por supuesto. Sólo cartas personales y cosas así. Eso de asegurarse al máximo sería algo típico de sir Hugo. Y debo decir —añadió con franqueza— que lo admiro por eso. Es un hombre implacable con unos modales deplorables y un rostro poco agradable debajo de todo ese pelo rojo, pero me encanta trabajar para él y estoy deseando que el *Moonraker* tenga éxito. Vivir con el cohete durante tanto tiempo me ha hecho sentir por él lo mismo que sienten esos hombres.

Alzó la vista hacia él para ver cuál era su reacción.

Bond asintió.

—Después de tan sólo un día, puedo entenderlo —le aseguró—. Y supongo que estoy de acuerdo con usted. No tenemos nada en lo que basarnos excepto mi intuición, que debería ocuparse de sí misma. Lo principal es que el *Moonraker* parece estar tan seguro como las joyas de la corona, y probablemente más. —Se encogió de hombros con impaciencia, insatisfecho consigo mismo por renegar de la intuición que formaba una parte tan importante de su profesión.— Vamos —dijo, casi con brusquedad—. Estamos perdiendo el tiempo.

Ella, que lo comprendía, sonrió para sí y lo siguió.

Al rodear el siguiente recodo del acantilado, se encontraron con la base del montacargas, incrustada de algas marinas y percebes. Cincuenta metros más allá llegaron al embarcadero, una sólida estructura de tubos de hierro pavimentados con

tiras de enrejado que corrían sobre las rocas y sobresalían de ellas.

Entre los dos, y a unos seis metros de alto en la pared del acantilado, se abría la ancha boca negra del túnel de exhaustación, el cual ascendía en pendiente por dentro del acantilado hasta el piso de acero que había bajo la cola del cohete. Del borde inferior de la cueva, la creta fundida como lava y vuelta a solidificar les sacaba la lengua, y había salpicaduras del mismo material por todas partes sobre los guijarros y las rocas de abajo. Bond podía imaginar la ardiente columna blanca de llamas que salía aullando de la cara del acantilado, y podía oír cómo el mar siseaba y borboteaba al caer la creta líquida en las aguas.

Alzó los ojos hacia la estrecha franja de la cúpula de lanzamiento que asomaba por encima del borde del acantilado, de sesenta metros de alto, e imaginó a los cuatro hombres con máscara antigás y traje de amianto que observaban los indicadores mientras el terrible explosivo líquido era bombeado a través del tubo de goma negro al interior de las entrañas del cohete. De pronto se dio cuenta de que estaban dentro del radio de alcance si algo salía mal con la carga de combustible.

—Alejémonos de aquí —le dijo a la muchacha.

Cuando ya había unos cien metros de distancia entre ellos y la cueva, Bond se detuvo y volvió la vista atrás. Se imaginó a sí mismo al frente de seis hombres duros y todos los pertrechos adecuados, y pensó qué haría para atacar la instalación desde el mar. Llegaría al embarcadero con kayacs durante la marea baja; ¿una escalerilla para subir hasta la cueva? Y luego, ¿qué? Era imposible trepar por la pulida pared de acero del túnel de exhaustación. Sería cuestión de disparar un proyectil contracarro que atravesara el piso de acero en el que descansaba el cohete, para lanzar luego unas cuantas granadas incendiarias con la esperanza de que algo pudiera prenderse fuego. Un asunto algo chapucero, pero podría dar resultado. Escapar luego sería difícil. Se convertirían en blancos inmóviles para las armas disparadas desde lo alto del acantilado. Pero eso no preocuparía a un escuadrón suicida ruso. Todo parecía bastante factible.

Gala había permanecido de pie a su lado, observando los ojos que medían el terreno y especulaban.

—No es tan fácil como podría pensarse —comentó ella al ver el rostro ceñudo de su acompañante—. Incluso cuando hay marea alta y mar picada, hay guardias que vigilan por la noche desde lo alto del acantilado. Y disponen de focos de seguimiento, ametralladoras ligeras Bren y granadas. Tienen orden de disparar primero y preguntar después. Por supuesto, sería mejor iluminar el acantilado por la noche, pero sólo se lograría llamar la atención sobre las instalaciones. Creo realmente que han pensado en todo.

Bond continuaba con el entrecejo fruncido.

—Con cobertura desde un submarino o una lancha rápida, un buen equipo podría

lograrlo a pesar de todo eso —dijo—. No será muy agradable, pero voy a nadar un poco. La carta náutica del Almirantazgo dice que ahí fuera hay un canal de doce brazas, pero me gustaría echarle un vistazo. Al final del embarcadero tiene que haber una buena profundidad, pero me quedaré más tranquilo cuando lo haya visto con mis propios ojos. —Le sonrió.— ¿Por qué no se baña usted también? El agua estará condenadamente fría, pero le sentará bien después de cocerse durante toda la mañana dentro de esa cúpula de cemento.

Los ojos de Gala se iluminaron.

—¿Cree que podría? —preguntó, dubitativa—. Estoy muerta de calor, pero ¿qué voy a ponerme? —se dijo, y luego se sonrojó al pensar en sus breves y casi transparentes bragas y sujetador de nilón.

—Al demonio con eso —replicó él con desenvoltura—. Usted debe llevar algo de ropa interior, y yo llevo calzoncillos. Seremos perfectamente respetables, no hay nadie que pueda vernos, y yo prometo no mirar —mintió alegremente mientras abría la marcha para rodear el siguiente recodo del acantilado—. Usted desvístase detrás de esa roca y yo lo haré detrás de ésta —dijo—. Vamos. No sea tonta. Lo hacemos todo en el cumplimiento del deber.

—Bueno...

Aliviada porque le hubieran quitado la decisión de las manos, se ocultó detrás de la roca y se desabotonó la falda con lentitud.

Cuando se asomó a mirar con nerviosismo, Bond ya estaba a medio camino de la franja de gruesa arena parda que se adentraba, entre charcos, hasta donde la marea se arremolinaba a través de las morrenas negras y verdes de las rocas. Tenía un cuerpo esbelto y bronceado. Los calzoncillos azules resultaban tranquilizadores.

Lo siguió caminando con sumo cuidado, y de pronto se encontró dentro del agua. De inmediato dejó de importarle cualquier otra cosa que no fuera el frío terciopelo del agua y la belleza de las pequeñas zonas de arena, entre la ondulante cabellera de las algas que vio en la transparente profundidad verde que tenía debajo de sí, al meter la cabeza bajo el agua y nadar en línea paralela a la orilla con rápidas brazadas.

Cuando llegó a la altura del embarcadero se detuvo un momento para recobrar el aliento. No había ni rastro de Bond, al que había visto por última vez mientras avanzaba con rapidez unos cien metros por delante de ella. Pataleó en el agua con fuerza para mantener la circulación y luego volvió a nadar, pensando en él a regañadientes: evocaba el atlético cuerpo moreno que debía de estar cerca de ella en alguna parte, entre las rocas, tal vez, o buceando hacia la arena para calibrar la profundidad de las aguas con las que podría contar un enemigo.

Se volvió para buscarlo otra vez, y fue entonces cuando él salió a la superficie desde las aguas que ella tenía debajo. Sintió la rápida presa fuerte de sus brazos en torno de sí, y el veloz, duro impacto de sus labios sobre los de ella.

—Maldito sea —masculló, furiosa.

Pero Bond ya se había sumergido de nuevo, y para cuando ella hubo escupido un sorbo de agua marina y recobró la orientación, él nadaba alegremente a veinte metros de distancia.

Gala, altiva, se volvió y comenzó a nadar mar adentro; se sentía un poco ridícula, pero estaba decidida a desairarlo. Era exactamente como ella había pensado. La gente del Servicio Secreto siempre parecía tener tiempo para el sexo, por importante que pudiera ser su misión.

Pero su cuerpo se obstinaba en estremecerse a causa de la conmoción del beso, y el dorado día parecía haber adquirido una belleza nueva. Al avanzar un poco más mar adentro y volverse a mirar los gruñentes dientes de Inglaterra que llegaban hasta el distante brazo de Dover, y el confeti negro y blanco formado por los cuervos y las gaviotas que volaban contra el vivido telón de fondo de los campos verdes, decidió que cualquier cosa era permisible en un día como aquel y que, sólo por esta vez, lo perdonaría.

Media hora más tarde estaban tendidos, en espera de que el sol los secara, separados por un respetable metro de arena al pie del acantilado.

No se había mencionado el beso, pero los esfuerzos de Gala destinados a mantener una atmósfera de altivez se derrumbaron ante la emoción de observar la langosta que Bond se había sumergido a buscar y había capturado con sus propias manos. De mala gana, la soltaron en uno de los charcos que había entre las rocas y observaron cómo se escabullía retrocediendo para ponerse a cobijo debajo de las algas. Y ahora yacían, cansados y vigorizados por el ejercicio en las heladas aguas, y rezaban para que el sol no se deslizara por detrás del borde del acantilado que se alzaba detrás de ellos, antes de que se hubieran calentado y secado lo bastante para vestirse otra vez.

Pero aquellos no eran los únicos pensamientos de Bond. El modelado cuerpo de la muchacha que tenía a su lado, increíblemente erótico al realzarlo el sujetador y las bragas adheridos a la piel debido al agua, se interponía entre él y sus preocupaciones por el *Moonraker*. Y, en cualquier caso, hasta dentro de una hora no podría hacer nada por el *Moonraker*. Aún no eran las cinco de la tarde, y la carga de combustible no concluiría hasta después de las seis. Sólo entonces podría ver a Drax y asegurarse de que, durante las dos noches siguientes, los guardias reforzaran la vigilancia del acantilado y contaran con las armas adecuadas. Porque había visto por sí mismo que había profundidad de sobra, incluso con la marea baja, para que entrara un submarino.

Así que disponían de al menos quince minutos de ocio antes de tener que iniciar el camino de regreso.

Y entre tanto, la muchacha. El cuerpo medio desnudo que se encontraba flotando

en la superficie cuando él ascendía desde el fondo; el rápido beso duro-suave con los brazos en torno a ella; los montículos en punta de sus pechos, tan pegados a él, y el vientre suave y liso que descendía hasta el misterio de sus muslos fuertemente apretados.

«Al demonio.»

Apartó su mente de la fiebre que lo poseía y alzó la mirada en línea recta hacia el infinito cielo azul, obligándose a observar la belleza de los gaviones que se elevaban muy arriba para planear sin esfuerzo entre las corrientes de aire que ascendían desde la parte superior del acantilado que tenían encima. Pero la suave curva de los vientres blancos de las aves devolvía sus pensamientos a la muchacha y no le daba tregua.

—¿Por qué se llama Gala? —preguntó para interrumpir sus ardientes pensamientos ocultos.

Ella se echó a reír.

—Me tomaron el pelo por eso durante toda la vida escolar —dijo, y Bond sintió impaciencia ante la voz relajada, nítida—, y luego cuando estuve al servicio de la Armada real, y la mitad del cuerpo policial de Londres me ha hecho bromas al respecto. Pero mi verdadero nombre es todavía peor. Me llamo Galatea. Era un crucero en el que estaba sirviendo mi padre cuando yo nací. Supongo que Gala no está demasiado mal. Casi he olvidado cómo me llamo. Ahora que estoy en la brigada especial, tengo que cambiar de nombre cada dos por tres.

«En la brigada especial.»

«En la brigada especial.»

«En la...»

Cuando cae una bomba, cuando el piloto calcula mal y el avión se estrella a poca distancia de la pista de aterrizaje, cuando la sangre abandona el corazón y la conciencia desaparece, hay pensamientos en la mente, o palabras, o tal vez un fragmento de música, que se repite durante unos segundos antes de la muerte, como el agonizante tañido de una campana.

Bond no acabó muerto, pero las palabras aún resonaban en su mente varios segundos más tarde, después de que todo hubiese sucedido.

Desde que se habían tumbado en la arena contra el acantilado, mientras sus pensamientos se concentraban en Gala, sus ojos habían estado observando descuidadamente a las gaviotas que jugaban en torno al manojito de pajas que eran el borde de su nido, hecho en un pequeño reborde que quedaba a unos tres metros por debajo de la parte superior del acantilado. Estiraban el cuello y se hacían reverencias durante su juego amoroso, con sólo las cabezas visibles contra el deslumbrante blanco de la creta, y luego el macho echaba a volar hacia lo alto, se alejaba y regresaba al nido para continuar haciéndole el amor a la hembra.

Bond los observaba soñadoramente mientras escuchaba a la joven, cuando de

pronto las dos gaviotas huyeron del reborde volando a gran velocidad al tiempo que proferían un agudo grito de miedo. En ese mismo momento apareció una nube de humo negro, se oyó un suave estampido procedente de lo alto del acantilado, y una gran zona de creta blanca que había justo encima de Bond y Gala pareció inclinarse hacia fuera mientras unas grietas en zigzag se abrían en su cara.

De lo primero que Bond fue consciente después de eso era de que se encontraba tendido encima de Gala con el rostro pegado a una mejilla de la muchacha, que un tronar colmaba el aire, que estaba sofocado y que el sol se había extinguido. Tenía la espalda entumecida y dolorida bajo un tremendo peso, y en su oído izquierdo, además del eco del trueno, resonaba el final de un grito ahogado.

Apenas estaba consciente, y tuvo que esperar a recobrar a medias los sentidos.

La brigada especial. ¿Qué había dicho ella acerca de la brigada especial?

Realizó un desesperado esfuerzo por moverse. Sólo su brazo derecho, el que tenía más cerca del acantilado, podía moverse un poco, pero cuando subió el hombro con fuerza el brazo quedó algo más suelto hasta que al fin, empujando al límite de sus fuerzas con la espalda, la luz y el aire llegó hasta ellos. Sufriendo náuseas en la niebla de polvo de creta, ensanchó el agujero hasta que la cabeza pudo levantar su aplastante peso de encima de Gala. Percibió el débil movimiento cuando el rostro de la joven se volvió de lado, hacia la luz y el aire. Una creciente precipitación de polvo y piedras que cayó dentro del agujero que había abierto hizo que volviera a cavar frenéticamente. Poco a poco amplió el espacio hasta que consiguió apoyar el codo derecho y luego, tosiendo tanto que creyó que iban a estallarle los pulmones, empujó con el hombro derecho hacia arriba hasta que, de modo repentino, éste y su cabeza quedaron completamente libres.

Lo primero que pensó fue que se había producido una explosión en el *Moonraker*. Alzó los ojos hacia lo alto del acantilado y luego los desvió para recorrer la orilla. No. Se encontraban a cien metros del emplazamiento del cohete. Y sólo de la línea que tenían justo encima se había desprendido un enorme trozo del acantilado.

Entonces pensó en el peligro inmediato que corrían. Gala gimió y él pudo sentir el frenético latir del corazón de la joven contra su pecho, pero la cadavérica máscara de su rostro estaba ahora expuesta al aire, y Bond contorsionó el cuerpo de un lado a otro sobre ella para intentar aliviar la presión que ejercía sobre sus pulmones y estómago. Con lentitud, centímetro a centímetro, con los músculos fallándole a causa del esfuerzo, se abrió camino fuera de la pila de polvo y escombros del lado de la pared del acantilado, donde sabía que el peso sería menor.

Y al fin su pecho quedó libre y él pudo culebrear hasta arrodillarse junto a ella. Sangraba por unos cortes que tenía en los brazos y la espalda, y la sangre se mezclaba con el polvo de creta que caía de modo constante por los lados del agujero que había cavado, pero podía sentir que no se había roto ningún hueso, y en el furor del trabajo

de rescate no experimentaba dolor ninguno.

Gruñendo, tosiendo y sin hacer una sola pausa para recobrar aliento, tiró de la muchacha hasta sentarla, y con una mano ensangrentada le quitó algo del polvo que le cubría la cara. Luego, librando sus propias piernas de la tumba de creta, consiguió de alguna forma sacarla a pulso por el agujero y acomodarla sobre el montículo de piedras con la espalda contra el acantilado.

Se arrodilló y la miró, miró el espantajo blanco que apenas minutos antes había sido una de las jóvenes más hermosas que había visto en su vida, y mientras la contemplaba a ella y los regueros de su propia sangre que le había dejado en la cara al quitarle el polvo, rogó para que aquellos ojos se abrieran.

Cuando lo hicieron segundos después, el alivio fue tan enorme que Bond se volvió de espaldas y empezó a vomitar violentamente.

Capítulo 17

Conjeturas descabelladas

Cuando acabó el paroxismo, sintió una mano de Gala en sus cabellos. Volvió la cabeza y vio que ella hacía una mueca al ver su rostro. La joven le tironeó del pelo y señaló hacia lo alto del acantilado. Al hacerlo, una lluvia de pequeños trozos de creta repiqueteó junto a ellos.

Débilmente, él se puso de rodillas y luego de pie, y juntos gatearon y se deslizaron por el montículo de creta, alejándose del agujero abierto contra la pared del acantilado, por el que habían salido.

La gruesa arena bajo sus pies era como terciopelo. Ambos se desplomaron y quedaron tendidos aferrando puñados de ella con sus horribles manos blancas, como si su áspero oro pudiera lavarles aquel blanco sucio del cuerpo. Entonces fue Gala quien vomitó penosamente, y Bond se arrastró para alejarse un poco y dejarla tranquila. Se incorporó con gran dificultad contra un fragmento de creta del tamaño de un coche pequeño, y al fin sus ojos captaron el infierno que había estado a punto de tragárselos.

Hasta el comienzo mismo de las rocas que ahora lamía la marea creciente, había restos de la pared del acantilado, una avalancha de bloques de creta. El polvo blanco del derrumbamiento cubría unos cuatro mil metros cuadrados. En lo alto había aparecido una grieta dentada, y en el borde del acantilado, antes casi recto, se había abierto una cuña por la que se veía el cielo.

Ya no se veían aves marinas en las proximidades, y Bond supuso que el olor a desastre las mantendría alejadas de allí durante varios días.

Hallarse tan cerca de la pared del acantilado había sido su salvación, eso y la ligera protección de la concavidad que el mar había abierto en ella. Habían sido sepultados por el diluvio de fragmentos más pequeños. Los trozos más pesados, cualquiera de los cuales los habría aplastado, habían caído hacia fuera, y el más cercano de ellos no los había alcanzado por poco menos de un metro. Y la proximidad del acantilado fue la razón por la que el brazo derecho de Bond había quedado comparativamente libre y le permitió cavar para salir de dentro del montículo antes de que ambos se asfixiaran. Bond se daba cuenta de que si un reflejo instintivo no lo hubiese lanzado sobre Gala en el momento de la avalancha, ahora estarían los dos muertos.

Sintió la mano de ella sobre su hombro. Sin mirarla, le rodeó la cintura con un brazo y bajaron juntos hasta el bendito mar donde sus cuerpos cayeron, débiles, agradecidos, en los bajíos.

Diez minutos más tarde fueron dos seres humanos, comparativamente hablando, los que salieron del agua y avanzaron por la arena hasta las rocas donde se

encontraban sus ropas, a pocos metros de distancia del desprendimiento del acantilado. Ambos estaban desnudos. Los jirones de su ropa interior yacían en alguna parte debajo de la pila de polvo de creta, arrancados en la lucha por escapar. Pero, como en el caso de los supervivientes de un naufragio, su desnudez carecía de significado. Limpios de la pegajosa creta molida y con los cabellos y la boca enjuagados por el agua salobre, se sentían débiles y maltrechos; pero para cuando se hubieron vestido y compartido el peine de Gala, quedaban pocos indicios que delataran la aventura por la que habían pasado.

Se sentaron con la espalda apoyada contra una roca, y Bond encendió el primer cigarrillo delicioso, aspiró el humo hasta lo hondo de los pulmones y lo expulsó luego con lentitud por la nariz. Cuando Gala hubo hecho todo lo posible con los polvos faciales y el lápiz de labios, Bond encendió un cigarrillo para ella y, cuando se lo daba, se miraron por primera vez a los ojos y sonrieron. Luego permanecieron sentados mirando en silencio hacia el mar, al panorama que continuaba siendo el mismo y sin embargo había cambiado por completo.

Bond rompió el silencio.

—Bueno, por Dios —dijo— que ha faltado poco.

—Todavía no sé qué sucedió —le aseguró Gala—. Excepto que me has salvado la vida —agregó, mientras posaba la mano sobre una mano de Bond, para retirarla a poco.

—Si tú no hubieses estado allí, yo estaría muerto —dijo Bond—. Si me hubiera quedado donde estaba... —Se encogió de hombros y volvió la cabeza para mirarla.— Supongo que te das cuenta —comentó sin más— de que alguien nos ha echado encima el acantilado. —Ella le devolvió la mirada con los ojos muy abiertos.— Si buscáramos entre todo eso —hizo un gesto hacia la avalancha de creta—, encontraríamos las marcas de dos o tres perforaciones y rastros de dinamita. Yo vi el humo y oí el estampido de la explosión una fracción de segundo antes de que se derrumbara el acantilado. Y lo mismo les sucedió a las gaviotas —añadió—. Y lo que es más —continuó después de una pausa—, no puede haberlo hecho Krebs solo. Fue algo efectuado a plena vista de las instalaciones. Y lo hicieron varias personas bien organizadas, que tenían espías siguiéndonos desde el momento en que bajamos a la playa por el sendero del acantilado.

En los ojos de Gala apareció la comprensión y un destello de miedo.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó con ansiedad—. ¿De qué va todo esto?

—Nos quieren liquidar —respondió Bond con calma—. Así que debemos mantenernos con vida. Por lo que respecta al por qué, simplemente habrá que descubrirlo.

»Verás —prosiguió—, me temo que ni siquiera Vallance nos será de mucha ayuda. Cuando decidieron que estábamos bien enterrados, habrán tenido que alejarse

del borde del acantilado lo antes posible. Saben que, aun en el caso de que alguien haya visto u oído el derrumbamiento, no se pondrá muy nervioso. Estos acantilados tienen treinta y dos kilómetros de longitud, y poca gente viene por aquí antes del verano. Si los guardacostas lo oyeron, puede que lo hayan anotado en el cuaderno de bitácora. Pero supongo que se producen muchos desprendimientos de este tipo durante la primavera. El hielo del invierno se funde dentro de grietas que podrían tener cientos de años de antigüedad. Así que nuestros amigos esperarán hasta que no aparezcamos esta noche, y entonces nos harán buscar por la policía y la guardia costera. Aguardarán hasta que la marea alta haya convertido en pasta una buena parte de esto. —Hizo un gesto hacia los trozos de creta.— La totalidad del plan es admirable. Y aun en el caso de que Vallance nos creyera, no hay pruebas concluyentes para hacer que el primer ministro intervenga en el proyecto *Moonraker*. Esa condenada cosa es infernalmente importante. El mundo entero está esperando para ver si funcionará o no. Y, en todo caso, ¿cuál es nuestra historia? ¿De qué diablos se trata? Algunos de esos malditos alemanes de ahí arriba parecen querer que no lleguemos al viernes. Pero ¿por qué? —Guardó un instante de silencio.— Depende de nosotros, Gala. Es un mal asunto, y sencillamente, tendremos que resolverlo nosotros solos. —La miró a los ojos.— ¿Qué me dices?

Gala soltó una risa seca.

—No seas ridículo —dijo—. Para eso nos pagan. Por supuesto que nos encargaremos de ellos. Y estoy de acuerdo en que no llegaremos a ninguna parte con Londres. Pareceremos absolutamente ridículos si telefoneamos para informar de acantilados que se nos caen encima. Y por otra parte, ¿qué estábamos haciendo aquí abajo, haraganeando sin ropa en lugar de ocuparnos de nuestro deber?

Bond sonrió.

—Sólo nos tendimos durante diez minutos para secarnos —protestó con tono suave—. ¿Cómo crees tú que deberíamos haber pasado la tarde? ¿Tomando las huellas dactilares de todo el mundo otra vez? En eso es casi en lo único que piensa la policía. —Se sonrojó cuando vio que ella se tensaba. Alzó una mano.— No lo decía en serio —le aseguró—. Pero ¿no te das cuenta de lo que hemos hecho esta tarde? Justo lo que había que hacer. Hemos conseguido que el enemigo enseñe las cartas. Ahora tenemos que dar el paso siguiente y averiguar quién es el enemigo y por qué quiere quitarnos de en medio. Y entonces, si tenemos las pruebas suficientes de que alguien pretende sabotear el *Moonraker*, haremos que pongan este sitio patas arriba y aplacen el lanzamiento de prueba, y al diablo con los políticos.

Ella se levantó de un salto.

—Bueno, claro que tienes razón —reconoció con tono de impaciencia—. Pero yo quiero hacer algo al respecto lo antes posible. —Miró por un instante hacia el mar, apartando los ojos de Bond.— Tú acabas de llegar. Yo he estado viviendo con ese

cohetes durante más de un año, y no puedo soportar la idea de que le suceda algo malo. Parece que tantas cosas dependen de él... Para todos nosotros. Quiero volver pronto y descubrir quién ha querido matarnos. Puede que no tenga nada que ver con el *Moonraker*, pero quiero asegurarme.

Bond se puso de pie sin evidenciar ni una pizca del dolor que le causaban las heridas y magulladuras de la espalda y las piernas.

—Vamos —dijo—, son casi las seis. La marea está subiendo con rapidez, pero podremos llegar a St. Margaret's antes de que nos pille. Nos asearemos allí, en el Granville, tomaremos una copa y comeremos algo, y regresaremos a la casa cuando estén a media cena. Me interesa ver qué clase de recibimiento nos ofrecen. Después de eso, tendremos que concentrarnos en conservar la vida y ver qué podemos averiguar. ¿Podrás llegar hasta St. Margaret's?

—No seas tonto —respondió Gala—. Las mujeres policía no estamos hechas de mantequilla.

—Por supuesto que no —asintió Bond con respetuosa ironía, y ella le respondió con una sonrisa forzada.

Se volvieron hacia la distante torre del faro de South Foreland y echaron a andar sobre los guijarros.

A las ocho y media, el taxi de St. Margaret's los dejó en la segunda puerta de guardia, donde mostraron sus pases y avanzaron en silencio entre los árboles hasta la pista de cemento. Ambos se sentían entusiasmados y animosos. Al baño caliente y la hora de descanso en la cómoda posada Granville habían seguido dos copas de coñac con soda para Gala y tres para Bond, antes de los deliciosos lenguados fritos y las tostadas con queso y embutidos, y el café. Y ahora, mientras se aproximaban a la casa con paso decidido, habría hecho falta echarles una segunda mirada para advertir que ambos estaban muertos de cansancio, que no llevaban ropa interior y que estaban llenos de magulladuras.

Entraron en silencio por la puerta principal y se detuvieron durante un momento en el vestíbulo iluminado. Desde el comedor les llegaba un alegre murmullo de voces. Se produjo un corto silencio al que siguió un estallido de risa dominado por las ásperas carcajadas de sir Hugo Drax.

En la boca de Bond había una mueca torcida mientras abría la marcha a través del vestíbulo en dirección a la puerta del comedor. Entonces la sustituyó por una alegre sonrisa y abrió la puerta para dejar pasar delante a Gala.

Drax se encontraba sentado a la cabecera de la mesa, con aspecto festivo, ataviado con la bata color ciruela. Un tenedor con comida, a medio camino de su boca, se quedó suspendido en el aire cuando aparecieron en la puerta. Olvidada, la comida se deslizó del tenedor y cayó con un audible «plop» suave sobre el borde de la mesa.

Krebs había sido sorprendido en el acto de beber una copa de vino tinto y de ésta, inmovilizada contra su boca, se deslizó un hilillo de vino por su barbilla, desde la que cayó a su corbata de satén marrón y su camisa amarilla.

El doctor Walter estaba de espaldas a la puerta, pero cuando observó el comportamiento insólito de los otros, sus ojos abiertos de asombro, las bocas abiertas y la palidez de sus rostros, volvió bruscamente la cabeza hacia la puerta. O era de reacciones más lentas que los otros, o bien sus nervios eran más firmes, pensó Bond.

—*Ach so* —dijo con voz queda—. *Die Engländer*^[38].

Drax ya estaba de pie.

—Mi querido muchacho —lo saludó con voz pastosa—. Mi querido muchacho. Estábamos realmente muy preocupados. Precisamente nos estábamos preguntando hacia dónde enviar un grupo de búsqueda. Hace unos minutos ha entrado un guardia para informar de que, al parecer, se ha producido un desprendimiento en la pared del acantilado.

Rodeó la mesa y fue hacia ellos con la servilleta en una mano y el tenedor en la otra.

Con el movimiento, la sangre volvió a fluir a su rostro, en el que primero aparecieron manchas y luego quedó de su color arrebolado habitual.

—La verdad es que podría haberme avisado —le dijo a la muchacha, con cierto enojo en la voz—. ¡Qué comportamiento tan insólito!

—Ha sido culpa mía —intervino Bond al tiempo que avanzaba hasta el interior de la habitación para tenerlos a todos a la vista—. El paseo fue más largo de lo que esperaba. Pensé que podría pillarnos la marea, así que continuamos hasta St. Margaret's, comimos algo allí y tomamos un taxi de regreso. La señorita Brand quería llamar por teléfono, pero yo creí que estaríamos de regreso antes de las ocho. Debe culparme a mí. Pero, por favor, continúen con su cena. Me uniré a ustedes para los postres y el café. Supongo que la señorita Brand preferirá marcharse a su habitación. Debe de estar cansada después de un paseo tan largo.

Bond rodeó la mesa con deliberada lentitud y ocupó la silla que estaba junto a Krebs. Aquellos pálidos ojos, advirtió, después de la primera conmoción se habían fijado con firmeza en el plato que tenían delante. Cuando Bond pasó por detrás de él, se sintió encantado de ver el montículo de gasas que le cubría la coronilla.

—Sí, márchese a la cama, señorita Brand. Hablaré con usted por la mañana —dijo Drax, malhumorado.

Obediente, Gala abandonó la habitación, y Drax regresó a su silla y se sentó pesadamente.

—Son de lo más impresionante, esos acantilados —comentó Bond con jovialidad—. Resulta aterrador caminar junto a ellos, preguntándose si van a elegir precisamente ese momento para derrumbarse sobre uno. Me recordaron la ruleta rusa.

Y sin embargo, nunca se lee en la prensa nada acerca de personas que hayan muerto porque les ha caído encima un acantilado. Las probabilidades de que suceda algo así deben de ser ínfimas. —Hizo una pausa.— Por cierto, ¿qué era eso que ha dicho ahora mismo de que se ha derrumbado un acantilado?

Se oyó un suave gemido seguido de un estrépito de cristal y porcelana cuando la cabeza de Krebs cayó hacia delante sobre la mesa.

Bond lo miró con cortés curiosidad.

—Walter —dijo Drax con brusquedad—, ¿no se da cuenta de que Krebs se encuentra mal? Llévase a ese hombre y métele en la cama. Y no sea demasiado delicado con él. Bebe demasiado. Dése prisa.

Walter, con el rostro contraído y enojado, rodeó la mesa a grandes zancadas y levantó de un tirón la cabeza de Krebs de los desechos. Lo cogió por el cuello de la chaqueta, tiró de él para incorporarlo y lo apartó de la silla.

—*Du Scheisskerl*, —le siseó Walter al rostro manchado y de expresión vacua—. *Marsch!*^[39]

Lo hizo girar sobre sí mismo, lo empujó hacia las puertas batientes que daban a la despensa y lo arrojó contra ellas. Se oyó un amortiguado sonido de traspies y maldiciones, y a continuación la puerta volvió a cerrarse y reinó el silencio.

—Tiene que haber pasado un día agotador —comentó Bond mirando a Drax.

El corpulento hombre sudaba en abundancia. Se enjugó la cara con un movimiento circular del pañuelo.

—Tonterías —replicó bruscamente—. Bebe demasiado.

El mayordomo, impertérrito ante la aparición de Krebs y Walter en la despensa, llegó con el café. Bond se sirvió un poco y bebió un sorbo. Esperó hasta que la puerta de la despensa volviera a cerrarse. «Otro alemán —pensó—. Ya habrá hecho llegar la noticia a los barracones.» Aunque tal vez no estaba involucrado todo el equipo. Quizá había un equipo dentro del equipo. Y en ese caso, ¿estaba Drax al corriente de ello? Su reacción en el momento en que la pareja traspuso la puerta no había sido concluyente. ¿Acaso una parte de su asombro había sido dignidad ofendida, la conmoción de un hombre vano cuyo programa se había visto alterado por una mujercilla que trabajaba como su secretaria? Sin duda había disimulado bien. Y había pasado toda la tarde metido en el pozo supervisando la carga de combustible. Bond decidió sondearlo un poco.

—¿Qué tal ha ido la carga de combustible? —preguntó, con los ojos fijos en su interlocutor.

Drax estaba encendiendo un largo cigarro. Lo miró a través del humo y la llama de la cerilla.

—Perfectamente. —Dio varias chupadas al cigarro para encenderlo bien.— Ahora todo está a punto. Los guardias están por los alrededores. Una hora o dos para

limpiar ahí abajo por la mañana, y luego se cerrará el pozo. Por cierto —añadió—, mañana por la tarde me llevaré a la señorita Brand a Londres, en coche. Necesitaré una secretaria, además de a Krebs. ¿Tiene algún plan?

—También yo tengo que ir a Londres —respondió Bond, por impulso—. Debo presentar mi informe definitivo ante el ministerio.

—¿Su informe? —repitió Drax con indiferencia—. ¿Sobre qué? Pensaba que estaba satisfecho con las disposiciones.

—Sí —respondió Bond, evasivo.

—En ese caso, está todo bien —concluyó Drax con tono jovial—. Y ahora, si no le importa —dijo mientras se levantaba de la mesa—, tengo algunos papeles esperándome en el estudio, así que le daré las buenas noches.

—Buenas noches —se despidió Bond de la espalda que ya se alejaba.

Apuró su café, salió al vestíbulo y subió a su habitación. Era obvio que habían vuelto a registrarla. Se encogió de hombros. Sólo estaba el maletín de cuero. Su contenido no demostraría nada más que el hecho de que había ido allí equipado con las herramientas de su oficio.

La Beretta, metida en la funda sobaquera, continuaba en el lugar donde la había ocultado, en el estuche de cuero vacío que pertenecía a los binoculares de Tallon. Sacó el arma y la metió debajo de la almohada.

Se dio un baño caliente y empleó medio frasco de yodo para cubrirse las heridas y los hematomas a que podía llegar. A continuación se metió en la cama y apagó la luz. Le dolía todo el cuerpo y estaba exhausto.

Durante un momento, pensó en Gala. Le había dicho que tomara un somnífero y cerrara la puerta con llave, pero que aparte de eso no se preocupara por nada hasta la mañana.

Antes de despejar su mente para dormir, meditó con inquietud acerca del viaje que ella haría con Drax a Londres, al día siguiente.

Con inquietud, pero no con desesperación. A su debido tiempo habría que responder a muchas preguntas y sondear muchos misterios, pero los hechos básicos parecían sólidos e irrefutables. Aquel extraordinario millonario había construido un arma grandiosa. El Ministerio de Suministros estaba complacido con ella y también el Parlamento. El cohete debía ser lanzado dentro de menos de treinta y seis horas bajo una cuidadosa supervisión, y las medidas de seguridad eran tan estrictas como podían serlo. Alguien, probablemente varias personas, querían quitarlos de en medio a él y a la muchacha. Los nervios estaban a flor de piel en aquel lugar. La tensión del ambiente era enorme. Tal vez había celos. Quizá algunas personas sospechaban de verdad que ellos dos eran saboteadores. Pero ¿qué importancia tendría eso siempre y cuando él y Gala mantuvieran los ojos bien abiertos? Quedaba poco más de un día por delante. Allí se encontraban en campo abierto, en el mes de mayo, en Inglaterra,

en tiempos de paz. Era una locura preocuparse por unos cuantos lunáticos, siempre y cuando el *Moonraker* estuviese fuera de peligro.

Y por lo que respectaba al día siguiente, pensó mientras lo invadía el sueño, acordaría encontrarse con Gala en Londres y traerla él mismo de regreso. O incluso la joven podría pernoctar en Londres. En cualquiera de los dos casos, cuidaría de ella hasta que el *Moonraker* estuviese en el aire a salvo; y antes de que comenzaran los trabajos en el segundo cohete, habría que hacer una limpieza a fondo.

Pero estos eran pensamientos traidoramente reconfortantes. Había peligro en el ambiente y Bond lo sabía.

Por último se deslizó hacia el mundo de los sueños con una pequeña escena firmemente inmovilizada ante sus ojos.

En la mesa del comedor de la planta baja, había observado algo muy inquietante: la habían puesto sólo para tres comensales.

Tercera parte
JUEVES, VIERNES

Capítulo 18

Debajo de la piedra

El Mercedes era un coche hermoso. Bond detuvo su baqueteado Bentley gris junto al automóvil y lo inspeccionó.

Era un 300 S, el modelo deportivo descapotable con la capota que estaba en vías de desaparición, uno de los únicos seis que había en toda Inglaterra, reflexionó. Tenía el volante a la izquierda. Probablemente comprado en Alemania. Bond había visto unos cuantos en ese país. El año anterior, uno de ellos le había pasado zumbando por la Autobahn de Munich, cuando él circulaba a ciento cuarenta y cinco kilómetros por hora con el Bentley. La carrocería, demasiado corta y pesada para ser grácil, estaba pintada de blanco, y el tapizado era de cuero rojo. Era llamativo para Inglaterra. Supuso que Drax lo había elegido blanco en honor a los famosos colores de competición de Mercedes-Benz, que ya había vuelto a ganar todos los premios posibles en Le Mans y Nurburgring, después de la guerra.

Lo de comprar un Mercedes era típico de Drax. Había algo implacable y majestuoso en esos coches, decidió, recordando los años entre 1934 y 1939, cuando dominaron por completo la escena del automovilismo mundial hijos del famoso Blitzen Benz, que en 1911 ya había pulverizado la plusmarca mundial de velocidad al correr a 228 kilómetros por hora. Bond recordó a algunos de sus famosos pilotos: Caracciola, Lang, Seaman, Brauchitsch, y la época en que los había visto tomar las cerradas curvas de Trípoli a 305 kilómetros por hora, o los había visto pasar como rayos por la recta de tres carriles de Berna, seguidos de cerca por los bólidos de Auto Union.

Y sin embargo (Bond contempló su Bentley sobrealimentado, que tenía veinticinco años más que el coche de Walter y aún era capaz de alcanzar los ciento sesenta kilómetros por hora), cuando los Bentley aún corrían antes de que la Rolls los domesticara hasta convertirlos en carruajes de cuatro ruedas, derrotaban a los desaparecidos SS-K casi a discreción.

En otra época, Bond había rozado el mundo de las carreras de automóviles, y ahora estaba perdido en sus recuerdos (volvía a oír el atronador rugido del monstruo que conducía Rudolf Caracciola cuando éste pasaba volando ante las tribunas de Le Mans), en el momento en que Drax salió de la casa seguido por Gala Brand y Krebs.

—Un coche rápido —comentó Drax, complacido ante la expresión admirada de Bond. Señaló con un gesto el Bentley—. Eran muy buenos en los viejos tiempos —añadió, con un toque de paternalismo—. Ahora sólo los hacen para ir al teatro. Demasiado bien educados. Incluso el Continental. A ver, usted va en la parte trasera.

Krebs, obediente, se instaló en el estrecho asiento detrás del conductor. Se sentó ladeado, con el cuello de la gabardina subido hasta las orejas y los ojos

enigmáticamente fijos en Bond.

Gala Brand, muy elegante, con un traje de chaqueta gris oscuro confeccionado a medida y una boina negra, con un impermeable fino de color negro al brazo y unos guantes en la mano, se sentó en la mitad derecha del asiento delantero. La ancha portezuela se cerró con el sonoro doble chasquido de un estuche Fabergé.

No se intercambió señal alguna entre Bond y Gala. Habían hecho sus planes en una secreta conversación susurrada que mantuvieron en la habitación de él antes del almuerzo: cenarían en Londres a las siete y media y luego regresarían a la casa en el coche de Bond. Ella mantuvo un aire solemne, con las manos sobre el regazo y los ojos fijos ante sí, mientras Drax subía al vehículo, pulsaba el botón de arranque y tiraba hacia atrás de la reluciente palanca que había en el volante para meter la primera marcha. El coche se alejó con rapidez mientras el tubo de escape emitía apenas un ronroneo, y Bond lo observó mientras desaparecía entre los árboles antes de regresar a su Bentley y salir pausadamente tras el otro automóvil.

En el Mercedes que corría por la carretera, Gala se dedicó a pensar. La noche había transcurrido sin incidentes, y la mañana se dedicaría a despejar el pozo de lanzamiento de cuanto pudiera quemarse con la ignición del *Moonraker*. Drax no había hecho ninguna referencia a los acontecimientos del día anterior, y nada había cambiado en su comportamiento habitual. Ella había preparado el último plan de lanzamiento (sería el propio Drax quien lo hiciera al día siguiente) y, como siempre, la había hecho llamar a Walter y, a través del agujerito de la pared, Gala había visto cómo se anotaban las cifras en la libreta negra de Drax.

El día era caluroso y soleado, y Drax conducía en mangas de camisa. Ella bajó los ojos para mirar el borde de la pequeña libreta que sobresalía del bolsillo trasero izquierdo del pantalón del hombre. Aquel viaje podría ser su última oportunidad. Desde la noche anterior se había sentido como una persona diferente. Tal vez Bond había despertado su espíritu de lucha, quizá era una reacción ante el hecho de desempeñar el papel de secretaria durante demasiado tiempo, tal vez fuese la conmoción provocada por el derrumbamiento del acantilado y la emoción de darse cuenta, después de tantos meses tranquilos, de que participaba en un juego peligroso... Fuera lo que fuese, sentía que había llegado el momento de correr riesgos. Descubrir el plan de vuelo del *Moonraker* era una cuestión de rutina y le proporcionaría la satisfacción personal de desvelar el secreto de la libreta negra. Sería fácil.

Como con descuido, dejó su impermeable doblado en el espacio que mediaba entre ella y Drax. Al mismo tiempo hizo como si se acomodara mejor en el asiento, y aprovechó la maniobra para aproximarse un poco más a Drax y posar la mano sobre los pliegues del impermeable. Luego se dedicó a esperar.

Su oportunidad se presentó, como había pensado que podría suceder, al

incorporarse al congestionado tráfico de Maidstone. Drax, concentrado, intentaba llegar al semáforo del cruce de Kings Street y Gabriel's Hill antes de que cambiara a rojo, pero la cola de coches era demasiado lenta y tuvo que detenerse detrás de un traqueteante coche familiar. Gala se dio cuenta de que, en cuanto cambiaran las luces, estaba decidido a adelantar al viejo trasto, ponerse delante de él y darle una lección. Era un conductor excelente, pero vengativo e impaciente, siempre ansioso de dejarle algo que recordar a cualquiera que lo retrasara.

Cuando el semáforo cambió a verde, hizo sonar su triple claxon, se desvió a la derecha al llegar a la intersección, aceleró con brutalidad y adelantó, mientras movía la cabeza con reprobación y miraba al conductor del coche familiar al pasar junto a él.

En medio de esta brusca maniobra, resultó natural que Gala fuera lanzada hacia él. Al mismo tiempo, su mano se metió debajo del impermeable y sus dedos tocaron, palparon y extrajeron la libreta con movimientos fluidos. Luego la mano volvió a posarse sobre los pliegues del impermeable. Drax, con todas las sensaciones concentradas en los pies y las manos, no veía sino el tráfico que tenía por delante, en tanto evaluaba las probabilidades que tenía de atravesar el paso de cebra que había delante del Royal Star sin atropellar a dos mujeres y un niño que estaban casi a medio camino del mismo.

Ahora era cuestión de enfrentarse con el gruñido de furia de Drax cuando, con voz recatada pero urgente, le preguntara si podrían detenerse un momento para que pudiera «empolvase la nariz».

Una gasolinera sería peligrosa, porque a él podría ocurrírsele llenar el depósito, y tal vez llevase también el dinero en el bolsillo trasero del pantalón. Pero ¿no había un hotel por allí? Sí. Recordó que el Thomas Wyatt estaba justo al salir de Maidstone. Y no tenía surtidores de gasolina. Comenzó a removerse un poco. Volvió a colocar el impermeable sobre el regazo. Se aclaró la garganta.

—Ay, disculpe, sir Hugo —dijo con voz estrangulada.

—Sí, ¿qué pasa?

—Lo lamento muchísimo, sir Hugo, pero ¿podría parar sólo un momento? Quiero... es decir... lo lamento muchísimo, pero me gustaría empolvarme la nariz. Es terriblemente estúpido por mi parte. Lo siento de veras.

—¡Cristo! —exclamó Drax—. ¿Por qué demonios no...? Ah, sí. Bueno, de acuerdo. ¿Dónde? —gruñó más que preguntó bajo el bigote, pero aminoró a poco más de ochenta kilómetros por hora.

—Hay un hotel justo después de esa curva —dijo Gala, nerviosa—. Muchísimas gracias, sir Hugo. Ha sido una estupidez por mi parte. No tardaré ni un minuto. Sí, ahí está.

El coche se desvió con brusquedad hacia la fachada del hotel y se detuvo con una

sacudida.

—Dése prisa, dése prisa —la instó Drax.

Sin cerrar la portezuela del coche, Gala corrió obedientemente por la grava mientras sujetaba con fuerza ante sí el impermeable con su precioso secreto.

Cerró con pestillo la puerta del lavabo y abrió a toda prisa la libreta.

Allí estaban, justo como pensaba. En cada página, debajo de la fecha, las ordenadas columnas de cifras, la presión atmosférica, la velocidad del viento, la temperatura, exactamente como ella las había anotado según las cifras del Ministerio del Aire. Y al pie de cada página, las calibraciones estimadas para los giróscopos.

Gala frunció el entrecejo. Sólo con mirarlas, podía ver que eran por completo diferentes de las calculadas por ella. Las cifras de Drax no guardaban la menor relación con las suyas.

Pasó las páginas hasta la última, que contenía los cálculos para ese mismo día. Desde luego, ella no se había equivocado casi en noventa grados en el curso estimado. Si el cohete se lanzaba según aquel plan de vuelo, caería en algún punto de París. Con los ojos desorbitados, se miró en el espejo que había sobre el lavamanos. Si había estado cometiendo unos errores tan monstruosos, ¿por qué Drax no se lo había dicho? Algo terrible. Volvió a repasar la libreta con rapidez. Cada día se había desviado noventa grados, lanzando el cohete en ángulo recto respecto a su curso real. No, desde luego, simplemente, no había podido incurrir en semejante error. ¿Estaba informado el ministerio de estos cálculos secretos? ¿Y por qué tenían que ser secretos?

De pronto, su perplejidad se transformó en miedo. Tenía que conseguir llegar a Londres a salvo, discretamente, y contárselo a alguien. A pesar de que pudieran llamarla estúpida y entrometida.

Con total frialdad, pasó las páginas de la libreta, se sacó la lima de uñas del bolso y, tan pulcramente como pudo, cortó una página de muestra, la convirtió en una apretada bola y la metió en la punta de uno de los dedos de sus guantes.

Se miró la cara en el espejo. Estaba pálida, y se frotó con rapidez las mejillas para devolverles el color. Luego reasumió la expresión de una secretaria avergonzada, salió corriendo del lavabo y atravesó la grava hasta el coche, con la libreta de notas apretada entre los pliegues del impermeable.

El motor del Mercedes giraba al ralentí. Drax le lanzó una feroz mirada de impaciencia, y ella volvió a sentarse en su asiento.

—Vamos, vamos.

Mientras la apremiaba, metió primera y levantó el pie del pedal de embrague con tal brusquedad que la joven casi se pilló el pie con la pesada portezuela. Los neumáticos hicieron crujir la grava cuando él aceleró para salir de la zona de aparcamiento y derrapar en seco al entrar en la carretera de Londres. Gala salió

despedida contra el asiento, pero se acordó de dejar que el impermeable, con la mano culpable entre los pliegues, cayera en el espacio que mediaba entre ella y Drax.

Y ahora había que devolver la libreta al bolsillo trasero del pantalón de él.

Observó que la aguja del cuentakilómetros oscilaba en torno a los ciento diez por hora, mientras Drax lanzaba el pesado vehículo por el centro de la carretera.

Intentó recordar sus lecciones. Ejercer en otra zona del cuerpo una presión que distrajera. Distraer la atención. Distraer. La víctima no debía estar relajada. Sus sentidos debían concentrarse en algo externo. No tenía que darse cuenta del roce contra su cuerpo. Debía estar anestesiada por otro estímulo.

Como ahora, por ejemplo. Drax, inclinado sobre el volante, se concentraba en encontrar una oportunidad para adelantar a un tráiler de la RAF, de dieciocho metros de longitud, pero el tráfico que venía en sentido contrario no le dejaba espacio para hacerlo. Se abrió una brecha y Drax redujo bruscamente a tercera y la aprovechó, mientras hacía sonar imperiosamente el claxon.

La mano de Gala se tendió a la izquierda por debajo del impermeable.

Pero una segunda mano salió disparada como una serpiente.

—La he pillado.

Krebs se inclinaba, doblado por la mitad, sobre el respaldo del asiento delantero. Su mano apretaba la de ella contra la resbaladiza cubierta de la libreta, debajo de los pliegues del impermeable.

Gala se inmovilizó. Luchó con todas sus fuerzas para liberar la mano, pero no sirvió de nada. Ahora Krebs descargaba sobre ella todo su peso.

Drax había adelantado al tráiler y la carretera estaba libre.

—Por favor, detenga el coche, *mein Kapitän* —dijo Krebs con tono apremiante—. La señorita Brand es una espía.

Drax lanzó una mirada de sobresalto hacia su derecha. Con lo que vio, tuvo suficiente. Se llevó rápidamente la mano en el bolsillo trasero y luego, con gesto muy lento a propósito, la devolvió al volante. El desvío de Merewoth se aproximaba por su izquierda.

—Sujétela —ordenó Drax.

Frenó de tal forma que los neumáticos chirriaron, cambió a una marcha más corta y desvió el coche por la carretera lateral, donde se detuvo.

Drax miró en una y otra dirección de la carretera. Estaba desierta. Tendió una mano enguantada y volvió con brusquedad el rostro de Gala hacia sí.

—¿Qué es esto?

—Puedo explicárselo, sir Hugo. —Gala intentaba un farol, a pesar del horror y la desesperación que sabía que se evidenciaba en su rostro.— Es una equivocación. Yo no tenía intención de...

Se encogió de hombros con aparente enojo y su mano derecha se desplazó con

sigilo detrás de su cuerpo y encajó los culpables guantes detrás del cuero acolchado.

—*Sehen sie her, mein Kapitän.*^[40] La he visto acercarse a usted. Me ha parecido extraño y...

Con la otra mano, Krebs apartó bruscamente el impermeable y dejó a la vista los doblados dedos blancos de su mano derecha aplastados contra la cubierta de la libreta que aún se encontraba a unos treinta centímetros del bolsillo trasero de Drax.

—Vaya...

La palabra era mortalmente fría y contenía una determinación estremecedora.

Drax le soltó el mentón, pero los horrorizados ojos de la joven permanecieron clavados en los de él.

Una especie de frialdad gélida comenzaba a traslucirse a través de la fachada alegre de piel roja y patillas. Era un hombre diferente. El hombre que se ocultaba tras la máscara. La criatura que acechaba debajo de la piedra plana que Gala había levantado.

Drax volvió a mirar en una y otra dirección de la carretera desierta.

Luego, mirando con atención los ojos azules repentinamente vigilantes, se descalzó el guante de cuero de la mano izquierda y golpeó con él a la muchacha en la cara con toda la fuerza de su mano derecha.

Sólo un corto grito salió de la garganta contraída de Gala, pero lágrimas de dolor rodaron por sus mejillas. De repente comenzó a defenderse como una mujer enloquecida.

Con todas sus fuerzas, se contorsionó y luchó contra los dos brazos de hierro que la sujetaban. Con la mano derecha libre intentó llegar al rostro que se inclinaba sobre el respaldo del asiento y arañarle los ojos. Pero Krebs apartó la cabeza con facilidad fuera de su alcance, y tranquilamente aumentó la presión del brazo con que le rodeaba el cuello; siseó con tono asesino para sí cuando las uñas de Gala le arrancaron tiras de piel del dorso de las manos, pero advirtió con ojos de científico que la resistencia de ella se iba debilitando.

Drax observaba con atención, con un ojo en la carretera, mientras Krebs inmovilizaba a la joven; luego volvió a poner el coche en marcha y avanzó con cautela por la pista arbolada. Gruñó con satisfacción al llegar a un camino de carro que se adentraba en el bosque, y giró por él para detenerse sólo cuando quedó fuera de la vista de la calzada.

Gala acababa de darse cuenta de que no se percibía ningún sonido del motor cuando oyó que Drax decía:

—Aquí.

Un dedo le tocó la cabeza en un punto situado detrás de la oreja izquierda. El brazo de Krebs la soltó y cayó hacia delante, agradecida, jadeando en busca de aire. Entonces algo se estrelló contra la parte posterior de su cabeza donde la había tocado

el dedo, y hubo un estallido de maravilloso dolor liberador y luego la oscuridad.

Una hora más tarde, los transeúntes vieron que un Mercedes blanco se detenía en el exterior de una casa pequeña situada en el extremo de Ebury Road más cercano a Buckingham Palace y que dos caballeros ayudaban a una muchacha indispuesta a descender del vehículo y entrar por la puerta principal. Los que se encontraban cerca pudieron ver que la pobre muchacha tenía el semblante pálido y los ojos cerrados, y que los amables caballeros casi la llevaban en volandas al subir los peldaños. Se oyó con absoluta claridad que el caballero corpulento de cara y patillas rojas le decía al otro que la pobre Mildred había prometido no salir hasta que volviera a encontrarse del todo bien. Muy triste.

Gala recobró el sentido en una amplia habitación de la planta superior que parecía estar llena de maquinaria. Se encontraba muy bien atada a una silla y, además del punzante dolor de cabeza, sentía que tenía los labios y las mejillas magullados e hinchados.

Había pesadas cortinas echadas sobre las ventanas, y en la habitación se percibía un olor a humedad, como si se usara muy raras veces. Los pocos muebles convencionales estaban cubiertos de polvo, y sólo las esferas de cromo y ebonita de las máquinas parecían limpias y nuevas. Pensó que tal vez se hallaba en el hospital. Cerró los ojos y pensó. No tardó mucho en recordar. Dedicó algunos minutos a recuperar el control y luego volvió a abrir los ojos.

Drax, de espaldas a ella, observaba las esferas de una máquina que se parecía mucho a un aparato de radio. Había otras tres máquinas similares en su campo de visión, y de una de ellas partía una fina antena de acero que salía por un agujero tosco practicado en la escayola del techo con ese propósito. La habitación estaba brillantemente iluminada por seis lámparas corrientes, cada una de ellas con una bombilla de alta potencia.

Desde la izquierda le llegaban sonidos metálicos; giró en las órbitas los ojos semicerrados, lo cual empeoraba su dolor de cabeza, y pudo ver la silueta de Krebs inclinada sobre un generador eléctrico colocado en el suelo. A su lado había un pequeño motor de gasolina, que estaba dando problemas. De vez en cuando, Krebs aferraba la manivela de arranque, la hacía girar bruscamente, y el motor emitía un débil estertor mecánico antes de que él volviera a hurgar en sus entrañas.

—Condenado estúpido —masculló Drax en alemán—, date prisa. Tengo que ir a ver a esos malditos zoquetes del ministerio.

—En seguida, *mein Kapitan* —respondió Krebs, respetuoso.

Giró de nuevo la manivela. Esta vez, después de toser dos o tres veces, el motor arrancó y comenzó a ronronear.

—¿No hará demasiado ruido? —quiso saber Drax.

—No, *mein Kapitan*. La habitación ha sido insonorizada —respondió Krebs—. El

doctor Walter me aseguró que no se oiría nada desde el exterior.

Gala cerró los ojos y decidió que su única esperanza era fingirse inconsciente durante tanto tiempo como fuera posible. ¿Tenían intención de matarla? ¿En aquella habitación? ¿Y qué eran todos aquellos aparatos? Parecían radiorreceptores, o tal vez radares. Aquella pantalla curva de vidrio que había sobre la cabeza de Drax y que oscilaba de vez en cuando mientras él movía los botones de las esferas...

Con lentitud, su mente volvió a ponerse en funcionamiento. ¿Por qué, por ejemplo, Drax hablaba de repente un alemán perfecto? ¿Y por qué Krebs se dirigía a él como *mein Kapitán*? ¿Y las cifras de la libreta negra? ¿Por qué habían estado a punto de matarla por haberlas visto? ¿Qué significaban?

Noventa grados, noventa grados.

Noventa grados de diferencia. Suponiendo que sus cálculos hubieran sido correctos en todo momento para el blanco situado a ciento treinta kilómetros de distancia en el mar del Norte... Sólo suponiendo que ella no se hubiera equivocado... Entonces no habría dirigido el cohete al centro de Francia. ¿Noventa grados a la izquierda del objetivo calculado por ella en el mar del Norte? Algún punto de Inglaterra, presumiblemente. A ciento treinta kilómetros de Dover... Sí, por supuesto. Eso era. Los cálculos de Drax... El plan de lanzamiento de la libreta negra... El *Moonraker* caería más o menos en el centro de Londres.

Pero ¡sobre Londres! ¡¡Sobre Londres!!

Así que es cierto que el corazón se le sube realmente a la garganta a uno. ¿Qué extraordinario! Una perogrullada semejante y sin embargo sucede de verdad y lo deja a uno casi sin respiración.

«Y ahora, vamos a ver... Así que éste es un dispositivo de guía por radar. Qué ingenioso. Lo mismo que habrá en la balsa situada en el mar del Norte. Esto hará caer el cohete a unos cien metros de Buckingham Palace. Pero ¿qué importancia tendrá eso si la cabeza explosiva está llena de instrumentos?»

Probablemente fue la crueldad del guantazo que Drax le dio en la cara lo que determinó su siguiente pensamiento: pronto tuvo la certeza de que, de alguna forma, se trataría de una cabeza explosiva de verdad, de una cabeza atómica, y que Drax era un enemigo de Inglaterra y que al día siguiente a mediodía iba a destruir Londres.

Gala realizó un último esfuerzo por comprender.

A través de este techo, a través de esta silla, a través del suelo. La fina aguja del cohete. Cayendo tan rápido como el rayo desde el cielo despejado. Las multitudes en las calles. El palacio. Las niñeras en el parque. Los pájaros en los árboles. La gran flor de fuego de un kilómetro y medio de diámetro. Y luego la nube del hongo atómico. Y no quedaría nada. Nada. Nada. Nada.

«¡No! ¡Ay, no!»

Pero el grito resonó sólo dentro de su mente. Gala, con el cuerpo convertido en

una crujiente patata negra entre un millón de otras, ya se había desmayado.

Capítulo 19

Persona desaparecida

Bond estaba sentado en su mesa favorita de un restaurante de Londres, la mesa del rincón de la derecha, para dos, en el primer piso, y contemplaba a la gente y el tráfico que entraba en Piccadilly y bajaba por Haymarket.

Eran las siete cuarenta y cinco de la tarde y Baker, el jefe de camareros, acababa de traerle el segundo martini seco con vodka con una gran raja de limón. Tomó un sorbo, mientras se preguntaba, distraído, por qué se retrasaba Gala. No era propio de ella. Gala era el tipo de muchacha que habría telefoneado si se hubiese visto retenida en Scotland Yard por algún motivo. Vallance, a quien había visitado a las cinco, le dijo que estaba citada con él a las seis.

Vallance se había mostrado muy ansioso por verla. Era un hombre que tendía a preocuparse, y cuando Bond informó brevemente acerca de la seguridad del *Moonraker*, pareció que le escuchaba con sólo la mitad de su atención.

Al parecer, durante todo el día había habido muchas ventas de libras esterlinas. Había comenzado en Tánger y se había propagado con rapidez a Zurich y Nueva York. La libra había fluctuado de un modo disparatado en los mercados de divisas del mundo, y los *dealers* de arbitraje habían hecho una carnicería. El resultado final fue que la libra bajó un tres por ciento en ese solo día, y no se apreciaban síntomas de recuperación. Era noticia de primera página en los periódicos vespertinos, y al cierre de la bolsa el Tesoro se había puesto en contacto con Vallance para darle la extraordinaria noticia de que la oleada de ventas la inició Drax Metals Ltd. en Tánger. La operación comenzó por la mañana, y a la hora de cierre la compañía había vendido moneda inglesa por una suma que rondaba los veinte millones de libras. Ante el desconcierto de los mercados de divisas, el Banco de Inglaterra había tenido que intervenir y comprar con el fin de detener la caída. En ese momento, Drax Metals había insistido en su posición vendedora.

Ahora el Tesoro quería saber qué sucedía, si era el propio Drax quien estaba vendiendo o una de las grandes empresas que eran clientes de su compañía. Lo primero que hicieron fue abordar a Vallance. A éste sólo se le ocurrió pensar que el *Moonraker* iba a ser un fracaso por algún motivo y que Drax lo sabía y quería aprovecharse de ese conocimiento. De inmediato habló con el Ministerio de Suministros, pero allí chasquearon la lengua ante la idea. No existía ninguna razón para pensar que el *Moonraker* pudiera ser un fiasco, y aun en el supuesto de que el lanzamiento de prueba saliese mal, el hecho se maquillaría con explicaciones de dificultades técnicas y demás. En cualquier caso, tanto si el cohete era un éxito como si no, no podía producirse ninguna reacción posible contra los créditos financieros del Reino Unido. No, desde luego, a ellos no se les ocurriría mencionarle el asunto al

primer ministro. La Drax Metals era una gran organización comercial. Cabía la posibilidad de que actuaran para algún gobierno extranjero. Para Argentina. Quizá incluso para Rusia. Alguien que tuviera grandes existencias de libras. En cualquier caso, no era nada que tuviese relación con el ministerio ni con el *Moonraker*, el cual sería lanzado puntualmente a mediodía del día siguiente.

A Vallance le había parecido que aquello tenía sentido, pero continuaba preocupado. No le gustaban los misterios, y se alegró de compartir sus preocupaciones con Bond. Sobre todo, lo que quería era preguntarle a Gala si había visto algún cable procedente de Tánger y, en caso afirmativo, si Drax había hecho algún comentario al respecto.

Bond estaba seguro de que, si hubiera sucedido algo semejante, Gala se lo habría mencionado, y así se lo dijo a Vallance. Habían conversado un rato más y luego Bond se había marchado a su cuartel general, donde lo esperaba M.

M se mostró interesado por todos los detalles, incluso por las cabezas afeitadas y los bigotes de los hombres. Interrogó a su subordinado con todo detalle, y cuando Bond concluyó la historia con lo esencial de la última conversación mantenida con Vallance, M permaneció sentado durante un rato, perdido en sus pensamientos.

—No me gusta ni un solo detalle de todo este asunto, 007 —comentó al fin—. Ahí está sucediendo algo, pero soy incapaz de encontrarle ningún sentido, aunque la vida me fuera en ello. Y no veo dónde podría intervenir yo. Todos los hechos son conocidos por la brigada especial y por el ministerio, y bien sabe Dios que yo no tengo nada que añadir. Aunque hablara con el primer ministro, lo cual sería totalmente injusto para con Vallance, ¿qué podría decirle? ¿Qué hechos tenemos? ¿De qué se trata, en definitiva? No hay nada más que el olor. Aunque la verdad es que es un mal olor. Un olor pestilente, o mucho me equivoco. No. —Miró a Bond, y en sus ojos había una insólita nota de urgencia.— Da la impresión de que todo depende de usted y de esa joven. Tiene suerte de que sea buena. ¿Necesita algo de mí? ¿Puedo hacer algo para ayudarlo?

—No, gracias, señor —respondió.

Tras lo cual salió, recorrió los pasillos que le eran familiares y tomó el ascensor para bajar a su propia oficina, donde aterrorizó a Loelia Ponsonby al darle un beso cuando se despidieron. Las únicas ocasiones en que hacía eso era por Navidad, en el cumpleaños de ella y cuando iba a comenzar una misión peligrosa.

Bebió el resto del martini seco y miró su reloj. Las ocho en punto; pronto se estremeció.

Se levantó de la mesa y fue en busca de un teléfono.

La centralita de Scotland Yard le informó de que el subdirector había tratado de ponerse en contacto con él. Había tenido que asistir a una cena en el Madison House. ¿Podía el capitán de fragata Bond permanecer al teléfono, por favor? Bond aguardó

con impaciencia. Todos sus miedos surgieron de aquel trozo de baquelita negra y cayeron sobre él. Podía ver la hilera de rostros corteses. Al camarero uniformado que avanzaba con cuidado hasta donde estaba Vallance. La silla retirada con rapidez. La discreta salida. Aquellos vestíbulos de piedra que resonaban. La discreta cabina telefónica.

—¿Es usted, Bond? —le gritó el teléfono—. Aquí Vallance. ¿Ha visto a la señorita Brand?

A Bond se le encogió el corazón.

—No —respondió con tono ansioso—. Ya hace media hora que tendría que haber venido a cenar. ¿No se presentó a las seis?

—No, y he enviado un «mensaje» para averiguar su paradero, y no hay ni rastro de ella en la dirección donde se aloja cuando viene a Londres. Ninguna de sus amistades la ha visto. Si salió en el coche de Drax a las dos y media, tenía que haber llegado a Londres a las cuatro y media. No ha habido ningún accidente en la carretera de Dover durante la tarde, y la A&A y el RAC tampoco tienen noticia de ninguna emergencia. —Hubo una pausa.— Escuche —prosiguió luego Vallance, con un tono implorante—, es una buena chica, y no quiero que le suceda nada. ¿Puede ocuparse del asunto? No puedo lanzar un llamamiento general para que la busquen. Las dos muertes que hubo allí la han convertido en noticia, y tendría a toda la prensa a nuestro alrededor. Será todavía peor después de las diez de esta noche. Downing Street^[41] va a emitir un comunicado sobre el lanzamiento de práctica, y en los periódicos de mañana no habrá más noticia que lo del *Moonraker*. El primer ministro va a hacer una transmisión. Su desaparición convertirá todo el asunto en una historia criminal. El día de mañana es demasiado importante para permitir algo así, y, por otra parte, puede haber sufrido un desmayo o algo parecido. Quiero que la encuentren. Bueno, ¿qué me dice? ¿Puede ocuparse usted? Puede contar con toda la ayuda que necesite. Le diré al oficial de guardia que debe obedecer sus órdenes.

—No se preocupe —respondió Bond—. Por supuesto que me ocuparé del problema. —Hizo una pausa, con la mente funcionando a toda velocidad.— Sólo dígame una cosa. ¿Qué sabe de los movimientos de Drax?

—No lo esperaban en el ministerio hasta las siete —informó Vallance—. Deje recado... —Se produjo un ruido confuso en la línea y oyó que Vallance decía «Gracias». Luego volvió a hablar con él.— Acabo de recibir un informe que me ha traído la policía de la City —explicó—. No han podido comunicar por teléfono conmigo desde Scotland Yard, porque estoy hablando con usted. Veamos... —y leyó—: «Sir Hugo Drax llegó al ministerio a las 19.00 y se marchó a las 20.00. Dejó mensaje de que cenaría en Blades si lo necesitaban. Volverá a las instalaciones a las 23.00» Eso significa —comentó Vallance— que saldrá de Londres a eso de las nueve. Espere un momento. —Continuó leyendo—: «Sir Hugo explicó que la señorita Brand

se sintió indispuesta al llegar a Londres y que, a petición suya, la dejó en la terminal de autobuses de la estación Victoria a las 16.45. La señorita Brand declaró que descansaría en casa de unos amigos, dirección desconocida, y se pondría en contacto con sir Hugo en el ministerio a las 19.00. No lo ha hecho.» Y eso es todo —concluyó—. Ah, por cierto, la indagación acerca de la señorita Brand la hicimos en su nombre, Bond. Decía que usted había llegado para reunirse con ella a las seis, y que ella no se había presentado.

—Sí —respondió Bond, cuyos pensamientos estaban en otra parte—. Eso no parece conducirnos a nada. Tendré que moverme. Sólo una cosa más. ¿Tiene Drax alguna vivienda en Londres, un apartamento o algo así?

—Actualmente siempre se aloja en el Ritz —respondió Vallance—. Vendió su casa de Grosvenor Square cuando se mudó a Dover. Pero sabemos por casualidad que tiene una especie de local en Ebury Street. Buscamos allí. Nadie respondió al timbre, y mi agente dice que la casa parecía desocupada. Está justo detrás de Buckingham Palace. Una especie de guarida suya. Se lo tiene muy callado. Probablemente lleva allí a sus conquistas. ¿Algo más? Debería regresar a la mesa o todos esos altos oficiales van a creer que han robado las joyas de la corona.

—Sí, márchese —respondió Bond—. Haré todo lo que pueda, y si llego a un punto muerto llamaré a sus hombres para que me ayuden. No se preocupe si no tiene noticias mías. Hasta la vista.

—Hasta la vista —replicó Vallance, con una nota de alivio en la voz—. Y gracias. Le deseo toda la suerte del mundo.

Bond colgó. Descolgó de nuevo y llamó al Blades.

—Habla el Ministerio de Suministros —dijo—. ¿Está sir Hugo en el club?

—Sí, señor —respondió la amistosa voz de Brevett—. Está en el comedor. ¿Desea hablar con él?

—No, no se preocupe —le dijo Bond—. Sólo quería asegurarme de que no se hubiese marchado.

Sin reparar en lo que comía, engulló algo y salió del restaurante a las nueve menos cuarto. Su coche lo esperaba en el exterior; deseó las buenas noches al conductor del cuartel general y se dirigió a St. James Street. Aparcó a cubierto de la hilera central de taxis que había en el exterior del Boodle's y se instaló detrás de un periódico vespertino por encima de cuyo borde podía ver un trozo del Mercedes de Drax, que vio con alivio que estaba aparcado en Park Street, sin nadie dentro.

No tuvo que esperar mucho. De pronto, un ancho rayo de luz amarilla se proyectó al exterior desde la puerta del Blades y apareció la corpulenta silueta de Drax. Llevaba un pesado sobretodo con las solapas subidas hasta las orejas y un sombrero encasquetado hasta las cejas. Avanzó con rapidez hasta el Mercedes blanco, cerró la portezuela de golpe, y ya se alejaba atravesando St. James Street por la izquierda y

frenando para girar delante de St. James Palace, cuando Bond aún apenas metía la primera marcha.

«¡Dios, este hombre se mueve rápido!», pensó, cuando cambiaba de marcha con un doble embrague en torno a la rotonda de Malí, mientras Drax pasaba ya ante la estatua del palacio. Mantuvo el Bentley en tercera y siguió al Mercedes con el motor tronando. Buckingham Palace Gate. «Bueno, parece que va hacia Ebury Street,» Manteniendo el coche blanco justo a la vista, Bond hizo planes apresurados. El semáforo de la esquina de Lower Grosvenor Place estaba verde cuando pasó Drax y rojo cuando él llegó. Se lo saltó y llegó justo a tiempo de ver que Drax giraba a la izquierda en el principio de Ebury Street. En la suposición de que se detendría en la casa, Bond aceleró hasta la esquina y se detuvo a poca distancia de la misma. Cuando saltaba fuera del Bentley, sin parar el motor, y avanzaba los pocos pasos que lo separaban de Ebury Street, oyó dos cortos toques de claxon; rodeó sigilosamente la esquina, avanzando de lado, y llegó a tiempo de ver cómo Krebs ayudaba a una figura embozada de mujer a atravesar la calle. A continuación, la puerta del Mercedes se cerró de golpe y Drax volvió a ponerse en marcha.

Bond regresó corriendo a su coche, arrancó como el rayo y salió tras él.

Gracias a Dios, el Mercedes era blanco. Allí iba, con las luces de freno encendiéndose brevemente en los cruces, los faros con las luces largas y el golpe de claxon sonando al menor atisbo de retención en el escaso tráfico.

Bond apretó los dientes e hizo avanzar su coche como si se tratara de un purasangre de la escuela española de equitación de Viena. No podía encender los faros delanteros ni usar el claxon por temor a delatar su presencia a los ocupantes del coche que perseguía. Tenía que limitarse a jugar con el freno y el cambio de marchas, y desear lo mejor.

La nota grave de su tubo de escape de cinco centímetros resonaba en las casas de ambos lados y volvía a él, y sus neumáticos rechinaban sobre el asfalto. Dio gracias al cielo por los nuevos Michelin de carrera que calzaba desde apenas una semana antes. Si al menos los semáforos quisieran acompañarlo...

Daba la impresión de que no encontraba nada más que semáforos en ámbar y rojo, mientras Drax siempre pasaba en verde. El puente de Chelsea. ¡Así que parecía que iba a entrar en la carretera de Dover por la Circular Sur! ¿Podía esperar mantenerse al ritmo del Mercedes en la A20? Drax llevaba dos pasajeros. Tal vez su coche no estuviera ajustado. Pero con su suspensión independiente a las cuatro ruedas podía tomar las curvas mejor que él. El viejo Bentley estaba un poco alto con respecto al firme para este tipo de carreras. Bond pisó el freno y se arriesgó a atronar con su triple claxon cuando un taxi que iba a retiro comenzó a desviarse a la derecha. Volvió bruscamente a la izquierda y oyó la palabra de seis letras cuando pasó a toda velocidad junto a él.

Clapham Common y el parpadeo del coche blanco entre los árboles. Aceleró el Bentley hasta los ciento treinta al llegar a un trozo de calle segura, y vio que el semáforo se ponía en rojo justo un momento antes de que llegara Drax. Dejó la palanca de cambios en punto muerto y avanzó en silencio aprovechando la inercia. Los tenía a cincuenta metros de distancia. A cuarenta, treinta, veinte. El semáforo cambió y Drax atravesó de inmediato el cruce y se alejó, pero no antes de que Bond viera que Krebs iba sentado al lado del conductor y que no había más señal de Gala que el bulto de ropa sobre el estrecho asiento de atrás.

Así pues, ya no había duda. No se lleva a una muchacha indispuesta de paseo como si fuera un saco de patatas. Y menos a la velocidad que llevaba. Así que la tenían prisionera. ¿Por qué? ¿Qué habría hecho? ¿Qué habría descubierto? ¿Qué diablos estaba sucediendo?

Cada lóbrega conjetura que hacía se posaba por un momento en su hombro y le croaba al oído que había sido un estúpido ciego. Ciego, ciego, ciego. Desde el momento en que se había sentado en su oficina después de la noche del Blades y había tomado una decisión con respecto a Drax, debió haber estado alerta. A la primera señal de problemas, las marcas de la carta náutica, por ejemplo, habría tenido que pasar a la acción. Pero ¿qué acción? Había notificado cada indicio, cada temor. ¿Qué acción podría haber emprendido, como no fuera matar a Drax? ¿Y acabar ahorcado después de tantas molestias? En fin, ¿qué podía hacerse en el momento presente? ¿Debía detenerse y telefonar a Scotland Yard? ¿Y dejar que se le escapara el coche? Por lo que sabía, habían llevado a Gala al proverbial «paseo», y Drax planeaba librarse de ella en algún punto de camino hasta Dover. Y él tenía la posibilidad de evitarlo, sólo con que su coche resistiera.

Como si fuera un eco de sus pensamientos, los neumáticos rechinaron cuando salió de la Circular Sur a la A20 y embocó la rotonda a sesenta y cinco. Les había dicho tanto a M como a Vallance que se encargaría del asunto. Lo mismo le había dicho a Vallance. Decididamente, el caso había recaído sobre sus hombros, y debía hacer lo que pudiese. Si lograra dar alcance al Mercedes, podría disparar a las ruedas y disculparse después. Dejarlo escapar sería un acto criminal.

«Que así sea», se dijo.

Tuvo que aminorar a causa de algunos semáforos, y aprovechó la pausa para sacar de la guantera unas gafas con las que cubrirse los ojos. A continuación se inclinó hacia la izquierda y aflojó el voluminoso tornillo del parabrisas, para luego hacer lo mismo con el de la derecha. Bajó el estrecho cristal sobre el capó y volvió a apretar los tornillos.

Después aceleró al salir de Swanley Junction, y al cabo de poco corría bajo las potentes farolas de la ronda de Farningham, con el viento y el agudo grito de su coche sobrealimentado aullando en sus oídos.

Kilómetro y medio más adelante, los faros del Mercedes cambiaron a las luces cortas al ascender hasta la cresta de Wrotham Hill y desaparecieron, mientras el vehículo descendía hacia el panorama de la campiña de Kent, bañada por la luna.

Capítulo 20

El gambito de Drax

En el cuerpo de Gala había tres focos de dolor independientes. El palpitante dolor detrás de la oreja izquierda, el cable eléctrico que se le clavaba en las muñecas y el duro roce de la correa en los tobillos.

Cada sacudida sobre la carretera, cada viraje, incluso cada repentina presión del pie de Drax en el pedal de freno o el acelerador, aguzaba uno u otro de estos tres dolores y la enervaba.

Si al menos hubieran estado más encajada en el asiento trasero... Pero disponía de algo de espacio para rodar sobre sí unos centímetros en el asiento auxiliar, de modo que tenía que apartar constantemente el magullado rostro para que no entrara en contacto con los respaldos de lustrosa piel de cerdo.

El aire que respiraba estaba cargado del olor a cuero nuevo del tapizado, de gases de escape, y del ocasional hedor penetrante de la goma quemada cuando Drax hacía chirriar los neumáticos en las curvas cerradas.

Sin embargo, la incomodidad y el dolor no eran nada.

¡Krebs! Cosa bastante curiosa, lo que más la atormentaba era el miedo y la repugnancia que le inspiraba Krebs. Todo lo demás era demasiado grande. El misterio de Drax y su odio hacia el Reino Unido. El enigma de su perfecto dominio del alemán. El *Moonraker*. El secreto de la cabeza atómica. Cómo salvar la ciudad de Londres. Estos eran temas que hacía mucho tiempo que había relegado al fondo de su mente como insolubles.

Pero aquella tarde que había pasado a solas con Krebs estaba presente y era espantosa, y su mente pasaba y repasaba cada detalle como la lengua sobre un diente dolorido.

Durante mucho rato después de que Drax se marchara, fingió seguir inconsciente. Al principio, Krebs estuvo ocupado con las máquinas y los aparatos, hablándoles en alemán como si arrullara a unas criaturas en media lengua.

«Así, mi *Liebchen*^[42]. Eso está mejor ahora, ¿verdad? ¿Una gotita de aceite para ti, mi *Pupperl*^[43]? Pues claro que sí. En seguida voy. No, no, gandulilla. He dicho mil revoluciones, no novecientas. Vamos, vamos. Podemos hacerlo mejor que eso, ¿no es verdad? Sí, mi *Schatz*^[44]. Eso es. Girando y girando. Subiendo y bajando. Girando y girando. Deja que te limpie esa bonita cara para que podamos ver lo que dice la esferita. *Jesu María, hist du ein braves Kind!*^[45]»

Así había transcurrido el tiempo, con intervalos en los que se colocaba delante de Gala mientras se metía los dedos en la nariz y se pasaba la lengua por los dientes de un modo horriblemente meditativo. Hasta que comenzó a pasar más y más tiempo

ante ella, olvidadas las máquinas, reflexivo, tomando una decisión.

Entonces había notado que la mano masculina soltaba el botón superior de su vestido, y tuvo que disimular el retroceso automático de su cuerpo con un gemido y una pantomima realistas de persona que recobra el conocimiento.

Gala había pedido agua y él fue al cuarto de baño para traer un poco en un vaso para cepillos de dientes. Luego había situado una silla de cocina delante de ella y, tras sentarse a horcajadas, con el mentón apoyado en el travesaño superior del respaldo, la había observado con expresión especulativa por debajo de los párpados caídos.

Gala fue quien rompió el silencio.

—¿Por qué me han traído aquí? —preguntó—. ¿Qué son todos esos aparatos?

Krebs se lamió los labios, y la pequeña boca roja fruncida se abrió bajo el ralo bigote con una sonrisa en forma de romboide.

—Son un reclamo para pajaritos —respondió—. Pronto van a atraer a un pajarito a este nido calentito. Entonces el pajarito pondrá un huevo. ¡Ah, un huevo grande y redondo! ¡Un hermoso huevo gordo! —La mitad inferior de su rostro estalló en risitas de deleite mientras sus ojos se distraían en otra cosa.— Y la niña bonita está aquí porque de lo contrario podría ahuyentar al pajarito. Y eso sería una gran pena, ¿verdad... —continuó, y escupió las tres palabras siguientes—, asquerosa zorra inglesa?

Los ojos del hombre se volvieron penetrantes y decididos. Arrastró la silla para acercarla más, de modo que su rostro quedó a un metro de distancia del de ella, y Gala se vio envuelta en el fétido aliento de Krebs.

—Dime, zorra inglesa. ¿Para quién trabajas? —Esperó.— Tienes que responderme, ¿sabes? —continuó con voz suave—. Aquí estamos completamente solos. No hay nadie que pueda oírte gritar.

—No sea estúpido —dijo Gala, desesperada—. ¿Cómo podría trabajar para nadie que no fuera sir Hugo? —Krebs sonrió al oír el nombre.— Sólo sentía curiosidad por los planes de vuelo...

Comenzó una divagación acerca de sus cálculos y los de Drax, y de cómo quería compartir el éxito del *Moonraker*.

—Inténtalo otra vez —susurró Krebs cuando hubo acabado—. Tienes que hacerlo mejor...

Y de pronto los ojos del hombre se encendieron con crueldad y sus manos se tendieron hacia ella desde detrás del respaldo de la silla...

En el asiento trasero del Mercedes que volaba por la carretera, Gala apretó los dientes y gimoteó ante el recuerdo de los suaves dedos que se deslizaban por su cuerpo y sondeaban, pellizcaban, estiraban..., mientras los ojos ardientes y vacuos se fijaban en los de ella con curiosidad, hasta que Gala consiguió reunir saliva suficiente en la boca y escupirle de lleno en la cara.

Ni siquiera se entretuvo en limpiarse el rostro; de pronto le había hecho daño de verdad, y Gala profirió un solo grito y luego, gracias al cielo, se desmayó.

Después se encontró con que la metían en el asiento trasero del coche, le echaban una manta de viaje por encima y salían disparados por las calles de Londres; y pudo oír otros coches cerca de ellos, el frenético timbre de una bicicleta, el grito ocasional, el sonido grave de un claxon antiguo, el rápido ronroneo del motor de una motocicleta, el rechinar de los frenos, y se había dado cuenta de que estaba de vuelta en el mundo real, de que el pueblo inglés, sus amigos, la rodeaban por todas partes. Trató de ponerse de rodillas y gritar, pero Krebs debió de percibir su movimiento porque de pronto sus manos le sujetaron los tobillos y se los ligaron al anclaje del asiento con una correa; supo que estaba perdida y las lágrimas comenzaron de pronto a resbalar por sus mejillas y rezó para que alguien, de alguna manera, llegara a tiempo.

Eso había sucedido hacía menos de una hora, y ahora podía darse cuenta, por la lenta marcha del vehículo y por el ruido del tráfico, de que habían llegado a una población grande... Maidstone, si es que la llevaban de vuelta a las instalaciones.

En el relativo silencio del vehículo en su avance por la ciudad, oyó de pronto la voz de Krebs. En ella había una nota de alarma.

—*Mein Kapitan* —dijo—, hace rato que estoy observando un coche. Estoy seguro de que nos sigue. Apenas ha encendido los faros. Lo tenemos a sólo cien metros detrás de nosotros. Diría que es el coche del capitán de fragata Bond.

Drax gruñó con sorpresa y ella pudo sentir que su voluminoso cuerpo se volvía para echar un rápido vistazo. Profirió una obscena imprecación y luego reinó el silencio, y Gala pudo sentir que el pesado automóvil cambiaba de un carril a otro y se esforzaba por avanzar con más celeridad entre el tráfico fluido.

—*Ja sowas!*^[46] —dijo Drax finalmente. Su voz era meditativa—. Así que esa vieja pieza de museo que tiene todavía es capaz de correr. Mucho mejor entonces, mi querido Krebs. Parece que está solo. —Soltó una ácida carcajada.— Haremos que se dé una buena carrera, y si sobrevive a ella lo meteremos en el saco junto con la mujer. Pon la radio. Sintoniza la emisora nacional. Pronto sabremos si hay dificultades.

Se oyó una breve crepitación de electricidad estática, y luego Gala pudo oír la voz del primer ministro, la voz de todas las grandes ocasiones de su vida, que llegaba fragmentada mientras Drax metía la directa y aceleraba al salir de la ciudad: «... arma diseñada por el ingenio de un hombre... a mil seiscientos kilómetros hacia el firmamento... área patrullada por los barcos de su Majestad... diseñada exclusivamente para la defensa de nuestra amada isla... una gran área de paz... el desarrollo para el gran viaje del hombre más allá de los confines de este planeta... sir Hugo Drax, el gran patriota y benefactor de nuestro país...»

Por encima del aullido del viento, Gala oyó que Drax estallaba en una risotada

salvaje, una burlona carcajada de triunfo, y luego la radio se apagó.

«James —susurró la joven para sí—. Sólo quedas tú. Ten cuidado, pero date prisa.»

El rostro de Bond era una máscara de polvo manchada por la sangre de las moscas y las mariposas nocturnas que se habían estrellado contra ella. A menudo había tenido que apartar una acalambrada mano del volante para limpiarse las gafas, pero el Bentley funcionaba de maravilla y estaba seguro de poder mantener la velocidad del Mercedes.

Estaba rozando los ciento cincuenta kilómetros por hora en una recta que había justo antes de la entrada al castillo de Leeds, cuando unos potentes faros se encendieron de repente tras él, y una bocina neumática de cuatro tonos hizo sonar su insolente *buum-biim-buum-baam* casi en su oído.

La aparición de un tercer vehículo en aquella carrera era algo casi increíble. Bond apenas se había molestado en mirar por el espejo retrovisor desde que salieron de Londres. Nadie que no fuera un corredor automovilista o un hombre desesperado podría haberse mantenido a la velocidad de ellos; estaba realmente confuso cuando se apartó automáticamente a la izquierda y por el rabillo del ojo vio pasar un coche bajo de color rojo bombero, que llegaba a su altura y lo adelantaba a una velocidad que superaba la suya al menos en quince kilómetros por hora.

Captó un atisbo del famoso radiador Alfa Romeo y de las gruesas letras blancas a lo largo del borde del capó que formaban el nombre *Attaboy II*. Luego vio el sonriente rostro de un joven en mangas de camisa que le enseñaba dos groseros dedos extendidos antes de alejarse en la confusión de sonidos que componían el Alfa Romeo a gran velocidad con el aullido de su sobrealimentador, la crepitación de su tubo de escape Galting y el atronador sonido de los poderosos cilindros.

Bond sonrió con admiración mientras alzaba una mano para saludar al conductor. «Un Alfa sobrealimentado ocho cilindros en línea —se dijo—. Debe de ser tan antiguo como el mío. De mil novecientos treinta y dos o treinta y tres, probablemente. Y cubica la mitad que el mío. Ganó la Targa Florio de mil novecientos treinta y uno, e hizo un excelente papel en todas las demás que corrió desde entonces. Probablemente sea un modelo trucado de alguien de uno de los puestos de la RAF que hay por aquí. Intenta regresar a tiempo de una fiesta para firmar y evitar que lo empapelen.» Contempló con afecto el Alfa Romeo, que culeaba en la doble curva que había después del castillo de Leeds y se alejaba como un rayo por la larga carretera hacia la lejana bifurcación de Charing.

Bond pudo imaginar la sonrisa de deleite del muchacho cuando alcanzara a Drax.

«¡Vaya, chico! ¡Un Mercedes!»

Y la furia de Drax ante la impertinente música del cláxon neumático. «Por lo menos va a ciento setenta —reflexionó Bond—. Espero que no sea tan estúpido como

para salirse de la carretera.» Observó cómo se aproximaban entre sí los dos grupos de luces de posición, mientras el muchacho del Alfa se preparaba para ejecutar el truco de acercarse por detrás y encenderlo todo de repente cuando tuviera la oportunidad de adelantar.

Ahora. A cuatrocientos metros, el Mercedes brilló blanco en los repentinos haces gemelos del Alfa. Había un kilómetro y medio de carretera despejada por delante, recta como una vela. Bond casi pudo sentir cómo el pie del muchacho pisaba más aún el acelerador. ¡El *Attaboy*!

En el asiento delantero del Mercedes, Krebs aproximó la boca al oído de Drax.

—¡Otro de ellos! —gritó con impaciencia—. No puedo verle la cara. Se dispone a adelantarnos.

Drax profirió una áspera obscenidad. Sus dientes desnudos brillaron blancos al pálido resplandor que emitía el tablero de instrumentos.

—Le daré una lección a ese cerdo.

Cuadró los hombros y aferró con fuerza el volante con las grandes manos enguantadas. Por el rabillo del ojo vio al Alfa Romeo que empezaba a adelantar por estribor.

Buum-biim-buum-baam, sonó el claxon. Suave, delicadamente, Drax giró poco a poco el volante del Mercedes hacia la derecha, y cuando se produjo el horrible choque de metales, lo devolvió bruscamente a su posición para compensar el coletazo de su vehículo.

—¡Bravo! ¡Bravo! —gritó Krebs con emoción junto a él, mientras se arrodillaba en el asiento para mirar hacia atrás—. Ha dado dos vueltas de campana. Ha saltado por encima de los setos, cabeza abajo. Creo que ya está ardiendo. Sí, ahí veo las llamas.

—Eso hará reflexionar a nuestro delicado señor Bond —gruñó Drax, respirando con fuerza.

Pero Bond, con el rostro rígido como una máscara, apenas aminoró la velocidad, y no había nada más que venganza en su mente mientras seguía tras el Mercedes que volaba por la carretera.

Lo había visto todo. El grotesco vuelo del coche rojo mientras giraba y giraba sobre sí mismo, la silueta del conductor que volaba con brazos y piernas extendidos al salir disparado del asiento, y el estrépito final cuando el vehículo salvaba cabeza abajo el seto y se estrellaba en un campo.

Al pasar zumbando advirtió la horrible marca negra dejada por los neumáticos al derrapar sobre el asfalto, y en su mente se grabó un último toque macabro. El claxon, que de alguna forma no había sufrido daños en el impacto, aún hacía contacto y sus estridentes aullidos ascendían al cielo, despejando carreteras imaginarias al paso del *Attaboy II*... *Buum-biim-buum-baam*. *Buum-biim-buum-baam*.

Así que se había cometido un asesinato ante sus propios ojos. O, en cualquier caso, un intento de asesinato. Así que, con independencia de los motivos que tuviera, sir Hugo Drax había declarado la guerra y no le importaba que Bond lo supiese. Esto simplificaba muchas cosas. Significaba que Drax era un asesino, y probablemente un maniaco. Y por encima de todo, significaba un peligro seguro para el *Moonraker*. A Bond le bastaba con eso. Metió la mano debajo del salpicadero y sacó, de dentro de su funda oculta, el Colt cuarenta y cinco de cañón largo, especial del ejército, que dejó sobre el asiento contiguo. La batalla se libraba ahora abiertamente, y había que detener al Mercedes de alguna manera.

Como si la carretera fuera Donington^[47], Bond pisó a fondo el acelerador y dejó el pie allí. Poco a poco, con la aguja del cuentakilómetros oscilando a ambos lados de los ciento sesenta kilómetros por hora, comenzó a reducir distancia.

Drax tomó la bifurcación izquierda de Charing y salió zumbando colina arriba. Por delante, encuadrado en los haces gigantes de los faros delanteros, uno de los enormes camiones de carga diésel AEC de ocho ruedas de Bowater enfilaba en ese momento la primera curva de la bifurcación y avanzaba trabajosamente, arrastrando las catorce toneladas de bobinas de papel prensa que transportaba, en plena noche, hasta uno de los periódicos del este de Kent.

Drax imprecó en voz baja al ver el largo camión con sus veinte rollos gigantescos, cada uno de los cuales contenía ocho mil metros de papel, atados con sogas a la plataforma. Y justo en medio de la peligrosa doble curva de lo alto de la colina.

Miró por el retrovisor y vio que el Bentley entraba en la bifurcación.

Y entonces Drax tuvo una idea.

—Krebs —ordenó, y la palabra salió como un disparo—, saca tu navaja.

Se oyó un chasquido seco y la hoja de estilete apareció en la mano de Krebs. No convenía perder tiempo cuando había esa nota en la voz del amo.

—Voy a aminorar la velocidad detrás del camión. Descálzate y quítate los calcetines y súbete al capó del coche, y cuando me coloque detrás del camión, salta sobre él. Iremos a velocidad de paseo. No correrás peligro. Corta las sogas que sujetan las bobinas de papel. Primero las del lado izquierdo. Luego, las del derecho. Yo me habré colocado a la altura del camión, y cuando hayas cortado todas las cuerdas, salta de nuevo al coche. Ten cuidado de que las bobinas no te arrastren. *Verstanden? Also. Hals und Beinbruch!*^[48]

Cambió a las luces cortas y tomó la curva a ciento treinta kilómetros por hora. El camión estaba a treinta metros de distancia, y tuvo que frenar en seco para evitar estrellarse contra la trasera. El Mercedes patinó hasta que el radiador quedó casi debajo de la plataforma del camión.

Drax redujo a segunda.

—¡Ahora!

Mantuvo el coche firme como una roca mientras Krebs, descalzo, pasaba por encima del parabrisas y gateaba por el lustroso capó con la navaja en una mano.

De un salto estuvo arriba, y empezó a cortar las sogas de la izquierda. Drax se apartó a la derecha y, lentamente, se colocó a la altura de las ruedas traseras del camión, mientras el aceitoso humo del tubo de escape se le metía en los ojos y la nariz.

Las luces de Bond aparecían en ese momento al otro lado de la curva.

Hubo una serie de golpes sordos cuando las bobinas de la izquierda cayeron por detrás del camión sobre la carretera y salieron rodando con rapidez hacia la oscuridad. Y más golpes sordos cuando se cortaron las sogas de la derecha. Una bobina reventó al caer, y Drax oyó el estrépito de algo que se rasgaba cuando el papel, a medida que se desenvolvía, descendía a saltos por la pendiente del diez por ciento.

Liberado de su carga, el camión casi dio un salto adelante, y Drax tuvo que acelerar un poco para atrapar la silueta de Krebs, que apareció volando y aterrizó a medias sobre la espalda de Gala y a medias sobre el asiento delantero. Drax pisó a fondo el acelerador y salió disparado colina arriba, haciendo caso omiso del grito del conductor del camión por encima del entrechocar metálico de sus pistones diésel, cuando lo adelantó a toda velocidad.

Cuando tomaba la siguiente curva, vio los haces de dos faros delanteros que se elevaban hacia el cielo por encima de las copas de los árboles hasta quedar casi verticales. Oscilaron por un instante y luego giraron hacia atrás por el cielo y desaparecieron.

Un gran alarido de risa salió de la garganta de Drax cuando, por una fracción de segundo, apartó los ojos de la carretera y alzó el rostro triunfalmente hacia las estrellas.

Capítulo 21

El Persuasor

Krebs hizo eco a la carcajada de maniaco con una aguda risilla.

—Un golpe maestro, *mein Kapitän*. Debería haber visto cómo las bobinas cargaban colina abajo. Y la que se reventó... *Wunderschön!*^[49] Como el rollo de papel higiénico de un gigante. Debe de haber hecho un bonito paquete con el tipo. Justo en ese momento salía de la curva. La segunda salva fue tan buena como la primera. ¿Vio la cara del conductor? *Zum Kotzen!*^[50] ¿Y los de Bowater? Tienen entre manos una buena cacería de papel.

—Lo has hecho bien —respondió Drax brevemente, con la mente en otra parte.

De pronto se detuvo a un lado de la carretera con un chirrido de protesta de los neumáticos.

—*Donnerwetter!*^[51] —dijo enfurecido, mientras comenzaba a maniobrar para girar el coche y volver atrás—. No podemos dejar ahí a ese hombre. Tenemos que cogerlo. —El coche ya circulaba en sentido contrario por la carretera.— Revólver —ordenó.

Pasaron junto al camión al llegar a lo alto de la colina. Estaba detenido y no se veía ni rastro del conductor. «Probablemente está llamando a la empresa», pensó Drax, mientras aminoraba la marcha al enfilarse la primera curva. En las dos o tres casas del lugar había luces encendidas, y un grupo de personas se encontraba reunido en torno a una de las bobinas de papel que yacía entre los restos de la puerta de su verja. Había más entre los setos del lado derecho de la carretera. A la izquierda, un poste de telégrafo oscilaba como un borracho, partido por la mitad. Luego, en la siguiente curva, había una gran confusión de papel que bajaba por la colina, festoneaba los setos y la carretera como las marcas de un gigantesco traje para baile de disfraces.

El Bentley casi había atravesado las barreras que protegían el lado derecho de la empinada loma. Colgaba en medio de un rompecabezas de puntales de hierro retorcidos, con el morro hacia abajo, con una rueda, aún sujeta al eje trasero partido, ladeada sobre el maletero como una sombrilla surrealista.

Drax aparcó y él y Krebs salieron del coche y se detuvieron a escuchar.

No se oía nada más que el lejano ronroneo de un coche que viajaba a gran velocidad por la carretera de Ashford y la chicharra de un grillo insomne.

Con las armas desenfundadas, se acercaron cautelosamente a los restos del Bentley, mientras sus pies aplastaban los trozos de cristales rotos desparramados por la carretera. En el margen cubierto de hierba se habían abierto profundos surcos, y en el aire flotaba un penetrante olor a gasolina y goma quemada. El metal caliente del coche crujía y crepitaba con suavidad, y aún salía humo del radiador destrozado.

Bond yacía boca abajo en el fondo de la pendiente, a seis metros del vehículo. Krebs lo volvió. Tenía el rostro cubierto de sangre, pero respiraba. Lo registraron minuciosamente y Drax se guardó la esbelta Beretta en un bolsillo. Luego lo transportaron al otro lado de la carretera y lo metieron en el asiento trasero del Mercedes, medio encima de Gala.

Cuando ella se dio cuenta de quién era, profirió un grito de horror.

—*Halt's Maul*^[52] —gruñó Drax. Se sentó ante el volante y, mientras hacía girar el coche, Krebs se inclinó por encima del asiento y empezó a trabajar con un largo trozo de cable eléctrico—. Hazlo bien —le advirtió Drax—. No quiero ningún error. — Luego se le ocurrió otra cosa.— Y cuando acabes, vuelve al Bentley y quítale las placas de matrícula. Date prisa. Yo vigilaré la carretera.

Krebs echó la manta de viaje sobre los dos cuerpos inmóviles y saltó fuera del vehículo. Usando la navaja como destornillador, pronto estuvo de regreso con las placas, y el coche se puso en marcha justo en el momento en que un grupo de residentes locales aparecía caminando nerviosamente colina abajo, mientras iluminaba con sus linternas la escena de devastación.

Krebs sonrió feliz al pensar en los estúpidos ingleses que tendrían que limpiar aquel desastre. Se retrepó para disfrutar de la parte del viaje que siempre le había gustado más, los bosques primaverales llenos de campanillas azules y celidonias del camino hasta Chilham.

Lo hacían especialmente feliz por la noche. Encendidas entre las antorchas verdes de los árboles jóvenes por los focos delanteros del Mercedes, le recordaban los hermosos bosques de las Ardenas y la devota fuerza juvenil en la que había servido, el viaje que hizo en un todoterreno capturado a los estadounidenses con, al igual que esta noche, su adorado líder al volante. *Der Tag*^[53] había tardado mucho en llegar, pero ya estaba aquí. Con el joven Krebs en vanguardia. Al fin lo aclamarían las multitudes, llegarían las medallas, las mujeres, las flores. Contempló las fugaces huestes de campanillas y se sintió alegre y feliz.

Gala podía sentir en la boca la sangre de Bond. Su rostro estaba junto al suyo en el asiento de cuero y se desplazó para dejarle más espacio. Respiraba trabajosa e irregularmente, y la joven se preguntó hasta qué punto estaría herido de gravedad. Trató de susurrarle al oído. Luego le habló con voz más potente. Él gimió y su respiración se hizo más rápida.

—James —susurró con urgencia—. James...

Él masculló algo y Gala lo empujó con fuerza.

Bond profirió una sarta de obscenidades y su cuerpo se elevó.

Volvió a quedarse inmóvil y Gala casi pudo sentir cómo exploraba sus sensaciones.

—Soy Gala.

Lo sintió tensarse.

—Cristo —dijo él—. Vaya un infierno.

—¿Estás bien? ¿Te has roto algo?

Sintió que tensaba brazos y piernas.

—Parece que no. Tengo una brecha en la cabeza. ¿Hablo con coherencia?

—Por supuesto —le aseguró Gala—. Y ahora escucha.

A toda prisa le contó cuanto sabía, comenzando por la libreta de notas.

El cuerpo de él estaba rígido como una tabla contra el de ella y apenas respiraba, mientras dedicaba toda su atención a la increíble historia.

Poco después entraron en Canterbury. Bond acercó la boca al oído de ella.

—Intentaré arrojarme a la calle por la parte trasera —le susurró—. Llegar a un teléfono. Es la única esperanza.

Comenzó a levantarse para ponerse de rodillas, y su peso aplastó a la muchacha hasta dejarla casi sin aliento.

Se oyó un golpe seco y volvió a caer sobre Gala.

—Si haces un movimiento más, eres hombre muerto —dijo la voz de Krebs, que les llegó suave entre los dos asientos delanteros.

¡Sólo faltaban veinte minutos para llegar a las instalaciones! Gala apretó los dientes y se entregó a la tarea de lograr que Bond volviera a recobrar el conocimiento.

Acababa de conseguirlo cuando el coche se detuvo ante la puerta de la cúpula de lanzamiento y Krebs, revólver en mano, soltó las ligaduras de los tobillos de ambos.

Captaron un atisbo del conocido cemento iluminado por la luna y del semicírculo de guardias que se hallaban a cierta distancia, antes de ser empujados a través de la puerta, y cuando Krebs les hubo quitado los zapatos, hasta la pasarela de hierro del interior de la cúpula.

Allí se alzaba el brillante cohete, hermoso, inocente, como un juguete nuevo para un cíclope.

Pero en el aire flotaba un horrible olor a productos químicos, y para Bond el *Moonraker* era una gigantesca jeringuilla hipodérmica preparada para clavarse en el corazón del Reino Unido. A pesar del gruñido de Krebs, se detuvo en la escalera y alzó los ojos hacia el destellante morro del cohete. Un millón de muertos. Un millón. Un millón. Un millón.

¿En sus manos? ¡Por el amor de Dios! ¡¿En sus manos?!

Con el revólver de Krebs clavado en las costillas, bajó lentamente la escalera detrás de Gala.

Al girar para trasponer las puertas de la oficina de Drax, se rehízo. De pronto su mente estaba despejada y toda letargia y dolor abandonaron su cuerpo. Había que hacer algo, lo que fuese. De alguna forma hallaría la manera. Todo su cuerpo y su

mente se concentraron y aguzaron como una navaja. Sus ojos volvían a estar vivos, y la derrota se desprendió de él como la piel de una serpiente en la muda.

Drax se les había adelantado y estaba sentado ante su escritorio. Empuñaba una Luger. Dirigida hacia algún punto entre Bond y Gala, el arma parecía firme como una roca.

Detrás de sí, Bond oyó el golpe sordo de las puertas dobles al cerrarse.

—Yo era uno de los mejores tiradores de la División Brandenburgo —comentó Drax en tono distendido—. Átala a esa silla, Krebs. Luego, a él.

Gala miró a Bond con expresión desesperada.

—No dispararé —dijo Bond—. Teme hacer estallar el combustible —añadió, mientras avanzaba con lentitud hacia el escritorio.

Drax sonrió alegremente y apuntó el arma al estómago de Bond.

—Tiene mala memoria, inglés —respondió con voz átona—. Ya le he dicho que esta sala está aislada del pozo por la puerta doble. Un paso más y se queda sin estómago.

Bond vio que los ojos confiados se entrecerraban y se detuvo.

—Adelante, Krebs.

Cuando ambos estuvieron segura y dolorosamente atados a los posabrazos y las patas de dos sillas de tubo de acero, y separados uno de otro un metro bajo el mapa de vidrio de la pared, Krebs salió de la habitación. Al cabo de un momento regresó con un soplete.

Dejó el feo aparato sobre el escritorio, bombeó aire en su interior con unas enérgicas pulsaciones del émbolo y le acercó una cerilla encendida. Cogió el aparato y avanzó hacia Gala. Se detuvo a poca distancia, a un lado de ella.

—Y ahora —dijo Drax con severidad— acabemos con esto sin hacer aspavientos. El bueno de Krebs es un artista con ese trasto. Solíamos llamarlo *Der Zwangsmann*, «el Persuasor». Nunca olvidaré el repaso que le dedicó al último espía que capturamos juntos. Al sur del Rin, ¿no es cierto, Krebs?

Bond afinó el oído.

—Sí, *mein Kapitän*. —Krebs rió entre dientes ante el recuerdo.— Era un cerdo belga.

—Bien, pues —continuó Drax—. Ustedes, simplemente, recuerden que aquí abajo no existe el juego limpio. Nada de deportividad, juego limpio y todo eso. Esto es un asunto serio. A ver, usted —dijo con voz que restalló como un látigo, y miró a Gala Brand—. ¿Para quién trabaja usted?

Gala guardó silencio.

—Donde quiera, Krebs.

Krebs tenía la boca semiabierta. Se pasaba la lengua de un lado a otro por el labio inferior. Parecía tener dificultades para respirar mientras daba un paso hacia la

muchacha.

La llamita rugía.

—Alto —dijo Bond con tono frío—. Trabaja para Scotland Yard. Y yo también.

Ahora esos detalles carecían de importancia. A Drax no le eran de ninguna utilidad. En cualquier caso, al día siguiente por la tarde tal vez Scotland Yard no existiera.

—Eso está mejor —asintió Drax—. Y ahora ¿sabe alguien que ustedes están prisioneros? ¿Se detuvo usted a telefonar en alguna parte?

«Si le digo que sí —pensó Bond—, nos liquidará a los dos de un tiro, se librá de los cadáveres y se habrá esfumado la última oportunidad de detener el *Moonraker*. Y si en Scotland Yard lo supieran, ¿por qué todavía no están aquí? No. Puede que llegue nuestra oportunidad. Podrían encontrar el Bentley. Vallance tal vez se preocupe cuando no tenga noticias mías.»

—No —respondió—. Si lo hubiera hecho, a estas alturas ya se habrían presentado.

—Cierto —asintió Drax, reflexivo—. En ese caso, ya no tengo ningún interés en ustedes; y le felicito por haber hecho que esta entrevista sea tan armoniosa. Podría haber resultado más difícil de haber estado usted solo. Una joven siempre resulta útil en estas ocasiones. Deje eso, Krebs. Puede marcharse. Cuénteles a los demás lo que sea oportuno. Se estarán haciendo muchas preguntas. Yo charlaré un rato con nuestros invitados y luego subiré a la casa. Ocúpese de que laven bien el coche. Y que eliminen las marcas del lado derecho de la carrocería. Dígalos que cambien todo el panel si fuera necesario. O pueden prenderle fuego al condenado coche. Tampoco volveremos a necesitarlo. —Prorrumpió en una áspera carcajada.— *Verstanden?*

—Sí, *mein Kapitan*. —De mala gana, Krebs dejó junto a Drax el soplete, que rugía suavemente.— Por si lo necesita —dijo, dirigiendo sus ojos esperanzados hacia Gala y Bond, tras lo cual se marchó.

Drax dejó la Luger sobre el escritorio, ante sí. Abrió un cajón, sacó un habano y lo encendió con un mechero Ronson de mesa. Se instaló cómodamente. En la habitación reinó el silencio durante unos minutos mientras Drax fumaba con satisfacción. Luego pareció decidirse. Miró a Bond con benevolencia.

—No sabe lo mucho que he deseado contar con un público inglés —dijo, como si se dirigiera a los periodistas presentes en una rueda de prensa—. No sabe cuánto he deseado contar mi historia. De hecho, un informe completo de mis operaciones está ahora en manos de un muy respetable bufete de abogados de Edimburgo. Les pido disculpas... letrados de la corona. Bien a salvo... —Sonrió desde el otro lado del escritorio.— Y esos buenos señores tienen orden de abrir el sobre cuando concluya el primer lanzamiento con éxito del *Moonraker*. Pero ustedes, afortunados, oirán por anticipado lo que he escrito y luego, cuando mañana por la mañana vean, a través de

esas puertas abiertas —hizo un gesto hacia su derecha—, los primeros vapores de las turbinas y sepan que están a punto de asarse vivos en cuestión de medio segundo, tendrán la momentánea satisfacción de saber al servicio de qué se hace todo esto —les dedicó una sonrisa lobuna—, como decimos los ingleses.

—Puede ahorrarse las bromas —le respondió Bond con acritud—. Continúe con su historia, *Kraut*^[54].

Los ojos de Drax se iluminaron momentáneamente.

—Un *Kraut*. Sí, en efecto, soy un *Reichsdeutscher*^[55]... —asintió, y la boca que había bajo el bigote rojo saboreó la palabra—, e incluso los ingleses reconocerán dentro de poco que los ha vencido un solo alemán. Y tal vez entonces dejarán de llamarnos *Krauts*... ¡Por orden nuestra!

Las últimas palabras salieron con un chillido, pero en ellas estaba concentrado todo el militarismo prusiano.

Drax le echó a Bond una mirada feroz desde el otro lado del escritorio, mientras los dientes mordían nerviosamente una uña tras otra. Luego, con un esfuerzo, se metió la mano derecha en el bolsillo del pantalón, como para apartarla de tentaciones, y cogió el habano con la izquierda. Lo chupó un momento y a continuación, con la voz aún tensa, comenzó.

Capítulo 22

La caja de Pandora ^[56]

—Mi verdadero nombre —dijo Drax dirigiéndose a Bond— es Graf Hugo von der Drache. Mi madre era inglesa, y por esa razón fui educado en Inglaterra hasta los doce años. Luego no pude soportar más este asqueroso país, y acabé mi estudios en Berlín y Leipzig.

A Bond no le cupo duda de que aquel cuerpo enorme con sus dientes de ogro no habría sido muy bien acogido en un colegio privado inglés. Y el hecho de ser un conde extranjero con un nombre interminable no lo habría ayudado mucho.

—Cuando cumplí los veinte años —los ojos de Drax relumbraron ante el recuerdo—, entré a trabajar en la empresa de la familia. Una subsidiaria del gran monopolio del acero Rheinmetall Borsig. Supongo que nunca habrá oído hablar de ella. Bueno, si durante la guerra lo hubiera alcanzado un proyectil de 88 milímetros, seguramente habría sido de los nuestros. Nuestra subsidiaria estaba especializada en aceros especiales, y yo aprendí mucho acerca de ellos y de la industria aeronáutica, nuestros clientes más exigentes. Fue entonces cuando oí hablar de la columbita por primera vez. En aquel tiempo valía su peso en diamantes. Luego me afilié al partido, y muy pronto entramos en guerra. Una época maravillosa. Yo tenía veintiocho años y era teniente del 140 Regimiento Panzer. Y abrimos una brecha en el ejército británico en Francia como un cuchillo corta mantequilla. Fue algo sublime.

Durante un momento, Drax chupó con deleite su cigarro, y Bond supuso que en el humo estaba viendo los pueblos en llamas de Bélgica.

—Aquellos fueron días grandes, mi querido Bond. —Drax extendió su largo brazo y sacudió el habano para dejar caer la ceniza al suelo.— Pero luego me seleccionaron para la División Brandenburgo, y tuve que dejar las muchachas y el *champagne* y regresar a Alemania con el fin de empezar a entrenarme para el gran salto hasta Inglaterra. La división necesitaba mi dominio de la lengua inglesa. Todos íbamos a llevar uniformes ingleses. Habría sido divertido, pero los malditos generales dijeron que no podía hacerse y me trasladaron al servicio extranjero de Inteligencia de las SS. El nombre era RSHA, y el SS *Obergruppenführer*^[57] Kaltenbrunner acababa de tomar el mando, después de que asesinaran a Heydrich en 1942. Era un buen hombre, y yo estaba a las órdenes directas de uno todavía mejor, el *Obersturmbannführer*^[58] —saboreó aquel delicioso título con gran placer— Otto Skorzeny. Su cometido dentro del RSHA era el terrorismo y el sabotaje. Fue un agradable interludio, mi querido Bond, durante el cual tuve oportunidad de pedirle cuentas a más de un inglés, cosa que —sonrió con frialdad— me causó gran placer. Pero luego —el puño de Drax se estrelló contra el escritorio— Hitler fue traicionado

otra vez por los cerdos de los generales, y se permitió que ingleses y yanquis desembarcaran en Francia.

—Una lástima —comentó Bond con sequedad.

—Sí, mi querido Bond, en efecto, una verdadera lástima. —Drax decidió hacer caso omiso de la ironía de su interlocutor.— Pero para mí fue el punto culminante de toda la guerra. Skorzeny convirtió a sus terroristas y sabotadores en los SS *Jagdverbände*^[59], para usarlos detrás de las líneas enemigas. Cada *Jagdverband* estaba dividida en *Streifkorps*^[60], y éstos en *Kommandos*^[61], cada uno de los cuales llevaba el nombre de su oficial al mando. Con el grado de *Oberleutnant*^[62] —Drax se creció visiblemente—, a la cabeza del *Kommando* «Drache»^[63], me infiltré en las líneas estadounidenses con la famosa 150 Brigada Panzer por la brecha abierta en las Ardenas en diciembre del cuarenta y cuatro. Sin duda recordará el efecto que causó esta brigada con sus uniformes yanquis, y con la captura de tanques y vehículos del enemigo. *Kolossal!*^[64] Cuando la Brigada tuvo que retirarse, yo me quedé donde estaba y me oculté en los bosques de las Ardenas, ochenta kilómetros por detrás de las líneas aliadas. Éramos veinte, diez veteranos y diez "hombres-lobo" *Hitlerjugend*^[65]. Ninguno de ellos llegaba a los veinte años, pero todos eran buenos muchachos. Y, por una coincidencia, a su mando estaba un joven llamado Krebs, que resultó tener ciertas dotes que lo cualificaban para el puesto de ejecutor y «persuasor» de nuestro alegre grupo.

Drax rió entre dientes con placer, y Bond se lamió los labios al recordar el corte que Krebs se había hecho en la cabeza al chocar contra la cómoda. ¿Lo había pateado con toda su fuerza? Sí, le aseguró su memoria, con cada pizca de fuerza que pudo imprimirle al zapato.

—Permanecemos durante seis meses en esos bosques —continuó Drax con orgullo—, y durante todo ese tiempo informábamos por radio a la madre patria. Las avanzadillas de exploración nunca nos descubrieron. Y luego, un día, se produjo el desastre. —Drax sacudió la cabeza ante el recuerdo.— A kilómetro y medio de nuestro escondite en los bosques, había una granja. En torno a ella se habían construido muchos barracones de chapa de cinc en forma de túnel, que se usaban como cuartel general de retaguardia de un grupo de enlace. Ingleses y estadounidenses. Era un lugar imposible. No había disciplina, ni medidas de seguridad, y estaba lleno de haraganes y gandules de toda la zona. Mantuvimos vigilado el lugar durante algún tiempo y un día decidimos volarlo. El plan era sencillo. Al caer la noche, dos de mis hombres, uno con uniforme estadounidense y el otro con uniforme inglés, debían ir hasta allí en un vehículo de reconocimiento que habíamos capturado, cargado con dos toneladas de explosivos. Había una zona de aparcamiento, sin centinelas, por supuesto, próxima al comedor; tenían que acercar el coche todo lo posible al comedor, programar el temporizador para que estallara a las

siete en punto, hora de la cena, y luego largarse. Era todo bastante fácil, así que aquella mañana me marché a mis asuntos y dejé la tarea en manos de mi segundo. Me puse el uniforme del Cuerpo de Transmisiones de ustedes y partí en una moto británica capturada, para disparar contra un mensajero motorista de la misma unidad que pasaba cada día por una carretera cercana. En efecto, apareció con total puntualidad y yo le salí al encuentro desde una carretera lateral. Lo alcancé —explicó en tono de conversación—, le disparé por la espalda, cogí los documentos que llevaba, los puse sobre la motocicleta en medio del bosque y le prendí fuego.

Drax vio la furia en los ojos de Bond y alzó una mano.

—¿Que no es muy deportivo? Mi querido muchacho, el hombre ya estaba muerto. En cualquier caso, continuando con la historia, desandaba el camino, cuando, ¿qué pasó? Pues que uno de nuestros aviones que regresaba de un vuelo de reconocimiento se lanzó detrás de mí por la carretera y me disparó un cañonazo. ¡Uno de nuestros propios aviones! La explosión me sacó volando de la pista. Dios sabe durante cuánto tiempo estuve tirado en la cuneta. En algún momento de la tarde recobré el conocimiento por un rato y tuve la sensatez de ocultar la chaqueta, la gorra y los documentos entre los arbustos. Probablemente todavía están ahí. Un día de estos tendré que ir a recogerlos. Serán recuerdos interesantes. Luego le prendí fuego a los restos de la motocicleta y después tuve que desmayarme otra vez... porque lo siguiente que recuerdo es que me había recogido un vehículo británico ¡y me llevaba hacia aquel condenado puesto de enlace! ¡Lo crea o no! ¡Y allí estaba el vehículo de reconocimiento, justo al lado del comedor! Aquello fue demasiado para mí. Estaba lleno de metralla y tenía una pierna rota. Bueno, el caso es que me desmayé y cuando volví en mí tenía medio hospital encima y sólo la mitad de la cara. —Alzó una mano y se acarició la piel lustrosa de la sien y la mejilla izquierdas.— Después de eso, sólo fue cuestión de representar un papel. Ellos no tenían ni idea de quién era yo. El vehículo que me recogió se había ido o había volado en pedazos. Yo sólo era un inglés con camisa y pantalones ingleses que estaba casi muerto.

Drax hizo una pausa para coger otro habano y encenderlo. En la habitación reinaba el silencio, interrumpido sólo por el suave rugido agonizante de la lámpara de soldar. Su amenazador sonido era más quedo. Se estaba quedando sin presión, reflexionó Bond.

Volvió la cabeza para mirar a Gala. Por primera vez vio la fea contusión que tenía detrás de la oreja izquierda. Le dedicó una sonrisa alentadora y ella le devolvió una sonrisa de circunstancias.

Drax continuó hablando a través del humo del cigarro.

—No hay mucho más que contar —dijo—. Durante el año en que me trasladaron de un hospital a otro, tracé mis planes hasta el más mínimo detalle. Consistían, sencillamente, en la venganza contra el Reino Unido por lo que me había hecho a mí

y por lo que le había hecho a mi país. Debo admitir que, poco a poco, se transformó en una obsesión. A cada día que pasaba durante el año que duró la violación y destrucción de mi patria, mi odio se hizo cada vez más amargo. —Las venas del rostro de Drax comenzaron a hincharse, y de pronto se puso a aporrear el escritorio y gritarles, mirando con ojos desorbitados de uno a otro.— ¡Los aborrezco y desprecio a todos! ¡Son unos cerdos! Estúpidos inútiles, ociosos y decadentes que se esconden detrás de sus malditos acantilados blancos mientras otros pueblos libran sus batallas. Demasiado débiles para defender sus colonias, adulando a los estadounidenses con el sombrero en la mano. Apestosos esnobs que harían lo que fuera por dinero. ¡Ja! — Estaba exultante.— Yo sabía que lo único que necesitaba era dinero y la fachada de un caballero. ¡Caballero! *Pfui Teufel!*^[66] Para mí, un caballero no es más que alguien de quien puedo aprovecharme. Esos malditos estúpidos del Blades, por ejemplo. Idiotas adinerados. Durante meses les saqué miles de libras, los estafé en sus propias narices hasta que llegó usted y me estropeó el asunto. —Sus ojos se entrecerraron.— ¿Qué le hizo sospechar de la pitillera? —preguntó con brusquedad.

Bond se encogió de hombros.

—Mis ojos —respondió con indiferencia.

—Bueno —aceptó Drax—, tal vez esa noche fui un poco descuidado. Pero, ¿por dónde iba? Ah, sí, por el hospital. Y los buenos doctores que estaban tan ansiosos por ayudarme a averiguar quién era realmente. —Soltó una risa que semejaba un rugido. — Entre las identidades que tan servicialmente me ofrecieron, me encontré con el nombre de Hugo Drax. ¡Qué coincidencia! ¡De Drache a Drax! A modo de prueba, insinué que ése podría ser yo. Se sintieron muy orgullosos.

«Sí —dijeron—, por supuesto que es usted.» Triunfalmente, los doctores me metieron dentro de sus zapatos. Yo me los dejé poner, me marché del hospital con ellos y me paseé por Londres en busca de alguien a quien matar y robar. Y un día, en una pequeña oficina situada en la parte alta de Piccadilly, me encontré con un prestamista judío. —Ahora hablaba más velozmente. Las palabras salían con emoción de sus labios. Bond vio una mancha de espuma que se formaba en una comisura de su boca e iba creciendo.— ¡Ja! Aquello fue fácil. Le hundí el calvo cráneo. Tenía quince mil libras en la caja fuerte. Y entonces salí y me marché del país, a Tánger, donde se puede hacer cualquier cosa, comprar cualquier cosa, conseguir cualquier cosa.

La columbita. Es más rara que el platino, y todo el mundo la quiere. La era del motor de reacción. Yo sabía bastante de eso. No había olvidado mi profesión. Y luego, por Dios que me puse a trabajar. Durante cinco años viví para ganar dinero. Fui valiente como un león. Corrí riesgos tremendos. Y de pronto tuve en mis manos el primer millón. Luego el segundo. Después el quinto. Más tarde el vigésimo. Regresé a Inglaterra. Me gasté uno de mis millones y tuve a Londres en el bolsillo. A

continuación regresé a Alemania. Encontré a Krebs. Di con cincuenta de ellos. Alemanes leales. Técnicos brillantes. Todos vivían con una identidad falsa, como tantos otros de mis antiguos camaradas. Les di las órdenes pertinentes y ellos esperaron, pacífica, inocentemente. ¿Y dónde estaba yo, mientras tanto? —Drax miró fijamente a Bond con los ojos muy abiertos.— Estaba en Moscú. ¡En Moscú!

Un hombre que tiene columbita para vender puede ir a cualquier parte. Llegué hasta las personas adecuadas. Esas personas escucharon mis planes. Me dieron a Walter, el nuevo genio de su versión de la base de cohetes teledirigidos de Peenemunde, y los buenos de los rusos comenzaron a construir la cabeza atómica — señaló el techo con un gesto de la mano— que ahora está esperando ahí arriba. A continuación regresé a Londres. —Hizo una pausa.— La coronación, mi carta dirigida a Palacio. Triunfo. Un hurra por Drax. —Estalló en una carcajada regocijada. — El Reino Unido a mis pies. ¡Todos los estúpidos de este país! Y luego llegaron mis hombres y nos pusimos a trabajar. Debajo de las mismísimas faldas de Gran Bretaña. En sus famosos acantilados blancos. Trabajamos como demonios. Construimos un embarcadero en su canal de La Mancha. ¡Para los suministros! Para los suministros de los buenos de los rusos, que llegaron puntualmente el lunes pasado por la noche. Tallon tuvo que oír algo. El viejo estúpido. Y va y habla con el ministerio. Pero Krebs lo está escuchando. Había cincuenta voluntarios para liquidar a ese hombre. Se echa a suertes y Bartsch muere como un héroe. —Drax volvió a guardar silencio.— No será olvidado —resumió, para proseguir—: Con una grúa, se coloca la nueva cabeza nuclear en su sitio. Encaja bien. Es una pieza de diseño perfecto. Tiene el mismo peso que la otra. Todo es perfecto. Y la otra, la lata con los queridos instrumentos del ministerio, está ahora en Stettin, detrás del Telón de Acero. Y el fiel submarino regresa ahora hacia aquí, y muy pronto —continuó, consultando su reloj— se deslizará por debajo de las aguas del canal de La Mancha, para sacarnos a todos de aquí a las doce y un minuto de mañana.

Drax se enjugó la boca con el reverso de la mano, se retrepó en el sillón y contempló el techo con ojos inundados de visiones. De pronto rió entre dientes y entrecerró los párpados mirando a Bond con expresión burlona.

—¿Y sabe qué es lo primero que haremos cuando subamos a bordo? Nos afeitaremos esos famosos bigotes en los que usted estaba tan interesado. Usted se olió que había gato encerrado, mi querido Bond, cuando lo que había era un tigre. Esas cabezas afeitadas y esos bigotes, que con tanta asiduidad hemos cuidado, no eran más que una precaución, mi querido muchacho. Pruebe a afeitarse la cabeza y dejarse un gran bigote. Ni siquiera su madre lo reconocería. Es una combinación muy interesante. Sólo un pequeño refinamiento. Precisión, mi querido muchacho. Precisión en todos los detalles. Ese ha sido mi lema.

Rió entre dientes con placer y dio una chupada al cigarro. De pronto dirigió una

mirada penetrante y suspicaz hacia Bond.

—Bueno, diga algo. No se quede ahí sentado como un muerto. ¿Qué le parece mi historia? ¿No cree que es extraordinaria, notable? ¿Que un solo hombre haya hecho todo eso? ¡Vamos, vamos! —Se llevó una mano a la boca y comenzó a morderse con rabia las uñas. Luego volvió a metérsela en el bolsillo y sus ojos asumieron una expresión fría y cruel.— ¿O quiere que tenga que llamar a Krebs? —gruñó, mientras señalaba el teléfono que había sobre el escritorio y que comunicaba con la casa—. *El Persuasor*. Pobre Krebs. Es como un niño al que le han quitado su juguete. O tal vez podría llamar a Walter. Les aseguro que lo recordarían de por vida. No hay ni una pizca de delicadeza en ese hombre. ¿Y bien?

—Sí —respondió Bond. Miró fijamente el gran rostro rojizo al otro lado del escritorio—. Sí, es una historia notable. Paranoia galopante. Delirios de celos y persecución. Odio y deseo de venganza megalomaniacos. No deja de ser curioso —continuó con un tono ahora didáctico—, pero podría tener que ver con sus dientes. Diastema, lo llaman. Se produce por chuparse el dedo pulgar en la infancia. Sí. Supongo que eso dirán los psicólogos cuando lo ingresen en el manicomio. «Dientes de ogro.» Ridiculizado en el colegio y demás. Es extraordinario el efecto que eso produce en un niño. Luego el nazismo contribuyó a avivar las llamas, y después se produjo la herida de su horrible cabeza, herida que usted mismo se buscó. Supongo que eso acabó de arreglarlo. A partir de entonces se volvió realmente loco. Es el mismo tipo de trastorno que sufre la gente que cree ser Dios. Es extraordinaria la tenacidad que manifiestan. Son absolutos fanáticos. Usted es casi un genio. Lombroso^[67] se habría sentido encantado con usted. Según están las cosas, no es más que un perro rabioso al que habrá que matar de un tiro. O bien se suicidará. Los paranoicos suelen hacerlo. Una verdadera lástima. Un asunto muy triste. —Hizo una pausa para que su voz reflejara todo el desprecio que fue capaz de reunir.— Y ahora continuemos con esta farsa, lunático cara peluda.

Funcionó. A cada palabra, el rostro de Drax se había contorsionado más de cólera, sus ojos estaban encendidos de furor, los labios se habían retirado de los dientes espaciados, y un hilo de saliva le fluía de la boca y le colgaba del mentón. Ahora, ante aquel último insulto de colegio privado que debió de remover Dios sabe qué dolorosos recuerdos, se levantó de un salto del sillón, rodeó el escritorio y se lanzó hacia Bond, agitando los velludos puños.

Bond apretó los dientes y resistió.

Cuando Drax ya había levantado por dos veces del suelo la silla con Bond sentado en ella, el tornado de furia cesó repentinamente. Se sacó el pañuelo de seda y se secó la cara y las manos. Luego se encaminó tranquilamente hacia la puerta y se dirigió a la muchacha por encima de la oscilante cabeza de Bond.

—No creo que ustedes dos vayan a plantearme más problemas —dijo con una voz

bastante serena y segura—. Krebs nunca comete errores cuando ata a alguien. —Hizo un gesto hacia la ensangrentada silueta de la otra silla.— Cuando vuelva en sí —añadió—, puede decirle que estas puertas se abrirán de nuevo poco antes del mediodía de mañana. Unos minutos más tarde no quedará nada de ninguno de ustedes. Ni siquiera —concluyó mientras abría la puerta interior de un tirón— los empastes de sus muelas.

La puerta exterior se cerró con un golpe.

Bond alzó la cabeza con lentitud y dedicó una sonrisa distorsionada a la joven, con sus labios ensangrentados.

—Tenía que ponerlo furioso —articuló con dificultad—. No quería darle tiempo para pensar. Había que provocarle una tormenta mental.

Gala lo miró sin comprender, con los ojos abiertos de par en par ante la máscara terrible que era la cara de él.

—Todo está bien —dijo Bond con voz pastosa—. No te preocupes. Londres está a salvo. Tengo un plan.

Sobre el escritorio, el soplete emitió una leve detonación y se apagó.

Capítulo 23

Antes de la hora cero

A través de los ojos semicerrados, Bond miró atentamente el soplete mientras, durante unos preciosos segundos, permaneció sentado y dejó que la vida regresara a su cuerpo. Se sentía como si hubieran usado su cabeza como balón de fútbol, pero no tenía nada roto. Drax lo había golpeado sin método científico y con la confusión de puñetazos de un borracho.

Gala lo observaba con ansiedad. Los ojos del rostro ensangrentado estaban casi cerrados, pero la línea de la mandíbula aparecía tensa a causa de la concentración, y podía sentir el esfuerzo de voluntad que estaba haciendo él.

Movió la cabeza y, cuando se volvió a mirarla, Gala vio que tenía los ojos brillantes de triunfo.

Bond indicó con la cabeza el escritorio y dijo:

—El encendedor. Tenía que intentar conseguir que lo olvidara. Sigúeme. Te demostraré qué quiero decir. —Comenzó a balancearse para desplazar centímetro a centímetro la ligera silla de acero hacia el escritorio.— Por el amor de Dios, no la derribes o será nuestro fin. Pero date prisa o el soplete se enfriará.

Sin comprender, sintiéndose casi como si estuvieran practicando algún estúpido juego infantil, Gala comenzó a balancear la silla para avanzar tras él.

Segundos más tarde, Bond le dijo que se detuviera junto al escritorio mientras él continuaba hasta el sillón de Drax. Luego se colocó justo delante de su objetivo y, con un tumbido repentino, se lanzó él y silla hacia delante, de modo que su cabeza quedó sobre el escritorio.

Se oyó un horrible chasquido cuando el Ronson de mesa chocó contra sus dientes, pero sus labios lo sujetaron y la parte superior estaba dentro de su boca cuando echó atrás la silla con la fuerza precisa para que no cayera al suelo. A continuación comenzó el paciente recorrido de regreso hasta donde estaba Gala, ante el extremo del escritorio donde Krebs había dejado el soplete.

Bond descansó hasta que su respiración volvió a ser regular.

—Ahora llegamos a la parte difícil —dijo, con expresión ceñuda—. Mientras yo intento encender este soplete, tú haz girar la silla de manera que tu brazo derecho quede delante de mí, tan cerca como sea posible.

Obediente, ella comenzó a rotar mientras Bond balanceaba su silla de modo que quedara reclinada contra el borde del escritorio y permitiera a su boca llegar hasta el soplete y aferrar su asa con los dientes.

A continuación arrastró el soplete hacia sí, y tras unos minutos de paciente trabajo lo tuvo, con el encendedor, dispuesto a su gusto al borde del escritorio.

Tras otro descanso, se inclinó, cerró la válvula del soplete con los dientes y

procedió a darle presión por el sistema de levantar el émbolo con los dientes y bajarlo con el mentón, lenta y repetidamente. Podía sentir en el rostro la tibieza del precalentador y oler los restos de gas que había en su interior. Esperaba que no se hubiera enfriado demasiado.

Se enderezó.

—Última etapa. Gala —anunció, dirigiéndole una sonrisa ladeada—. Puede que tenga que hacerte algo de daño. ¿De acuerdo?

—Por supuesto —respondió Gala.

—Entonces, allá va.

Se inclinó adelante y aflojó la válvula de seguridad situada a un lado de la bombona.

Luego se inclinó rápidamente sobre el encendedor de mesa, situado en ángulo recto y justo debajo del cuello del soldador, y sus dos incisivos presionaron bruscamente el mecanismo de ignición.

Era una maniobra muy arriesgada, y aunque echó la cabeza atrás con la rapidez de una cobra, profirió un grito entrecortado de dolor cuando el chorro de llama azul del soplete le chamuscó la mejilla y el puente de la magullada nariz.

Pero el petróleo vaporizado proyectaba su vital lengua de fuego con un siseo, y él se sacudió las lágrimas de sus ojos llorosos e inclinó la cabeza casi en ángulo recto para volver a coger con los dientes el asa del soplete.

Pensó que iba a partirsele la mandíbula con el peso de aquella cosa, y los nervios de sus incisivos protestaron mediante un fuerte dolor; pese a todo, volvió a enderezar su inclinada silla con gran cuidado y luego estiró el cuello doblado hasta que la punta de la llama azul comenzó a quemar el cable que ataba la muñeca de Gala al brazo de la silla.

Intentaba desesperadamente mantener firme la llama, aunque la respiración de la joven se tornaba anhelante cuando el asa se movía entre los dientes de Bond y la llama le rozaba el antebrazo.

Y luego todo acabó. Fundidos por el calor, los hilos de cobre se partieron uno a uno, el brazo derecho de Gala quedó libre y ella tendió la mano para quitarle a Bond el soplete de la boca.

La cabeza de él cayó hacia atrás y movió el cuello con energía para que la sangre volviera a los músculos doloridos.

Casi antes de que se diera cuenta, Gala estaba inclinada sobre sus brazos y piernas y también él quedó libre.

Mientras permanecía sentado por unos momentos, con los ojos cerrados, esperando que la vida volviera a su cuerpo, sintió, con deleite, que los labios suaves de Gala se posaban sobre los suyos.

Abrió los ojos. Ella se hallaba de pie ante él, con los ojos brillantes.

—Eso es por lo que has hecho —explicó con toda seriedad.

—Eres una muchacha maravillosa —fue la sencilla respuesta de él.

Pero luego, sabiendo lo que tenía que hacer, sabedor de que, aunque era concebible que ella pudiera vivir, a él le quedaban unos pocos minutos de vida, cerró los ojos para que la joven no viera la desesperanza en ellos.

Gala vio la expresión del rostro de él y apartó la mirada. Pensó que era sólo el agotamiento y el efecto acumulativo de lo que había sufrido su cuerpo, y entonces recordó de pronto el agua oxigenada que había en el lavabo contiguo a su oficina.

Traspuso la puerta de comunicación. ¡Qué extraordinario era ver otra vez las cosas que le eran familiares! Le pareció que había sido otra persona la que se sentara ante el escritorio para mecanografiar cartas y empolvase la nariz. Se encogió de hombros y entró en el pequeño lavabo. ¡Dios, qué aspecto tenía y qué agotada estaba! Se apresuró a mojar una toalla, cogió la botella de agua oxigenada, regresó a la otra oficina y dedicó diez minutos a cuidar el campo de batalla en que se había convertido el rostro de Bond.

El permaneció sentado en silencio, con una mano posada en la cintura de ella, y la observó con ojos agradecidos. Luego, cuando Gala hubo regresado a su oficina y la oyó cerrar la puerta del lavabo tras de sí, se puso de pie, apagó el soplete, se metió en la ducha de Drax, se desnudó y permaneció cinco minutos bajo el chorro de agua fría.

«¿Preparando el cadáver?», reflexionó con tristeza, mientras se examinaba el rostro tumefacto en el espejo.

Se vistió y regresó al escritorio de Drax, que registró metódicamente. Obtuvo un solo premio, la «botella de oficina», una botella medio llena de Haig and Haig. Fue a buscar dos vasos y un poco de agua, y llamó a Gala.

Oyó que abría la puerta del lavabo.

—¿Qué hay?

—Whisky.

—Comienza tú. Estaré lista dentro de un minuto.

Bond miró la botella, llenó tres cuartas partes de un vaso para cepillos de dientes y lo vació de dos grandes sorbos. Luego, con delicadeza, encendió un ansiado cigarrillo, se sentó sobre el escritorio y sintió cómo el licor le bajaba hasta el estómago y luego por las piernas.

Volvió a coger la botella y la miró. Había de sobra para Gala, y para un vaso lleno para él antes de que saliera por la puerta. Era mejor que nada. No sería tan duro con el licor dentro, siempre y cuando saliera rápidamente y cerrase la puerta tras de sí. Sin mirar atrás.

Entró Gala, una Gala transformada, tan hermosa como la primera noche en que la había visto, si no se consideraban las ojeras de agotamiento de debajo de los ojos, que los polvos no habían logrado ocultar del todo, ni los rojos verdugones de sus muñecas

y tobillos.

Bond le dio un whisky y él tomó otro, y los ojos de ambos se sonrieron mutuamente por encima del borde de los vasos.

Luego Bond se puso de pie.

—Escucha, Gala —dijo con un tono de voz indiferente—, tenemos que enfrentarnos con el asunto y acabar de una vez, así que lo diré rápido y luego beberemos otra copa. —Oyó cómo ella contenía la respiración, pero continuó—: Dentro de unos diez minutos te encerraré en el cuarto de baño de Drax, te meteré debajo de la ducha y la abriré al máximo.

—¡James! —gritó Gala, mientras se le acercaba—. No sigas. Sé que vas a decir algo espantoso. Por favor, calla, James.

—Vamos, Gala —insistió Bond con firmeza—, ¿Qué demonios importa? Es un maldito milagro que hayamos tenido esta oportunidad. —Se apartó de la muchacha y avanzó hacia la puerta que conducía al pozo del cohete.— Y luego —prosiguió, mientras sujetaba el precioso encendedor en la mano derecha— saldré de aquí, cerraré las puertas e iré a encender mi último cigarrillo bajo la cola del *Moonraker*.

—Dios —susurró ella—. ¿Qué estás diciendo? Estás loco —musitó, mirándolo con los ojos abiertos de horror.

—No seas ridícula —rechazó Bond con impaciencia—. ¿Qué demonios podemos hacer, si no? La explosión será tan tremenda que no sentiré nada. Y seguro que funcionará, con todo ese vapor de combustible disperso en el aire. O yo, o un millón de personas en Londres. Y la cabeza nuclear no estallará, descuida. Las bombas atómicas no estallan de esa manera. Probablemente se derretirá. Hay una sola probabilidad de que puedas escapar. El grueso de la explosión seguirá la línea de menor resistencia a través del techo, y por el túnel de exhaustación si logro hacer que funcione el mecanismo que abre el piso. —Sonrió.— Anima esa cara —le dijo, al tiempo que avanzaba hacia ella y le tomaba una mano—. «*El muchacho permaneció de pie en la cubierta en llamas.*» Desde que tenía cinco años, he deseado imitarlo.

Gala retiró la mano.

—No me importa lo que digas —le contestó con enojo—. Tenemos que pensar otra cosa. No confías en que yo tenga ninguna idea buena. Sólo me dices lo que tú crees que tenemos que hacer. —Se encaminó hacia el mapa de la pared y pulsó el interruptor.— Por supuesto, si hay que usar el encendedor, tendremos que hacerlo. —Miró el mapa del falso plan de vuelo, sin apenas verlo.— Pero la idea de que entres allí solo, te sitúes en medio de esos horribles vapores, enciendas tranquilamente esa maldita cosa y acabes volatilizado... En cualquier caso, si tenemos que hacerlo, lo haremos juntos. Prefiero eso a morir quemada aquí dentro. Y, además —hizo una pausa—, quiero ir contigo. Estamos juntos en esto.

Los ojos de Bond tenían una expresión tierna cuando avanzó hacia la joven, le

rodeó la cintura con un brazo y la estrechó contra sí.

—Gala, eres un encanto —fue su sencilla respuesta—. Y si tenemos alguna otra alternativa, la usaremos. Pero —miró su reloj— es más de medianoche y tenemos que decidirlo pronto. En cualquier momento, a Drax podría ocurrírsele enviar guardias aquí abajo para ver si estamos bien, y sabe Dios a qué hora bajará él para calibrar los giróscopos.

Gala hizo una contorsión y se giró como un gato. Lo contempló con la boca abierta y el rostro tenso de emoción.

—Los giróscopos —susurró—, para calibrar los giróscopos... —Se apoyó débilmente contra la pared mientras sus ojos sondeaban el rostro de Bond.— ¿No te das cuenta? —Estaba al borde de la histeria.— Una vez que se haya marchado, podríamos volver a cambiar los giróscopos, devolverlos a las calibraciones del plan original, y entonces el cohete simplemente caería en el Mar del Norte, donde se supone que debe hacerlo.

Se apartó de la pared, lo cogió con las dos manos por la camisa y lo miró con ojos implorantes.

—¿No crees que podemos hacerlo? —preguntó—. ¿No lo crees?

—¿Conoces las otras calibraciones? —preguntó Bond con interés.

—Por supuesto que sí —replicó con presteza—. He estado viviendo con ellas durante un año. No dispondremos del informe meteorológico, pero tendremos que arriesgarnos en ese punto. Según el informe del tiempo que ha dado la radio esta mañana, las condiciones serán iguales a las de hoy.

—Por Dios —murmuró Bond—, podríamos hacerlo. Sólo con que pudiéramos escondernos en alguna parte y hacerle creer a Drax que nos hemos escapado... ¿Qué me dices del túnel de exhaustación? Si logro hacer funcionar el mecanismo que abre el piso...

—Hay una caída vertical de treinta metros —respondió Gala, negando con la cabeza—. Y las paredes son de acero pulimentado. Como de vidrio. Y aquí abajo no hay cuerdas ni nada parecido. Ayer dejaron vacíos los almacenes. Y, por si fuera poco, hay guardias en la playa.

Bond reflexionó. Luego sus ojos se animaron.

—Tengo una idea —dijo—. Pero, antes que nada, ¿qué me dices del radar, el dispositivo de guía que hay en Londres? ¿No conseguiría desviar el cohete de su curso y alejarlo de la ciudad?

Gala negó con la cabeza.

—Sólo tiene un alcance de unos ciento sesenta kilómetros —explicó—. El cohete ni siquiera captaría su señal. Si lo dirigimos hacia el Mar del Norte, entrará en el radio de alcance del transmisor de la balsa. Mi plan no tiene ningún punto débil, en absoluto. Pero ¿dónde podemos escondernos?

—En uno de los conductos de ventilación —decidió Bond—. Vamos.

Echó una última mirada por la habitación. Tenía el encendedor en el bolsillo. Continuaba siendo el único recurso si fallaba el otro plan. Allí no había nada más que pudieran necesitar. Siguió a Gala a través de la puerta hasta el brillante pozo, y se encaminó hacia el panel de instrumentos que controlaba la cubierta de acero del túnel de exhaustación.

Tras un breve examen, desplazó una pesada palanca marcada con las palabras *Zu' to 'Auf*. Se oyó un suave siseo de maquinaria hidráulica procedente de detrás de la pared, y dos semicírculos de acero se abrieron debajo de la cola del cohete y retrocedieron al interior de sus ranuras. Bond avanzó y miró hacia abajo.

Las luces cenitales se reflejaban en la ancha chimenea de acero, hasta que desaparecían hacia el distante extremo abierto sobre el mar.

Bond regresó al cuarto de baño de Drax y arrancó la cortina de la ducha. A continuación, con ayuda de Gala, la rasgó en tiras, que luego ataron unas con otras. Hizo un rasgón desigual en el extremo de la última tira, para dar la impresión de que la cuerda de huida se había roto. Luego ató firmemente el otro al extremo puntiagudo de una de las aletas del *Moonraker* y arrojó el resto para que colgara por el túnel de exhaustación.

No era una escena falsa muy convincente, pero podría permitirles ganar algo de tiempo.

Las grandes bocas redondas de los conductos de ventilación estaban separadas entre sí unos diez metros y se hallaban a unos tres metros del suelo. Bond las contó. Había cincuenta. Abrió con cuidado la rejilla sujeta por bisagras de una de ellas y miró hacia lo alto. Unos quince metros más arriba se veía el suave resplandor de la luz de la luna. Calculó que ascendían en línea recta por el interior del muro hasta que formaran un ángulo recto al acercarse a las rejillas del exterior.

Alargó una mano y la pasó por la superficie. Era de cemento, áspera y sin pulir; gruñó con satisfacción al palpar una protuberancia y luego otra. Eran los extremos desiguales de las barras de acero que reforzaban las paredes, cortadas donde se había taladrado para practicar los conductos.

Sería penoso, pero no cabía duda de que podrían ascender poco a poco, como espeleólogos por el interior de una chimenea de roca, y llegados al recodo de la parte superior, quedarse tumbados, escondidos de cualquier cosa que no fuera un registro minucioso, difícil de realizar por la mañana, con todos los funcionarios de Londres pululando por los alrededores del pozo.

Bond se arrodilló, la muchacha subió sobre sus hombros y comenzó a trepar.

Una hora más tarde, con los pies y los hombros magullados y heridos, se tendieron exhaustos, estrechamente abrazados el uno al otro, con las cabezas a unos centímetros de la rejilla circular que estaba justo encima de la puerta de salida, y

escucharon a los guardias que movían los pies con inquietud en la oscuridad, a cien metros de distancia.

Las cinco, las seis, las siete.

Lentamente, el sol salió por detrás de la cúpula, las gaviotas comenzaron a chillar en los acantilados, y de pronto aparecieron tres siluetas que avanzaron hacia ellos desde lejos y pasaron junto a un pelotón nuevo de guardias que corrían con la cabeza erguida y levantando las rodillas, para relevar al turno de noche.

Las siluetas se acercaron, y los ojos entrecerrados y enrojecidos de la pareja oculta en el conducto pudieron ver cada detalle del rostro sanguíneo y enrojecido de Drax, de la magra, pálida cara de zorro del doctor Walter y del seboso semblante de Krebs, que presentaba la hinchazón de quien ha dormido demasiado.

Los tres hombres avanzaban como verdugos, sin decir nada. Drax sacó su llave, y el trío atravesó en silencio la puerta situada unos metros por debajo de los cuerpos tensos de Bond y Gala.

Durante diez minutos reinó la quietud, rota sólo por el ocasional resonar de las voces que ascendían por el conducto de ventilación, mientras los tres hombres se movían abajo, por el piso de acero en torno al túnel de exhaustación. Bond sonrió para sí al pensar en la furia y la consternación que mostraría el rostro de Drax; en el desgraciado Krebs, que se vendría abajo con el azote de la lengua de Drax; en la amarga acusación que evidenciarían los ojos de Walter. Poco después, la puerta se abrió de golpe bajo ellos y Krebs llamó con tono apremiante al jefe de los guardias. Un hombre se separó del semicírculo y corrió hacia él.

—*Die Englander!* —La voz de Krebs estaba al borde de la histeria.— Han escapado. El *Herr Kapitan* piensa que pueden estar en uno de los conductos de ventilación. Vamos a correr el riesgo. Volveremos a abrir la cúpula para que se disipen los gases del combustible, y luego el *Herr Kapitan* meterá la manguera del vapor en cada conducto. Si están en alguno, eso acabará con ellos. Elija cuatro hombres. Los guantes de goma y los trajes ignífugos están ahí abajo. Aprovecharemos la presión de la calefacción. Dígales a los demás que estén atentos por si oyen gritos. *Verstanden?*

—*Zu Befehl!*^[68]

El hombre regresó corriendo con elegancia junto a sus soldados, y Krebs, con el rostro cubierto de sudor a causa de la ansiedad, giró sobre sí y desapareció por la puerta.

Por un momento, Bond permaneció inmóvil.

Se oyó un fuerte retumbar cuando la cúpula se dividió y se deslizó hacia los lados hasta quedar abierta.

¡La manguera del vapor!

Había oído contar que eso se había usado contra motines en barcos. Contra

alzamientos en fábricas. ¿Llegaría hasta doce metros de altura? ¿Se mantendría la presión? ¿Cuántas calderas alimentaban la calefacción? Entre los cincuenta conductos de ventilación, ¿por cuál comenzarían? ¿Habían dejado él o Gala alguna pista que indicara en el que se habían introducido?

Sintió que Gala estaba esperando a que se explicara. A que hiciera algo. A que los protegiera.

Cinco hombres llegaron a la carrera desde el círculo de guardias. Pasaron por debajo de ellos y desaparecieron.

Bond acercó la boca al oído de Gala.

—Esto va a ser doloroso —le dijo—. No puedo decirte hasta qué punto. No se puede evitar. Simplemente, tendremos que aguantarlo. En silencio. —Percibió la presión que a modo de respuesta ejercían los brazos de ella.— Encoge las rodillas. No tengas vergüenza. Éste no es momento para mostrarse recatada.

—Cállate —susurró Gala con enojo.

Bond sintió que una rodilla se elevaba hasta quedar trabada entre sus muslos. Su propia rodilla la imitó hasta que no pudo subir más. Gala se retorció furiosamente.

—No seas tan condenadamente estúpida —susurró Bond al tiempo que atraía la cabeza de la muchacha contra su pecho, de modo que quedase medio cubierta por su camisa desabotonada.

La cubrió tanto como le fue posible. No podía hacerse nada para proteger los tobillos de ambos ni las manos de él. Subió el cuello de su camisa tanto como pudo sobre las cabezas de los dos. Se abrazaron con fuerza el uno al otro.

Acalorados, apretados, sin aliento. Esperando, se le ocurrió de pronto a Bond, como dos amantes entre los matorrales. Esperando a que los pasos se alejaran para poder comenzar de nuevo. Sonrió con expresión ceñuda y aguardó.

En el fondo del pozo reinaba el silencio. Debían de encontrarse en la sala de motores. Walter debía de estar observando cómo acoplaban la manguera a la válvula de escape. Ahora se oían ruidos distantes. ¿Por dónde empezarían?

Desde algún punto cercano a ellos les llegó un susurro prolongado, como el silbato de un tren lejano.

Retiró el cuello de la camisa y echó una mirada furtiva a los guardias a través de la rejilla. Los que podía ver estaban mirando hacia la cúpula de lanzamiento, un poco a la izquierda.

Una vez más el largo susurro áspero. Y otra vez.

Iba haciéndose más sonoro. Podía ver cómo las cabezas de los guardias giraban poco a poco hacia la rejilla de la pared que los ocultaba a él y a Gala. Debían de estar contemplando con fascinación los densos chorros de vapor blanco que salían por los extremos exteriores de los conductos abiertos en el muro de cemento, preguntándose si éste, o aquél, o el otro, sería acompañado por un doble alarido.

Bond podía sentir el corazón de Gala latiendo con fuerza contra el suyo. No sabía lo que se les venía encima. Confiaba en él.

—Puede que duela —volvió a susurrarle Bond—. Puede que duela. No nos matará. Debes ser valiente. No hagas ni un solo ruido.

—Estoy bien —susurró ella, enojada, aunque pegó más su cuerpo al suyo.

Fuuufff. Se les acercaba.

¡Fuuufff! A dos conductos de distancia.

¡Fuuufff! En el de al lado. Un rastro del olor húmedo del vapor entró en el conducto.

«Resiste», se dijo Bond. Estrechó a Gala con más fuerza contra sí y contuvo la respiración.

«Ya. Rápido. Acabad de una vez, malditos...»

Y de pronto sintió una gran presión, calor, un rugido en sus oídos, y un lacerante dolor.

Luego, un silencio de muerte, una mezcla de tremendo frío y fuego en los tobillos y las manos, una sensación de estar empapados hasta los huesos, mientras en un desesperado, sofocante esfuerzo, trataban de llenarse de aire los pulmones.

Sus cuerpos reaccionaron de forma automática para separarse el uno del otro, para obtener unos centímetros de espacio y aire para las zonas de su epidermis que ya estaban cubiertas de ampollas. La respiración provocaba un estertor en sus gargantas, y el agua chorreaba del cemento dentro de sus bocas abiertas, hasta que se doblaron lateralmente y tosieron para expulsar el agua, que se unió al hilo que corría por debajo de sus cuerpos empapados, pasaba junto a sus tobillos escaldados y descendía por las paredes verticales del conducto por el que habían trepado.

El rugido del tubo de vapor se alejó de ellos hasta convertirse en un susurro que finalmente cesó y se hizo el silencio en su estrecha prisión de cemento, perturbado sólo por la tenaz respiración de ambos y por el tictac del reloj de Bond.

Los dos cuerpos permanecieron tendidos y esperaron, cuidando de sus dolores.

Media hora —medio año— más tarde, Walter, Krebs y Drax salieron por debajo de ellos.

Pero, como precaución, los guardias se habían quedado en la cúpula de lanzamiento.

Capítulo 24

Hora cero

—Entonces, ¿estamos todos de acuerdo?

—Sí, Sir Hugo —respondió el ministro de Suministros. Bond reconoció su gallarda silueta de actitud segura—. Ésos son los parámetros. Esta mañana, mi gente los ha comprobado por su cuenta con el Ministerio del Aire.

—En tal caso, si me permite el privilegio...

Drax alzó la hoja de papel y comenzó a volverse hacia la cúpula de lanzamiento.

—Quieto, sir Hugo. Justo así, por favor. Con el brazo en el aire.

Los flashes destellaron, la batería de cámaras zumbó y chasqueó por última vez, y Drax giró sobre sí mismo y recorrió los pocos metros que lo separaban de la cúpula. A Bond le pareció que avanzaba mirándolo a los ojos a través de la rejilla situada sobre la puerta del pozo.

La multitud de reporteros y fotógrafos se dispersó, y sus integrantes avanzaron a toda prisa por la pista de cemento, dejando tras ellos sólo un grupo de funcionarios que charlaban nerviosamente en espera de que Drax volviera a salir.

Bond miró su reloj. Eran las doce menos cuarto. «Date prisa, maldito», pensó.

Por centésima vez repitió para sí las cifras que Gala le había hecho memorizar durante las horas de apreturas y dolor que habían seguido a su penosa prueba con el vapor, y por centésima vez movió las extremidades para mantener la circulación sanguínea.

—Prepárate —le susurró a la joven al oído—. ¿Estás bien?

Pudo sentir que la muchacha sonreía.

—Estoy bien.

Gala se obligó a no pensar en sus piernas cubiertas de ampollas y en el veloz descenso por la superficie rugosa del conducto de ventilación.

Oyeron el entrechocar metálico de la puerta, al que siguió el chasquido de la cerradura y, precedida por cinco guardias, la silueta de Drax apareció avanzando a grandes zancadas autoritarias hacia el grupo de funcionarios, con la hoja de cifras falsas en la mano.

Bond consultó el reloj. Las doce menos trece minutos.

—Ahora —susurró.

—Buena suerte —respondió ella con otro susurro.

Deslizamiento, raspaduras, desgarramientos. Sus hombros que se expandían con cuidado para contraerse luego; ampollas, pies ensangrentados buscando a tientas los cortantes tocones metálicos. Mientras su cuerpo tumefacto descendía por los doce metros de conducto, Bond rezaba para que la muchacha tuviera la fortaleza necesaria para resistir aquello cuando lo siguiera.

Al final, una caída libre de tres metros que le laceró la columna, una patada a la rejilla, y se encontró sobre el piso de acero; corrió hacia las escaleras, dejando un rastro de huellas rojas y un reguero de gotas de sangre que caían de sus hombros en carne viva.

Las luces de arco habían sido apagadas, pero la luz diurna entraba a raudales por el techo abierto, y el azul del cielo, aunado al intenso brillo del sol, le dio a Bond la sensación de estar corriendo por dentro de un enorme zafiro.

La gran aguja mortal del centro podría haber estado hecha de vidrio. Mientras sudaba y jadeaba al subir por la interminable escalera de hierro, alzó la vista: le resultaba difícil distinguir dónde acababa la afilada punta del cohete y comenzaba el cielo.

Por debajo del tenso silencio que envolvía al brillante proyectil, podía oír un tictac rápido, mortal, el apresurado avance de diminutos piecillos metálicos en algún punto del interior del *Moonraker*. Llenaba la gran cámara de acero como un corazón latiente propio de un relato de Poe, y Bond supo que en cuanto Drax presionara el interruptor del puesto de lanzamiento que enviaría la onda de radio que atravesaría los doscientos metros que lo separaban del cohete, el tictac cesaría de modo repentino, se oiría como un suave gemido, una nubecilla de vapor surgiría de las turbinas, y a continuación el rugiente chorro de llamas que haría elevarse lentamente el cohete, el cual saldría majestuosamente para iniciar la gigantesca aceleración.

Y entonces vio ante sus ojos el brazo de la grúa como una pata de araña plegada sobre sí contra la pared; la mano de Bond se posó sobre la palanca y el brazo comenzó a extenderse con lentitud abajo y afuera, hacia la cuadrada línea finísima que había sobre el relumbrante fuselaje del cohete, que era la puerta de acceso a la cámara de giróscopos.

Bond, sobre manos y rodillas, estaba gateando por el brazo incluso antes de que los acolchados de goma se adhiriesen al metal pulido. Nivelado con la superficie había un disco del tamaño de una moneda de chelín, exactamente como le había dicho Gala. Presión, chasquido, y la pequeña puerta se abrió sobre su duro muelle. Dentro. «Cuidado con hacerte un tajo en la cabeza.» Los brillantes botones de debajo de las rosas de los vientos. «Gira. Vuelve a girar. Quieto. Eso es para el balanceo. Ahora el cabeceo y la guiñada. Gira. Vuelve a girar. Muy suavemente. Ahora, quieto.» Un último cambio. Una mirada a su reloj. Faltaban cuatro minutos. «No te dejes llevar por el pánico. Vuelve a salir.» El chasquido de la puerta. Una huida de gato. «No mires abajo. Haz retroceder la grúa.» Un golpe metálico contra la pared. «Y ahora las escaleras...»

Tic-tac-tic-tac.

Cuando bajaba disparado, captó un atisbo del tenso y pálido semblante de Gala,

quien mantenía abierta la puerta exterior de la oficina de Drax. ¡Dios, cómo le dolía el cuerpo! Un último salto y un desmañado giro a la derecha. Un golpe metálico cuando Gala cerró la puerta exterior. Un segundo golpe metálico, y ya estaban atravesando la oficina para meterse en la ducha; el agua comenzó a caer sobre sus cuerpos trémulos, que se aferraban el uno al otro.

A través de todo el ruido, por encima de los fuertes latidos de su corazón, Bond oyó un crepitar de electricidad estática, y la voz del locutor de la BBC llegó hasta ellos a través del aparato de radio de la oficina de Drax, a pocos centímetros de distancia de la delgada pared del cuarto de baño. Había sido Gala quien se había acordado de la radio de Drax, y encontró tiempo para accionar los interruptores mientras Bond manipulaba los giróscopos.

—... habrá un retraso de cinco minutos —dijo la voz jovial, emocionada—. Hemos persuadido a sir Hugo para que pronuncie unas palabras ante nuestros micrófonos. —Bond cerró la ducha y la voz llegó hasta ellos con mayor claridad.— Parece muy confiado. Ahora está diciéndole algo al ministro, al oído. Los dos se ríen. Imposible saber de qué o por qué. Ah, aquí llega mi compañero con el último informe meteorológico del Ministerio del Aire. Veamos, ¿qué tenemos aquí? Unas condiciones perfectas en todas las altitudes. Tendremos un buen espectáculo. Ciertamente, aquí hace un día fantástico. Espléndido. Los curiosos que vemos a lo lejos, junto al puesto de la guardia costera, van a quedar bronceados por el sol. Hay varios miles de personas. ¿Cómo dices? ¿Veinte mil? Bueno, la verdad es que lo parece, desde aquí. Y Walmer Beach hierve también de gente. Todo Kent parece estar ahí fuera. Me temo que vamos a acabar todos con una tortícolis terrible. Peor que en Wimbledon. Bien... Pero, bueno, ¿qué sucede junto al embarcadero? ¡Por todos los cielos, acaba de emerger un submarino! ¡Qué espectáculo! Diría que es uno de los más grandes. Y el equipo de sir Hugo también está ahí abajo. Alineados sobre el embarcadero, como si estuvieran en un desfile. Un magnífico cuerpo de guardia. Ahora suben a bordo. Una disciplina perfecta. Debe de ser una idea del Almirantazgo. Proporcionarles un palco de privilegio en medio del canal. Es un espectáculo espléndido. Me gustaría que estuvieran aquí para verlo. Ahora sir Hugo viene hacia nosotros. Dentro de un momento se dirigirá a todos ustedes. Es un hombre de aspecto excelente. Todos los presentes en el puesto de lanzamiento lo aclaman. Estoy seguro de que hoy todos nosotros tenemos deseos de aclamarlo. Entra en el puesto de lanzamiento. Puedo ver el sol destellando en el morro del *Moonraker*, muy a lo lejos detrás de él. Asoma apenas por lo alto de la cúpula. Ojalá alguien tuviera una cámara. Ya está aquí. —Se produjo una pausa.— Con ustedes, sir Hugo Drax.

Bond miró la chorreante cara de Gala. Empapados y sangrando, permanecían de pie el uno en brazos del otro, silenciosos y temblando ligeramente a causa de la

tormenta de sus emociones. Tenían los ojos en blanco y eran insondables cuando se encontraron y se sostuvieron la mirada.

—Majestad, hombres y mujeres del Reino Unido. —La voz era un gruñido aterciopelado.— Estoy a punto de cambiar el curso de la historia de este país. —Una pausa.— Dentro de unos minutos, las vidas de todos ustedes se verán alteradas, y en algunos casos, ejem, de forma drástica, por el, eh, impacto del *Moonraker*. Me siento muy orgulloso y complacido por el hecho de que el destino me haya elegido a mí, entre todos mis compatriotas, para lanzar esta gran flecha de la venganza hacia los cielos, y así proclamar para el resto de los tiempos, y ante los ojos de todo el mundo, el poderío de mi patria. Espero que este evento constituya por siempre más una advertencia de que el destino de los enemigos de mi país será escrito con polvo, con cenizas, con lágrimas, y —otra pausa—, con sangre. Y ahora, gracias a todos por escucharme, y espero sinceramente que aquellos de entre ustedes que puedan hacerlo, les repitan mis palabras a sus hijos, si los tienen, esta noche.

Una salva de aplausos más bien vacilantes salió por el altavoz del aparato, y luego volvió a oírse la voz jovial del presentador.

—Y ése era sir Hugo Drax, dirigiéndoles unas palabras a ustedes antes de atravesar el puesto de lanzamiento hasta el interruptor de la pared que encenderá al *Moonraker*. Es la primera vez que habla en público. Muy, ejem..., franco. No tiene pelos en la lengua. De todas formas, casi todos nosotros diremos que no hay ningún mal en ello. Y ahora ha llegado el momento de que le ceda la palabra al experto, el capitán de escuadrilla Tandy, del Ministerio de Suministros, que les describirá el proceso de lanzamiento del *Moonraker*. Después oirán a Peter Trimble, que se encuentra a bordo de una de las patrullas de seguridad naval, la HMS *Merganzer*, quien les describirá la escena que rodea al blanco. El capitán de escuadrilla Tandy.

Bond miró su reloj.

—Falta sólo un minuto —le dijo a Gala—. ¡Dios, cómo me gustaría ponerle las manos encima a Drax! Toma —añadió mientras cogía la pastilla de jabón y arrancaba unos trozos—, métete esto en los oídos cuando llegue el momento. El ruido va a ser terrible, y no sé cuánto calor tendremos que soportar. No durará mucho, y las paredes de acero nos protegerán.

Gala lo miró y sonrió.

—Si tú me abrazas, no será demasiado malo —dijo.

—...y ahora, sir Hugo tiene la mano sobre el interruptor y está mirando el cronómetro.

—*Diez* —irrumpió otra voz, profunda y sonora como el tañido de una campana.

Bond abrió el grifo de la ducha y el agua comenzó a caer sobre sus cuerpos abrazados.

—*Nueve* —resonó la voz del cronometrador.

—... los operadores del radar están observando las pantallas. No se ve sino más que una masa de líneas onduladas...

—*Ocho.*

—... todos llevan tapones para los oídos. El blocao tendría que ser indestructible. Las paredes de cemento tienen tres metros y medio de espesor. Con techo en forma de pirámide de ocho metros de grosor en la punta...

—*Siete.*

—... primero, la onda de radio detendrá el mecanismo temporizador que hay junto a las turbinas. Encenderá el molinete, un elemento llameante como una rueda de fuegos artificiales...

—*Seis.*

—...la válvula se abrirá. El combustible líquido, una fórmula secreta, una sustancia fantástica... descenderá de los tanques de combustible...

—*Cinco.*

—... y será encendido por el molinete cuando el combustible llegue al motor del cohete...

—*Cuatro.*

—... entre tanto, el peróxido y el permanganato se habrán mezclado, generarán vapor, las bombas de la turbina comenzarán a girar...

—*Tres.*

—... y bombearán el combustible ardiendo, que atravesará el motor y saldrá por la popa del cohete al interior del túnel de exhaustación. Un calor gigantesco... tres mil quinientos grados...

—*Dos.*

—... sir Hugo está a punto de pulsar el interruptor. Mira al exterior a través de la rendija. El sudor cubre su frente. Aquí reina un silencio absoluto. La tensión es tremenda.

—*Uno.*

Nada más que el ruido del agua que caía a chorro sobre los dos cuerpos abrazados.

—*¡Ignición!*

Al oír el grito, a Bond se le subió el corazón a la garganta. Sintió que Gala se estremecía. Silencio. Nada más que el ruido del agua...

—... sir Hugo ha abandonado el puesto de lanzamiento. Avanza con calma por el borde del acantilado. ¡Qué seguro se le ve! Ha subido al montacargas. Está bajando. Por supuesto, sin duda se dirige al submarino. La pantalla de televisión muestra que de la cola del cohete sale un poco de vapor. Unos segundos más y... Sí, ya se encuentra sobre el embarcadero. Mira hacia atrás y levanta un brazo en el aire. El buen sir Hu...

Un trueno suave llegó hasta Bond y Gala. Más fuerte. Más fuerte. Más fuerte. El suelo embaldosado comenzó a temblar bajo sus pies. Un alarido de huracán. Estaban siendo pulverizados por él. Las paredes trepidaban, desprendían vapor. Las piernas comenzaron a perder el control debajo de los cuerpos oscilantes. «Sujétala. Sujétala. ¡Párenlo! ¡¡Párenlo!! ¡¡¡paren ese ruido!!!»

¡Cristo!, iba a desmayarse. El agua estaba hirviendo. Tenía que cerrar el grifo. Ya lo tenía. No. La tubería estalló. Vapor, olor, hierro, pintura.

«¡Sácala de aquí! ¡¡Sácala de aquí!! ¡¡¡Sácala de aquí!!!»

Y luego se hizo el silencio. Un silencio que podía palparse, cogerse, abrazarse. Y se encontraron tendidos sobre el piso de la oficina de Drax. Sólo la luz del cuarto de baño continuaba encendida. Y el humo comenzó a disiparse. Y el asqueroso olor a hierro y pintura quemados era absorbido por el aparato de aire acondicionado. Y la pared de acero aparecía combada hacia ellos como una ampolla enorme. «Los ojos de Gala están abiertos y ella sonríe. Pero el cohete... ¿Qué ha sucedido? ¿Londres? ¿El Mar del Norte? La radio. Parece que está bien.» Sacudió la cabeza y poco a poco se le pasó la sordera. Se acordó del jabón. Se lo quitó de los oídos.

—... roto la barrera del sonido. Está viajando en una línea recta perfecta por el centro de la pantalla de radar. Un lanzamiento impecable. Me temo que no han podido ustedes oír nada a causa del ruido. Ha sido tremendo. Primero, la gran lengua de llamas que salía del acantilado a través del pozo de escape, y luego deberían haber visto cómo ascendía lentamente el morro en lo alto de la cúpula abierta. Y luego, el gran lápiz plateado, vertical sobre la enorme columna de llamas y ascendiendo con lentitud por el aire, y las llamas cayendo a centenares de metros sobre el cemento. El rugido debe de haber estado a punto de reventarnos los micrófonos. Del acantilado han caído grandes trozos y el cemento parece una telaraña a causa de las grietas. Una vibración terrible. Y luego comenzó a subir más y más rápido. A ciento sesenta kilómetros por hora. A mil seiscientos. Y... —se interrumpió—. ¿Cómo dice? ¡¿De verdad?! ¡Y ahora se desplaza a dieciséis mil kilómetros por hora! Está ahí arriba, a ciento sesenta kilómetros de altura. Por supuesto, ya no podemos oírlo. Sólo pudimos ver su llama durante unos segundos, como una estrella. Sir Hugo debe de ser ahora un hombre orgulloso. Está ahí fuera, en el canal. El submarino ha salido disparado como un cohete, ajá, debe de estar navegando a más de treinta nudos. Deja tras de sí una estela enorme. Ahora está al este de las barcas-faro Goodwin. Avanza rumbo norte. Pronto se encontrará con los barcos patrulla. Habrán presenciado el lanzamiento y la caída. Ese viaje ha sido toda una sorpresa. Nadie aquí tenía ni idea. Incluso las autoridades navales parecen un poco perplejas. El comandante en jefe Nore ha hablado por teléfono. Por ahora, es cuanto podemos decirles desde aquí. Voy a pasar la transmisión a Peter Trimble, a bordo del HMS *Merganzer*, que se encuentra en algún punto de la costa este.

Sólo los bombeantes pulmones indicaban que los dos cuerpos laxos que yacían en el creciente charco de agua que se formaba en el piso, estaban aún con vida, pero sus maltratados tímpanos estaban desesperadamente pendientes del breve crepitar de electricidad estática que les llegó del aparato metálico ampollado a causa del calor. Ahora conocerían el resultado de su trabajo.

—Les habla Peter Trimble. Es una hermosa mañana. Bueno, una hermosa tarde, aquí. Estamos justo al norte de Goodwin Sands. El agua está quieta como un espejo. No hay viento. El sol brilla con fuerza. Y se informa que el área del objetivo se encuentra despejada de tráfico marítimo. ¿Es así, capitán de fragata Edwards? Sí, el capitán dice que totalmente despejada. Aún no se ve nada en la pantalla del radar. No estoy autorizado a decirles a qué distancia comenzaremos a captar al cohete. Por cuestiones de seguridad, claro está. Pero lo veremos sólo por unos segundos, ¿no es cierto, capitán? Aunque el objetivo sí que aparece en la pantalla. No lo vemos desde el puente, por supuesto. Debe de estar a unos ciento doce kilómetros al norte de aquí. Pudimos ver al *Moonraker* cuando se elevaba. Un espectáculo majestuoso. El ruido fue como el de un trueno. Una larga llama salía de su cola. Debíamos de tenerlo a dieciséis kilómetros de distancia, pero era imposible pasar por alto la luz que despedía.

¿Sí, capitán? Ah, sí, ya veo. Bueno, esto es muy interesante. Se aproxima un submarino a toda máquina. Lo tenemos a sólo un kilómetro y medio de distancia. Supongo que debe de ser el submarino que según se dice sir Hugo ha abordado con sus hombres. A ninguno de los aquí presentes se le notificó nada al respecto. El capitán Edwards dice que no responde a la luz de señales. No enarbola ninguna bandera. Todo es muy misterioso. Ahora lo veo. Aparece muy nítido en mis binoculares. Hemos cambiado de rumbo para interceptarlo. El capitán dice que no es uno de los nuestros. Piensa que debe de ser extranjero. ¡Vaya! Ha izado la bandera. ¡¿Qué es eso?!

¡Dios bendito! El capitán dice que es ruso. ¿Será posible? Y ahora ha arriado la bandera y se sumerge. Una detonación. ¿La han oído? Les hemos disparado en la proa. Pero ha desaparecido. ¿Qué es eso? El operador del sonar dice que avanza aún más rápido bajo el agua. Veinticinco nudos. Impresionante. Bueno, en inmersión no puede ver gran cosa. Ahora se encuentra justo en el área del objetivo.

Pasan doce minutos del mediodía. El *Moonraker* debe de haber girado ya y estará descendiendo. Se encuentra a mil seiscientos kilómetros de altura. Desciende a dieciséis mil kilómetros por hora. Estará aquí de un momento a otro. Espero que no vaya a producirse una tragedia. Los rusos están en plena zona de peligro. El operador de radar alza ahora una mano. Eso significa que está a punto de aparecer. Ya llega, ya llega... ¡Oh! Ni siquiera un susurro, ¡Dios! ¿Qué es eso?

¡Cuidado! ¡Cuidado! ¡Una explosión tremenda! Una nube de humo negro

asciende por el aire. Hay una ola gigante que viene hacia nosotros. Una gran muralla de agua que cae sobre nosotros. Ahí va el submarino. ¡Dios! ¡Ha salido despedido fuera del agua! Viene hacia aquí, *¡viene hacia aquí!...*

Capítulo 25

Pasada la hora cero

—...y hasta ahora hay doscientos muertos y el mismo número de desaparecidos —dijo M—. Los informes continúan llegando desde la costa oriental, y hay malas noticias de Holanda. Ha destrozado varios kilómetros de sus defensas marítimas. La mayoría de nuestras bajas se produjeron entre los tripulantes de los barcos patrulla. Dos de ellos zozobraron, incluido el *Merganzer*. El oficial al mando sigue desaparecido, lo mismo que ese locutor de la BBC. Los barcos-faro Goodwin rompieron amarras. Aún no hemos tenido noticias de Bélgica ni de Francia. Habrá algunas cuentas bastante costosas que pagar cuando se haya aclarado todo.

Era la tarde siguiente y Bond, con un bastón rematado en una contera de goma y recostado contra su silla, se encontraba de regreso donde había empezado: al otro lado del escritorio, frente al hombre de voz queda y fríos ojos grises que un centenar de años antes lo había invitado a cenar y a participar en una partida de cartas.

Debajo de la ropa, estaba cuadriculado con esparadrapo. El lacerante dolor le remontaba por las piernas cada vez que movía los pies. Tenía una raya de color rojo vivo que le cruzaba la mejilla izquierda y el puente de la nariz, y las gasas impregnadas de unguento tánico brillaban a la luz que entraba por la ventana. Sujetaba con torpeza un cigarrillo con una mano vendada. Increíblemente, M le había dicho que podía fumar.

—¿Hay noticias del submarino, señor? —preguntó.

—Lo han localizado —respondió M con satisfacción—. Tumbado de costado a unas treinta brazas. El barco de rescate que debía vigilar los restos del cohete está ahora mismo encima de él. Han bajado buzos y no han recibido respuesta a los golpes que han dado en el casco. El embajador soviético ha pasado por el Foreign Office esta mañana. Tengo entendido que ha dicho que un barco de rescate navegaba en estos momentos por el Báltico hacia aquí, pero le hemos contestado que no podíamos esperar porque el submarino hundido supone un peligro para la navegación. —M rió entre dientes.— Lo sería, diría yo, si alguien estuviese navegando a treinta brazas de profundidad por el canal. Pero me alegro de no ser miembro del gabinete —añadió con sequedad—. Han celebrado una y otra sesión desde que la BBC acabó de transmitir. Vallance consiguió ponerse en contacto con esos abogados de Edimburgo antes de que abrieran el sobre del mensaje de Drax para el mundo. Tengo entendido que es un documento terrible. Al leerlo, parece que haya sido escrito por Jehová. Vallance lo llevó anoche al gabinete y ha pernoctado en el diez de Downing Street para aportar los datos que falten.

—Ya lo sé —asintió Bond—. Ha estado telefoneándome continuamente al hospital hasta pasada la medianoche, para pedirme detalles. Yo apenas podía pensar

con claridad por todas las drogas que me metieron en el cuerpo. ¿Qué va a suceder ahora?

—Van a intentar la tapadera más grande de la historia —respondió M—. Un montón de científicos diciendo tonterías acerca de que se consumió sólo la mitad del combustible. Que se produjo una explosión inesperadamente potente cuando tuvo lugar el impacto. Que se pagarán compensaciones a todos los afectados. Que hemos sufrido la trágica pérdida de sir Hugo Drax y su equipo. Gran patriota. La trágica pérdida de uno de nuestros submarinos. El último modelo experimental. Interpretaron mal las órdenes. Todo muy triste. Por suerte, a bordo sólo se encontraba la tripulación mínima. Se informará a los parientes más próximos. Trágica, la pérdida del locutor de la BBC, que incurrió en un error inexplicable al confundir la bandera de la Armada Real con la soviética. Tienen un diseño muy similar. La bandera de la Armada ha sido recuperada del submarino hundido.

—Pero ¿y qué hay de la explosión atómica? —preguntó Bond—. ¿De la radiación, el polvo atómico y todo eso? La famosa nube en forma de hongo. Sin duda eso va a presentar algunos problemas.

—Al parecer, eso no les preocupa demasiado —respondió M—. La nube la van a explicar como una formación normal después de una explosión de esa magnitud. El Ministerio de Suministros conoce toda la historia. Había que contársela. Sus hombres se han pasado toda la noche en la costa oriental con detectores Geiger, y hasta el momento no ha habido informes positivos. —En el rostro de M apareció una sonrisa fría.— La nube tiene que bajar en alguna parte, por supuesto, pero, por una feliz coincidencia, el viento que sopla ahora en esa zona la está llevando hacia el norte. De vuelta a casa, podría decirse.

Bond le respondió con una sonrisa dolorida.

—Ya veo —dijo—. ¡Qué apropiado!

—Claro que —prosiguió M, mientras cogía su pipa y comenzaba a llenarla— habrá rumores desagradables. Mucha gente vio cómo los sacaban a usted y a la señorita Brand en camilla del pozo de lanzamiento. Luego está el pleito de Bowater contra Drax por la pérdida de todas esas bobinas de papel. Tendremos la investigación por el muchacho que se mató en el Alfa Romeo. Y alguien tendrá que explicar el origen de los restos del coche de usted, entre los cuales —miró a Bond con ojos acusadores— se encontró un Colt cuarenta y cinco de cañón largo. Y luego tenemos al Ministerio de Suministros. Ayer, Vallance tuvo que llamar a algunos de sus hombres para que limpiaran esa casa de Ebury Street. Aunque esa gente está entrenada para guardar secretos. Por ese lado no habrá filtraciones. Como es natural, será un asunto arriesgado. Las grandes mentiras siempre lo son. Pero ¿qué alternativa tenemos? ¿Problemas con Alemania? ¿Guerra con Rusia? Hay mucha gente a ambos lados del Atlántico que se sentiría muy contenta de tener una excusa.

M hizo una pausa y acercó una cerilla a la cazoleta de su pipa.

—Si la historia se sostiene —continuó con tono reflexivo—, no saldremos demasiado malparados de ésta. Queríamos conseguir uno de sus submarinos de alta velocidad, y podremos saber algo acerca de sus bombas atómicas. Los rusos no ignoran que nosotros sabemos que su arriesgada empresa ha fracasado. Malenkov no está muy firme en su silla, y esto podría significar otra revuelta en el Kremlin. En cuanto a los alemanes... bueno, todos sabíamos que ahí dentro quedaba mucho nazismo, y eso hará que el gabinete ande con algo más de tiento en lo que respecta al rearme de Alemania. Y como consecuencia insignificante —le dedicó a Bond una sonrisa aviesa—, gracias a todo eso, el trabajo de seguridad de Vallance, y el mío, por añadidura, será un poco más fácil en el futuro. Estos políticos no se dan cuenta de que la era atómica ha creado al saboteador más mortal de la historia: el hombrecillo de la maleta pesada.

—¿La prensa publicará esa historia? —preguntó Bond, dubitativo.

M se encogió de hombros.

—El primer ministro habló esta mañana con los redactores —respondió al tiempo que acercaba otra cerilla a su pipa—, y creo que hasta ahora ha conseguido que le crean. Si los rumores tienen mal cariz más adelante, es probable que tenga que volver a reunirse con ellos y contarles una parte de la verdad. Y entonces seguirán el juego. Siempre lo hacen cuando se trata de algo lo suficientemente importante. Lo principal es ganar tiempo y evitar actuaciones por parte de los exaltados. De momento, todo el mundo está tan orgulloso del *Moonraker*, que no investigan demasiado acerca de qué salió mal.

El intercomunicador de M, sobre el escritorio, emitió un suave ronroneo, y una luz intermitente de color rubí comenzó a parpadear sobre el mismo. M empuñó un auricular sencillo y se inclinó sobre el micrófono.

—¿Sí? —preguntó. Hizo una pausa—. Contestaré por la línea del gabinete. —Cogió el receptor blanco de la hilera de cuatro teléfonos.— Sí —repitió—. Al aparato. —Escuchó por un momento.— ¿Sí, señor? Cambio.

Pulsó el botón de su codificador. Sujetó el receptor bien pegado al oído y ni un solo sonido llegó hasta Bond. Se produjo una larga pausa durante la cual M daba de vez en cuando una chupada a la pipa que sujetaba en la mano izquierda. Se la quitó de la boca.

—Estoy de acuerdo, señor. —Otra pausa.— Sé que mi agente se habría sentido muy orgulloso, señor, pero aquí es una norma. —Frunció el entrecejo.— Si me permite que se lo diga, señor, creo que sería muy imprudente. —Otra pausa, y por fin el rostro de M se distendió.— Gracias, señor. Por supuesto que Vallance no tiene el mismo problema. Y eso es lo mínimo que merece la muchacha. —Nueva pausa.— Lo entiendo. Así se hará. —Otra pausa.— Es muy amable por su parte, señor.

M devolvió el receptor blanco a su lugar, y el botón del codificador volvió con un chasquido a la posición *en clair*.

Durante un momento, M continuó mirando el teléfono como si tuviera dudas acerca de lo que se acababa de decir. Luego hizo girar la silla de espaldas al escritorio y se quedó mirando pensativo por la ventana.

En la habitación reinaba el silencio, y Bond cambió de posición en la silla para aliviar el dolor que le progresaba por la espalda y se propagaba por su cuerpo.

La misma paloma del lunes, o tal vez otra, fue a posarse en el alféizar de la ventana con el mismo batir de alas. Caminó arriba y abajo, mientras asentía con la cabeza y arrullaba, y luego se alejó planeando hacia los árboles del parque. El tráfico murmuraba, soñoliento, a lo lejos.

¡Qué cerca había estado, pensó Bond, de acabar muerto! ¡Qué a punto había estado Londres de que ahora no hubiera nada, excepto el lejano tañido de las campanillas de las ambulancias bajo un espeluznante cielo negro y anaranjado, el hedor a quemado, los gritos de la gente atrapada entre las ruinas de los edificios! El suave latido del corazón de Londres acallado durante una generación. Y toda una generación de su pueblo muerta en las calles entre los restos de una civilización que podría no volver a recobrase durante siglos.

Todo eso habría tenido lugar de no haber sido por un hombre que hacía trampas cuando jugaba a las cartas, con el fin de alimentar los fuegos de su maníaco ego; de no haber sido por el picajoso presidente del Blades, que se había dado cuenta; de no haber sido porque M accedió a ayudar a un viejo amigo; de no haber sido porque Bond recordaba a medias las lecciones que le había dado un fullero; de no haber sido por las precauciones de Vallance; de no haber sido por las excepcionales dotes que tenía Gala para los números; de no haber sido por toda la trama de diminutas circunstancias, toda la trama de casualidades.

¿La trama de quién?

Se oyó un rechinar agudo cuando la silla de M volvió a girar. Bond fijó otra vez los ojos con atención en el hombre que estaba al otro lado del escritorio.

—El que ha llamado era el primer ministro —explicó M con tono malhumorado—. Dice que quiere que usted y la señorita Brand salgan del país. —Bajó los ojos y dirigió una mirada imperturbable al interior de la cazoleta de la pipa.— Deben estar los dos fuera mañana por la tarde. En este caso hay demasiadas personas que conocen sus caras. Podrían sumar dos y dos cuando vean el estado en que ambos se encuentran. Vayan adonde les apetezca. Sin límite de gastos para ambos. Puede pedir la moneda que quiera. Hablaré con el oficial pagador. Permanezcan en el extranjero durante un mes. Pero manténganse fuera de la circulación. Saldrían esta misma tarde, de no ser porque la chica tiene una cita mañana por la mañana. En palacio. Concesión inmediata de la Cruz de San Jorge^[69]. No se publicará en la gaceta oficial hasta Año

Nuevo, por supuesto. Me gustaría conocerla, algún día. Tiene que ser una buena muchacha. De hecho —la expresión de M cuando alzó los ojos era enigmática—, el primer ministro tenía algo pensado para usted. Había olvidado que nosotros no vamos tras ese tipo de cosas. Así que me ha pedido que le diera las gracias en su nombre. Ha dicho cosas muy agradables acerca del Servicio Secreto. Ha sido muy amable.

En los labios de M apareció una de las raras sonrisas que le iluminaban el rostro con rápido brillo y calidez. Bond se la devolvió. Ambos entendían que había cosas que no debían mencionarse.

Bond supo que había llegado la hora de marcharse. Se levantó.

—Muchísimas gracias, señor —dijo—. Y me alegro por la muchacha.

—Muy bien, pues —concluyó M—. Esto es todo. Nos veremos dentro de un mes. Ah, por cierto —añadió como al azar—, pase por su oficina. Allí encontrará algo de mi parte. Un pequeño recuerdo.

James Bond bajó en el ascensor y avanzó cojeando por el pasillo que le era familiar, hasta su oficina. Al atravesar la puerta interior, encontró a su secretaria ordenando algunos papeles sobre el escritorio contiguo al de él.

—¿Regresa 008? —le preguntó.

—Sí. —La joven sonrió, feliz.— Lo traerán en avión esta noche.

—Bueno, me alegro de que vayas a tener compañía —dijo Bond—. Yo vuelvo a marcharme.

—Ah —respondió ella. Dirigió una rápida mirada al rostro de Bond, y luego apartó los ojos—. Tienes aspecto de necesitar un poco de descanso.

—Eso es precisamente lo que voy a hacer —respondió él—. Un mes de exilio. —Pensó en Gala.— Van a ser unas vacaciones absolutas. ¿Hay algo para mí?

—Tu nuevo coche está abajo. Ya lo he inspeccionado. El hombre dijo que esta mañana lo habías pedido para probarlo. Es precioso. Ah, y hay un paquete de la oficina para ti, de M. ¿Quieres que lo abra?

—Sí, hazlo —respondió Bond.

Se sentó ante su escritorio y consultó el reloj. Las cinco. Se sentía cansado. Sabía que iba a sentirse cansado durante varios días. Siempre tenía esa reacción al final de una misión peligrosa, como consecuencia de días de nervios tirantes, tensión, miedo.

Su secretaria regresó con dos cajas de cartón de aspecto pesado. Las dejó sobre el escritorio de Bond y él abrió la superior. Cuando vio el papel engrasado, supo qué debía esperar.

Dentro de la caja había una tarjeta. La leyó. Escritas con la tinta verde de M, había las siguientes palabras: «Puede que las necesite». No había firma.

Quitó el envoltorio engrasado y sacó al exterior la brillante Beretta nueva. Un recuerdo. Sí. Algo para que recordara. Se encogió de hombros y se metió la pistola debajo de la chaqueta, en la funda vacía. Se levantó torpemente.

—En la otra caja habrá un Colt de cañón largo —le dijo a su secretaria—. Guárdalo hasta que regrese. Luego lo llevaré a la galería de tiro y lo probaré.

Avanzó hacia la puerta.

—Hasta pronto, Lil —se despidió—. Dale recuerdos a 008 y dile que cuide de ti. Estaré en Francia. El puesto F tendrá mi dirección. Pero sólo para caso de emergencia.

Ella le sonrió.

—¿Qué tipo de emergencia? —preguntó.

Bond profirió una corta carcajada.

—Cualquier invitación a una tranquila partida de bridge —respondió.

Salió cojeando y cerró la puerta tras de sí.

El Mark VI de 1939 tenía una carrocería de turismo abierta. Era de color gris acorazado, como el viejo de 4¹/₂ litros que había ido a la tumba en el garage de Maidstone, y el tapizado de cuero azul oscuro emitió un lujoso siseo cuando Bond se sentó torpemente junto al conductor de pruebas.

Media hora después, el conductor lo ayudaba a bajar en la esquina de Birdcage Walk y Queen Anne's Gate.

—Podemos conseguir que corra más si quiere, señor —dijo—. Si podemos quedárnoslo durante dos semanas, podríamos ajustarlo para que corriera a bastante más de ciento sesenta.

—Más adelante —respondió Bond—. Me lo quedo. Con una condición. Que me lo hagan llegar a la terminal del transbordador de Calais mañana a última hora de la tarde.

El conductor le sonrió.

—Por supuesto —dijo—. Lo llevaré yo mismo. Nos veremos en el muelle, señor.

—De acuerdo —asintió Bond—. Conduzca con cuidado por la A20. La carretera de Dover es bastante peligrosa, últimamente.

—No se preocupe, señor —respondió el conductor de pruebas, pensando que aquel hombre debía de ser un poco afeminado, a pesar de que parecía saber muchísimo de coches—. Es pan comido.

—No siempre —le aseguró Bond con una sonrisa—. Nos vemos en Calais.

Sin esperar a que el otro respondiera, se alejó cojeando con su bastón a través de los rayos polvorientos del sol de la tarde que se filtraban entre los árboles del parque.

Se sentó en uno de los bancos que se hallaban encarados con el islote del lago y sacó la pitillera y el encendedor. Miró su reloj. Las seis menos cinco. Se recordó a sí mismo que ella era el tipo de muchacha que acudiría con puntualidad. Había reservado la mesa del rincón para la cena. ¿Y luego? Pero primero vendría la larga, lujosa planificación. ¿Qué le gustaría a ella? ¿Adonde le gustaría ir? ¿Dónde había

estado ya? En Alemania, por supuesto. ¿Francia? Salvo París, claro. Podrían pasar por allí en el camino de regreso. Llegarían tan lejos como pudieran la primera noche, lejos del Pas de Calais. Había una granja con una comida maravillosa entre Montreuil y Etaples. Luego, la etapa rápida hasta el Loira. Las pequeñas aldeas de la orilla del Loira durante algunos días. No las poblaciones de los castillos. Irían a lugares como Beaugency, por ejemplo. Luego bajarían lentamente hacia el sur, siempre por las carreteras del oeste, evitando la lujosa vida de cinco estrellas. Explorando lentamente. Bond se detuvo. ¿Explorando qué? ¿El uno al otro? ¿Acaso se estaba tomando las cosas en serio, con aquella muchacha?

—James.

Era una voz nítida, alta, algo nerviosa. No la voz que había esperado.

Levantó la mirada. Ella se encontraba de pie a una cierta distancia de él. Advirtió que llevaba una boina ladeada y que tenía un aspecto excitante y misterioso, como alguien a quien uno ve pasar por la calle en el extranjero, a solas en un coche descapotado, alguien inalcanzable y más deseable que cualquiera a quien haya conocido en toda su vida. Alguien que va camino de hacerle el amor a otra persona. Alguien que no es para uno.

Bond se levantó y se cogieron de las manos.

Fue ella quien se soltó. No se sentó a su lado.

—Ojalá pudieras estar conmigo mañana, James.

Sus ojos lo miraban con ternura. «Tiernos, pero algo evasivos», se dijo.

Él le sonrió.

—¿Mañana por la mañana, o mañana por la noche?

—No seas ridículo —rió ella, sonrojándose—. Me refiero a palacio.

—¿Qué vas a hacer después? —preguntó Bond.

Ella lo miró con cautela. ¿A qué le recordaba esa mirada? ¿A la mirada de Morphy? ¿La mirada que él le había dirigido a Drax cuando habían jugado aquella última mano en el Blades? No. No del todo. En la de ella había algo más. ¿Ternura? ¿Pesar?

Gala miró por encima del hombro de Bond.

Él miró hacia atrás. A unos cien metros de distancia vio la alta silueta de un hombre joven con cabello rubio muy corto. Estaba de espaldas a ellos y paseaba con actitud ociosa, matando el tiempo.

Bond se volvió, y los ojos de Gala miraron directamente a los suyos.

—Voy a casarme con ese hombre —dijo en voz baja—. Mañana por la tarde. —Y luego, como si no fuera necesaria ninguna otra explicación, añadió—: Es el inspector detective Vivian.

—Ah —respondió Bond con una sonrisa tensa—. Ya veo.

Se produjo un momento de silencio, durante el cual los ojos de ambos se

apartaron.

Y, a pesar de todo, ¿por qué había de esperar él alguna otra cosa? Un beso. El contacto de dos cuerpos asustados que se abrazaban en medio del peligro. No había habido nada más. Y ella lucía un anillo de compromiso que hablaba con claridad. ¿Por qué había supuesto automáticamente que lo llevaba sólo para mantener a Drax a distancia? ¿Por qué había imaginado que Gala compartía sus deseos, sus planes?

«¿Y ahora, qué?», se preguntó Bond. Se encogió de hombros para librarse del dolor del fracaso..., el dolor del fracaso que es muchísimo más intenso que el placer del éxito. La última frase. Tenía que hacer mutis de las vidas de aquellos dos jóvenes y llevarse su frío corazón a alguna otra parte. No debía haber pesares. Nada de falsos sentimientos. Tenía que representar el papel que ella esperaba. El hombre duro de mundo. El agente secreto. El hombre que era sólo una silueta.

Gala lo miraba nerviosa, aguardando a que la librasen de aquel desconocido que había intentado meter el pie en la puerta entreabierta de su corazón.

Bond le dedicó una cálida sonrisa.

—Estoy celoso —dijo—. Tenía otros planes para ti para mañana por la noche.

Ella le devolvió la sonrisa, agradecida porque se hubiera roto el silencio.

—¿Cuáles eran? —preguntó.

—Pensaba llevarte a una granja de Francia —respondió—. Y después de una cena maravillosa, iba a averiguar si es cierto lo que dicen sobre el grito de una rosa.

Ella se echó a reír.

—Lamento no poder complacerte. Pero hay muchas otras esperando a que las arranquen.

—Sí, supongo que sí —dijo él—. Bueno, adiós, Gala.

Le tendió la mano.

—Adiós, James.

La tocó por última vez y luego se dieron la espalda y se alejaron en direcciones opuestas.



IAN FLEMING nació en Londres en 1908. Se educó en Eton y en la academia militar de Sandhurst. Cursó estudios universitarios en Munich y en Ginebra. Trabajó en la agencia de noticias Reuters y, al comenzar la segunda guerra mundial, se alistó en la Inteligencia Naval, donde sirvió con el grado de capitán de fragata. En 1945, al acabar la guerra, se hizo construir una casa, *Goldeneye*, en Jamaica, donde se instalaba todos los inviernos. Fue en ella donde creó a su agente secreto James Bond. *Casino Royale*, la primera novela en que aparece el personaje, fue terminada de escribir la víspera de su boda con Anne Rothermere en 1952 y publicada en 1953. Fleming escribió otras dos novelas, *Chitty Chitty Bang Bang* y *The Diamond Smugglers*, no ambientadas en el mundo de los servicios secretos.

La salud de Fleming comenzó a deteriorarse a finales de los años 50. Murió en 1964, a la edad de 56 años.

Notas

[1] Edith Cavell (1865-1915), enfermera británica detenida, acusada de espía y fusilada por el ejército alemán en 1915, por ayudar a los soldados británicos a huir de la Bélgica ocupada.

Florence Nightingale (1820-1910), enfermera y reformadora de la sanidad británica que se hizo famosa durante la guerra de Crimea por sus protestas e intentos de mejorar el insalubre y peligroso hospital militar de Scutari, donde fue conocida como «La dama de la lámpara», a causa de sus rondas nocturnas. Dedicó el resto de su vida a mejorar la salud pública y la atención hospitalaria. (*N. de la t.*) <<

[2] Las perlas y el traje sastre son las prendas típicas de las Damas de la alta sociedad, sobre todo las de afiliación conservadora. El autor viene a decir que las secretarias adjetivadas de este modo están en lo más alto de la escala. <<

[3] OBE: *Order of The British Empire* (Orden del Imperio Británico). Galardón concedido a los funcionarios civiles (*N. de la t.*) <<

[4] Ciudad del noreste de Alemania, en la costa del Báltico. (*N. de la t.*) <<

[5] En español, en el original. (*N. de la t.*) <<

[6] Mineral de hierro y niobio descubierto en América. (*N. del e.*) <<

[7] Actualmente denominada también *capa E*. Así llamada por Oliver Heaviside (1850-1925), físico y matemático británico que postuló la existencia de la *capa E* de la ionosfera, de máxima densidad de electrones, reflectora de las ondas radioeléctricas. Dicha capa recibió inicialmente el nombre de «capa de Kennelly-Heaviside». (*N. de la t.*) <<

[8] OBE: *Order of The British Empire*: Orden del Imperio Británico. Galardón concedido a los funcionarios civiles (*N. de la t.*) <<

[9] Referencia a la misión de James Bond descrita en *Vive y deja morir*, que se publica en esta misma colección. (N. del e.) <<

[10] Sir John Berry Hobbs, estrella del cricket, que se retiró con dos plusmarcas en 1934. (*N. de la t.*)

Sir Gordon Richards, corredor de carreras de caballos, fue campeón 26 veces entre 1925 y 1953. (*N. de la t.*) <<

[11] Probablemente el autor se refiere a Frederick Leonard Lonsdale (1881-1954), escritor británico, libretista de comedias musicales. (*N. de la t.*) <<

[12] Juego de palabras con el verbo inglés *hug*, «abrazar». Un *hugger* sería «el que abraza». (N. de la t.) <<

[13] Fibra dura que se obtiene de diversas plantas del género *Agave*, empleada para cordelería, pinceles, sacos, rellenos, etc. (*N. de la t.*) <<

[14] Torneo de golf que se disputa entre equipos de Estados Unidos, Gran Bretaña e Irlanda, el mes de mayo de los años pares, desde 1922. (*N. de la t.*) <<

[15] Woomera, área del centro de Australia meridional utilizada como centro de pruebas nucleares entre 1952 y 1957, y donde existía una base militar. (*N. de la t.*) <<

[16] En 1890, Sir William Gordon-Cumming y el Príncipe de Gales asistieron a una fiesta celebrada en la mansión Tranby Croft, aquella tarde ambos jugaron al bacarrá con otros invitados. Sir William fue descubierto manipulando sus apuestas. Tras ser denunciado ante el Príncipe, Sir William, se declaró culpable a cambio de que se guardara en secreto su conducta. Pero el rumor se extendió. Sir William llevó a juicio al resto de participantes acusándoles de injuria y libelio. Juicio al que el Príncipe fue obligado a acudir como testigo, y que Sir William perdió quedando así expulsado de todo círculo social. (*N. del e.*) <<

[17] Forma de mezclar las cartas en que se separa el mazo en dos, se levantan los extremos de ambas mitades enfrentadas y se dejan caer poco a poco, de modo que vayan alternándose. (*N. de la t.*) <<

[18] Período, entre 1811 y 1820, en que fue regente Jorge, príncipe de Gales. (*N. de la t.*) <<

[19] Empresa de apuestas. (*N. de la t.*) <<

[20] «El infierno está aquí» (*N. de la t.*) <<

[21] Robert Adam (1728-1792), principal arquitecto de lo que se llamó la «Revolución Adam» e hijo de William Adam, importante arquitecto escocés. Introdujo en Londres un estilo más ligero y decorativo que el del siglo anterior. (*N. de la t.*) <<

[22] CMG: *Companion (of the Order) of St. Michael and St. George*. Cofrade de la Orden de S. Miguel y S. Jorge. (N. de la t.) <<

[23] *Royal Naval Volunteer Reserve*: Reserva de Voluntarios de la Armada Real. (N. de la t.) <<

[24] Sociedad secreta africana, movimiento nacionalista antibritánico que surgió en Kenia en la década de 1950, a causa del descontento nativo contra el gobierno colonial. (*N. de la t.*) <<

[25] Ely Culbertson (1891-1955), autoridad estadounidense en bridge. (*N. de la t.*) <<

[26] Nombre comercial de un tipo de aspirinas. (*N. de la t.*) <<

[27] En la época en que fue escrita la novela, la homosexualidad constituía un delito en el Reino Unido. (*N. de la t.*) <<

[28] Karl von Clausewitz (1780-1831), general y teórico militar alemán cuyo estudio titulado "*Sobre la guerra*" fue tal vez la obra de estrategia más influyente del siglo XIX. (N. de la t.) <<

[29] Bomba volante dirigida alemana utilizada durante la Segunda Guerra Mundial.
(*N. de la t.*) <<

[30] Actor estadounidense (1904-1963), nacido en Hungría, que proyectó una imagen cinematográfica siniestra como villano ceceoso, de cara redonda y voz suave. (*N. de la t.*) <<

[31] Pintora francesa (1885-1956) de tendencia cubista en cuya obra abundan los rostros femeninos con velos, plumas y adornos florales, pintados en tonos claros. (*N. de la t.*) <<

[32] *Objeto encontrado*, designación de las obras adscritas al movimiento del *arte encontrado* aparecido a principios del s. XX. La expresión artística se realiza a través del uso de objetos que normalmente no se consideran artísticos, a menudo porque tienen una función no artística. <<

[33] Bond estaba equivocado: Viernes, 26 de Noviembre de 1954: El barco-faro, sometido a un huracán, perdió sus amarres y naufragó contra la costa. R.I.P. <<

[34] Corporación fundada en 1514, durante el reinado de Enrique VIII, responsable de expedir los títulos de piloto de barco y de la construcción y mantenimiento de los faros, boyas, etc., en todas las costas de Inglaterra y Gales. (*N. de la t.*) <<

[35] Seudónimo de Howard Hoagland (1899-1981), músico, compositor y cantante de jazz, y actor cinematográfico. (*N. de la t.*)

<<

[36] Edward Phillips Oppenheim (1866-1946). Novelista británico. (*N. de la t.*) <<

[37] ¡Bésame el culo! (en alemán). <<

[38] ¡Demonios, los ingleses! (en alemán). <<

[39] ¡Pedazo de mierda!, [...] ¡En marcha! (en alemán). <<

[40] Mírela, mi Capitán. (en alemán). <<

[41] En el número 10 de Downing Street de Londres, reside el Primer Ministro del Reino Unido. (*N. de la t.*) <<

[42] Amor. (en alemán) (*N. de la t.*) <<

[43] Muñeca. (en alemán) (*N. de la t.*) <<

[44] Tesoro. (en alemán) (*N. de la t.*) <<

[45] ¡Jesús, eres una buena chica! (en alemán) (*N. de la t.*) <<

[46] ¡Sí que lo es! (en alemán) (*N. de la t.*) <<

[47] Donington Park (Lancashire): primer circuito de rally autorizado en Gran Bretaña en 1932, pero que no sobrevivió a la Segunda Guerra Mundial. (*N. de la t.*) <<

[48] ¿Entiendes? Pues hazlo. ¡Buena suerte! (en alemán) (*N. de la t.*) <<

[49] ¡Precioso! (en alemán) (*N. de la t.*) <<

[50] ¡Repugnante! (en alemán) (*N. de la t.*) <<

[51] ¡Demonios! (en alemán) (*N. de la t.*) <<

[52] ¡Cierra la boca! (en alemán) (*N. de la t.*) <<

[53] "El Día". Para los nazis el momento de la victoria final. (*N. de la t.*) <<

[54] Literalmente: col. Término despectivo usado por los aliados para los soldados alemanes durante la I y la II Guerra Mundial, a los que llamaban comedores de coles. (N. de la t.) <<

[55] Ciudadano del Reich. (en alemán) (*N. de la t.*) <<

[56] Personaje femenino de la mitología griega que, llevado de una curiosidad fatal, abrió la caja que le habían confiado los dioses y de ella surgieron todos los males. (*N. de la t.*) <<

[57] Rango militar de las Schutzstaffel (SS) —anteriormente de las Sturmabteilung (SA), así como de las Waffen SS—, equivalente al de General. (*N. de la t.*) <<

[58] Rango militar de las SS y las SA, puede traducirse como "jefe superior de unidad de asalto". (*N. de la t.*) <<

[59] Fuerzas Especiales de las SS. (*N. de la t.*) <<

[60] rampa. (*N. de la t.*) <<

[61] rosa. (*N. de la t.*) <<

[62] Rango militar del ejército alemán: Teniente Primero. (*N. de la t.*) <<

[63] Dragón. (*N. de la t.*) <<

[64] ¡Colosal! (en alemán). (*N. de la t.*) <<

[65] De las Juventudes Hitlerianas. (*N. de la t.*) <<

[66] ¡Qué asco! (en alemán). (*N. de la t.*) <<

[67] Cesare Lombroso (1835-1909), profesor de psiquiatría y antropología de la Universidad de Turín. Autor de extensos estudios sobre criminología y genialidad, actualmente desautorizados y obsoletos. (*N. de la t.*) <<

[68] ¡A sus órdenes! (en alemán). (*N. de la t.*) <<

[69] *George Cross*: condecoración al valor, principalmente en la vida civil, instaurada por Jorge VI en 1940. (*N. de la t.*) <<